



# EL SUPERBANCO

LA HISTORIA OCULTA DEL  
GRUPO DE TECNÓCRATAS QUE  
GOBIERNA EL MUNDO

ADAM LEBOR

Adam Lebor

# El superbanco

La historia oculta del grupo de tecnócratas  
que gobierna el mundo

**indicios**

Argentina – Chile – Colombia – España  
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay – Venezuela

Título original: *Tower of Basel – The Shadowy History of the Secret Bank that Runs the World*

Editor original: Public Affairs, New York, a member of The Perseus Books Group

Traducción: Isabel Merino Sánchez

1.ª edición Noviembre 2013

Copyright © 2013 by Adam Lebor

All Rights Reserved

Copyright © de la traducción 2013 *by* Isabel Merino Sánchez

Copyright © 2013 *by* Ediciones Urano, S. A.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona

[www.indicioseditores.com](http://www.indicioseditores.com)

ISBN EPUB: 978-84-9944-655-4

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

*Para Justin Leighton  
y Roger Boyes,  
que hacen las preguntas correctas*

«El banco está totalmente apartado de cualquier control gubernamental o político.»

GATES MCGARRAH, primer presidente  
del Banco de Pagos Internacionales, 1931<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>Gates McGarrah, «A Balance Wheel of World Credit», *Nation's Business*, marzo 1931, 24. Archivos del BPI, fichero 7.18 (2), MCG8/55.

# Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Cita

Introducción

Parte I. Kapital Über Alles

1. Los banqueros lo saben mejor que nadie
2. Un acogedor club en Basilea
3. Un banco de lo más útil
4. El señor Norman toma el tren
5. Un expolio autorizado
6. El banquero estadounidense de Hitler
7. Para tranquilizar a Wall Street
8. Un acuerdo con el enemigo

Parte II. El Bundesreich

9. Estados Unidos a Europa: Uníos o ateneos a las consecuencias
10. Todo está perdonado
11. El fénix alemán renace de sus cenizas
12. El auge de los asesinos de escritorio
13. La torre se eleva

Parte III. El derrumbe

14. La segunda torre
15. El ojo que todo lo ve
16. La ciudadela se resquebraja

Agradecimientos

Fotos

Bibliografía

# Introducción

El club más exclusivo del mundo tiene dieciocho socios. Se reúnen cada dos meses, a la siete de la tarde de un domingo, en la sala de conferencias E de una torre circular, cuyas ventanas tintadas dan a la estación central de ferrocarril de Basilea. La conversación dura una hora, a veces una hora y media. Algunos de los presentes traen a un colega con ellos, pero esos asesores raramente hablan durante este cónclave sumamente confidencial. La reunión termina, los asesores se marchan, y los que quedan se retiran para cenar en el comedor de la planta dieciocho, seguros, con razón, de que la comida y el vino serán soberbios. Es en la cena, que continúa hasta las once o las doce de la noche, donde se hace el auténtico trabajo. El protocolo y la hospitalidad, afinados durante más de ocho décadas, son impecables. Se sobreentiende que cualquier cosa dicha en la mesa no se repetirá en ningún otro lugar.

Pocos, si acaso alguno, de los que disfrutan de su alta cocina y sus vinos *grands crus* —de los mejores que Suiza puede ofrecer— serían reconocidos por los transeúntes, pero incluyen un buen número de las personas más poderosas del mundo. Estos hombres —casi todos son hombres— son los banqueros centrales. Han acudido a Basilea para asistir al Comité Económico Consultivo (ECC, sus siglas en inglés) del Banco de Pagos Internacionales (BPI), que es el banco de los bancos centrales. Entre sus actuales miembros están Ben Bernanke, presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos; sir Mervyn King, gobernador del Banco de Inglaterra; Mario Draghi, del Banco Central Europeo; Zhou Xiaochuan, del Banco de China, y los gobernadores de los bancos centrales de Alemania, Francia, Italia, Suecia, Canadá, India y Brasil. Jaime Caruana, exgobernador del Banco de España, director general del BPI, se une a ellos.

A principios de 2013, cuando la edición original de este libro entró en imprenta, King, que debía dejar su cargo de gobernador del Banco de Inglaterra en junio de 2013, presidió el ECC. Este comité, conocido como la junta de gobernadores del G-10, es la más influyente de las numerosas reuniones del BPI, abierta tan sólo a un pequeño y selecto grupo de banqueros centrales de las economías avanzadas. El ECC hace recomendaciones sobre los miembros y la organización de los tres comités del BPI que se ocupan del sistema financiero global, los sistemas de pago y los mercados internacionales. El comité también prepara propuestas para la Reunión de Economía Mundial y orienta su agenda.

La junta empieza el lunes por la mañana, a las nueve y media, en la sala B, y dura tres horas. King preside a los gobernadores de los bancos centrales de los treinta países que se juzga son los más importantes para la economía global. Además de los presentes en la cena del domingo, la reunión del lunes incluirá a representantes de, por ejemplo, Indonesia, Polonia, Sudáfrica, España y Turquía. Los gobernadores de otros quince países más pequeños, como Hungría, Israel y Nueva

Zelanda, pueden estar presentes como observadores, pero no suelen hablar. No se permite asistir a los gobernadores de bancos miembros de tercer nivel, como Macedonia y Eslovaquia. Tienen que ir a la caza de información en los descansos que se hacen para tomar café y comer.

A continuación, los gobernadores de la totalidad de los sesenta bancos miembros del BPI disfrutaban de un almuerzo bufé en el comedor situado en la planta dieciocho. Diseñada por Herzog & de Meuron, la firma de arquitectos suiza que construyó el estadio «Nido de Pájaro» de los Juegos Olímpicos de Pekín, la sala tiene paredes blancas, el techo negro y vistas espectaculares de tres países: Suiza, Francia y Alemania.<sup>1</sup> A las dos de la tarde, los banqueros centrales y sus asesores vuelven a la sala B para que los gobernadores reunidos discutan asuntos de interés, hasta las cinco, cuando acaba el encuentro.

Como presidente de la Reunión de Economía Mundial, King aborda las cosas de una manera muy diferente que su predecesor, Jean-Claude Trichet, anterior presidente del Banco Central Europeo. Trichet, según un ex banquero central, tenía un estilo notablemente galo: era un purista del protocolo que llamaba a hablar a los banqueros centrales por orden de importancia; empezaba con los gobernadores de la Reserva Federal, el Banco de Inglaterra y el Bundesbank, y avanzaba luego en orden jerárquico descendente. King, por el contrario, adopta un sistema más temático e igualitario; abre las reuniones a la discusión e invita las aportaciones de todos los presentes.

Los cónclaves de los gobernadores han desempeñado un papel crucial para determinar la respuesta del mundo a la crisis financiera global. «El BPI ha sido un punto de encuentro muy importante para los banqueros centrales durante la crisis, y las razones para su existencia se han ampliado», dice King. «Hemos tenido que enfrentarnos a unos retos que no habíamos visto nunca. Hemos tenido que averiguar qué pasaba, qué instrumentos usamos cuando los tipos de interés están cerca de cero, cómo comunicamos nuestra política. Discutimos todo esto en casa, con nuestro personal, pero reunirnos y hablar unos con otros es muy valioso para los gobernadores».

Esas discusiones, dicen los banqueros centrales, deben ser confidenciales. «A veces, estar en la cima, en el puesto número uno, puede resultar bastante solitario. Es útil poder encontrarte con otros número uno y decir: “Éste es mi problema, ¿tú cómo lo resuelves?”», prosigue King. «Poder conversar de manera informal y abierta sobre nuestras experiencias ha sido inmensamente valioso. No estamos hablando en un foro público. Podemos decir lo que de verdad pensamos y creemos, y podemos hacer preguntas y beneficiarnos de los demás».<sup>2</sup>

La administración del BPI se esfuerza para garantizar que el ambiente sea cordial y sociable durante todo el fin de semana, y parece que lo consigue. El banco organiza una flota de limusinas para recoger a los gobernadores en el aeropuerto de Zúrich y llevarlos a Basilea. Se organizan desayunos, almuerzos y cenas independientes para los gobernadores de bancos nacionales que supervisan economías nacionales de diferentes tipos y tamaños, de forma que nadie se sienta excluido. «Los banqueros centrales se sentían más cómodos y relajados con sus homólogos, los otros banqueros centrales, que con sus propios gobiernos», recordaba Paul Volcker, anterior presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos, que asistía a los fines de semana de Basilea.<sup>3</sup>



La excepcional calidad de la comida y el vino facilitaban la camaradería, afirmaba Peter Akos Bod, exgobernador del Banco Nacional de Hungría. «Los principales temas de conversación eran la calidad del vino y la estupidez de los ministros de finanzas. Si no entendías de vinos, no podías participar en la conversación».<sup>4</sup>

Y la conversación suele ser estimulante y amena, dicen los banqueros centrales. Era notable el contraste entre el Comité Federal de Mercado Abierto (FOMC, por sus siglas en inglés), de la Reserva Federal de Estados Unidos, y las cenas de los domingos de los gobernadores del G-10, recordaba Laurence Meyer, que fue miembro del Consejo de Gobernadores de la Reserva Federal de 1992 a 2002. El presidente de la Reserva Federal no siempre representaba al banco en las reuniones de Basilea, así que, en ocasiones, era Meyer quien asistía. Las discusiones del BPI siempre eran animadas e invitaban a la reflexión. «Mientras yo estuve en la Fed, en las reuniones del FOMC, casi todos los miembros del comité leían declaraciones preparadas de antemano. Era muy raro que se refirieran a las declaraciones de otros miembros del comité y casi nunca había un intercambio entre dos miembros o una discusión continuada sobre puntos de vista o alternativas en la política. En las cenas del BPI, hablamos de verdad, unos con otros, y las discusiones son siempre estimulantes e interactivas, centradas en las graves cuestiones a que se enfrenta la economía global».<sup>5</sup>

Todos los gobernadores presentes en la reunión de dos días tienen garantizada una total confidencialidad, discreción y los niveles más elevados de seguridad. Las reuniones se celebran en varias plantas que, por lo general, sólo se usan cuando están presentes los gobernadores. A éstos se les proporciona un despacho independiente y el personal de apoyo y secretaría necesario. Las autoridades suizas no tienen ninguna jurisdicción sobre las instalaciones del BPI. Fundado por un tratado internacional y protegido por el Convenio de Sede de 1987 firmado con el gobierno suizo, el BPI disfruta de una protección parecida a las otorgadas a las sedes de Naciones Unidas, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y las embajadas diplomáticas. Las autoridades suizas necesitan el permiso de la dirección del BPI para entrar en los edificios del banco, que se describen como «inviolables».<sup>6</sup>

El BPI tiene derecho a comunicarse en clave y enviar y recibir correspondencia en valijas que gozan de la misma protección que las embajadas, es decir, que no se pueden abrir. El BPI está exento de los impuestos suizos. Sus empleados no tienen que pagar impuestos sobre su salario, que suele ser generoso, pensado para competir con el sector privado. En 2011, el salario del director general era de 763.930 francos suizos, mientras que los jefes de departamento recibían 587.640 francos suizos al año, sumados a generosas prestaciones. Los extraordinarios privilegios legales del banco se extienden también a su personal y directivos. Los directores séniores disfrutaban de un estatus especial, parecido al de los diplomáticos, mientras desempeñan sus deberes en Suiza, lo cual significa que sus valijas no se pueden registrar (salvo que haya pruebas de un acto delictivo flagrante), y sus documentos son inviolables. Los gobernadores de bancos centrales que viajen a Basilea para las reuniones bimestrales gozan del mismo estatus mientras están en Suiza. Bajo la ley

suiza, todos los funcionarios del banco tienen inmunidad, durante toda la vida, por todo lo que hagan durante el cumplimiento de sus deberes. El banco es un sitio popular para trabajar, y no sólo debido a los salarios. Alrededor de seiscientos empleados proceden de más de cincuenta países. El ambiente es multinacional y cosmopolita, aunque muy suizo, haciendo hincapié en la jerarquía del banco. Como a muchos de los que trabajan para Naciones Unidas o el FMI, a parte del personal del BPI, en particular los directivos de alto nivel, les mueve una idea de misión, de que están trabajando con un propósito más elevado, incluso celestial, y por ello son inmunes a consideraciones normales de rendimiento de cuentas y transparencia.

La dirección del banco ha tratado de prever cualquier eventualidad, para no tener que llamar nunca a la policía suiza. La sede del BPI tiene sistemas de rociadores con múltiples elementos de seguridad, instalaciones médicas internas y su propio refugio a prueba de bombas para el caso de que se produjera un ataque terrorista o una conflagración armada. Bajo las leyes suizas, los activos del BPI no están sometidos a reclamaciones civiles y no pueden ser confiscados en ningún caso.

El BPI guarda celosamente el secreto bancario. Las actas, el orden del día y la lista de asistentes a la Reunión de Economía Mundial y al Comité Económico Consultivo (ECC) no se hacen públicas de ninguna forma. Es así porque no se levantan actas oficiales, aunque los banqueros toman, a veces, sus propias notas. En ocasiones, posteriormente, hay una breve conferencia de prensa o declaración anodina, pero nunca nada detallado. Esta tradición de confidencialidad privilegiada se remonta a la fundación del banco.

«La discreción de Basilea y su carácter totalmente apolítico ofrecen una situación perfecta para esas reuniones igualmente discretas y no políticas», escribía un funcionario estadounidense en 1935. «La regularidad de las reuniones y la casi continuada asistencia de prácticamente todos los miembros del consejo hacen que raramente atraigan nada salvo el más exiguo interés de la prensa».<sup>7</sup> Cuarenta años después, poco había cambiado. Charles Coombs, antiguo director de divisas de la Reserva Federal de Nueva York, asistió a las reuniones de gobernadores desde 1960 a 1975. Los banqueros a los que se permitía entrar en el sanctasanctórum de las reuniones de los gobernadores confiaban unos en otros de forma absoluta, según recordaba Coombs en sus memorias: «Por grande que fuera la cantidad de dinero involucrada nunca se firmó ningún acuerdo, ni siquiera se inicializó ningún memorando de entendimiento. La palabra de cada uno era suficiente, y nunca se produjo ninguna decepción».<sup>8</sup>

¿Qué importancia tiene todo esto para el resto de nosotros? Los banqueros se vienen reuniendo en secreto desde que se inventó el dinero. A los banqueros centrales les gusta verse como los sumos sacerdotes de las finanzas, como tecnócratas que supervisan unos rituales monetarios misteriosos y una liturgia financiera que sólo comprende una élite pequeña que se elige a sí misma.

Pero los gobernadores que se reúnen en Basilea cada dos meses son funcionarios públicos. Sus salarios, billetes de avión, facturas de hotel y lucrativas pensiones cuando se retiren las pagan las arcas públicas. Las reservas nacionales de los bancos centrales son dinero público, la riqueza de las naciones. Las discusiones de los banqueros centrales en el BPI, la información que comparten, las

medidas que evalúan, las opiniones que intercambian y las subsiguientes decisiones que toman, son profundamente políticas. Los banqueros centrales, cuya independencia está protegida constitucionalmente, controlan la política monetaria del mundo desarrollado. Administran la oferta de dinero a las economías nacionales. Fijan tipos de interés, decidiendo así el valor de nuestros ahorros e inversiones. Deciden si concentrarse en la austeridad o en el crecimiento. Sus decisiones determinan cómo será nuestra vida.

La tradición de secreto del BPI se remonta a décadas atrás. Durante la década de 1960, por ejemplo, el banco fue la sede del Fondo del Oro de Londres. Ocho países se comprometieron a manipular el mercado del oro para mantener su precio alrededor de treinta y cinco dólares la onza, en línea con las disposiciones del Acuerdo de Bretton Woods, que rigió el sistema financiero internacional después de la Segunda Guerra Mundial. Aunque el Fondo del Oro ya no existe, su sucesor es el Comité de Mercados del BPI, que se reúne cada dos meses con motivo de las juntas de gobernadores para hablar de las tendencias de los mercados financieros. Asisten cargos de veintiún bancos centrales. El comité publica documentos esporádicos, pero su agenda y sus conversaciones permanecen en secreto.

En la actualidad, los países representados en las Reuniones de Economía Global suman alrededor de las cuatro quintas partes del producto interior bruto (PIB) global —la mayoría de la riqueza producida en el mundo— según las estadísticas del propio BPI. Ahora, los banqueros centrales «parecen más poderosos que los políticos», escribió la revista *The Economist*, «y tienen el destino de la economía global en sus manos».<sup>9</sup> ¿Cómo ha llegado a pasar esto? El BPI, la institución financiera global más hermética, puede reclamar una gran parte del mérito. Desde el primer día de su existencia, el BPI se ha dedicado a favorecer los intereses de los bancos centrales y a construir la nueva arquitectura de las finanzas transnacionales. Al hacerlo, ha generado una nueva clase de tecnócratas globales estrechamente unidos, cuyos miembros se mueven entre puestos muy bien remunerados en el BPI, el FMI y los bancos centrales y comerciales.

El fundador del conciliábulo de los tecnócratas fue Per Jacobsson, economista sueco que estuvo al servicio del BPI como asesor económico desde 1931 hasta 1956. El anodino cargo no dejaba traslucir su poder y alcance. Con una enorme influencia, bien relacionado y muy bien considerado por sus iguales, Jacobsson redactó los primeros informes anuales del BPI, que fueron —y siguen siendo— una lectura fundamental en todas las tesorerías del mundo. Jacobsson fue un temprano partidario del federalismo europeo. Se mostró implacable con la inflación, el excesivo gasto gubernamental y la intervención del Estado en la economía. Jacobsson dejó el BPI en 1956, para asumir el mando del FMI. Su legado sigue conformando nuestro mundo. Las consecuencias de su mezcla de liberalismo económico, obsesión por los precios y desmantelamiento de la soberanía nacional se evidencian cada noche en los boletines de noticias de las pantallas de televisión europeas.

Los defensores del BPI niegan que la organización sea hermética. Los archivos del banco están abiertos y los investigadores pueden consultar la mayoría de documentos que tienen más de treinta

años de antigüedad. Los archiveros del BPI son realmente atentos, serviciales y profesionales. La web del banco incluye todos sus informes anuales, que se pueden descargar, así como numerosos documentos de política producidos por el departamento de investigación del banco, que tiene una gran reputación. El BPI publica informes detallados de los mercados de valores y derivados y estadísticas de la banca internacional. Pero se trata mayormente de compilaciones y análisis de una información que ya es del dominio público. Los detalles de las actividades centrales del propio banco, incluyendo muchas de las operaciones bancarias que realizan para sus clientes, los bancos centrales y las organizaciones internacionales, permanecen en secreto. Las Reuniones de Economía Mundial y los otros encuentros financieros cruciales que tienen lugar en Basilea, como el Comité de Mercados, siguen cerrados a personas ajenas. Las personas físicas no pueden tener una cuenta en el BPI, a menos que trabajen para el banco. La opacidad del banco, el que no tenga que rendir cuentas y su influencia cada vez mayor plantea profundas dudas; no sólo sobre la política monetaria, sino sobre la transparencia, la responsabilidad y la forma en que se ejerce el poder en nuestras democracias.

Cuando les decía a amigos y conocidos que estaba escribiendo un libro sobre el Banco de Pagos Internacionales, la reacción habitual era una cara de desconcierto, seguida de la pregunta: «¿El banco de qué?» Mis interlocutores eran personas inteligentes que se mantienen al día de los acontecimientos de actualidad. Muchos estaban interesados y comprendían la economía global y la crisis económica. Sin embargo, sólo un puñado había oído hablar del BPI. Era algo extraño, porque el BPI es el banco más importante del mundo y anterior tanto al FMI como al Banco Mundial. Durante décadas ha sido el centro de la red mundial del dinero y el poder y de la influencia global encubierta.

El BPI fue fundado en 1930. Ostensiblemente, se creó como parte del Plan Young para ocuparse del pago de reparaciones por parte de Alemania por la Primera Guerra Mundial. Los artífices clave del banco fueron Montagu Norman, que era el gobernador del Banco de Inglaterra, y Hjalmar Schacht, presidente del Reichsbank, que hablaba del BPI como «mi banco». Los miembros fundadores del BPI eran los bancos centrales de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Bélgica y un consorcio de bancos japoneses. También se ofrecieron acciones a la Reserva Federal, pero Estados Unidos, que desconfiaba de cualquier cosa que pudiera violar su soberanía nacional, rechazó su asignación. En su lugar, las suscribió un consorcio de bancos comerciales: J. P. Morgan, el First National Bank de Nueva York y el First National Bank de Chicago.

El auténtico propósito del BPI estaba detallado en sus estatutos: «Promover la cooperación de los bancos centrales y proporcionar mecanismos adicionales para las operaciones financieras internacionales». Era la culminación del antiguo sueño de los banqueros centrales de tener su propio banco: poderoso, independiente y libre de la interferencia de los políticos y los periodistas entrometidos. Lo mejor de todo era que el BPI se autofinanciaba y lo haría a perpetuidad. Sus

clientes eran sus propios fundadores y accionistas: los bancos centrales. Durante los años treinta, el BPI fue el principal lugar de reunión para un conciliábulo de banqueros centrales, dominados por Norman y Schacht. Este grupo ayudó a reconstruir Alemania. *The New York Times* describía a Schacht, reconocido ampliamente como el genio que había detrás de la resurgente economía alemana, como «El piloto con voluntad de hierro de las finanzas nazis».<sup>10</sup> Durante la guerra, el BPI se convirtió en el brazo *de facto* del Reichsbank, aceptando el oro saqueado por los nazis y realizando operaciones de divisas con la Alemania nazi.

La alianza del banco con Berlín era conocida en Washington y Londres. Pero la necesidad de que el BPI siguiera funcionando para mantener abiertos los nuevos canales de las finanzas internacionales era casi lo único en lo que estaban de acuerdo todas las partes. Basilea era el lugar perfecto, ya que está situada en el extremo norte de Suiza y casi en las fronteras con Francia y Alemania. A unos kilómetros de distancia, los soldados nazis y aliados luchaban y morían. Nada de eso tenía importancia para el BPI. Se suspendieron las reuniones del consejo, pero las relaciones entre las planas mayores del BPI de las naciones beligerantes siguieron siendo cordiales, profesionales y productivas. Las nacionalidades eran irrelevantes. La lealtad primordial era para las finanzas internacionales. El presidente, Thomas McKittrick, era estadounidense. Roger Auboin, director general, era francés. Paul Hechler, director general adjunto, era miembro del partido nazi y firmaba su correspondencia con «Heil Hitler». Raffaele Pilotti, el secretario general, era italiano. Per Jacobsson, el influyente asesor económico del banco, era sueco. Sus adjuntos y los de Pilotti eran británicos.

Después de 1945, cinco directores del BPI, entre ellos Hjalmar Schacht, fueron acusados de crímenes de guerra. Alemania perdió la guerra, pero ganó la paz económica, en gran parte debido al BPI. El escenario, los contactos, las redes bancarias y la legitimidad internacionales que proporcionaba el BPI, primero al Reichsbank y luego a los bancos que lo han sucedido, han ayudado a garantizar la continuidad de unos intereses económicos y financieros inmensamente poderosos desde la época nazi hasta el día de hoy.

Durante los primeros cuarenta y siete años de su existencia, desde 1930 a 1977, el BPI tuvo su sede en lo que antes era un hotel, cerca de la estación central de ferrocarril de Basilea. La entrada del banco quedaba escondida junto a una chocolatería y sólo un pequeño letrero confirmaba que aquella estrecha puerta se abría al BPI. Los directores del banco estaban convencidos de que los que necesitaran saber dónde estaba el BPI lo encontrarían y, por supuesto, el resto del mundo no tenía ninguna necesidad de saberlo. Charles Coombs recordaba que el interior del edificio cambió poco a lo largo del tiempo. El BPI ofrecía «las espartanas instalaciones de un antiguo hotel de estilo victoriano, cuyas habitaciones individuales y dobles habían sido transformadas en oficinas sencillamente quitando las camas y poniendo mesas».<sup>11</sup>

El banco se trasladó a su actual sede, en el número 2 de Centralbahnplatz, en 1977. No se fue

lejos y ahora domina la estación central de Basilea. En la actualidad, la principal misión del BPI es, según sus propias palabras, triple: «Servir a los bancos centrales en su búsqueda de estabilidad monetaria y financiera, fomentar la cooperación internacional en estos campos y actuar como banco para los bancos centrales». <sup>12</sup> El BPI también aloja una gran parte de la infraestructura práctica y técnica que la red mundial de bancos centrales y sus homólogos comerciales necesitan para funcionar sin contratiempos. Tiene dos salas de operaciones conectadas: en la central de Basilea y en las oficinas regionales de Hong Kong. El BPI compra y vende oro y divisas para sus clientes. Proporciona gestión de activos y facilita créditos a corto plazo a los bancos centrales cuando lo necesitan.

El BPI es una institución única; es una organización internacional, un banco extremadamente rentable y un instituto de investigación, fundado y protegido por tratados internacionales. <sup>13</sup> El BPI es responsable ante sus clientes y accionistas —los bancos centrales— pero también guía sus operaciones. Las principales tareas de un banco central, dice el BPI, son controlar el flujo del crédito y el volumen de moneda que hay en circulación, lo cual garantizará un clima empresarial estable y mantendrá los tipos de cambio dentro de unos límites manejables para asegurar el valor de las monedas y así allanar el comercio internacional y los movimientos de capital. Esto es crucial, especialmente en una economía globalizada, donde los mercados reaccionan en microsegundos y la percepción de la estabilidad y el valor económicos son casi tan importantes como la propia realidad.

El BPI también ayuda a supervisar los bancos comerciales, aunque no tiene ninguna autoridad legal sobre ellos. El Comité de Basilea para la Supervisión Bancaria, con sede en el BPI, regula las necesidades de liquidez y capital de los bancos comerciales. Exige que éstos tengan un capital mínimo del ocho por ciento de los activos ponderados por el riesgo cuando prestan, lo cual significa que si un banco tiene activos ponderados por el riesgo de cien millones de dólares, debe mantener un capital de, por lo menos, ocho millones de dólares. <sup>14</sup> El comité no tiene poderes coercitivos, pero sí una enorme autoridad moral. «Esta regulación es tan poderosa que el principio del ocho por ciento ha sido incluido en las leyes nacionales», dice Peter Akos Bod. «Es como el voltaje. Ha sido fijado en 220. Puedes optar por noventa y cinco voltios, pero no funcionará». En teoría, una administración y una cooperación mutua sensatas, supervisadas por el BPI, mantendrán el sistema financiero global funcionando sin contratiempos. En teoría.

La realidad es que hemos ido más allá de la recesión y entrado en una profunda crisis estructural, alimentada por la codicia y rapacidad de los bancos, que amenaza la totalidad de nuestra seguridad financiera. Igual que en los años treinta, partes de Europa se enfrentan al colapso económico. El Bundesbank y el Banco Central Europeo, dos de los miembros con más poder del BPI, han impulsado la obsesión por la austeridad que ya ha empujado a un país europeo, Grecia, al borde del abismo, con la ayuda de la venalidad y la corrupción de la clase dirigente del país. Puede que otros países no tarden en seguirla. El viejo orden chirría, y sus instituciones políticas y financieras se están corroyendo desde dentro. Desde Oslo a Atenas resurge la extrema derecha, alimentada en parte por una pobreza y un desempleo galopantes. La rabia y el escepticismo minan

la fe de los ciudadanos en la democracia y el Estado de derecho. Una vez más, el valor de los bienes y activos se evapora ante los ojos de sus propietarios. La divisa europea amenaza con desplomarse, mientras los que tienen dinero buscan refugio en los francos suizos o el oro. Los jóvenes, los que tienen talento y movilidad, están abandonando, una vez más, sus países natales por una nueva vida en otros lugares. Las poderosas fuerzas del capital internacional que gestaron el BPI y que le garantizaban su poder e influencia triunfan de nuevo.

El BPI ocupa la cúspide de un sistema financiero internacional que se está derrumbando, pero sus cargos arguyen que el banco no tiene el poder para actuar como regulador financiero internacional. Sin embargo, no puede eludir su responsabilidad en la crisis de la zona euro. Desde los primeros acuerdos sobre los pagos multilaterales, a finales de los años cuarenta, hasta el establecimiento del Banco Central Europeo, en 1998, el BPI ha sido el centro del proyecto de integración europea, ofreciendo los conocimientos técnicos expertos y los mecanismos financieros necesarios para armonizar la moneda. Durante la década de 1950, gestionó la Unión Europea de Pagos, que internacionalizó el sistema de pagos del continente. El BPI albergó al Comité de Gobernadores de los bancos centrales de la Comunidad Económica Europea, creado en mayo de 1964, que coordinaba la política monetaria transeuropea. Durante la década de 1970, el BPI dirigió la llamada «serpiente», el mecanismo mediante el cual se mantenía a las divisas europeas en bandas de tipos de cambio. Durante los ochenta, el BPI fue la sede del Comité Delors, cuyo informe de 1988 trazó el camino a la Unión Monetaria Europea y la adopción de una única divisa. EL BPI ayudó al parto del Instituto Monetario Europeo (IME), precursor del Banco Central Europeo. El presidente del IME fue Alexandre Lamfalussy, uno de los economistas más influyentes del mundo, conocido como el «padre del euro». Antes de incorporarse al IME en 1994, Lamfalussy trabajó para el BPI durante diecisiete años, primero como asesor económico y luego como director general del banco.

Para ser una organización seria y hermética, el BPI ha demostrado una sorprendente agilidad. Sobrevivió a la primera depresión mundial, al final de los pagos por reparaciones de guerra y al patrón oro (dos de las principales razones de su existencia), al auge del nazismo, la Segunda Guerra Mundial, el Acuerdo de Bretton Woods, la Guerra Fría, las crisis financieras de los años ochenta y noventa, el nacimiento del FMI y el Banco Mundial y el final del comunismo. Como observó Malcolm Knight, directivo entre 2003-2008: «Es alentador ver que —permaneciendo pequeño, flexible y libre de interferencias políticas— el banco ha conseguido, a lo largo de su historia, hacerlo notablemente bien para adaptarse a unas circunstancias en evolución».<sup>15</sup>

El banco se había constituido como pilar fundamental del sistema financiero global. Además de las Reuniones de Economía Mundial, el BPI es la sede de cuatro de los comités internacionales más importantes que se ocupan de la banca global: el Comité de Basilea para la Supervisión Bancaria, el Comité para el Sistema Financiero Global, el Comité de Sistemas de Pago y Liquidación y el Comité Irving Fisher que se ocupa de las estadísticas de los bancos centrales. El banco también alberga a tres organizaciones independientes: dos grupos dedicados a los seguros y la Junta de Estabilidad

Financiera (FSB, siglas en inglés). Ya se habla de la FSB, que coordina las autoridades financieras nacionales y las políticas reguladoras, como el cuarto pilar del sistema financiero mundial, después del BPI, el FMI y los bancos comerciales.

El BPI ocupa hoy el trigésimo lugar entre los tenedores de reservas de oro, con 119 toneladas métricas —más que Qatar, Brasil o Canadá.<sup>16</sup> Ser miembro del BPI sigue siendo un privilegio más que un derecho. El consejo de administración es responsable de admitir a bancos centrales de los que se juzga que «realizan una contribución sustancial a la cooperación monetaria internacional y a las actividades del banco». China, Rusia y Arabia Saudí no se incorporaron hasta 1996. El banco ha abierto oficinas en Ciudad de México y Hong Kong, pero sigue siendo muy eurocéntrico. Estonia, Letonia, Lituania, Macedonia, Eslovenia y Eslovaquia (con un total de 16,2 millones de habitantes) han sido admitidas, mientras que Pakistán (con 169 millones de habitantes) no lo ha sido. Tampoco lo ha sido Kazajistán, una auténtica potencia de Asia Central. En África, sólo Argelia y Sudáfrica son miembros; Nigeria, que tiene la segunda mayor economía del continente no ha sido admitida. (Los defensores del BPI dicen que el banco exige unos estándares de gobernanza altos a los nuevos miembros y que, cuando los bancos nacionales de países como Nigeria y Pakistán alcancen esos estándares, se considerará su ingreso).

Teniendo en cuenta el papel capital del BPI en la economía transnacional, su discreción es extraordinaria. En 1930, un periodista de *The New York Times* comentó que el secretismo era tan fuerte en el BPI que no le permitieron mirar dentro de la sala de juntas, ni siquiera después de que los directores se hubieran marchado. Poco ha cambiado. No se permite que los periodistas entren en las oficinas centrales mientras se desarrolla la Reunión de Economía Mundial. Son pocas las veces que los cargos del BPI hablan oficialmente con los representantes de la prensa, y lo hacen de mala gana. La estrategia parece dar resultado. El movimiento de protesta «Ocupemos Wall Street», los antiglobalización, los manifestantes de las redes sociales han ignorado al BPI. El número 2 de Centralbahnplatz, en Basilea, está tranquilo y en calma. No hay manifestantes reunidos frente a las oficinas del BPI, ni acampados en el parque cercano, ningún animado comité recibe a los representantes de los bancos centrales del mundo.

Cuando la economía mundial va dando bandazos de crisis en crisis, se examina más atentamente que nunca a las instituciones financieras. Legiones de reporteros, blogueros y periodistas de investigación registran cada movimiento de los bancos. A pesar de ello, de alguna manera, aparte de breves menciones en las páginas de economía, el BPI se las ha arreglado en gran medida para evitar un examen crítico. Hasta ahora.

---

<sup>1</sup>Jon Hilsenrath y Brian Blackstone, «Inside the Risky Bets of Central Banks», *The Wall Street Journal*, 12 diciembre 2012.

---

<sup>2</sup>Sir Mervyn King, entrevista con el autor, Londres, febrero 2012.



---

3Paul Volcker, entrevista con el autor, Nueva York, mayo 2012.

---

4Peter Akos Bod, entrevista con el autor, Budapest, octubre 2011.

---

5Laurence Meyer, entrevista con el autor, Washington, mayo 2012.

---

6Convenio entre el Consejo Federal Suizo y el Banco de Pagos Internacionales para determinar el estatus legal del banco en Suiza, 10 febrero 1987, enmienda efectiva 1 enero 2003. Disponible para descargar en <http://www.bis.org/about/headquart-en.pdf>.

---

7Memorando A, «Benefits which the US might be expected to derive from representation on the board of the BIS» (Beneficios que EE.UU. podrían esperar conseguir de la representación en el consejo del BPI), 16 octubre 1935, NARA, MD. RG82-FRS, NWCH, caja 13.

---

8Charles Coombs, *The Arena of International Finance*, John Wiley, Nueva York, 1976, 26.

---

9«King: Ace or Joker», *The Economist*, 31 marzo 2012.

---

10Harold Callender, «The Iron-Willed Pilot of Nazi Finance», *The New York Times*, 4 marzo 1974.

---

11Coombs, Op. cit., 26.

---

12<http://www.bis.org/about/index.htm>.

---

13El Fondo Monetario Internacional es, como su nombre indica, un fondo más que un banco. El FMI proporciona crédito a sus 188 países miembros e impone condiciones estrictas para los préstamos, con frecuencia exigiendo cambios en la política económica y fiscal de los gobiernos. El Grupo del Banco Mundial se compone de cinco organismos, entre los que está el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo, y presta dinero a países pobres, con una renta baja y media. El objetivo del Grupo del Banco Mundial es aliviar la pobreza, no obtener beneficios.

---

14[http://www.investopedia.com/terms/b/Basel\\_i.asp#axzz2JIIsrfcm](http://www.investopedia.com/terms/b/Basel_i.asp#axzz2JIIsrfcm).

---

15Gianni Toniolo, *Central Bank Co-operation at the Bank for International Settlements 1930-1973*, Cambridge University Press, Londres, 2005, xiii.

---

16Consejo Mundial del Oro. Tenencias oficiales de oro en el mundo, febrero 2012.

# PARTE I

## KAPITAL ÜBER ALLES

# Los banqueros lo saben mejor que nadie

«Espero que el verano que viene podamos inaugurar un “Club” de Bancos Centrales, privado y ecléctico, pequeño al principio, grande en el futuro.»

De MONTAGU NORMAN, gobernador del Banco de Inglaterra,  
a BENJAMIN STRONG, gobernador del Banco  
de la Reserva Federal de Nueva York, en 1925<sup>1</sup>

Un día del verano de 1929, Montagu Norman, gobernador del Banco de Inglaterra, descolgó el teléfono y habló con Walter Layton, director de *The Economist*. Impaciente, Norman le pidió a Layton que fuera a su despacho lo antes posible para hablar de un asunto muy importante.

Durante su etapa como gobernador, desde 1920 a 1944, Norman fue uno de los hombres más influyentes del mundo, un bastión en apariencia permanente del sistema financiero mundial. Sus escuetas declaraciones eran examinadas con lupa en busca de sentido. Cuando lo volvieron a nombrar gobernador en 1932, *The New York Times* lo describió diciendo que supervisaba el «imperio de riqueza invisible» de Gran Bretaña. «El patrón oro puede ir y venir», observaba el artículo, «pero Montagu Norman permanece».<sup>2</sup> Era tal el poder de Norman que un único discurso suyo podía mover mercados. Cuando, en octubre de 1929, Norman proclamó, pesimista, en una cena de banqueros en Londres, que el desorden económico mundial estaba fuera del control de cualquier hombre, gobierno o país, las acciones y obligaciones y el dólar cayeron brusca y rápidamente en Nueva York.

A Layton no le sorprendió la agitación de Norman. El gobernador era un vástago de una vieja y respetada dinastía bancaria, pero su estado mental era un secreto a voces entre los financieros de la casa. Norman era un personaje voluble, maniaco depresivo y adicto al trabajo, famoso entre la gente de la casa por sus cambios de humor. Tímido e hipersensible, era introvertido hasta llegar a la neurosis. Antes de la Primera Guerra Mundial, había consultado con Carl Jung, suizo y fundador de la psicología analítica, para hablar de un tratamiento, sin ningún éxito. Jung había insinuado que

Norman era intratable, lo cual no le fue de mucha ayuda.

El banquero más poderoso del mundo aborrecía la publicidad, que lo reconocieran o relacionarse socialmente y era propenso a sufrir desmayos. En una ocasión, le tiró un tintero a la cabeza a un empleado que no cumplió con sus rigurosos estándares. «Era un banquero muy insólito. Era más parecido a un noble o un pintor del siglo XVII», recordaba su hijastro, Peregrine Worsthorne. «Siempre fue muy neurótico y tenía crisis nerviosas graves. Era muy tímido y solitario. No le importaban las convenciones. Bajaba a cenar sin calcetines e iba a trabajar en metro, algo muy inusual en aquellos días».<sup>3</sup>

Tampoco tenía aspecto de ser un sobrio financiero, con su capa, su bien recortada barba como en un retrato de Van Dyke y su brillante aguja de corbata con piedras preciosas. Pero pese a su llamativa forma de vestir, desaprobaba las conductas extravagantes, decía Worsthorne. «Vivía muy austeramente y desalentaba todo signo de ostentación. Detestaba asistir a cócteles». El horror que sentía por la publicidad tenía precisamente el efecto contrario. Aunque cuando cruzaba el Atlántico, usaba un nombre ficticio, porque la prensa estaba pendiente de todo lo que hacía, hordas de periodistas y fotógrafos seguían esperándolo cuando desembarcaba en Nueva York.

Los meses cálidos de 1929 fueron el canto del cisne de los locos años veinte. El mercado alcista seguía creciendo en Estados Unidos. Los precios de las acciones iban en aumento. El valor de las acciones de Radio Corporation of America (RCA) subió casi un 50 por ciento sólo en un mes. Hasta los limpiabotas de Wall Street les pasaban consejos a sus clientes corredores de Bolsa. En agosto, una firma de corretaje anunció un nuevo servicio para los que iban a Europa en trasatlántico: realizar operaciones bursátiles a bordo durante la travesía de una semana de duración.

Layton, respondiendo a la llamada de Norman, se apresuró a acudir a la central del banco en Threadneedle Street, epicentro de la City, como se conoce el barrio financiero de Londres. Rodeada de un alto muro y ocupando la mayor parte de una manzana, la sede del banco estaba pensada para impresionar, incluso intimidar. Detrás de la gigantesca puerta de bronce se extendía un complejo de patios, zonas bancarias y un jardín con una fuente, una auténtica Alhambra de dinero, atestada de empleados y subordinados que iban y venían, afanosos, por los pasillos. Incluso la terminología era regia: el banco estaba gobernado no por un consejo, sino por una «corte».

Layton fue acompañado al despacho de Norman, donde éste estaba sentado ante una mesa de caoba, en el centro de una sala con paredes recubiertas de madera. Norman quería hablar de un nuevo banco, que se llamaría Bank for International Settlements (Banco de Pagos Internacionales). Lo estaban preparando en combinación con el Plan Young, el programa más reciente y, esperaban, definitivo para implementar el pago de las indemnizaciones que Alemania debía pagar por la Primera Guerra Mundial. Pero Norman tenía ideas mucho más ambiciosas. El BPI sería la primera institución financiera mundial. Sería un lugar de reunión para los representantes de los bancos centrales. Lejos de las exigencias de los políticos y las miradas curiosas de los periodistas entrometidos, los banqueros aportarían un orden y una coordinación muy necesarios al sistema financiero mundial. Pero para que el BPI tuviera éxito y desarrollara adecuadamente su potencial,

Norman explicó que necesitaba la ayuda de Layton. Pronto se reuniría un subcomité en Baden-Baden, en Alemania, para redactar los estatutos del banco. El director de *The Economist*, dijo Norman, era justamente el hombre adecuado para elaborar la constitución del BPI, una constitución que, sobre todo, debía garantizar la independencia del banco respecto a los políticos.

Para comprender cómo y por qué el BPI ejerce tanta influencia hoy, es necesario remontarse a principios de la década de 1920 y a las discusiones sobre las indemnizaciones que Alemania tenía que pagar por la Primera Guerra Mundial. La culpabilidad de Alemania estaba consagrada en el Tratado de Versalles de 1919. Pero ninguna cantidad de dinero podía devolver la vida a los muertos, cuyo número era casi inconcebible. En julio de 1916, el primer día de la batalla del Somme, Gran Bretaña perdió 60.000 hombres, el equivalente a una ciudad de tamaño medio, acibillados en pocas horas. Francia perdió un total de 1,4 millones de soldados durante los cuatro años de la guerra, y Alemania, dos millones. Estados Unidos, que no entró en el conflicto hasta 1917, perdió 117.000 hombres.

Llegar a un acuerdo sobre las indemnizaciones alemanas era una tarea lenta, complicada y con enormes tensiones políticas. La Primera Guerra Mundial había internacionalizado el conflicto en un grado sin precedentes. Sus secuelas económicas se globalizaron de forma parecida. La guerra había cobrado un precio terrible a las economías europeas, además de a su población. El joven sistema financiero internacional no estaba diseñado para resolver las complejas demandas que se le hacían. ¿Dónde encontraría Alemania el dinero para pagar? ¿Cuáles serían los mecanismos por medio de los cuales lo haría? ¿Quién supervisaría y regularía el pago de las indemnizaciones? Estas crípticas discusiones moldearon el papel, la estructura y el privilegiado estatus legal del BPI.

En 1919 había, en términos generales —igual que las habría en 1945—, dos escuelas de pensamiento: los castigadores y los reconstructores. Francia encabezaba los primeros. «*Les Boches*», decían los franceses, deben pagar y pagarán por sus crímenes, muchos de los cuales fueron cometidos en suelo francés. Norman y los reconstructores, que incluían la mayor parte de Wall Street, opinaban lo contrario. Se podía reconstruir Europa, pero su futuro estaba en el comercio y la cooperación financiera. El objetivo no era reducir Alemania a la penuria, sino ayudarla a reparar su economía y empezar a comerciar de nuevo lo antes posible.

En abril de 1921, la Comisión de Reparaciones anunció que Alemania pagaría un total de 132.000 millones de marcos oro (31.500 millones de dólares), en cuotas de 2.000 millones de marcos al año. La comisión igual podría haber pedido diez veces más. Alemania todavía se tambaleaba después de su derrota, la sociedad se hundía, el desempleo se disparaba y había una grave escasez de comida. Los extremistas de extrema derecha —el Freikorps— luchaban contra los militantes marxistas en las calles. Los comités de trabajadores se hicieron con el control de Hamburgo, Bremen, Leipzig y el Berlín central. Éste no era el marxismo de salón de Greenwich Village o San Francisco, sino el auténtico; crudo y sangriento. Se tomaban rehenes, se ocupaban

fábricas y se alineaba a los prisioneros contra una pared y se les fusilaba.

Las predicciones de Karl Marx sobre la inevitable destrucción del capitalismo parecían volverse más reales a cada hora que pasaba, especialmente en su patria. Los temores de los banqueros de que Alemania estuviera a punto de seguir a Rusia en el comunismo parecían enteramente justificados. La hiperinflación se desencadenó cuando el gobierno imprimió dinero para mantener el país en marcha. Los compradores usaban carretillas para trasladar los fajos de billetes necesarios para comprar productos básicos. Era preciso detener el caos. El 13 de noviembre de 1923, cinco días después de que Adolf Hitler fracasara en su intento de golpe de Estado (el *Putsch* de la Cervecería), en Munich, un alto e imperioso alemán empezó a trabajar como comisario de asuntos monetarios del Reich. Hjalmar Schacht exigió y consiguió poderes casi dictatoriales. Trabajando en un antiguo cuartito del portero, puso manos a la obra para estabilizar el valor de la nueva moneda de Alemania, el rentenmark. Por lo general, las monedas estaban respaldadas por el oro, pero el rentenmark lo estaba por el valor de la tierra y las explotaciones de Alemania, ya que no había oro disponible para cumplir esta función. Era una idea un tanto confusa: ¿por qué podía el poseedor de un rentenmark canjear su dinero? ¿Le darían un trocito de un campo?

Estas preocupaciones no tenían importancia. Mientras Schacht estuviera en el cargo, nadie querría canjear un rentenmark. Schacht entendía de forma brillante el aspecto clave de la psicología del dinero, que es tan válido hoy como lo fue en la hiperinflación de los años veinte: *la apariencia de estabilidad financiera crea valor monetario*. Si la gente creía que había alguien al mando, que el caos acabaría y que el rentenmark tenía valor, entonces lo valorarían. Los primeros billetes se imprimieron el 15 de noviembre de 1923. Se podía cambiar un rentenmark por un billón de los antiguos marcos (1.000.000.000.000). Un dólar valía 4,2 rentenmarks, una vuelta al tipo de cambio anterior a la Primera Guerra Mundial. El objetivo, dijo Schacht, era «conseguir que el dinero alemán fuera escaso y valioso». Fuera de la logística de imprimir y distribuir los billetes de banco y convencer a los colegas extranjeros de Schacht de que el orden había vuelto a la economía alemana, no implicaba mucho más.

Cuando unos periodistas alemanes le preguntaron a Clara Steffeck, la secretaria de Schacht, qué hacía éste a lo largo del día, respondió:

¿Que qué hacía? Permanecía sentado en su oscura habitación, que olía a viejos trapos de limpieza, y fumaba. ¿Leía cartas? No. Tampoco dictaba cartas. Pero telefoneaba mucho a todo el mundo, para hablar de divisas nacionales y extranjeras. Luego fumaba otra vez. No comía mucho. Solía marcharse tarde y cogía el transporte público para volver a casa. Eso era todo.<sup>4</sup>

No exactamente «todo». Los impuestos subieron y cuatrocientos mil funcionarios públicos fueron despedidos. Pero el rentenmark detuvo la inflación alemana con tanto éxito que el 22 de diciembre de 1923 Schacht fue ascendido al cargo de presidente del Reichsbank, aunque

conservando su puesto como comisario de asuntos monetarios. Ahora podía asistir a las reuniones del gabinete. «En pocas semanas», observa John Weitz, biógrafo de Schacht, «prácticamente se había convertido en el dictador económico de Alemania».<sup>5</sup>

Sin ninguna duda, Schacht tenía el aspecto de un estricto banquero prusiano: se peinaba con raya exactamente en medio y el bigote llameaba brevemente bajo la nariz antes de detenerse en una boca enérgica. Los ojos miraban fijamente, suspicaces, a través de unos impertinentes. Caminaba de un modo rígido, casi militar, y llevaba camisas con cuellos altos de celuloide. De hecho, no era prusiano en absoluto, sino que había nacido en Schleswig del Norte, en una zona cuya posesión había ido y venido varias veces entre Alemania y Dinamarca. Con independencia de quién gobernara la provincia, sus habitantes eran personas tercas y resistentes. Se adaptaban fácilmente a sus señores alternativos, pero conservaban su tenacidad e independencia, unas cualidades que le serían útiles de Schacht. Su abuelo, Wilhelm, era un médico rural que crió a doce hijos y cobraba a cada paciente, rico o pobre, sesenta pfennigs. El padre de Schacht, también llamado Wilhelm, era un maestro que emigró a Estados Unidos. Trabajó en una fábrica de cerveza en Brooklyn y obtuvo la ciudadanía. La madre de Hjalmar era una impetuosa aristócrata, la baronesa Constanze von Eggers.

Los Schacht se instalaron en Nueva York, pero no prosperaron y Wilhelm llevó a su familia de vuelta a Europa. En 1876 se trasladaron a Tinglev, que hoy pertenece a Dinamarca; al año siguiente nació su segundo hijo. Al principio, querían llamarlo Horace Greeley, en homenaje a un influyente periodista y político que luchó contra la trata de esclavos. La baronesa estaba orgullosa de sus opiniones radicales: su padre había luchado para abolir la servidumbre en Dinamarca. La abuela del recién nacido dijo que el niño debía tener, por lo menos, un nombre propio debidamente danés, así que la familia llegó a un compromiso con Hjalmar Horace Greeley Schacht.

La familia se trasladaba constantemente. Vivieron un tiempo en Hamburgo y luego se mudaron a Berlín. Hjalmar demostró ser un estudiante aplicado. Se matriculó en la Universidad de Kiel y estudió economía política. Trabajó como periodista, probó en las relaciones públicas y luego se incorporó al Dresdner Bank. Su diligencia, atención al detalle y su actitud austera ayudaron a que pronto se apercibieran de él. Schacht viajó a Estados Unidos con otros cargos del banco. Se reunieron con el presidente Theodore Roosevelt y fueron invitados a almorzar en el comedor de los socios en J. P. Morgan. La comprensión que Schacht tenía del mundo fuera de Alemania y su soltura en inglés demostraron ser inestimables. Lo promocionaron al cargo de director adjunto del Dresdner Bank y se incorporó al consejo del Reichsbank.

Así pues, en 1923, con el Rentenmark establecido, el siguiente paso era construir una reserva de oro para darle a la nueva moneda un auténtico respaldo. Esta es la razón de que, la tarde del 31 de diciembre, el presidente del Reichsbank bajara del tren en la estación de Liverpool Street, en el centro de Londres. Con gran sorpresa y alegría de Schacht, en el andén lo esperaba el propio Montagu Norman. «De verdad espero que lleguemos a ser amigos», dijo Norman, con una tímida sonrisa. Schacht le contó que deseaba que el Banco de Inglaterra prestara 25 millones de dólares a

una nueva filial del Reichsbank, el Gold Discount Bank. El nuevo banco alteraría al instante la percepción mundial de las perspectivas financieras del país. El visto bueno del gobernador del Banco de Inglaterra le abriría las puertas de Wall Street y la City de Londres.

Tenaz como siempre, Schacht consiguió su dinero.

Schacht había engatusado a Norman, pero la cuestión de las reparaciones seguía sin resolverse. Estados Unidos estaba cansado de reñir a los europeos, que no podían poner orden en su casa, y también reconocía que no podría haber una prosperidad duradera mientras Europa fuera dando bandazos de una crisis financiera a otra. Se formó un nuevo comité de reparaciones bajo la presidencia de Charles Dawes, un irascible banquero estadounidense. El Comité Dawes se reunió en París en enero de 1924. Owen D. Young, presidente de la empresa y del consejo de administración de la General Electric Company y de la RCA, acompañaba a Dawes. Young era un diplomático consumado y tenía que serlo. Su tarea era convencer a Francia para que suavizara los términos del programa de reparaciones, que estaba destruyendo la economía alemana e impidiendo, así, la recuperación europea, y luego convencer a Alemania de que aceptara un control externo mucho más riguroso de sus finanzas.

El Comité Dawes publicó sus recomendaciones el 9 de abril. Los pagos de Alemania se reducirían durante un tiempo y se aumentarían después, cuando la economía se hubiera estabilizado. Esa estabilización se basaría en parte en un préstamo de 800 millones de marcos oro, que se colocarían en el mercado internacional. El gobierno alemán conservaría los fondos en marcos, que se ingresarían en una cuenta de garantía bloqueada en el Reichsbank. Esta cuenta estaría controlada por un funcionario extranjero denominado agente-general, que decidiría cómo se usaría el dinero y cuándo se liberaría, para evitar inundar los mercados y afectar el valor del Reichsmark. Se puso al Reichsbank bajo el control de un consejo de catorce hombres, formado por siete extranjeros y siete alemanes.

Las empresas de Estados Unidos se apresuraron a invertir en Alemania. La Gran Guerra había disparado un *boom* económico en Estados Unidos. A diferencia de Europa, el continente americano no había sufrido daños causados por la guerra. Sus fábricas y explotaciones agrícolas, sus minas y sus plantas industriales estaban intactas y funcionando a plena capacidad. En octubre se lanzó el empréstito del Plan Dawes en Nueva York y Londres y la demanda superó con creces y muy rápidamente a la oferta. Los bancos de Estados Unidos no tardaron en pelearse por financiar a las empresas que ahora invertían en la economía alemana.

Entre 1924 y 1928, Alemania tomó prestados 600 millones de dólares al año, la mitad de los cuales procedían de los bancos de Estados Unidos. Una gran parte volvió rápidamente al lugar de donde habían venido. Como los rescates modernos, el dinero iba y venía, subiendo y bajando balances, estimulando la confianza y manteniendo contentos a los mercados. Como escribió John Maynard Keynes: «Estados Unidos presta dinero a Alemania, Alemania transfiere su equivalente a



los Aliados, los Aliados se lo devuelven al gobierno de Estados Unidos. No pasa nada real; nadie es un penique más pobre. Los troqueles de los grabadores y los moldes de los impresores están más activos. Pero nadie come menos, nadie trabaja más».<sup>6</sup> Algunos, como Schacht, creían que nadie era un penique más rico, y tenía razón. Las enormes sumas eran meramente una cinta adhesiva financiera. Y, en octubre de 1929, cuando Wall Street se derrumbó, los inversores estadounidenses, en masa, se apresuraron a recuperar sus inversiones alemanas.

Una vez más, Alemania se enfrentaba al desastre económico. Pero si la Alemania de Weimar dejaba de pagar, la economía mundial podía irse a pique. Estaba claro que había que solucionar la cuestión de las reparaciones. Incluso Seymour Parker Gilbert, el agente general responsable de poner en práctica el Plan Dawes, defendió que era preciso que el país tomara el control de su destino financiero. Gilbert no era popular. En 1928, los nacionalistas alemanes organizaron su coronación paródica. Diez mil personas contemplaron su efigie coronada con la frase: «El nuevo káiser alemán que gobierna con un sombrero de copa por corona y un cortador de cupones como cetro».<sup>7</sup>

La respuesta a la interminable cuestión de las reparaciones alemanas fue, claro, otra conferencia. Ésta recibió el nombre de su presidente, Owen Young. Las delegaciones llegaron a París en febrero de 1929, en el invierno más frío en casi un siglo. La brecha entre Francia y Alemania respecto a la cuantía de las indemnizaciones de Alemania era más grande y tenebrosa que nunca. Schacht hizo su oferta inicial: 250 millones de dólares al año durante los treinta y siete años siguientes. Émile Moreau, el igualmente terco gobernador del Banco de Francia, exigió 600 millones de dólares al año, durante sesenta y dos años. Según informó a Young, quizá ni siquiera eso fuera suficiente. Podría ser que Francia no se conformara con menos de mil millones.

Moreau se negó a ceder ni un ápice, y lo mismo hizo Schacht. Cualquier optimismo inicial pronto se enfrió. Los alemanes estaban nerviosos porque la policía secreta francesa les pinchaba el teléfono. Schacht y sus colegas se comunicaban con Berlín mediante telegramas en clave. Él volvía cada quince días para consultar con el gobierno. Lord Revelstoke, segundo al mando de la delegación británica, escribió en su diario que Schacht había recuperado «su actitud más negativa» y «no estaba nada dispuesto a ayudar». Con su «hacha de guerra, su cara teutona, su cuello musculoso y el cuello de la camisa que no le ajustaba bien», se parecía «a un león marino del zoo».<sup>8</sup>

Con independencia de la suma que se acordara finalmente, por lo menos había un cierto consenso en que sería necesario un nuevo banco para gestionar las indemnizaciones alemanas. Schacht y Norman defendían que ese nuevo banco mantendría aquella cuestión fuera de la política y la gestionaría con una base puramente financiera. Era algo poco probable, ya que no había cuestiones con una carga política mayor que las reparaciones, pero mostraba que los dos gobernadores veían los beneficios de un banco libre de constreñimientos políticos. Años más tarde, Schacht tituló su autobiografía *Confesiones del viejo brujo*. No hay ninguna duda de que hechizó a Owen Young. Alemania pagaba sus reparaciones tomando dinero prestado de otros países, le explicó Schacht al presidente de la conferencia. Un sistema así ya no era viable. Si los Aliados

querían realmente que Alemania pudiera cumplir con sus obligaciones, el país tenía que volver a ser productivo. En lugar de prestarle dinero a Alemania, los Aliados se lo deberían prestar a los países subdesarrollados para que éstos pudieran comprar su equipo industrial a Alemania.

Young preguntó cómo se podía poner en práctica un plan así. Schacht tenía una respuesta preparada: creando un banco. «Un banco de esta clase», razonó Schacht, «exigirá una cooperación financiera entre vencedores y vencidos, que llevará a una comunidad de intereses, la cual, a su vez, generará confianza y comprensión mutuas y, así, promoverá y garantizará la paz». Schacht recoge la escena en sus memorias:

Owen Young, sentado en su sillón, daba caladas a la pipa, con las piernas estiradas, los enormes ojos verdes fijos, sin parpadear, en mí. Como es mi costumbre cuando presento ese tipo de argumentos, yo recorría arriba y abajo, firme y tranquilo, el «puente de mando». Cuando acabé, hubo una breve pausa. Luego se le iluminó la cara y su resolución se expresó con las siguientes palabras: «Dr. Schacht, me ha dado una idea maravillosa y voy a vendérsela al mundo».<sup>9</sup>

Los Aliados presentaron su propuesta: Alemania pagaría 525 millones de dólares al año durante treinta y siete años y 400 millones al año durante los siguientes veintiún años.

Schacht la rechazó de plano. Proclamó que para cumplir esas condiciones, Alemania debía tomar posesión de nuevo de todas sus antiguas colonias, la mayoría de las cuales estaban en África. También exigió la devolución del corredor de Danzig, que unía Polonia con el mar Báltico, lo cual rompería en pedazos el tratado de paz de la posguerra. Cuando Moreau oyó esto, dio un puñetazo en la mesa y tiró un tintero al otro lado de la habitación. Una caricatura de un periódico francés resumía el estado de ánimo nacional. Mostraba a Moreau preguntándole a Schacht: «De acuerdo, Excelencia, ¿cuánto le debemos?»

El 19 de abril de 1929, lord Revelstoke murió de repente. La Conferencia Young fue suspendida. Todas las partes llegaron, finalmente, a un acuerdo el 7 de junio. Alemania pagaría casi veintinueve mil millones de dólares en cincuenta y ocho años. Se le devolvía a Berlín el control de la política económica alemana. Un nuevo banco administraría los pagos. Schacht escribió sobre su nacimiento: «Entretanto, mi idea de un Banco de Pagos Internacionales había encontrado una respuesta tan entusiasta de todos los que tomaban parte en la Conferencia Young que, al poco tiempo, no había ninguno entre ellos al que no le habría gustado reclamar la idea como propia».<sup>10</sup> Mientras los delegados firmaban la versión final, las cortinas de la sala de reuniones se incendiaron.

El Plan Young fue aceptado en principio en la Primera Conferencia de La Haya, y se crearon siete comités para decidir los detalles técnicos. A propuesta de Schacht, el séptimo, el Comité de Organización, se reunió en Baden-Baden. Era el comité más importante y era responsable de redactar los estatutos del nuevo banco y sus relaciones con el país anfitrión, que regularía su estatus legal. Los delegados discutieron sobre gobernanza, el cometido de los directores y administradores,

incluso el idioma oficial de los estatutos del nuevo banco. Finalmente, se acordó que los textos francés e inglés serían auténticos. El banco guardaría el oro y los depósitos de divisas convertibles de los bancos centrales. Estos depósitos se podrían usar para hacer pagos internacionales sin tener que mover físicamente el oro entre bancos ni negociar la moneda a través del mercado de divisas. El BPI sería una cámara de compensación internacional para los bancos centrales, la primera del mundo. Una vez establecidas las líneas generales, la siguiente cuestión era dónde se debía establecer el banco. Montagu Norman y el gobierno británico presionaban a favor de Londres. Francia objetaba, por principio, y defendía que el nuevo banco se instalara en un país pequeño. Se habló de Ámsterdam y, finalmente, los delegados se decidieron por Basilea (Suiza), que estaba situada convenientemente en la intersección de varias líneas internacionales de ferrocarril y en las fronteras de Francia y Alemania.

Mientras tanto, en Londres, Walter Layton, director de *The Economist*, seguía batallando con la constitución del nuevo banco. El punto clave, recordaba Layton, era «conseguir algún tipo de redactado que situara al banco fuera del alcance de los gobiernos». Layton se «esforzó sin resultado» y tuvo que decirle a Norman que había fracasado.

—¿Por qué insiste en que no se puede hacer? —preguntó Norman, irritado.

—Porque todo gobierno democrático tiene derecho a reservarse su libertad de acción —respondió Layton, un argumento que resonaría a lo largo de décadas.<sup>11</sup> Layton reconoció su fracaso. Al final, la constitución fue redactada por uno de los muchos comités creados para fundar el BPI. Pero Norman triunfó: los estatutos del banco, todavía vigentes hoy, consagraron su absoluta independencia de la interferencia de políticos y gobiernos. En cuanto a Schacht, escarmentado y descontento por las exigencias de las indemnizaciones del Plan Young, viajó al balneario de Marienbad, en Checoslovaquia, para pasar un tiempo con su esposa, Luise. Estrecha de miras, rígida e intensamente prusiana (como él la describiría más tarde), Luise lo esperaba en la estación del tren. Le gritó: «No deberías haber firmado, nunca».

Pero Schacht y Montagu Norman tenían su banco.

---

<sup>1</sup>Gianni Toniolo, *Central Bank Co-operation at the Bank for International Settlements 1930-1973*, Cambridge University Press, Londres, 2005, 30.

---

<sup>2</sup>Kathleen Woodward, «Montagu Norman: Banker and Legend», *The New York Times*, 17 abril 1932.

---

<sup>3</sup>Entrevista de Peregrine Worsthorne con Rosie Whitehouse, realizada para el autor en Hedgerley, Inglaterra, marzo 2012.

---

<sup>4</sup>John Weitz, *Hitler's Banker*, Warner Books, Londres, 1999, 71.

---

5Op. cit., 73.

---

6Liaquat Ahamed, *Lords of Finance*, Windmill Books, Londres, 2010, 216. (Editado en español con el título *Los señores de las finanzas*, Deusto, Barcelona, 2010.)

---

7Op. cit., 327.

---

8Ibid, 332.

---

9Hjalmar Schacht, *Confessions of the Old Wizard*, Houghton Mifflin, Nueva York, 1956, 232.

---

10Op. cit., 235.

---

11Andrew Boyle, *Montagu Norman*, Cassell, Londres, 1967, 247.

## Un acogedor club en Basilea

«La impronta del secretismo era, en verdad, tan fuerte que los guardas no permitían mirar dentro de aquella habitación sagrada, ni siquiera después de que todos los directores se hubieran marchado.»

CLARENCE K. STREIT, sobre la sala de juntas del BPI,  
después de la junta de los directores,  
escrito en *The New York Times*, en julio de 1930

En septiembre de 1930, unos meses después de que el BPI entrara en funcionamiento, un abogado estadounidense llamado Allen Dulles se sentó en su despacho en el 37 de la Rue Cambom, en París, para escribir una carta a Leon Fraser. Éste, también de Estados Unidos, era abogado. Exreportero del periódico *New York World*, Fraser había actuado como asesor general para la ejecución del Plan Dawes y había tomado parte en las negociaciones de Baden-Baden para decidir la estructura del BPI. Ahora era miembro del consejo del BPI y presidente alerno del banco.

Dulles confiaba en que su petición, que era bastante sencilla, le sería concedida. Después de todo, descendía de una de las familias más poderosas de Estados Unidos. Su tío, Robert Lansing, había sido secretario de Estado, igual que su abuelo, John W. Foster. Nacido en 1893 en Watertown (Nueva York), Dulles se graduó en la Universidad de Princeton y se incorporó al Servicio Exterior de Estados Unidos. Estuvo destinado en Viena hasta que Estados Unidos entró en la guerra, en 1917, momento en el que se trasladó a Berna para trabajar como funcionario subalterno de inteligencia en la legación de Estados Unidos. La neutral Suiza, donde andaban a la greña exiliados, hombres de negocios y revolucionarios, ofrecía una abundante cosecha de información. «Es casi imposible quedarse por algún tiempo en Suiza», escribía Dulles, «sin entrar en contacto con personajes dudosos. Berna está llena de agentes y representantes de todas las nacionalidades».<sup>1</sup>

A Dulles le encantaba el mundo de las sombras. Incluso cuando era un escolar precoz, había mostrado un apetito insaciable por la intriga y la geopolítica. Escribió su primer libro a la edad de siete años: *The Boer War* era un tratado corto defendiendo que los bóeres, los colonos holandeses,

tenían un derecho preferente sobre el África meridional porque llegaron allí antes que sus señores británicos. (Montagu Norman, que luchó en la Segunda Guerra Bóer, a principios del siglo XX, quizás hubiera disentido). Se imprimieron privadamente setecientos ejemplares y se vendieron a cincuenta centavos cada uno. Los ingresos se donaron a una organización benéfica bóer.

Pero el futuro director de la CIA no siempre sabía cómo aquilatar una posible fuente. Más tarde, le encantaba contar la historia de un día de abril 1917 cuando sonó el teléfono en la legación de Estados Unidos en Berna. Dulles respondió a la llamada. Un líder de los exiliados rusos deseaba encontrarse urgentemente con un diplomático estadounidense. Dulles rehusó, ya que quería ir a jugar al tenis. Al día siguiente, el hombre que había telefoneado dejó Suiza en un tren sellado con destino a la estación de Finlandia, una estación de tren de Petrogrado (Rusia). La ciudad cambiaría de nombre más adelante para llamarse Leningrado, en honor del viajero. Desde Berna, Dulles fue enviado a París, formando parte del equipo de Estados Unidos en la Conferencia de Paz de 1919. Oficialmente, lo incluyeron como miembro de la comisión que trazaría la frontera del nuevo Estado de Checoslovaquia. En realidad, Dulles dirigía las operaciones de inteligencia diplomática estadounidense en Europa central y cortejaba y vigilaba a los desterrados, exiliados y revolucionarios.

Para 1930, cuando escribió a Leon Fraser, Dulles ya había dejado el Servicio Exterior. Él y su hermano, John Foster Dulles, se asociaron para formar Sullivan & Cromwell —el bufete de abogados más poderoso de Estados Unidos, si no del mundo—, con sede en el 48 de Wall Street, en Nueva York. Allen Dulles dirigía las oficinas de Cromwell en París y conocía bien a Hjalmar Schacht. En 1919, en París, Dulles había aprendido qué era la diplomacia. Y en París, en 1930, aprendería qué era el mundo de las altas finanzas y el BPI. Su biógrafo Peter Grose escribió que Dulles «se sumergió en un campo donde las fronteras soberanas eran transparentes y donde raramente se permitía que penetraran los símbolos de la democracia. Igual que los lectores cautivados de Eric Ambler o Graham Greene, Allen descubrió que sólo una delgada línea separaba las altas finanzas respetables de un submundo tenebroso».<sup>2</sup>

Mientras que Montagu Norman y Hjalmar Schacht habían explotado el caos que rodeaba la cuestión de las reparaciones alemanas para conseguir astutamente que las primeras potencias mundiales crearan el BPI, los hermanos Dulles utilizaron el desorden de Europa para negociar unos acuerdos e instrumentos monetarios para refinar Alemania tan complejos que pocos fuera de sus oficinas en Sullivan & Cromwell los entendían.

Una gran parte de esta red estaba conectada con el BPI, a través de los hermanos Dulles y sus amigos de Wall Street, Londres y Alemania. Los bancos de Nueva York habían abierto el camino durante la década de 1920, recaudando dinero para Alemania, y la City de Londres también había proporcionado unos fondos importantes. El primero entre los bancos británicos era J. Henry Schröder, sucursal en Londres de la sólida firma bancaria alemana del mismo nombre, que tenía su sede en Hamburgo. Schröder, en Londres, creó un trust para invertir en numerosas firmas alemanas, entre ellas IG Farben, Siemens y Deutsche Bank. Frank Tiarks, socio de la rama

londinense de Schröder, creó una filial en Nueva York, llamada Schrobanco. Abrió en octubre de 1923 y fue un éxito instantáneo. El presidente de Schrobanco era un banquero estadounidense llamado Prentiss Gray, amigo íntimo de John Foster Dulles, a quien había conocido en la Conferencia de Paz de París. Las anteriores conexiones y contactos de Schröder en Alemania hacían que ese país fuera un objetivo natural de Schrobanco. La empresa se convirtió rápidamente en uno de los principales agentes para hacer negocios en Alemania y, más adelante, para tramitar préstamos según los planes de Dawes y Young. Entre los accionistas de Schrobanco había varios bancos privados alemanes, suizos y austriacos, que incluían, naturalmente, a la filial en Hamburgo de J. Henry Schröder, además de un banco llamado J. H. Stein, de Colonia. Uno de los socios de J. H. Stein, descendiente de la dinastía Schröder, se incorporaría más adelante al consejo del BPI y usaría J. H. Stein para canalizar dinero de los industriales alemanes al fondo de reptiles personal de Heinrich Himmler.

Frank Tiarks era director del Banco de Inglaterra y un colega estimado de Montagu Norman. Tiarks tenía el ojo puesto en un financiero estadounidense llamado Gates McGarragh, a quien Tiarks quería reclutar para el consejo de Schrobanco. McGarragh, a quien Tiarks describía como «uno de los banqueros más importantes de Estados Unidos», era director del Banco de la Reserva Federal de Nueva York. Tenía, además, excelentes contactos en Alemania: había representado a Estados Unidos en el Reichsbank cuando estaba sometido al control internacional. McGarragh permaneció en el consejo del Schrobanco hasta 1927 cuando volvió al Banco de la Reserva Federal como presidente. Permaneció allí hasta 1930, cuando fue nombrado primer presidente del BPI. En cuanto a Schrobanco, sus complicadas inversiones alemanas estaban en buenas manos: el abogado del banco era Allen Dulles. Los vínculos eran tan estrechos que, en 1929, Schrobanco se trasladó a unas nuevas y espaciosas oficinas en el 48 de Wall Street, el mismo edificio que albergaba a Sullivan & Cromwell.

Aquel otoño de 1930, Allen Dulles tenía una sencilla petición que hacerle a Leon Fraser. Su hermana, Eleanor Lansing Dulles, acababa de recibir una beca de la Universidad de Harvard para escribir un libro sobre el BPI. Eleanor Dulles era una académica bien considerada y experta en divisas que ya había escrito un libro sobre el franco francés. Allen Dulles escribió: «Cualquier cosa que pueda hacer por ella será sumamente apreciada, y le puedo asegurar que es una persona muy discreta». <sup>3</sup> Al igual que sus hermanos, Eleanor Dulles tenía fácil acceso a los banqueros y financieros más poderosos del mundo.

La carta de Allen Dulles no era la primera que Fraser recibía pidiéndole que ayudara a Eleanor. Owen Young le había escrito en mayo de aquel año. Y Gates McGarragh, presidente del BPI, también recibía cartas sobre Eleanor Dulles. Paul Warburg, el eminente banquero, había escrito a McGarragh desde la sede de M. M. Warburg en el número 40 de Wall Street, en Nueva York. Warburg explicaba que Eleanor era «hermana de mi buen amigo John Foster Dulles, con cuyo

nombre estará usted familiarizado como autor de obras sobre cuestiones internacionales y a quien, sin duda, conoce personalmente».<sup>4</sup>

Jackson Reynolds, presidente del First National Bank of New York, que había presidido el Comité de Organización del BPI en Baden-Baden, le escribió a McGarran desde el número dos de Wall Street. Le pedía que ayudara a la señorita Dulles, especialmente, ya que era la hermana de John Foster Dulles, amigo de Reynolds.

Había pocas personas, si es que había alguna, en Estados Unidos con un grupo de amigos más poderoso e influyente que John Foster Dulles, que fue el asesor legal de la delegación de Estados Unidos en la Conferencia de Paz de París, donde se especializó en las reparaciones de guerra de Alemania. Su estancia en París le daba un conocimiento privilegiado del funcionamiento de las finanzas y la diplomacia internacional y una red de codiciados contactos. La lista de clientes de Dulles durante los años veinte parecía un quién es quién de las finanzas estadounidenses: J. P. Morgan; Kuhn, Loeb & Co.; Harris, Forbes & Co.; Brown Brothers; W. A. Harriman y Goldman Sachs. Dulles logró que concedieran decenas de millones de dólares en créditos a sus clientes, entre ellos a las ciudades de Munich, Fráncfort, Núremberg, Berlín y Hannover, y a la Asociación de Bancos Hipotecarios Alemanes, la Compañía Eléctrica de la ciudad de Berlín, Ferrocarriles Metropolitanos de Hamburgo y el Estado de Prusia. Dulles trabajó, asimismo, en el empréstito a Alemania del Plan Dawes, en 1924, y en el Préstamo Internacional al Gobierno Alemán de 1930, promovido por el Comité Young.<sup>5</sup>

En la década de 1920, Wall Street estaba poseída por lo que era casi una manía de prestar dinero a Alemania. En 1923, los bancos y las entidades financieras de Estados Unidos enviaron al exterior 458 millones de capital a largo plazo. Para 1928, esa suma había subido a 1.600 millones de dólares. La burbuja de crédito alemana alcanzó unos extremos absurdos. Un pueblo de Baviera, que necesitaba alrededor de 125.000 dólares fue persuadido para que tomara prestados tres millones de dólares.<sup>6</sup> Pero la auténtica importancia de este flujo de capital no era sólo financiera. Los vínculos entre los banqueros, hombres de negocios e industriales estadounidenses y sus homólogos alemanes demostrarían ser más duraderos que la desventurada República de Weimar, incluso que el Tercer Reich. Con el BPI como punto central de contacto, estos vínculos resistirían durante la Segunda Guerra Mundial y reorganizarían Europa después de 1945.

Allen Dulles volvió a Berna durante la Segunda Guerra Mundial, como jefe de espionaje, con mucha más experiencia, influencia y mucho más poder, y obtuvo mucha información a través de sus activos en el BPI. En los años cincuenta, John Foster Dulles se convirtió en Secretario de Estado del gobierno Eisenhower, en plena Guerra Fría. Los hermanos Dulles ayudarían a garantizar que los banqueros, hombres de negocios e industriales nazis —muchos de los cuales deberían haber sido juzgados por crímenes de guerra— volvieran a integrarse a la perfección en puestos de poder de la nueva República Federal de Alemania.



Para Hjalmar Schacht y Montagu Norman, el 20 de enero de 1930 fue una fecha en la que regocijarse; habían creado un banco fuera del alcance de las leyes nacionales o internacionales. En esa fecha, los gobiernos del Reino Unido, Francia, Alemania, Bélgica, Italia, Japón y Suiza firmaron un documento extraordinario. La Convención de La Haya garantizaba que el BPI sería el banco más privilegiado y legalmente protegido del mundo. Sus estatutos, que siguen en vigor hoy, lo convirtieron, esencialmente, en intocable. El artículo 10 de la Carta Constituyente del BPI decía:

El banco, sus propiedades y bienes y todos los depósitos y otros fondos confiados al mismo serán inmunes en tiempos de paz y en tiempos de guerra a cualquier medida como la expropiación, requisición, incautación, confiscación, prohibición o restricción de la exportación o importación de oro o moneda, y a cualesquiera otras medidas similares.

El BPI disfruta de los privilegios legales de una organización internacional pero es discutible que lo sea, tal como se suele entender ese término. Es un banco sumamente rentable que rinde cuentas a sus miembros y está controlado por ellos: los bancos centrales. Al amparo del Plan Young, así como por la necesidad de una institución financiera imparcial que administrara los pagos de la reparación alemana, Norman, Schacht y los representantes de los bancos centrales habían creado, mediante un brillante juego de prestidigitación, un banco con unos poderes y privilegios sin precedentes. Como observa Gianni Tobiolo, historiador oficial del BPI:

No fue ninguna casualidad que, aunque la solución a los problemas de la reparación fuera la causa inmediata para crear el BPI, los estatutos del banco definieran su propósito real mucho más ampliamente:

Promover la cooperación de los bancos centrales y proporcionar medios adicionales para las operaciones financieras internacionales; y actuar como fiduciarios o agentes respecto a los acuerdos financieros internacionales que se le confíen mediante acuerdos con las partes interesadas.<sup>7</sup>

En febrero de 1930, los gobernadores de los bancos centrales de Inglaterra, Francia, Italia, Alemania y Bélgica se reunieron con representantes de Japón y de tres bancos de Estados Unidos para firmar el documento de fundación del BPI. Como, por razones políticas, el Banco de la Reserva Federal no estaba autorizado a ser propietario de acciones, se formó un consorcio —J. P. Morgan, el First National Bank de Nueva York y el First National Bank de Chicago— para que representara a Estados Unidos. Oficialmente, el BPI nació el 27 de febrero de 1930. El capital social inicial del banco se fijó en 500 millones de francos suizos, divididos en 200.000 acciones de 2.500 francos oro cada una. Los gobernadores de los bancos centrales fundadores eran miembros *ex officio* del consejo de administración. Cada uno podía nombrar un segundo director de la misma nacionalidad. No era necesario que el segundo director fuera un banquero central. Podía proceder

de las finanzas, la industria o el comercio, una disposición que, más tarde, demostraría ser crucial para asegurar la influencia nazi en el BPI.

El BPI se constituyó según la ley Suiza. Sus actividades autorizadas incluían las siguientes:

- Comprar, vender y guardar oro por cuenta propia o para los bancos centrales.
- Comprar y vender valores que no fueran acciones.
- Aceptar depósitos de los bancos centrales.
- Abrir y mantener cuentas de depósito con bancos centrales.
- Actuar como agente o corresponsal de bancos centrales.
- Llegar a acuerdos para actuar como fiduciario o agente en materia de pagos internacionales.

Había algunas restricciones pensadas para impedir que el BPI se convirtiera en competidor de los bancos comerciales. No podía emitir billetes, abrir cuentas para personas físicas u organizaciones comerciales, tener propiedades aparte de sus oficinas o sede, o poseer una participación de control en un negocio. (La inmunidad otorgada bajo el tratado internacional para el pago de reparaciones no afectaba a todas sus operaciones bancarias para garantizar que mantuviera la confianza de los mercados internacionales).

Mejor incluso, aunque el BPI estaba protegido por un tratado internacional, a diferencia de la Sociedad de Naciones, no dependía de las aportaciones presupuestarias de sus miembros. Disfrutaba de un flujo de ingresos garantizado, procedente de los pagos de las reparaciones que gestionaría según el Plan Young, así como de los servicios sumamente rentables que realizara para sus clientes, los bancos centrales. En última instancia, observa Toniolo, el BPI, «aunque fundado por un tratado internacional sancionado por gobiernos nacionales, estaba hecho a la medida de los puntos de vista y los requerimientos de los bancos nacionales».<sup>8</sup> Las disposiciones clave de los estatutos del banco recibían un estatus «protegido» y, por lo tanto, sólo se podían cambiar con el consentimiento de todos los signatarios de la Convención de La Haya.

A pesar de estar situado en la aburrida Basilea, el BPI se vio inundado rápidamente de solicitudes de trabajo. Por lo menos, sus oficinas centrales, relativamente modestas, en el Grand Hôtel y el Savoy Hôtel Univers, junto a la estación central de ferrocarril de la ciudad, ofrecían cómodas conexiones directas con París, Viena, Milán y Ginebra. Un artículo de *The New York Times Magazine*, titulado «The Cashless Bank that Deals in Millions» (El banco sin dinero que opera con millones), informaba:

Sólo hay un banco en Basilea que no tiene aspecto de tener un millón de dólares. Es el superbanco. De hecho, es dudoso que haya un banco, en alguna parte, que parezca menos un banco que el Banco de Pagos Internacionales... No tiene ningún letrero en la fachada que diga «BANCO DE PAGOS INTERNACIONALES» con grandes letras. No hay ninguna placa de

bronce ostentadamente pequeña en la puerta. No hay nada en absoluto que revele su identidad al transeúnte.<sup>9</sup>

Tampoco se oían en el edificio los sonidos propios de un banco. No había mostradores donde crujieran los billetes, ni el tintineo de las máquinas de sumar, ni siquiera el sonido de una pluma rascando en un libro de contabilidad. El dinero no se movía físicamente a través del BPI. Cuando Alemania hacía un pago por reparaciones, informaba al BPI de que el Reichsbank había hecho el ingreso en la cuenta del BPI en Berlín. A continuación, el BPI informaba a los bancos nacionales de los países que recibían la indemnización, como por ejemplo Inglaterra, de que el dinero estaba disponible para ser retirado, si así lo deseaban. Si no, por si acaso el movimiento de sumas substanciales pudiera afectar los tipos de cambio, los fondos permanecían en la cuenta del BPI. Entretanto, el BPI usaba esos fondos destinados a Inglaterra para comprar valores, que podría vender siempre que Inglaterra quisiera retirar sus fondos.

Esa era la teoría. La práctica, por lo menos al principio, no estaba tan desprovista de complicaciones. En febrero de 1931, Gates McGarrah, el presidente estadounidense del banco, escribió a H. C. F. Finlayson, de Atenas, preguntándole por el oro del Banco de Grecia. Finlayson, antiguo agregado financiero británico en Berlín, era ahora asesor del Banco de Grecia. Parte del oro del banco griego parecía haber desaparecido. De forma bastante similar a lo que sucede en la actualidad, parecía que la contabilidad del Banco de Grecia dejaba algo que desear. «¿Qué ha pasado con el oro del Banco de Grecia, parte del cual usted pensaba que podría quedar bajo nuestra custodia en París o en algún otro lugar?», inquiría McGarrah, del que como presidente del BPI se podría esperar que supiera qué tenía y dónde.<sup>10</sup> McGarrah indicaba que quizá fuera un buen momento para encontrar el oro griego y depositarlo en el BPI.

El BPI, escribía McGarrah, podía darle al Banco de Grecia «todo tipo de facilidades, bastante mejores que las de un Banco Central local».<sup>11</sup> Por ejemplo, si el Banco de Grecia guardaba oro en el Banco de Francia y quería comprar otra divisa, primero tenía que comprar francos al Banco de Francia. Luego, el Banco de Grecia convertía los francos a la segunda moneda, con las habituales pérdidas en tipos de cambio y comisiones. No obstante, si el Banco de Grecia tenía oro en el Banco de Francia, a nombre del BPI, éste podía «darle al Banco de Grecia cualquier divisa que deseara, en cualquier momento y fijar un tipo acordado, sin pasar por la operación de cambio real».<sup>12</sup> Además, el BPI no cobraba comisiones.

Trece mil personas solicitaron trabajo en el BPI y, a finales de 1930, noventa y cinco trabajaban allí. No obstante, pocos eran bancarios: muchos eran abogados o economistas que antes habían estado empleados en organizaciones internacionales como la Sociedad de Naciones o la oficina del agente general del Plan Dawes. Los salarios eran altos, en comparación: el presidente recibía 36.000 dólares, más 14.000 en complemento para gastos de representación. Los jefes de departamento cobraban entre 15.000 y 20.000 dólares al año, todos libres de impuestos. (El salario medio de

Estados Unidos en 1930 estaba alrededor de los 2.000 dólares al año). La dirección reflejaba un equilibrio de nacionalidades: el director general, Pierre Quesnay, era francés y antiguo miembro del Comité Young. Su adjunto alemán, Ernst Hülse, había trabajado para el Reichsbank.

Pero no todos estaban contentos. Hjalmar Schacht, al que le gustaba referirse al BPI como «mi banco», continuaba rabiando por la escala de reparaciones establecidas por el Plan Young. En diciembre de 1929, escribió a J. P. Morgan que no ocuparía su puesto directivo en el BPI. En marzo del año siguiente, dimitió del Reichsbank. Lo sustituyó Hans Luther, antiguo ministro de Finanzas y canciller alemán. Schacht volvió a su viejo oficio: relaciones públicas. En otoño realizó una gira de conferencias por Europa y Estados Unidos. Durante el viaje a través del Atlántico, pasó el tiempo leyendo *Mein Kampf*, de Adolf Hitler. Le pareció que el estilo era tosco y autoritario pero que el autor mostraba una «mente aguda».<sup>13</sup> Dondequiera que hablara, Schacht daba la misma conferencia: despotricaba contra el Plan Young, el Tratado de Versalles y las reparaciones. Incluso apareció con John Foster Dulles en una cena ofrecida por la Foreign Policy Association (Asociación de Política Exterior) en el Hotel Astor, de Nueva York. Dulles le quitó importancia a las elecciones alemanas de septiembre de 1930, en las que los nazis consiguieron 107 escaños, lo cual les convirtió en el segundo partido en tamaño. Las «dificultades», afirmó Dulles, «tienen un carácter mayormente psicológico y, en consecuencia, están sometidas a giros bruscos».<sup>14</sup>

La predicción de Dulles era compartida ampliamente por sus colegas financieros, en especial por los que estaban en Alemania. Hans Luther, el nuevo presidente del Reichsbank, mostraba mucho interés en tranquilizar a sus colegas de Estados Unidos respecto a que el aumento del apoyo a los nazis no alteraría el desarrollo regular de las finanzas internacionales. El 22 de septiembre, ocho días después de las elecciones, Gates McGarrah, presidente del BPI, le escribió a su amigo y excolega en la Reserva Federal de Nueva York, George Harrison, que ahora la presidía:

Tenemos las más sólidas garantías por parte del Dr. Luther de que no tenemos que preocuparnos por el resultado de las elecciones... El pueblo alemán no es revolucionario y, en nuestra opinión, cualquier cosa que vaya más allá de una simple reyerta callejera será resuelta sumariamente.<sup>15</sup>

No todos compartían la fe de McGarrah. Los inversores se apresuraron a vender reichmarks. Paradójicamente, la incertidumbre política y financiera era buena para el BPI, al darle al nuevo banco una temprana oportunidad para intervenir en los mercados monetarios. El banco lanzó una operación de rescate para la moneda alemana. Al día siguiente, el 23 de septiembre, McGarrah envió un telegrama a Harrison: «Confidencialmente, hoy hemos intervenido en varios mercados con unas 300.000 libras, con un efecto psicológico muy provechoso, incluyendo el cese de la oferta de marcos».<sup>16</sup> Pero al pensar que la cuestión de las reparaciones se arreglaría en Alemania bajo la influencia del BPI, Luther y McGarrah se equivocaban. El Plan Young, igual que la democracia

alemana, era un enfermo terminal.

El 19 de mayo de 1931, McGarrah presentaba el primer informe anual del BPI ante su primera junta general. Observó que el banco había ayudado en operaciones financieras y movimientos de capitales internacionales, en los que las «oportunidades para un servicio constructivo son casi ilimitadas»<sup>17</sup>, luego pasó a hablar de los números. Obtener beneficios, observó McGarrah, recatadamente, «nunca había sido el principal objetivo» del BPI, lo cual lo convertía, sin duda, en un banquero único en la historia. Pero le alegraba informar que las prudentes inversiones efectuadas durante los primeros diez meses y medio de existencia del banco habían aportado unos beneficios netos de 11.186.521,97 francos suizos. Observó que los accionistas habían aumentado desde los originales siete a veintitrés, incluyendo los bancos nacionales de Grecia, Rumanía, Hungría, Letonia, Lituania y Estonia, Suecia y Checoslovaquia. Sin duda, los pequeños nuevos países europeos como Checoslovaquia —una frágil construcción hecha con los restos del Imperio austrohúngaro— tenían la esperanza de que participar en el BPI les aportaría estabilidad, credibilidad, una posición mejor en la comunidad internacional, incluso una medida de defensa contra unos vecinos depredadores. Resultó ser una vana esperanza.

Pero, por el momento, los banqueros lo celebraban. Norman y Schacht habían inventado una máquina de dinero perpetua.

---

<sup>1</sup>Peter Grose, *Gentleman Spy: The Life of Allen Dulles*, Houghton Mifflin, Boston, 1994, 30.

---

<sup>2</sup>Op. cit., 101.

---

<sup>3</sup>Allen Dulles a Leon Fraser, 3 septiembre 1930. Archivo del BPI, fichero 7.18 (2) MCG, 10/76.

---

<sup>4</sup>Paul Warburg a Leon Fraser, 18 mayo 1930. Archivo del BPI, fichero 7.18 (2) MCG, 10/76.

---

<sup>5</sup>Ronald W. Preussen, *John Foster Dulles: The Road to Power*, The Free Press, Nueva York, 1982, 70-71.

---

<sup>6</sup>Op. cit., 72.

---

<sup>7</sup>Gianni Toniolo, *Central Bank Co-operation at the Bank for International Settlements 1930-1973*, 49.

---

<sup>8</sup>Op. cit., 51.

---

<sup>9</sup>Clarence K. Streit, «A Cashless Bank That Deals in Millions», *The New York Time Magazine*, 27 julio 1930.

---

<sup>10</sup>Gates McGarrah a H.C.F.Finlayson, 9 febrero 1931. Archivo del BPI, fichero 7.18 (2) MCG, 4.23.

---

<sup>11</sup>Op. cit.

---

<sup>12</sup>Ibid.

---

<sup>13</sup>John Weitz, *Hitler's Banker*, Warner Books, Londres, 1999, 110.

---

<sup>14</sup>Nancy Lisagor y Frank Lipsius, *A Law Unto Itself: The Untold Story of Sullivan and Cromwell*, William Morrow and Company, Nueva York, 1988, 120.

---

<sup>15</sup>Gates McGarrah a George Harrison, 22 septiembre 1930. Archivo del BPI, fichero 7.18 (2) MCG, 6/48.

---

<sup>16</sup>Op. cit.

---

<sup>17</sup>BPI, *Primer Informe Anual*, Basilea, 1931, 1.

## Un banco de lo más útil

«El puesto de Jefe de Sección del BPI es para la política exterior de Alemania, sin ninguna duda, tan importante como el destino de muchos embajadores acreditados ante gobiernos extranjeros.»

KARL BLESSING, funcionario del Reichsbank, 1930<sup>1</sup>

Los colegas de Schacht en Berlín tenían una visión muy particular del papel del BPI, totalmente diferente del que habían concebido los Aliados cuando firmaron la Convención de La Haya. El banco creado para administrar las reparaciones iba a ser usado para acabar con ellas. Karl Blessing, protegido de Schacht, escribió un extenso memorando en abril de 1930, exponiendo la política a seguir en el BPI. «Opinión sobre cómo debería actuar el Reichsbank en el BPI» exigía que Alemania consiguiera la mayor influencia posible en el BPI. Los empleados alemanes del banco, escribía Blessing, debían asegurarse de que «no se tomara ninguna decisión importante sin que un representante alemán tuviera conocimiento de ella o hubiera tenido la oportunidad de expresar su opinión».<sup>2</sup> Blessing reconocía la importancia del banco para los intereses nacionales de Alemania. Pedía que Alemania cubriera sus puestos en el banco con las personas más capaces y perspicaces.

Todos los Estados miembros del BPI querían proteger sus intereses nacionales en el nuevo foro internacional. Pero Blessing comprendía lo que muchos banqueros no comprendían: que aunque el BPI se presentaba como neutral, objetivo y tecnocrático, era una institución intrínsecamente política, que se ocupaba de una de las cuestiones más discutidas y amargas de la política: la culpa de Alemania en la guerra y el pago de reparaciones. Blessing escribió: «El hecho de que la cuestión de las reparaciones haya sido delegada en una institución bancaria convierte, naturalmente, a este banco en una institución política, aunque esto se niegue oficialmente».<sup>3</sup>

Francia e Inglaterra quizá creyeran que la creación del banco solucionaba el problema de las reparaciones, pero Blessing comprendía que, en realidad, la existencia del BPI ofrecía un foro para plantear nuevamente la cuestión. La sagacidad sin escrúpulos de Blessing contrastaba fuertemente con la idea de un club acogedor que tenía Montagu Norman. Blessing argumentaba que el Reichsbank debía cooperar, sin duda, con el BPI en su nuevo papel como banco de los bancos

centrales. Como nación mercantil que dependía de las exportaciones, Alemania sólo podía beneficiarse de la mejora de la economía internacional. No obstante, las reparaciones eran un asunto totalmente diferente.

Blessing pedía que los funcionarios alemanes socavaran al nuevo banco haciendo peticiones imposibles que agriaran el ambiente y debilitaran su credibilidad. Planteaba una forma sofisticada de guerra psicológica contra el BPI. Los funcionarios alemanes debían «referirse una y otra vez a los objetivos completamente utópicos del banco». Los banqueros alemanes debían pedir repetidamente al BPI que garantizase los créditos a la exportación para las empresas de alto riesgo, incluso cuando estaba claro que esos créditos nunca se concederían. El objetivo era «crear gradualmente un ambiente en el banco en el cual el bacilo de la antirreparación encontrara un terreno abonado».<sup>4</sup> Si el banco empezaba a perder credibilidad, seguro que también la perdía el Plan Young, de cuya administración estaba encargado. En 1931, Blessing dejó el Reichsbank para ocupar un puesto de alto nivel en el BPI.

Pero incluso con Blessing a bordo, el BPI no podía solucionar la crisis financiera de Alemania. Las elecciones de 1931, que dieron a nazis y comunistas un tercio de los escaños del Reichstag hicieron que el país fuera casi ingobernable. La inestabilidad política disparó la fuga de capitales, lo cual causó un aumento adicional del desempleo y una falta de confianza tanto en el gobierno como en el sistema bancario, lo cual llevó a más fuga de capitales, un desempleo más alto y un mayor apoyo para nazis y comunistas. La República de Weimar había entrado en una espiral mortal.

En junio de 1931, el canciller Heinrich Brüning declaró que dudaba de que Alemania pudiera cumplir el siguiente pago del Plan Young. La situación era tan grave que el presidente Herbert Hoover pidió una moratoria para todas las deudas y reparaciones de guerra. Fue concedida, con una duración de un año. El Banco de Inglaterra, el Banco de Francia, la Reserva Federal de Nueva York y el BPI concedieron un préstamo de emergencia a Alemania por 100 millones de dólares.

Como observa Toniolo, «el recién nacido BPI se situó en el centro del primer experimento realizado para intentar gestionar una crisis financiera internacional».<sup>5</sup> No tuvo éxito, pero también es verdad que era poco probable que lo tuviera. Solucionar la crisis de la deuda alemana era una tarea que superaba con creces al BPI, aunque hubiera sido creado expresamente con el propósito de facilitar el pago de las reparaciones.

En diciembre de 1931, el ministro alemán de Finanzas escribió al BPI diciendo que, como Alemania sufría «una crisis sin paralelo», el banco debía volver a examinar toda la cuestión de las reparaciones. El BPI creó un comité, encabezado por un miembro italiano del consejo, Alberto Beneduce, para que examinara el asunto. Carl Melchior, destacado banquero judío alemán y vicepresidente del BPI, representaba a Alemania. Melchior había servido como capitán en el ejército alemán en la Primera Guerra Mundial, en la cual resultó gravemente herido. Cualificado diplomático y financiero, había sido miembro de la delegación alemana en la Conferencia de Paz de París, en 1919. Había representado a Alemania en el Comité Young y presidido el comité de finanzas de la Sociedad de Naciones. Su tacto y sus aptitudes habían ayudado a Alemania a



reincorporarse a la comunidad de naciones. Las conclusiones del Comité Beneduce, publicadas justo antes de la Navidad de 1931, fueron un triunfo para Berlín. Todas las reparaciones intergubernamentales debían «ajustarse» para garantizar la paz y la estabilidad económica. «Ajuste» era un eufemismo por *abolición*. Seis meses después, en 1932, los gobiernos europeos se reunían en Lausanne para considerar las recomendaciones del Comité Beneduce. Acordaron cancelar las reparaciones alemanas, salvo por un último pago.

El BPI se presentaba como una institución nueva y moderna, pero los bancos centrales y la guerra siempre habían estado entrelazados a lo largo de la historia. El Banco de Inglaterra fue fundado en 1694, en parte para recaudar fondos para la guerra del rey Guillermo III contra Francia. El banco aceptaba depósitos y emitía billetes al portador contra los fondos, que podían cambiarse por oro. Los empleados añadían detalles personales del cliente al documento, precursor de los billetes bancarios actuales. Al cabo de poco más de un siglo, en 1800, Napoleón Bonaparte fundó el Banco de Francia. El emperador quería lograr la estabilidad y el crecimiento económico después de las guerras y la agitación revolucionaria de finales del siglo XVIII. El Reichsbank se fundó en 1876, en parte para financiar el expansionismo alemán, después de que la guerra franco prusiana de 1870 provocara una crisis de liquidez. Los banqueros alemanes fueron previsores. En 1904, se redactó una ley que suspendía la convertibilidad de los reichsmarks en oro en tiempos de guerra.<sup>6</sup> Al llegar el verano de 1914, la guerra que se avecinaba provocó una retirada masiva de oro de las reservas del Reichsbank. En julio, el banco perdió 103 millones de marcos en una semana y suspendió la convertibilidad al oro, lo cual era una medida ilegal. Cuatro días después, el Parlamento aprobó una ley, con efectos retroactivos, autorizando la decisión.<sup>7</sup>

A pesar de todo, también había motivos para dar poder a los tecnócratas financieros para que siguieran dirigiendo la economía global, sin verse limitados por consideraciones políticas. Fueron los políticos y los gobiernos, algunos de ellos elegidos democráticamente, no los banqueros, los que llevaron el mundo a la guerra y causaron millones de muertes. Los banqueros financiaban los conflictos de sus jefes políticos, como se les exigía, pero no tenían ningún deseo de ordenar a los hombres que se metieran en una lluvia de balas para ganar una pulgada de campo embarrado en Bélgica. Por el contrario, los cargos de los bancos centrales compartían unos objetivos en apariencia igual de benignos: estabilidad, crecimiento económico y mayor prosperidad para todos. Esos banqueros formaban una hermandad mundial, unidos por vínculos comunes que trascendían unos intereses nacionales chovinistas. En una época en que el nacionalismo había hecho pedazos el viejo orden europeo, quizás el transnacionalismo de los banqueros trajera la paz. Al fin y al cabo, el BPI había sido diseñado específicamente con ese propósito después de la guerra. Al gestionar los pagos por reparaciones de Alemania y actuar como fiduciarios de los préstamos de Dawes y Young que habían permitido a Alemania cumplir con sus obligaciones internacionales, el banco debía, en teoría, desactivar el explosivo problema alemán.

Las amistades personales entre los banqueros podían ser profundas y duraderas. El vínculo entre Norman y Schacht, por ejemplo, duró casi treinta años, hasta la muerte de Norman, en 1950. Sobrevivió a la hiperinflación de los años veinte, al crac del mercado de valores en 1929, al hundimiento de la República de Weimar, al auge y caída del Tercer Reich, al juicio a Schacht en Núremberg por crímenes de guerra, a la desintegración del Imperio británico, al comienzo de la Guerra Fría y a la división de Alemania. Esas profundas conexiones entre hombres poderosos eran raras y potencialmente valiosas.

Incluso el mandato más nebuloso de cooperación entre los bancos centrales del BIP tenía sus defensores. Economistas y banqueros llevaban tiempo alegando que, conforme la economía mundial aumentaba en complejidad y los bancos centrales se volvían más poderosos, se necesitaba algún tipo de entidad coordinadora que garantizara la estabilidad financiera. En 1892, Julius Wolff, profesor de la Universidad de Breslau, propuso que se creara una nueva institución financiera en un país neutral para emitir una moneda internacional. La nueva unidad estaría respaldada por las reservas en oro de los bancos centrales y se usaría para préstamos de emergencia a países en crisis. Luigi Luzatti, político italiano, escribió en 1907, en el periódico vienés *Neue Freie Presse*, que los bancos centrales libraban una «guerra monetaria» innecesaria al competir por las existencias de oro subiendo los tipos de interés y mediante otros mecanismos. Sería mucho mejor, defendía, que los bancos adoptaran una política de «cooperación cordial» suministrando oro a los bancos que lo necesitaran. Pedía que se creara una nueva comisión para coordinar «la paz monetaria internacional», ya que incluso cuando los bancos centrales se prestaban unos a otros, los intereses nacionales influían en dichos préstamos. Así pues, había necesidad de una institución técnica y apolítica que se ocupara de esas transacciones, el equivalente financiero a la Unión Postal Universal. El BPI parecía reunir los requisitos.

Además, el banco era una criatura de su tiempo, nacido de nuevas instituciones multilaterales dirigidas por tecnócratas apolíticos. La Sociedad de Naciones, precursora de Naciones Unidas, desactivaría las crisis políticas mundiales, mientras que el BPI garantizaría la estabilidad financiera. Pierre Mendès-France, político socialista francés, escribió en julio de 1930 que el BPI, después de administrar el Plan Young, «aumentará progresivamente su parcela y, poco a poco, la experiencia mostrará los ámbitos que puede abordar sin peligro».<sup>8</sup> Mendès-France, que fue primer ministro en la década de 1950, alababa al BPI y a la Sociedad como potenciales precursores de la paz. «En las nieblas del futuro, el propósito mítico de una unión de orden financiero... bajo una administración sabia y prudente», escribió, «puede llegar a ser una poderosa ayuda para conservar la paz mundial».<sup>9</sup>

El gobierno de Estados Unidos tenía una opinión diferente. El BPI nació de las negociaciones sobre las reparaciones presididas por dos estadounidenses, Charles Dawes y Owen Young. Sus primeros presidentes, Gates McGarragh y Leon Fraser, eran estadounidenses. Pero Henry Stimson, el secretario de Estado, proclamó que Estados Unidos no quería «participar directa o indirectamente en la recaudación de las reparaciones alemanas por medio de un banco o de

cualquier otro modo».<sup>10</sup> Estados Unidos nunca había pedido reparaciones, por lo tanto no tenía ninguna razón para participar en el BPI. Ni siquiera se había incorporado a la Sociedad de Naciones, aunque el presidente Woodrow Wilson prácticamente había inventado la institución. La oposición al BPI en el Departamento de Estado era tan fuerte que George Harrison, gobernador de la Reserva Federal de Nueva York, incluso evitaba Basilea cuando viajaba a Europa. Washington rechazó el puesto en la dirección del BPI ofrecido a la Reserva Federal. Fue el consorcio de bancos estadounidenses —J. P. Morgan, el First National Bank de Nueva York y el First National Bank de Chicago— que habían comprado acciones al fundarse el banco quienes asumieron el puesto, en su lugar.

En cambio, Eleanor Lansing Dulles estaba claramente en el campo internacionalista. Publicó su libro sobre el BPI en 1932, pese a algunas dificultades cuando se rumoreó que era una espía de Estados Unidos y perdió su despacho y el acceso a documentos internos. McGarrah, presidente del banco, escribió a John Foster Dulles que lamentaba que el banco no hubiera podido ser más abierto con ella. «Siento no haber podido ser más útil a su hermana y nos habría alegrado darle acceso a todo, incluyendo un despacho aquí, pero... el trabajo de este banco, como el de cualquier otro, es en gran medida confidencial».<sup>11</sup>

Eleanor Dulles era, con diferencia, la más atractiva de los hermanos Dulles. Era una mujer enérgica y profesional con una mente aguda e ideas propias, en una época que no era favorable a mujeres así. Su vida personal estuvo marcada por la tragedia; pronunciada antinazi, se enamoró de David Blondheim, intelectual judío, y se casó con él, con gran consternación de su familia. Posteriormente, él se suicidó. Más tarde, Eleanor Dulles disfrutaría de una carrera estelar en el Servicio Exterior de Estados Unidos, especializándose en Alemania. En *The BIS at Work*, describió una institución que funcionaba perfectamente, una especie de Sociedad de Naciones financiera, donde las diferentes nacionalidades trabajaban en una armoniosa cooperación. El banco era un modelo futuro para el mundo y deberían habersele concedido mayores poderes para impedir que los intereses nacionales reivindicaran cada uno los suyos. «Si no se le da al BPI el poder y las facilidades para trabajar en este problema, el resultado será el surgimiento de rivalidades financieras», advirtió.

Un banco central tras otro conseguirá una influencia predominante y, cada vez que este banco central se vea amenazado por la influencia financiera rival, la estabilidad del sistema económico se verá tensada de nuevo hasta el punto de ruptura como en 1931. Para evitar catástrofes así se debería reforzar al BPI para satisfacer las urgentes necesidades que tiene delante.<sup>12</sup>

Por desgracia para Eleanor Dulles y sus compañeros idealistas, el plan de Blessing y Schacht para el BPI estaba a punto de cristalizar. El nuevo régimen de Alemania explotaría el alcance

supranacional del BPI para favorecer sus propios intereses nacionales. Para abril de 1933 el terror nazi había empezado en serio. Legalistas como siempre, los legisladores alemanes habían votado que la democracia dejaba de existir. La Ley de Habilitación, aprobada por el Reichstag el mes anterior, eliminaba el derecho de los ciudadanos a la libertad de expresión, de reunión, de viaje y de protesta. Permitía la detención, la tortura y la reclusión arbitrarias. Alemania era ahora una dictadura racista. El 1 de abril, las tropas de asalto nazis sembraron el caos en todo el país, cerrando con barricadas la entrada a las tiendas judías, embadurnándolas con estrellas de David y eslóganes que pedían a la gente que no comprara a los judíos. Los primeros prisioneros empezaron a llegar a Dachau, prototipo de campo de concentración de las SS.

Poco después del pogromo de abril —la señal más clara hasta entonces de las intenciones de los nazis para Alemania— Hitler le pidió a Schacht que volviera a su viejo puesto de presidente del Reichsbank. Schacht aceptó y, así, recuperó su puesto en el consejo de administración del BPI. Schacht era un nacionalista alemán conservador, más que alguien que creyera en la supremacía racial aria. Los judíos, pensaba, eran demasiado prepotentes, pero podían ser útiles para la economía. Schacht toleraba, más que defendía el antisemitismo de Hitler. Utilizaba su privilegiada posición para hablar, ocasionalmente, contra la campaña contra los judíos, pero no era antinazi. Quería una Alemania fuerte y económicamente independiente. Si Hitler ofrecía la mejor oportunidad para conseguirlo, entonces que así fuera. En 1930, Schacht le había dicho a Bella Fromm, columnista de sociedad judía: «¿Por qué no darles una oportunidad a los nacionalsocialistas? A mí me parecen bastante listos.»<sup>13</sup> Ahora tenía la oportunidad de dársela.

Los nazis también le parecían «bastante listos» a la dirección estadounidense del BPI. «El orden y la disciplina en Alemania son ejemplares en el presente», le escribía Gates McGarrah a Leon Fraser en 1933. «La inmensa mayoría de la población tiene la impresión de que el destino de Alemania está en manos de unos líderes fuertes, inspirados por la buena voluntad, de forma que una visión optimista respecto al futuro desarrollo está justificada».<sup>14</sup> El orden, la disciplina y la buena voluntad que McGarrah tanto admiraba tendrían un alto precio, aunque él no tuvo que pagarlo. Carl Melchior, sí.

Mientras McGarrah ensalzaba a la nueva Alemania, los nazis forzaban a dimitir a su colega Melchior, vicepresidente del BPI. La desgracia del eminente banquero judío era lamentable, murmuraban en Basilea, en especial después de tres años de leales servicios, pero no se podía hacer nada; ciertamente nada por parte del BPI, que debía permanecer neutral en los asuntos internos de sus miembros. Leonardus Trip, presidente del Banco de los Países Bajos, sustituyó rápidamente a Melchior. El ascenso del banquero holandés dejó una vacante en el consejo del banco, que fue llenada —como se recogía en el Informe Anual de 1933 del BPI— por el «barón Curt von Schröder de la casa de banca J. H. Stein, de Colonia».

Esta concisa descripción infravaloraba al noble alemán. Kurt Freiherr von Schröder (su nombre se suele escribir con «K») era uno de los banqueros más poderosos e influyentes de la Alemania nazi, descendiente de una dinastía cuyo imperio incluía a J. Henry Schröder, en Londres, y

Schrobanco, en Nueva York, a cuyo consejo se incorporó Allen Dulles en 1937. Sociable, cosmopolita y muy viajado, von Schröder era conocido como financiero internacional fiable, parte de la nueva élite global que estaba a sus anchas tanto en los clubes de caballeros de Londres como en los comedores de Wall Street. El banquero alemán tenía una estrecha relación con Frank Tiarks, director del Banco de Inglaterra, que era uno de los socios del banco J. Henry Schröder de Londres. Tiarks había fundado Schrobanco en Nueva York y había reclutado a Gates McGarrah para su consejo. Entre 1923 y 1939, Kurt von Schröder viajó con regularidad a Londres y se reunió a menudo con Tiarks. Los dos hombres tuvieron muchas «charlas de negocios juntos», testificó más tarde Schröder. Durante sus estancias en Londres, von Schröder otorgó préstamos a las empresas industriales Flick, cuyo director, Friedrich Flick, inyectaba dinero al partido nazi. Los préstamos, como la mayoría de acuerdos de Kurt von Schröder, pasaban por su pariente el barón Bruno von Schröder, director de la filial en Londres de los bancos de J. Henry Schröder. Kurt von Schröder también hacía negocios con otros grandes bancos británicos, entre ellos Guinness Mahon, Kleinwort y Lloyds, todo en nombre de J. H. Stein, el influyente banco privado de Colonia del que era socio.<sup>15</sup>

Hjalmar Schacht nombró personalmente a von Schröder para el consejo del BPI. Fue algo totalmente inesperado. «El Sr. Schacht me llamó un día en Berlín y me dijo que necesitaban a un hombre nuevo para el BPI y que pensaba que yo era el adecuado... Me quedé muy sorprendido», les contó von Schröder a los interrogadores aliados en 1945.<sup>16</sup> Tanta modestia era poco convincente. Von Schröder disfrutaba de estrechos lazos personales con las más altas jerarquías del partido nazi. Había ayudado a llevar a Hitler al poder. En enero de 1933, von Schröder había organizado una reunión en su villa de Colonia entre Hitler y Franz von Papen, el excanciller, que más adelante sería vicescanciller de Hitler. También estaban presentes Rudolf Hess, adjunto de Hitler en el partido nazi; Heinrich Himmler, jefe de las SS; y Wilhelm Keppler, recaudador de fondos y enlace de Hitler con los empresarios alemanes. Más tarde Keppler dirigió el Himmlerkreis, el círculo de hombres de negocios que canalizaba dinero al fondo de reptiles de Himmler en el banco J. H. Stein.

En la reunión, Hitler explicó sus planes para la autarquía económica.<sup>17</sup> Alemania ya no podía depender de otros países para ninguna de sus necesidades. El país debía ser autosuficiente, especialmente en caucho y petróleo sintéticos. Sin ellos Alemania no podría hacer la guerra, anunció Hitler. La producción de caucho y petróleo sintéticos era responsabilidad de IG Farben, el conglomerado de productos químicos nazi, lo cual explica que Hermann Schmitz, consejero delegado de IG Farben, se uniera más tarde a Schacht y Schröder en el consejo del BPI. Durante la guerra, Schmitz canalizó, vía Schröder, dinero a Himmler, en la cuenta especial «S» en el banco J. H. Stein, según revelan los documentos de la inteligencia británica. Sólo en 1941, Schmitz transfirió 190.000 reichsmark a la cuenta personal del líder de las SS. Himmler apreciaba su generosidad, como escribió Schröder a su compañero en el consejo del BPI, pidiéndole que transfiriera una suma similar:

Por lo tanto, me tomo la libertad de pedirle que, de nuevo, este año remita la misma cantidad para la cuenta especial «S» del *Reichsführer* de las SS, en la firma bancaria JH Stein, de Colonia. Le agradecería que satisficiera esta petición. Como sabe, el *Reichsführer* siempre ha apreciado particularmente esta contribución y puede estar seguro de su gratitud.<sup>18</sup>

Carl Melchior, que había servido a su país y al BPI con tanta diligencia, llevaba tiempo atormentado por su mala salud; murió en diciembre de 1933.

En Wall Street, el ascenso de Hitler era observado con fascinación y preocupación. Fascinación porque el advenimiento en Alemania de un Estado ultranacionalista, con un partido único, parecía haber eliminado finalmente el espectro del bolchevismo. Pero ¿estaban realmente a salvo las inversiones y los valores de Wall Street? Estaban en juego sumas importantes de dinero, que involucraban a las compañías más poderosas de Estados Unidos, varias de las cuales estaban profundamente entrelazadas con IG Farben. La empresa alemana operaba en Estados Unidos bajo el nombre de General Aniline and Film (GAF). Entre los miembros fundadores del consejo estaban Walter Teagle, presidente de Standard Oil; Edsel Ford, presidente de Ford Motors; Charles E. Mitchell, presidente del National City Bank; y Paul Warburg, de la dinastía de banqueros del mismo apellido. Standard Oil era el socio más importante de GAF, y las dos empresas firmaron un acuerdo de investigación y desarrollo para la producción de petróleo. (Standard Oil también mantenía unas relaciones excelentes con el BPI: Robert Porters, el más alto cargo administrativo del banco, lo dejó para convertirse en asesor de la compañía petrolífera.)

Standard Oil era propietaria de las patentes del caucho sintético, conocido como Buna, pero había cedido su control a IG Farben. En 1929, Walter Teagle había aceptado un acuerdo de cártel para la «división de territorios» con su socio alemán. «IG se mantendrá fuera del negocio del petróleo y nosotros nos mantendremos fuera del sector químico», explicó un cargo de Standard.<sup>19</sup> El acuerdo Standard Oil-IG Farben estableció el modelo para una serie de poderosos cárteles. John Foster Dulles realizó gran parte del innovador trabajo legal para ellos. Sullivan and Cromwell representaban a General Aniline and Film, la filial en Estados Unidos de IG Farben.

Dulles era director de International Nickel Company (INKO), el mayor productor de dicho metal del mundo. En 1934, INKO firmó un acuerdo de cártel con IG Farben, intercambiando suministros de mena de níquel por los derechos de licencia de un proceso de refinado del níquel recién patentado.<sup>20</sup> Dulles también concertó cárteles químicos. Representaba a Solvay American Investment Corporation, filial en Estados Unidos de una firma belga que estaba asociada a IG Farben. Solvay American tenía el 25 por ciento del capital de Allied Chemical & Dye Corporation, una empresa estadounidense. En 1936, Allied estableció un acuerdo de cártel con IG Farben para la producción de colorantes. Y así fue como, durante toda la década de 1930, los financieros y

abogados de Estados Unidos —y ninguno más que John Foster Dulles— se aseguraron de que el dinero, las materias primas y los conocimientos expertos estadounidenses fluyeran de manera constante hasta el Tercer Reich.

Pero seguía habiendo una cierta incomodidad en las salas de juntas y en los clubes, no debido a la persecución de los judíos ni a los campos de concentración, sino porque el partido nazi parecía tener todavía algunas tendencias peligrosas: su nombre, por ejemplo, traducido como Partido Nacional Socialista Alemán de los Trabajadores. Los «camisas pardas», la facción «izquierdista» nazi, seguían teniendo mucho poder. Los banqueros e industriales necesitaban garantías frescas, de primera mano. Necesitaban reunirse con Hitler.

El enviado de Wall Street fue Sosthenes Behn. El 4 de agosto de 1933, *The New York Times* informaba de que Hitler había tenido su primera reunión con «representantes de las finanzas estadounidenses». El periódico observaba: «El canciller Hitler, que está descansando en su refugio de montaña en la región de Salzburgo, ha recibido hoy a Sosthenes Behn, director del National City Bank de Nueva York, y Henry Mann, su vicepresidente residente en Alemania... No se conoce el motivo». Pero no era necesario motivo alguno. Behn había fundado la International Telephone and Telegraph Company (ITT) en 1920. ITT había crecido hasta ser una de las compañías más poderosas del mundo. Tenía filiales importantes en Alemania, algunas de las cuales se dedicaban a la producción de armamento. ITT necesitaba tener allí a un banquero bien relacionado para cuidar de sus intereses y filiales. Lo encontró en Kurt von Schröder.

Schacht no tardó en volverse contra el banco que había ayudado a crear. La Conferencia de Lausana en 1932 canceló la obligación alemana de pagar reparaciones a los vencedores aliados. Pero los empréstitos que Alemania había suscrito bajo los planes Dawes y Young para cumplir con dichas obligaciones seguían pendientes. A los financieros de Wall Street no les importaba si Alemania usaba esos fondos para pagar reparaciones o para financiar una nueva campaña armamentista. Querían saber que recuperarían su dinero. En la junta del consejo de junio de 1933, Schacht les dijo a los gobernadores del consejo del BPI que estaba a favor de pagar el empréstito del Plan Dawes, pero no el del Plan Young. Sencillamente, Alemania no tenía recursos suficientes para pagar los dos. Schnacht estaba bajo una intensa presión política por parte de los líderes nazis, que querían anular ambos empréstitos que consideraban los últimos vestigios de la humillación sufrida por Alemania en Versalles.

Los acreedores, naturalmente, disentían. Se convocó otra conferencia, ésta presidida por Leon Fraser, presidente del BPI, y celebrada en la sede del Reichsbank en Berlín en mayo de 1934. La reunión de Berlín fue un fracaso total. Poco después, Alemania anunciaba una moratoria total para todas las deudas a medio y largo plazo, incluyendo los empréstitos Dawes y Young. El anuncio provocó la ira cuando los tenedores de bonos vieron cómo sus activos se evaporaban. J. P. Morgan llegó a proponer que el BPI reclamara los fondos alemanes guardados en Suiza. No era realista ni

práctico. El BPI no podía hacer nada más que presentar una protesta contra lo que Fraser llamó «el modo absolutamente arbitrario con que el gobierno alemán ha hecho caso omiso de sus compromisos».<sup>21</sup>

No tuvo ningún efecto, porque el viejo zorro, como se conocía a Schacht, les había ganado la partida a todos, con un juego de póquer internacional a gran escala. El gobernador del Reichsbank comprendió que un impago global dañaría gravemente la posición y la solvencia internacionales de Alemania. Sin embargo, era imperativo liberar a Alemania de las obligaciones impuestas por los planes Dawes y Young y de toda la carga política y emocional que traían consigo. La política de autarquía económica esbozada en la reunión en casa de Kurt von Schröder y el memorando escrito por Karl Blessing en 1930 no exigían menos. Así que, en cuanto Alemania se liberó del BPI, Schacht cerró rápidamente acuerdos bilaterales con los titulares de los bonos Dawes y Young en siete países, incluyendo Inglaterra, Francia e Italia, aunque con un tipo de interés reducido. Era el viejo principio de divide y vencerás, aplicado brillantemente al nuevo terreno de las finanzas internacionales. Igual que destruyeron el imperio de la ley en Alemania, lo mismo hicieron con las obligaciones financieras internacionales del país.

La arbitraria quita de las obligaciones de pago de la deuda alemana que realizó Schacht demostraba que los compromisos firmados por Alemania eran papel mojado. Al mismo tiempo, las actividades de algunos de los que trabajaban en el BPI parecían, igualmente, menos que escrupulosas: la combinación de secretismo, información privilegiada y las enormes cantidades de dinero que manejaban estaban teniendo efectos no deseados. Al parecer, algunos miembros del BPI traficaban con esa información. Basilea estaba llena de rumores de que los funcionarios del BPI usaban su conocimiento privilegiado de las actividades del banco para especular contra el franco suizo. Un duro artículo del *Berner Tagblatt*, un periódico suizo, publicado en mayo de 1935, había causado escándalo, en especial porque parecía basarse en documentación de una fuente de alto nivel dentro del BPI. La mayoría de los banqueros suizos estaban convencidos de que el BPI no confiaba en el franco suizo. Un diputado llegó a plantear la conducta del BPI en el Parlamento helvético. La situación se estaba volviendo incómoda para la dirección del BPI.

Al mes siguiente el personal fue interrogado, uno por uno. Gates McGarragh, que había dejado su puesto de presidente, pero seguía en el consejo, escribió a Johan Wilhem Beyen, su colega holandés y compañero en el consejo, que la investigación había revelado una información alarmante. Uno de los «funcionarios de alto nivel» del banco tenía cuentas tanto en Londres como en Suiza, ambas en descubierto con garantía de valores y acciones. El funcionario había estado especulando con libras esterlinas y francos suizos, vendiéndolos cuando eran fuertes y volviendo a comprarlos cuando se debilitaban. «Esto, por supuesto, es un caso claro de especulación monetaria», admitía McGarragh, pero no había necesidad de tomar ninguna medida, escribía. Si los bancos no ponían objeciones y el descubierto era a largo plazo, «podría resultar difícil criticar con demasiada dureza o interferir con energía en los asuntos privados de alguien de cierto rango que se esfuerza por cuidar de su propia fortuna de la manera que considera mejor».<sup>22</sup> En otras palabras,



aunque aquel funcionario de alto nivel del BPI estaba, en verdad, especulando, no se debía hacer nada, especialmente debido a que era un hombre de «cierto rango».

Otro caso, que incluso el conciliador McGarrah observó que «exige un comentario», involucraba a un miembro del personal que tomaba prestado dinero en Londres para comprar oro. Era alarmante que, como explicó cuando lo interrogaron, ese funcionario del BPI lo hubiera hecho «al mismo tiempo que su jefe». Esas prácticas eran «sumamente indeseables», decía McGarrah, especialmente porque el jefe del funcionario era miembro de la dirección del BPI (en los documentos no queda claro quién es).<sup>23</sup> Por ello, el BPI no estaba en condiciones de emitir un desmentido oficial sobre la especulación, continuaba McGarrah. Lo mejor que podía hacer el BPI era informar al Banco Nacional Suizo de que habían recibido la seguridad por parte de su dirección y empleados de que no se había producido ninguna especulación (aunque sí que se había producido) y que el banco tomaría medidas contra la posibilidad de que se produjera en el futuro. En los años treinta, los banqueros, como muchos de sus contemporáneos actuales, querían que se acallara lo antes posible cualquier posible escándalo sobre su rectitud personal. «Quizá sea mejor procurar que el asunto desaparezca de muerte natural, de puertas afuera, y actuar sólo con una investigación más a fondo», observaba McGarrah.<sup>24</sup>

---

<sup>1</sup>Citado en Toniolo, *Central Bank Co-operation at the Bank for International Settlements 1930-1973*, 59.

---

<sup>2</sup>Op. cit., 58.

---

<sup>3</sup>Ibid, 59.

---

<sup>4</sup>Ibid, 59.

---

<sup>5</sup>Ibid, 106.

---

<sup>6</sup>Hew Strachan, *Financing the First World War*, Oxford University Press, Nueva York, 2004, 28. (Editado en español con el título *La Primera Guerra Mundial*, Crítica, Barcelona, 2004.)

---

<sup>7</sup>Niall Ferguson, *Paper and Iron: Hamburg Business and German Politics in the Era of Inflation, 1897-1927*, Cambridge University Press, Londres, 2002, 117.

---

<sup>8</sup>Pierre Mendes-France, *La BRI Son rôle Dans la vie économique mondiale*, publicado en *L'Esprit International*, 1 julio, 1930, 362.

---

<sup>9</sup>Ibid.

---

10Toniolo, 46.

---

11Gates McGarrah a John Foster Dulles, 14 octubre 1930. Archivo del BPI, fichero 7.18 (2) MCG, 7/53.

---

12Eleanor Dulles, *The BIS at Work*, Macmillan, Nueva York, 1932, 480.

---

13Weitz, *Hitler's Banker*, 106.

---

14Gates McGarrah a Leon Fraser. Archivo del BPI, fichero 7.18 (2) MCG, 12/20a.

---

15Interrogatorio a Kurt Freiherr von Schröder, 13 noviembre 1945, Colección Charles Higham, Colección «Trading with the Enemy», cajón 3, carpeta 6, Biblioteca de Artes Cinematográficas de la Universidad de California del Sur.

---

16Op. cit.

---

17Se puede acceder a este documento, en alemán, en <http://www.ns-archiv.de/krieg/1933/04-01-1933>.

---

18Donald MacLaren, dossier de la inteligencia británica sobre Hermann Schmitz, parte de «Brief for the De-Nazification of the German Chemical Industry», 1 diciembre 1945. Colección del autor.

---

19Joseph Borkin, *The Crime and Punishment of IG Farben*, The Free Press, Nueva York, 1978, 51.

---

20Ronald W. Pruessen, *John Foster Dulles*, The Free Press, Nueva York, 1982, 129.

---

21Toniolo, 154.

---

22Gates McGarrah a Johan Wilhelm Beyen, 27 de junio 1935. Archivo del BPI, 7.18 (2) MCG, 12/79a.

---

23Op. cit.

---

24Ibid.

## El señor Norman toma el tren

«El mencionado joven nazi y sus amigos creen que el BPI les ofrece el mejor contacto con el mundo exterior. Quieren tener representantes capaces en el BPI a fin de abrir camino para abordar unas relaciones monetarias y de negocios más normales con los países importantes del mundo.»

MERLE COCHRAN, diplomático estadounidense que supervisaba el BPI, en un telegrama dirigido al Departamento de Estado, 9 de mayo de 1939<sup>1</sup>

Las revelaciones del periódico *Berner Tagblatt* sobre los turbios tejemanejes del BPI pusieron de relieve las crecientes dudas sobre el papel y la función del banco. Con frecuencia, el abuso de información privilegiada durante los años treinta era más la regla que la excepción, pero había otras cuestiones más amplias en juego. El BPI había sido creado con tres propósitos principales. El primero, y ostensiblemente el más importante, era gestionar los pagos alemanes por reparaciones, según el Plan Young de 1930. El segundo era facilitar la cooperación entre los bancos centrales. Y el tercero era actuar como banco para los bancos centrales. En 1935, el BPI contaba apenas con cinco años de existencia, pero ya había perdido su razón principal para existir y la segunda estaba amenazada. ¿Cuánto tiempo tardaría la tercera razón —actuar como banco central para los bancos— en ser puesta en duda?

El Plan Young se había venido abajo casi en cuanto se acordó. La Moratoria Hoover, anunciada un año más tarde, frenó los pagos por reparaciones. La Conferencia de Lausana confirmó que las deudas de guerra de Alemania serían canceladas. Así pues, ya no había más pagos por reparaciones. El BPI era también el fiduciario de los préstamos que Alemania había obtenido, de acuerdo con los planes Dawes y Young, para pagar las reparaciones. Pero Alemania había dejado de usar al BPI para devolver los empréstitos conseguidos según esos planes. Por el contrario, Schacht había chantajeado a los acreedores de Alemania para que firmaran nuevos acuerdos bilaterales. El Reichsbank, cofundador del BPI, había incumplido sus obligaciones legales, financieras y morales con una total impunidad y había asestado un golpe grave a la credibilidad del BPI como

interlocutor neutral.

Entonces, ¿por qué otras razones continuaba funcionando el BPI? Actuaba como facilitador de la cooperación de los bancos centrales para países cuya moneda se definía por el patrón oro o el patrón cambio oro. (El patrón oro valoraba una moneda nacional en una cantidad fija de oro. El patrón cambio oro incluía los fondos del país en dólares de Estados Unidos y libras británicas que formaban parte de sus reservas nacionales). Los estatutos del BPI asumían que las finanzas internacionales se basaban en el patrón oro y el patrón cambio oro y, por ello, continuarían creciendo sin altibajos y de forma constante, un crecimiento facilitado por el banco. Como observa Toniolo: «El patrón oro estaba incrustado en el ADN mismo del BPI».<sup>2</sup> El banco mantenía sus cuentas en francos oro suizos; cada franco valía 0,29 gramos de oro fino. Pero los bancos centrales estaban perdiendo su entusiasmo por el oro. Hasta Gran Bretaña había abandonado el patrón oro. A finales de 1932, sólo lo mantenían siete de los cuarenta y seis países que habían seguido el patrón oro, incluyendo Francia, Italia y Estados Unidos, que lo abandonaron al año siguiente.

Sin más reparaciones y con el hundimiento del patrón oro, ¿por qué continuaba el BPI en el negocio? En parte —como descubrirían, años más tarde, otros que deseaban disolver el banco— porque se fundaba en un tratado internacional, y sus estatutos eran esencialmente inmutables. Schacht y Norman habían diseñado su banco de una forma magnífica. No era posible cerrar el BPI. De hecho, el final de las reparaciones y el hundimiento del patrón oro demostraron ser un impulso para el BPI. Le permitieron centrarse en las intenciones de sus fundadores: construir un nuevo sistema financiero internacional de grandes movimientos de capital, libres del control político o gubernamental. Gates McGarrah, el primer presidente del banco, lo había explicado poco después de que se fundara. En un escrito en la revista *Nation's Business*, McGarrah admitió que los pagos de reparaciones por parte de Alemania eran una «operación de rutina», que cualquier empresa fiduciaria podría realizar.

En la mente popular parece haberse formado la idea de que el Banco de Pagos Internacionales, que se inició en Basilea (Suiza) el 20 de mayo de 1930, fue organizado meramente para administrar los pagos de reparaciones de Alemania y la llamada deuda interaliados y que sus principales operaciones son las relativas a los pagos de la deuda alemana. Es un punto de vista erróneo, aunque comprensible.

Aunque la principal razón para crear el banco fue administrar las sumas mensuales ingresadas en él por Alemania, este deber se ha convertido ya en el aspecto menor de las actividades del banco. El manejo de los pagos de reparaciones alemanes es una operación de rutina, que cualquier empresa fiduciaria podría realizar. A los seis meses de entrar en funcionamiento, el banco ha desarrollado actividades mucho mayores y más importantes y se ha convertido en un medio de servicio, lo cual es un alivio en una situación mundial tensa...

El banco está totalmente separado de cualquier interferencia gubernamental o política.

Nadie puede ser director si es también un funcionario del gobierno. El banco es absolutamente apolítico y está organizado y gestionado de manera puramente comercial y financiera, como cualquier otra institución bancaria adecuadamente administrada. Los gobiernos no tienen ninguna conexión con él ni con su administración.<sup>3</sup>

McGarrah, como cualquier financiero internacional, contemplaba con horror la revolución bolchevique. Sin embargo, él y Vladimir Lenin tenían mucho más en común de lo que ninguno de los dos podía saber. Tanto el presidente del BPI como el revolucionario ruso comprendían que el siglo XX sería el siglo de los banqueros. Los nuevos mecanismos de capitalismo transnacional permitían que los banqueros enviaran enormes sumas de dinero rápida y fácilmente por todo el mundo y cosecharan enormes beneficios al hacerlo libres de toda supervisión.

Los banqueros podían salvar a un país del hundimiento y reactivar su economía —como hicieron en Alemania a principios y mediados de la década de 1920, expidiendo cientos de millones de dólares y garantizando el empréstito Dawes— o ayudar a que cayera en picado, deteniendo el flujo del dinero y luego retirándose, como hicieron al final de los años veinte.

Los movimientos masivos de capital eran ya cada vez más comunes. El BPI, en tanto que banco de los bancos centrales, institucionalizaba ese nuevo poder. En los seis primeros meses de 1931, el BPI adelantó tres millones de libras al Banco de España para estabilizar la peseta; concedió un crédito de cien millones de chelines austriacos al banco nacional cuando el Credit Anstalt fue a la quiebra y adelantó cinco millones al Banco Nacional Húngaro y concedió un crédito por otros diez millones a Budapest. Una pequeña camarilla de financieros, que no tenían que rendir cuentas a ningún gobierno, la mayoría de los cuales se conocían bien unos a otros, había amasado, de alguna manera, un poder político y económico sin precedentes. Lenin comprendió el creciente poder del capital financiero mientras vivía exiliado en Zúrich y trabajaba en su estudio épico del imperialismo. «El viejo capitalismo ha pasado a la historia. El nuevo capitalismo representa una transición hacia algo», escribió. «Así pues, el principio del siglo XX señala el punto de inflexión en el cual el viejo capitalismo cedió el paso al nuevo, de la dominación del capital en general a la dominación del capital financiero».<sup>4</sup>

El 5 de enero de 1939, casi dos meses después de la *Kristallnacht* (Noche de los Cristales Rotos) — el pogromo contra los judíos alemanes patrocinado por el Estado— Montagu Norman bajó del tren en la estación Zoologischer Garten de Berlín, donde lo esperaba Hjalmar Schacht. Norman era el invitado de honor en el bautizo del nieto de Schacht y fue llevado rápidamente en coche al piso de Schacht en el edificio del Reichsbank donde tenía lugar la ceremonia. El niño fue bautizado con el nombre de Norman Hjalmar. Numerosos artículos de la prensa alemana dando la bienvenida a Norman a Berlín subrayaron la cordialidad del ambiente. Luego, los dos banqueros viajaron a Basilea juntos para asistir a la reunión mensual del consejo del BPI.

Mientras Europa se deslizaba inexorablemente hacia la guerra, los periodistas y políticos británicos hacían preguntas cada vez más incisivas sobre los estrechos lazos existentes entre Norman y Schacht. El presidente del Reichsbank estuvo en Londres justo antes de Navidad y visitó a Norman en su casa. ¿De qué hablaron? El periódico *The News Chronicle*, por ejemplo, sospechaba que Norman pudiera ser un enviado, no sólo del Banco de Inglaterra, sino del gobierno favorable al apaciguamiento, dirigido por el primer ministro Neville Chamberlain. ¿Por qué fue? ¿Qué les estaba diciendo Norman a los líderes nazis en Berlín?<sup>5</sup> El periódico exigía saberlo. Ernest Bevin, un poderoso líder sindical, también quería respuestas. «No es posible que estos grandes bancos centrales entren en acuerdos financieros que afectan a la vida económica de los respectivos países, sin que eso provoque una reacción directa en las libertades y los derechos del pueblo»<sup>6</sup>, tronaba; unos sentimientos que son tan verdad hoy como en 1939.

Bevin y los periodistas tenían razón en desconfiar de la relación de Norman con Schacht. El presidente del Reichsbank, más que nadie, había reconstruido Alemania, un país que pronto estaría en guerra con Gran Bretaña. Schacht había hecho un milagro: una economía planificada centralmente que no se veía devastada por la inflación, por una moneda sin valor o por el desempleo. En los seis años transcurridos desde que Hitler tomó el poder, el número de desempleados había bajado desde seis millones hasta alrededor de trescientos mil. Los ejércitos de parados se dedicaban a enormes programas de obras públicas: la construcción de una nueva red de autopistas y gigantescos edificios públicos y la plantación de bosques. La producción de armamento estaba disparada. Los sindicatos ya no existían y habían sido sustituidos por el Frente Alemán del Trabajo (DAF, por sus siglas en alemán). Los vagos, junto con los judíos, izquierdistas y otros considerados indeseables fueron enviados a los campos de concentración.

Alemania adoraba a su hacedor de milagros. En enero de 1937, con ocasión de su sesenta aniversario, Schacht se había pasado cuatro horas recibiendo a centenares de invitados. El propio Hitler envió un mensaje personal elogiándolo. Schacht le dijo al asistente de Hitler, que había traído el mensaje: «Dile al Führer que no tiene ningún compañero de trabajo más leal que yo». Los admiradores de Schacht creían, acertadamente, que sin él Alemania seguiría débil, pobre y, lo peor de todo, humillada. «Cada rama de las finanzas, el comercio, la industria y la sociedad, además de las fuerzas armadas de Alemania estaba representada. Había banqueros, fabricantes, comerciantes de todos tipos, grandes y pequeños», informó *The New York Times*. Hitler le dio a Schacht un cuadro de Carl Spitzweg, un pintor romántico alemán. Montagu Norman le envió un reloj de caoba.<sup>7</sup>

La auténtica tarea de Schacht era preparar a Alemania para la guerra. En su correspondencia con Hitler, Schacht destacaba repetidamente la importancia del programa de armamentos. En mayo de 1935, escribió:

Los siguientes comentarios se basan en el supuesto de que la tarea de la política alemana es cumplir el programa de armamentos, en cuanto a rapidez y alcance, y que, por lo tanto, todo

lo demás debe quedar supeditado a este fin, aunque no se debe poner en peligro el alcanzar esta meta principal por descuidar otras cuestiones.<sup>8</sup>

Ese mismo mes, Hitler nombraba a Schacht plenipotenciario general para la Economía de Guerra. Pese a sus modales a la antigua usanza y su aspecto elegante, Schacht era un maleante sancionado por el Estado, con licencia de Hitler para romper contratos, robar, extorsionar y manipular los libros del Reichsbank, razón por la que consiguió su puesto. Schacht financió el rearme inventando una argucia financiera conocida como MEFO, que permitía que el estado tomara miles de millones de reichsmarks prestados ilegalmente por el Reichsbank; una política que Schacht describiría más tarde como «audaz». Se apropió de los fondos de depositantes extranjeros que estaban bloqueados en el Reichsbank. Requisó los activos en divisas de residentes alemanes y resolvió que todas las divisas recibidas como pago de exportaciones debían ser vendidas al Reichsbank. Jugó con los mercados de capital para que las firmas extranjeras no pudieran competir, en igualdad de condiciones, con las alemanas. Hitler proclamó que podía ganarle la partida a cualquiera, incluso a los astutos judíos:

Antes de cada junta del Banco Internacional en Basilea, medio mundo estaba ansioso por saber si Schacht asistiría o no, y sólo después de recibir la garantía de que estaría allí, los banqueros judíos del mundo entero hacían el equipaje y se preparaban para asistir. Debo decir que las malas pasadas que les jugaba demuestran en verdad que, incluso en el campo de las intrigas financieras, un ario realmente inteligente supera con creces a sus homólogos judíos. Pese a su habilidad, nunca pude confiar en Schacht porque, con frecuencia, había visto cómo se le iluminaba la cara cuando conseguía timarle a alguien un billete de cien marcos.<sup>9</sup>

Schacht era hijo de su tiempo. Los sueños de los internacionalistas que creían que el BPI, como la Sociedad de Naciones, engendraría la paz y la armonía mundial habían muerto. El Tercer Reich estaba en ascenso y duraría mil años, proclamaba Hitler. Austria fue incorporada a la fuerza al Tercer Reich en el Anschluss de marzo de 1938, con pocas objeciones por parte de sus ciudadanos. Italia invadió Abisinia (la actual Etiopía) y lanzaba gas tóxico sobre civiles indefensos. Japón devastaba Manchuria, después de asesinar a cientos de miles de personas durante la Matanza de Nankín en 1937. Neville Chamberlain, primer ministro británico, firmó el acuerdo de Munich, que cedía los Sudetes, una provincia de Checoslovaquia, a Alemania. La Guerra Civil española, con sus ciudades calcinadas y arrasadas, su salvaje brutalidad y sus atrocidades, fue la precursora del destino de Europa.

Con todo, incluso mientras reconstruía la economía de Alemania, Schacht debió de preguntarse si el precio valía realmente la pena. No creía en las ideas nazis de supremacía racial y se negó a unirse al partido. En realidad, era un nacionalista conservador autoritario. Había hecho un trato

con el diablo para ver resurgir a su patria de lo que él veía como la humillación del Tratado de Versalles y las obligadas penurias de los planes Dawes y Young. Como muchos alemanes de su clase, Schacht trató de racionalizar la brutalidad y el antisemitismo nazis hasta que ya no fue posible soportar las contradicciones. En el verano de 1938, se volvió hacia su compañera en una elegante cena en Berlín y le preguntó: «Señora, ¿cómo podía yo saber que hemos caído en manos de criminales?». Podría haberse dirigido la pregunta a él mismo, porque después de cinco años de gobierno nazi, la respuesta estaba allí, delante de él, si hubiera querido verla.

Hacia 1938, Schacht había iniciado un juego peligroso, usando al BPI como canal secreto de comunicación con Inglaterra para tratar de hacer caer a Hitler y detener la guerra, o eso afirma en sus memorias. Primero abordó a varios líderes militares de alta graduación para alentarlos a dar un golpe de Estado. Ninguno aceptó. Eso le dejaba las reuniones mensuales del BPI. «Cuanto más se acercaban a un clímax las condiciones en Alemania, mayor era mi deseo de utilizar mis conexiones en Basilea como medio para conservar la paz», escribió.<sup>10</sup> En una junta del BPI, el presidente del Reichsbank se llevó aparte a Montagu Norman y le pidió que hablara con Chamberlain y le pidiera que abriera un canal entre Londres y los alemanes antinazis. Cuatro semanas después, Norman y Schacht se reunieron de nuevo en Basilea. Norman le dijo a Schacht que había hablado de su propuesta con Chamberlain. Schacht le preguntó cuál había sido la respuesta. Chamberlain había dicho: «¿Quién es Schacht? Yo tengo que tratar con Hitler».<sup>11</sup>

Después de la Kristallnacht, incluso el autoengaño y la racionalización de Schacht empezaron a desvanecerse. El ataque contra los judíos alemanes, proclamó Schacht en su discurso en la fiesta de Navidad del Reichsbank, fue «una acción tan escandalosa y sin sentido como para hacer que todos los alemanes decentes se sonrojaran de vergüenza. Espero que ninguno de ustedes participara en esos sucesos. Si alguno de ustedes tomó parte, le aconsejo que abandone el Reichsbank lo antes posible».<sup>12</sup> La indignación de Schacht, fuera real o fingida, resultó en vano. Su Reichsbank era el instrumento más importante de los nazis para saquear los bienes de los judíos alemanes. Después de la Kristallnacht, los nazis impusieron una multa de mil millones de reichsmarks a los judíos alemanes, a pagar en cuatro plazos.

Schacht propuso entonces a Hitler un estrafalario plan para ayudar a los judíos alemanes y austriacos a emigrar, un plan de la clase que sólo podía soñar un banquero. Los bienes judíos de ambos países se colocarían en un fideicomiso internacional. El fideicomiso vendería bonos a veinticinco años —que pagarían dividendos en dólares— a los judíos de todo el mundo. Parte de los dividendos financiaría la emigración de los judíos alemanes y austriacos y otra parte se usaría para estimular las exportaciones alemanas. Hitler aceptó el plan, pero todo quedó en nada, como era de esperar. Schacht sí que ayudó a salvar a Bella Fromm, la periodista judía de la alta sociedad. Fromm había continuado con sus vitriólicas observaciones sobre la sociedad, la política y la diplomacia de Berlín, hasta el verano de 1938, cuando estuvo claro que tenía que huir. Tenía las maletas hechas y estaba lista para marchar cuando el papeleo para la transferencia de sus fondos personales se atascó; era un desastre, ya que sin dinero no le permitirían entrar en Estados Unidos.



Pidió la ayuda de Schacht y él aceleró el trámite de su caso en el Departamento de Divisas. Fromm emigró a Nueva York.

Entretanto, mientras Europa se deslizaba hacia la guerra, el ambiente en Basilea entre los gobernadores de los bancos centrales seguía siendo «enteramente cordial», según informaba Merle Cochran. Cochran viajaba a Basilea cada mes, desde su base en la embajada de Estados Unidos en París, para reunirse con Montagu Norman y Hjalmar Schacht en el encuentro de los gobernadores. No le estaba permitido asistir, pero Norman y Schacht le informaban, después, de lo hablado. A continuación, Cochran enviaba la información a Henry Morgenthau, secretario de Estado, y al Departamento de Estado. Cochran tenía unas fuentes excelentes en el BPI, entre ellas Paul Hechler, director general adjunto alemán, que firmaba su correspondencia con «Heil Hitler». La mayoría de los banqueros centrales «se conocían desde hacía muchos años, y estas reuniones eran agradables, además de provechosas para ellos», como informaba Cochran a Washington el 19 de mayo de 1939. «Algunos de ellos expresaron el deseo de que sus representantes gubernamentales dejaran de lanzarse invectivas unos contra otros, que fueran juntos a pescar con el presidente Roosevelt o a una Feria Mundial, que vencieran su orgullo y sus complejos y adoptaran una actitud que hiciera que la solución de muchos de los presentes problemas políticos fuera relativamente simple».<sup>13</sup>

Como si las cosas fueran tan sencillas. Por lo menos, Basilea era un refugio seguro contra las vicisitudes del mundo. La junta mensual de los gobernadores se celebraba el domingo, a las cuatro de la tarde, sin que se tomaran notas ni se levantaran actas, después de lo cual se servía una merienda. El resto de los dos días estaba ocupado con desayunos, almuerzos, cenas, conciertos, recepciones y paseos a lo largo del Rin y por la Selva Negra. También se reclutaba a las esposas de los funcionarios para que aligeraran el ambiente en los acontecimientos sociales. A cada gobernador —igual que en la actualidad— se le proporcionaba su propio despacho. Las puertas permanecían cerradas mientras los gobernadores tenían conversaciones con su plana mayor, pero si no era así, se dejaban abiertas para que el personal del banco y otros gobernadores pudieran hacer visitas sociales y pasarse por allí para intercambiar noticias e información.

Los banqueros empezaban a ver la imagen completa, las conexiones globales entre las decisiones que tomaban y sus consecuencias. «Mientras permanecían sentados alrededor de la mesa, casi se podía ver cómo cambiaba su punto de vista cuando empezaban a darse cuenta del efecto de sus actos», informó W. Randolph Burgess, gobernador adjunto de la Reserva Federal de Nueva York.<sup>14</sup> Norman y Schacht seguían siendo las atracciones estrella. Johan Willem Beyen, banquero holandés y presidente del BPI a finales de los años treinta, recordaba:

El prestigio de Norman era abrumador. Como apóstol de la cooperación entre los bancos centrales, convirtió al banquero central en una especie de sumo sacerdote de la religión

monetaria. El BPI era, de hecho, su creación. Llegaba el sábado por la noche y se marchaba el lunes por la mañana, acompañado de su séquito. Los otros gobernadores acudían en masa a su despacho. Norman sentía una admiración sin límites por Schacht (que, en todos los aspectos, era lo contrario de él mismo) y un profundo desagrado por uno o dos gobernadores.<sup>15</sup>

Además, Norman tenía también su sombrero, un homburg de seda negra, magníficamente confeccionado, forrado de seda roja, con una abeja dorada bordada. Cuando Beyen comentó el detalle, Norman replicó: «Ah, sí. Es la abeja que zumba en mi sombrero.»<sup>1617</sup>

En 1939, el consejo del BPI dio la bienvenida a uno de los industriales más poderosos del mundo: Herman Schmitz, consejero delegado de IG Farben, el gigantesco conglomerado químico alemán. IG Farben era mucho más que una empresa corriente. Era un Estado paralelo virtual, que pronto evolucionaría para convertirse en una síntesis sin precedentes de capital financiero y asesinatos en masa. Nacido de una fusión, realizada en los años veinte, entre Bayer, BASF, Hoescht, Agfa y otras compañías, IG Farben era la cuarta empresa más grande del mundo (después de US Steel, General Motors y Standard Oil). Producía productos farmacéuticos y químicos, explosivos de gran potencia, película, plásticos, combustible, rayón, pintura, pesticidas, neumáticos de automóvil, gases tóxicos, bombillas, aspirina, margarina, detergentes, fertilizantes y muchas más cosas. IG Farben proporcionaba el níquel para los motores de los bombarderos Heinkel y Stuka, el aluminio para el fuselaje, el magnesio para las alas y el caucho artificial para las juntas de los parabrisas.<sup>18</sup> Refinaba el combustible, el petróleo y las grasas que permitieron que la Wehrmacht desatara la guerra relámpago. La firma, que había sido atacada por los nazis llamándola «Isadore G. Farber» —macabra referencia a la anterior presencia de destacados financieros judíos como Max Warburg en su consejo de vigilancia— era ahora la pieza central de la máquina de guerra nazi.

IG Farben tenía una oficina de enlace con la Wehrmacht para planear su absorción de los competidores en los países ocupados. Gestionaba su propio servicio de espionaje, conocido como «Buro IG», que actuaba desde su central en Unter den Linden, en Berlín. Durante la guerra, los directores de IG Farben construyeron y dirigieron el campo de concentración privado de la compañía en Auschwitz, conocido como «IG Auschwitz», donde se fabricaba Buna, un caucho sintético.

La presencia de Hermann Schmitz en el consejo del BIP ponía de relieve lo profundamente involucrado que el banco estaba en el Tercer Reich. La Alemania nazi se beneficiaba enormemente de su relación con el BPI. Para 1939, las inversiones del BPI en Alemania totalizaban 294 millones de francos oro suizos (96 millones de dólares), una suma considerable. Pero el BPI aportaba mucho más que dinero. Como explicaba el «joven nazi» citado al principio de este capítulo, en el telegrama de Merle Cochran, el BPI le daba al Tercer Reich la oportunidad de tener un tipo más «normal» de relaciones de negocios con otros países. Proporcionaba al Reichsbank una red ya establecida de contactos y canales de negocio. Le daba a Schacht, artífice de la economía de guerra alemana, una

oportunidad de reunirse de forma regular con sus pares y conseguir información, tanto financiera como política. Legitimaba a un banco nacional dedicado a las triquiñuelas financieras, el robo y la apropiación de los negocios judíos, todo ello patrocinado por el Estado, por medio del terror organizado por el propio Estado. El BPI garantizaba así que el Reichsbank, que debería haber sido un paria entre las instituciones bancarias, siguiera siendo un pilar fundamental del sistema financiero mundial. El estatus y el prestigio de Schacht y su asistencia regular a las reuniones de Basilea hacían que los actos delictivos del Reichsbank parecieran aceptables. Las conexiones personales de los banqueros, fomentadas en los almuerzos, cenas, cordiales recepciones y paseos por el bosque del BPI, eran fundamentales en esta aculturación de la metodología nazi.

Los informes del BPI durante la década de 1930 y los preparativos para la guerra son especialmente esclarecedores en este sentido, tanto por aquello de lo que no hablan como por la información que divulgan. El acceso del banco a las cifras proporcionadas por los principales bancos del mundo le permitía cotejar y analizar las estadísticas, diseccionar las tendencias globales y hacer recomendaciones políticas con un formato nuevo y exclusivo. Los informes anuales del BPI, escribió John Maynard Keynes, el influyente economista británico, eran «la principal autoridad para ciertas estadísticas, que no eran fáciles de obtener», y había que felicitar al personal. Los informes eran supervisados y redactados por Per Jacobsson, que se había incorporado al banco en 1931 como asesor económico.

Nacido en 1894 en Tanum (Suecia), Jacobsson se había hecho un nombre mientras trabajaba en la Sección Económica y Financiera de la Sociedad de Naciones, desde 1920 a 1928. Fue mucho más que un asesor. Dio forma a las recomendaciones del banco a favor de una política de *laissez-faire* y de responsabilidad individual por encima de las disposiciones del Estado. Apoyó el federalismo europeo y el supranacionalismo. Su legado ha moldeado nuestro mundo. Jacobsson era, asimismo, una especie de apagafuegos económico mundial con una lista de contactos muy envidiada. Durante su estancia en el BPI, supervisó numerosas investigaciones económicas y financieras de países con problemas, y estaba especialmente bien relacionado en Estados Unidos. Como observador perceptivo que era, fue coautor de dos novelas de intriga, que fusionaban su conocimiento de las finanzas y la diplomacia internacionales. *The Death of a Diplomat*, que se desarrolla en la Sociedad de Naciones, fue publicada en ocho idiomas y los derechos de la película se vendieron a una empresa alemana. *The Alchemy Murder* fue macabramente profético, en especial cuando Hermann Schmitz, consejero delegado de IG Farben, se incorporó al consejo del BPI. El argumento del libro se centraba en las empresas químicas que producían gas venenoso.

Los informes de Jacobsson para el BPI, pese a ser muy detallados en el análisis económico y financiero, prestaban muy poca atención al contexto más amplio en el cual actuaban los banqueros centrales. Los banqueros creían que su tarea consistía en centrarse en las finanzas, en lugar de en las complejas cuestiones morales y políticas que moldeaban a las naciones y a la economía mundial. En ese terreno, lo hacían tan bien que, en 1943, un artículo de *Bankers' Magazine* describía los informes del BPI como documentos «cuya neutralidad desprovista de emociones sería digna de un

visitante de Marte». La persecución nazi de los judíos y el robo sistemático, organizado por el Estado, de las firmas y negocios propiedad de judíos se recoge puramente como una cuestión técnica. La página 101 del informe anual de 1939 observa que algunas empresas alemanas habían sufrido una reducción de liquidez y estaban pidiendo créditos a los bancos para mejorar dicha liquidez. Pero esta no era la única causa del aumento de peticiones de préstamos. «Se pueden encontrar otras razones para la demanda de anticipos en los cambios en la propiedad de empresas privadas debidos a la *arianización* de compañías privadas». No hay ni una palabra de condena, sólo una escueta observación del cambio de circunstancias.

El Anschluss, la anexión nazi de Austria, se recoge en las páginas 100 y 101 del informe de 1938 de la siguiente manera: «En conexión con la incorporación de Austria al Reich Alemán en marzo y abril de 1938, el Banco Nacional Austriaco entró en liquidación y se promulgaron una serie de medidas para transferir la mayoría de sus activos y pasivos al Reichsbank». Estos activos incluían las reservas de oro del Banco Nacional Austriaco y sus 4.000 acciones del BPI. El BIP aceptó su transferencia a Berlín, la primera de muchas decisiones que tomó la cúpula del banco para legitimar el expolio y el pillaje nazis.

El informe de 1939 del BPI dedica más espacio a los métodos del Tercer Reich, pero principalmente en tanto que aspecto técnico de interés bancario. El informe observa, con un lenguaje típicamente eufemístico: «Los cambios territoriales en Europa en 1938 dejaron su impronta en las estructuras bancarias y crediticias de los países involucrados». Quizás había un cierto alivio en la afirmación de que «la absorción de Austria por el Reich presentaba, comparativamente, pocas dificultades para el sistema bancario alemán ya que Austria tenía una estructura bancaria unificada». En cambio, observaba el informe, «planteaba unos problemas mucho más complejos la absorción de los Sudetes», la provincia fronteriza que Checoslovaquia se había visto forzada a ceder a los nazis en septiembre de 1938. Los bancos checoslovacos tenían 143 sucursales en los Sudetes. Estos bancos tuvieron que cambiar su moneda de coronas a Reichmarks. Estas 143 sucursales, comenta el informe, tuvieron que ser «separadas de sus antiguas oficinas centrales y adaptadas al sistema alemán», una adaptación que el BPI encontraba realmente muy fácil.

A los banqueros reunidos en Basilea el idealismo no les suponía una gran carga, excepto en un aspecto: querían trabajar juntos para facilitar la libre circulación del capital internacional. Buscaban la estabilidad económica, una inflación baja y un comercio mundial libre que proporcionara estabilidad política y controlara el desempleo; objetivos razonables compartidos por gran parte del mundo. Es posible que los banqueros no fueran inmorales (con excepción de Schacht), pero sin ninguna duda eran amorales. Creían que las consideraciones financieras existían en el vacío, lejos de la política y los intereses nacionales conflictivos. Sencillamente, en su universo no existían consideraciones éticas sobre el bien y el mal. Lo que contaba era el resultado final y el interés de los propios bancos, especialmente ahora el BPI. Como señaló Merle Cochran: «Los directores prefieren ver al BPI como una propuesta a largo plazo, e insisten en que no es preciso analizar o alterar su

campo de utilidad cada vez que cambian las condiciones económicas y monetarias». <sup>19</sup>

Era una arrogancia peculiar lo que concedía esa confianza en sí mismos a una camarilla de financieros que no eran responsables ante nadie. Una camarilla que, mediante un juego de prestidigitación, había construido su propio banco que era intocable y estaba fuera del alcance de cualquier gobierno, y luego proclamaba que su existencia era algo beneficioso para el resto de la humanidad. Los banqueros estaban de acuerdo en que lo más importante era que se autorizaran adecuadamente las transacciones y se siguieran los procedimientos oficiales. No le competía al banco preguntar de dónde procedía el dinero ni cómo había llegado allí. Era este formalismo obsesivo, presentado como «neutralidad» lo que pronto llevaría al BPI a convertirse, en palabras de Henry Morgenthau, secretario del Tesoro de Estados Unidos, en «un símbolo de la instrumentalización nazi». <sup>20</sup>

El capital transnacional había decidido la suerte de España. La Guerra Civil española duró desde julio de 1936 a abril de 1939, cuando el ejército nacional, al mando del general Franco, tomó finalmente Madrid, la capital, a los republicanos de izquierdas. Se suele decir que España fue un ensayo práctico de la Segunda Guerra Mundial. Fue un conflicto excepcionalmente brutal, señalado por atrocidades en ambos bandos. Los aviones de la Legión Cóndor alemana bombardearon las ciudades españolas y ametrallaron a los civiles, perfeccionando las estrategias que pronto desplegarían en la *blitzkrieg*. Pero el conflicto sirvió también para ensayar las técnicas de guerra económica recién puestas a punto.

El dinero, tanto como unos efectivos y fuerzas militares superiores, ayudó a Franco a conseguir la victoria. La Alemania nazi y la Italia fascista proporcionaron ayuda por valor de cientos de millones de dólares. Los nacionales comprendieron que las finanzas eran un arma tan eficaz como las balas. Crearon su propia economía rival, con su propio banco nacional que emitía una moneda llamada también peseta. Era un ataque psicológico, además de económico, contra la República. Fue espantosamente eficaz. En julio de 1937, después de un año de guerra, la peseta republicana valía tres veces menos en francos franceses que la versión fascista, pese a que los republicanos eran el gobierno legítimo de España y controlaban la economía nacional, su moneda y las reservas de oro del país. <sup>21</sup> La inflación era mucho más alta en la zona republicana. Entre julio de 1936 y marzo de 1937 los precios se doblaron en la zona republicana, mientras que en la nacional sólo subieron un 15 por ciento. Los nacionales minaron, de forma constante, la confianza de los españoles en su moneda y, por extensión, en su gobierno.

Sin embargo, en teoría, la peseta del gobierno de la República debería haber valido tres veces más que la versión de los nacionales. A finales de 1935, España tenía las quintas mayores reservas de oro del mundo, después de Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y la Unión Soviética. El informe anual del BPI de 1936 observa que España tenía reservas de oro por valor de 2.225

millones de francos suizos en oro, casi tres veces más que Italia. Una gran parte había sido acumulada durante la Primera Guerra Mundial, cuando España permaneció neutral. En los cuatro años anteriores, el país había disfrutado de un superávit en cuenta corriente, una gran parte del cual se había invertido en oro.

El país debería haber estado en una posición privilegiada para emitir bonos, respaldados por las abundantes reservas de oro, para financiar la economía y la guerra. Sin embargo, como observan Pablo Martín-Aceña, Elena Martínez Ruiz y María Ángeles Pons, autores del artículo «War and Economics: Spanish Civil War Finances Revisited», el gobierno español no lo hizo. «Las razones de esta decisión son motivo de controversia: o bien no pudieron hacerlo debido a la aversión política de los bancos y financieros internacionales o bien fue una decisión política deliberada».<sup>22</sup> Probablemente fue una mezcla de las dos cosas. El país sufría un embargo de armas. Además, ¿dónde se habrían vendido los bonos? Allen Dulles y sus amigos de Wall Street no tenían ningún deseo de reforzar a un gobierno compuesto, desde su punto de vista, por peligrosos izquierdistas. Tampoco Londres habría mostrado más entusiasmo, Inglaterra prefería los fascistas de Franco a la República.

Así que España vendió sus reservas de oro. Francia compró 175 toneladas y el resto lo compró Moscú. El informe del BPI de 1937, recoge una caída de los fondos de España, hasta un valor estimado de 1.600 millones de francos suizos oro.<sup>23</sup> El dinero se usó para pagar armas, aviones, tanques, alimentos y otros suministros. Como ni España ni la Unión Soviética eran miembros del BPI, no pudieron utilizar sus facilidades especiales para acreditar y debitar ese oro en las cuentas bancarias nacionales. El oro tuvo que trasladarse físicamente. Las reservas de oro de España se guardaban en la cámara acorazada del Banco de España en Madrid. Cuando las fuerzas de Franco avanzaban sobre la capital, las reservas se transfirieron a un almacén naval en Cartagena. Desde allí, se cargaron en cuatro barcos soviéticos y se llevaron al puerto de Odesa, para ser transportadas a Moscú en un tren especial. Cuando el oro se terminó, el Banco de España vendió sus 1.225 toneladas de reservas de plata a Estados Unidos y Francia.

La caótica política de los republicanos debilitó también su economía y su moneda. Los nacionales estaban centralizados, eran autoritarios, estaban bien organizados y unidos en torno a una misma ideología —el fascismo—, con un único líder: el general Francisco Franco. Los republicanos eran un caleidoscopio de credos en competencia: socialismo, comunismo y anarquismo. Numerosas autoridades locales, regionales y revolucionarias imprimían sus propios billetes de banco, que no tenían ningún respaldo creíble. El gobierno republicano no centralizó la emisión de billetes de banco hasta el otoño de 1937. En cambio, los nacionales libraron una guerra de la moneda tan bien organizada como sus campañas militares. Declararon ilegal toda la moneda republicana emitida desde 1936. La única moneda de curso legal serían los billetes emitidos por el Banco de España propio de los nacionales. Los republicanos bloquearon todas las cuentas corrientes y de depósito de su zona que se hubieran abierto o aumentado de valor desde el principio de la guerra. Así que conforme las tropas de Franco avanzaban, los titulares de cuentas bancarias hacían

efectivos sus ahorros y gastaban rápidamente el dinero en lo que podían. Un banco, el Banco Zaragozano, incluso envió a su presidente al frente. En cuanto caía una ciudad, entraba en los territorios recién conquistados, junto con los líderes militares, para reorganizar los bancos locales.<sup>24</sup>

Esta, tanto como la *blitzkrieg*, fue la auténtica lección de la Guerra Civil: la depurada fusión del poder militar y político de los nacionales. Los nazis perfeccionarían este modelo, usando al BPI para apuntalar su imperio económico.

---

<sup>1</sup>Paráfrasis del telegrama recibido de Cochran, Embajada de Estados Unidos, París, 9 mayo 1939, n.º 907. Biblioteca Presidencial Franklin D. Roosevelt, Hyde Park, Nueva York. Papeles de Henry Morgenthau. Libro 189, 1-3.

---

<sup>2</sup>Toniolo, *Central Bank Co-operation at the Bank for International Settlements 1930-1973*, 131.

---

<sup>3</sup>Gates McGarrah, «A Balance Wheel of World Credit», *Nation's Business*, 24 marzo 1931. Archivo del BPI, fichero 7.18 (2), MCG8/55.

---

<sup>4</sup>Henry M. Christman, editor, *Essential Works of Lenin: «What's to Be Done?» and Other Writings*, Dover Publications, Nueva York, 1987, 202-203.

---

<sup>5</sup>«Watch Mr. Norman», *News Chronicle*, 5 enero 1939. Fichero con recortes de prensa, Archivos del Banco de Inglaterra.

---

<sup>6</sup>«Public Should Know What He Is Doing There». *The Daily Herald*, 6 enero 1939.

---

<sup>7</sup>Frederick T. Birchall, «Schacht Honored on Sixtieth Birthday», *The New York Times*, 23 enero 1937.

---

<sup>8</sup>Proyecto Nikor, «Nazi Conspiracy and Aggression: Individual Responsibility of Defendants, Hjalmar Schacht», parte tres de trece, consultado en <http://www.nizkor.org/hweb/imt/nca/nca-02/nca-02-16-responsibility-12-03-01.html>.

---

<sup>9</sup>H. R. Trevor-Roper, *Hitler's Secret Conversations, 1941-1944*, Farrar, Straus and Young, Nueva York, 1953, 432-433. (Editado en español con el título *Las conversaciones privadas de Hitler*, Crítica, Barcelona, 2004.)

---

<sup>10</sup>Hjalmar Schacht, *Confessions of the Old Wizard*, Houghton Mifflin, Boston, 1956, 356.

---

<sup>11</sup>Op. cit., 304.

---

<sup>12</sup>Ibid., 357, 358.

---

<sup>13</sup>Paráfrasis de las secciones seis y siete, de Cochran, Embajada de Estados Unidos, París, 9 mayo 1939, n.º 907. FDRPL. Papeles de Henry Morgenthau. Libro 189, 6-11.

---

14W. Randolph Burgess, notas para la reunión del Consejo de la Reserva Federal, 30 octubre 1931, NARA, RG 82- FRS, NWCH.

---

15Andrew Boyle, *Montagu Norman*, Cassell, Londres, 1967, 281.

---

16En inglés «It's the bee I wear in my bonnet». Significa “Estar obsesionado por algo”, “Tener algo entre ceja y ceja”. (*N. de la T.*)

---

17Op. cit., 281.

---

18Diarmuid Jeffreys, *Hell's Cartel: IG Farben and the Making of Hitler's War Machine*, Bloomsbury, Londres, 2009, 210.

---

19Citado en Toniolo, 195.

---

20Conferencia de Bretton Woods, carrete 216, libro 755, 117. FDRPL. Papeles de Henry Morgenthau.

---

21Tereixa Constenla, «How Franco Banked on Victory», *El País* (Inglés) 13 junio 2012. 21. Pablo Martín-Aceña, Elena Martínez Ruiz y Ángeles Pons, «War and Economics: Spanish Civil War Finances Revisited», *European Review of Economic History*, 16, 144-165.

---

22Pablo Martín-Aceña, Elena Martínez Ruiz y Ángeles Pons, «War and Economics: Spanish Civil War Finances Revisited», *European Review of Economic History*, 16, 144-165.

---

23BPI, *Seventh Annual Report*, BPI, Basilea, 1937, 49.

---

24Constenla, «How Franco Banked on Victory».



## Un expolio autorizado

«El Banco de Pagos Internacionales es el banco que sanciona el escándalo más notorio de esta generación: el expolio de Checoslovaquia.»

GEORGE STRAUSS, diputado laborista,  
hablando en la Cámara de los Comunes, mayo de 1939<sup>1</sup>

Cuando, en septiembre de 1938, la Alemania nazi se anexionó los Sudetes, la provincia fronteriza de Checoslovaquia, absorbió de inmediato una buena parte del sistema bancario del país, así como la mayoría de sus defensas estratégicas. Para entonces, el banco nacional checo había transferido prudentemente la mayor parte de su oro fuera del país, a dos cuentas del Banco de Inglaterra: una a nombre del BPI y otra al del propio Banco Nacional de Checoslovaquia. (Algunos países habían depositado parte de sus reservas de oro en una subcuenta de su cuenta del BPI en Londres, para facilitar las compras y ventas de oro). De los 94.772 kilogramos de oro, sólo 6.337 se quedaron en Praga. La seguridad del oro nacional era más que una cuestión monetaria. Las reservas checoslovacas, como las de la España republicana, eran la expresión de un sentimiento de nación. Creada en 1918 con parte del antiguo Imperio austrohúngaro, la República Checoslovaca era una nación nueva y frágil. Una buena parte del oro la había donado el pueblo, en los primeros años de existencia del país. Josef Malik, gobernador del banco nacional, y sus compatriotas checos creían que, aunque los nazis desmembraran su patria, si el oro nacional estaba a salvo, entonces algo de la independencia del país perduraría.

Se equivocaban. La fe de los checos en la probidad del BPI y el Banco de Inglaterra estaba trágicamente injustificada. El oro se sacrificó, sin apenas pensarlo dos veces, a las necesidades de las finanzas transnacionales y del Tercer Reich.

La primera exigencia de los nazis llegó en febrero de 1939, cuando Berlín ordenó a Praga que transfiriera algo más de 14,5 toneladas métricas de oro, supuestamente para respaldar la moneda alemana que ahora circulaba en los Sudetes. Era una idea ciertamente innovadora: primero invades un país vecino, te anexas una parte y luego exiges que el Estado recién mutilado suministre el oro para pagar la pérdida de una parte de su territorio. Al mes siguiente, la cuestión pasó a un

plano meramente especulativo. El 15 de marzo, la Wehrmacht ocupaba Praga. Se declaró el protectorado de Bohemia y Moravia, y Checoslovaquia dejó de existir. Pero las reservas de oro sí que existían. Tres días después, un funcionario del Reichsbank fue enviado al Banco Nacional de Checoslovaquia, donde ordenó a los directores, bajo amenaza de muerte, que emitieran dos órdenes. Gracias al diligente trabajo detectivesco de Piet Clements, archivero del BPI, tenemos una imagen clara de lo que sucedió a continuación. La primera orden daba instrucciones al BPI para que transfiriera las 23,1 toneladas métricas del oro checo depositadas en la cuenta del BPI en el Banco de Inglaterra a la cuenta BPI del Reichsbank, también en el Banco de Inglaterra. La segunda orden daba instrucciones al Banco de Inglaterra para que transfiriera casi 27 toneladas métricas del oro guardado en la propia cuenta del Banco Nacional de Checoslovaquia a la cuenta oro del BPI en el Banco de Inglaterra.

Malik y sus colegas de la dirección confiaban en que sería evidente que esas instrucciones se habían dado bajo coacción y que, por lo tanto, no serían puestas en práctica. Los nazis acababan de invadir Checoslovaquia y era obvio que su objetivo serían las reservas nacionales de oro. Pero Malik no tuvo en cuenta a Montagu Norman. Al gobernador del Banco de Inglaterra tanto le daba que Checoslovaquia fuera libre o una colonia nazi. Las consideraciones «políticas» no debían afectar a las transacciones del BPI. La orden de transferencia, dijo, debía ejecutarse.

Mientras, en Basilea, Johan Beyen, presidente holandés del BPI, vacilaba. Beyen habló del asunto con Felix Weiser, asesor legal del BPI. Pero, al igual que Norman, Weiser adoptó el enfoque más formalista posible. Mientras el papeleo estuviera en orden, el dinero debía transferirse. Weiser argumentó, de modo un tanto singular, que no había razones legales para afirmar que la orden de transferencia se había emitido bajo coacción, ya que ese alegato sólo lo podían presentar en un juzgado suizo las personas que habían actuado bajo coacción. Estaba claro que era improbable que los directores del Banco Nacional de Checoslovaquia viajaran a Suiza a presentar su caso. Por lo tanto, cualquier decisión para no autorizar la transferencia formaba parte de la política del BPI, más que de la administración. El consejo del BPI se encargaba de la política. Así pues, Beyen tendría que consultar con el consejo de administración para detener el pago. (Era una mala recomendación por otro motivo: según los términos de los estatutos del BPI, las autoridades suizas no tenían, en ningún caso, jurisdicción sobre las transferencias de oro entre Estados).

Beyen se resistía a tomar una decisión sin autorización. Pero ¿a quién se lo podía preguntar? El presidente del consejo del BPI, sir Otto Niemeyer, del Banco de Inglaterra, estaba de viaje en Egipto y, por lo tanto, era imposible comunicarse con él. A las seis de la tarde del 20 de marzo, Rober Auboin, director general del banco, le dijo a Beyen que el gobernador del Banco de Francia había hablado del asunto con Londres. El Banco de Inglaterra y el Banco de Francia no tomarían ninguna medida para impedir la transferencia, porque creían que no había motivos que justificaran su intervención. La orden de transferencia del BPI siguió adelante.

Con la conformidad de Londres, París y Basilea, la Alemania nazi acababa de hacerse con un botín de 23,1 toneladas métricas de oro sin disparar ni un tiro. Más de dos tercios de ese oro se

negociaron con los bancos nacionales de Holanda y Bélgica y fueron, finalmente, transportados desde Ámsterdam y Bruselas a las cámaras acorazadas del Reichsbank en Berlín. Los diligentes planes de Checoslovaquia para salvaguardar sus reservas de oro nacionales, junto con su equivocada fe en la integridad del nuevo sistema financiero internacional, se habían quedado en nada. La segunda orden de transferencia de las 27 toneladas métricas guardadas en la propia cuenta del Banco Nacional de Checoslovaquia en el Banco de Inglaterra no se ejecutó. Sir John Simon, ministro de Hacienda, había dado instrucciones a los bancos para que bloquearan todos los activos checos. Pero, al parecer, el oro checoslovaco guardado en una cuenta del BPI en el Banco de Inglaterra, no estaba definido como activo nacional y quedaba fuera del alcance de las leyes del Reino Unido.

La decisión de Norman y Beyen causó desesperación e incompreensión en Praga y protestas airadas en Londres. La pérdida del oro checoslovaco era totalmente «culpa de Norman», exclamaba *The Daily Herald*.<sup>2</sup> Paul Einzig, de *The Financial Times*, publicó una serie de artículos dejando al descubierto la complicidad en el asunto tanto del Tesoro como del Banco de Inglaterra. Einzig exigía saber por qué el Tesoro no había detenido la transferencia, ya que era una clara violación de la ley conocida como Ley de Checoslovaquia. Brendan Bracken, periodista y aliado de Winston Churchill, declaró en la Cámara de los Comunes que «después de lo que ha pasado, ya no puede considerarse que el Banco de Inglaterra sea el lugar más seguro del mundo y la expresión “Tan seguro como el Banco de Inglaterra” ya no es válida». <sup>3</sup> El propio Churchill exigió saber cómo podía el gobierno instar a la gente a alistarse en las fuerzas armadas cuando era «tan torpe que se podían transferir seis millones de libras en oro al gobierno nazi». <sup>4</sup>

El auténtico villano del asunto era Norman. Beyen, que más tarde sería ministro de Asuntos Exteriores de Holanda y director ejecutivo del Fondo Monetario Internacional, era un burócrata ineficaz, paralizado por la idea de que quizá tuviera que asumir la responsabilidad de una decisión. Norman podía haber detenido la transferencia de inmediato. Era el gobernador del Banco de Inglaterra, donde estaban las dos cuentas del BPI involucradas. Como mínimo, podía haber pedido que la petición de transferencia fuera trasladada al consejo del BPI para que éste decidiera, lo cual habría sido, además, una medida para salvar las apariencias. Prefirió no hacerlo. Estaba claro que la guerra era inminente, una guerra en la que Gran Bretaña tendría que luchar. La invasión nazi de Checoslovaquia había destruido las últimas esperanzas de paz. Las reservas de oro de ese país, guardadas en Londres, eran ahora una cuestión de seguridad nacional para Gran Bretaña.

Sin embargo, la prioridad de Norman no era el interés superior de su patria, sino la independencia de su amado BPI. Incluso mientras se estaban cargando los proyectiles en los tanques alemanes, Norman seguía creyendo que, para los banqueros, los negocios podían continuar como de costumbre. Nada podía interferir en la sagrada neutralidad y caballerosa confianza que los banqueros tenían unos en otros, ni siquiera la inminente conflagración con un régimen cuya maldad estaba clara. El Banco de Francia se había negado a detener la transferencia, pero había pedido a Norman que la bloqueara. Norman se mostró inflexible. No podía haber ninguna

interferencia política en las operaciones del BPI, ni siquiera, parecía, cuando se ordenaban a punta de pistola.

Norman no expresó ningún pesar en absoluto por la transferencia del oro checo. De hecho, se mostró positivamente indignado ante la idea misma de que el gobierno británico pudiera opinar sobre lo que el banco hacía. Escribió: «No puedo imaginar ninguna medida más inadecuada que hacer intervenir al gobierno en los asuntos bancarios corrientes del BPI. Opino que significaría la ruina. Imagino que los alemanes nunca habrían pagado intereses al BPI y luego es probable que nos hubiéramos encontrado con que los alemanes, italianos y japoneses hacían causa común».<sup>5</sup> Más adelante, Norman mintió a sir John Simon, ministro de Hacienda, aunque con una falsedad muy reveladora. Simon le preguntó a Norman si no podía haber advertido al gobierno de que, gracias al BPI, Alemania estaba a punto de conseguir «un gran refuerzo financiero». Norman le contestó que, aunque el Banco de Inglaterra guardaba oro para el BPI, no sabía si ese oro era realmente propiedad del BPI o el BPI lo guardaba para otros bancos centrales. Esto no era verdad, como más tarde reconocería Norman. Luego, admitió algo significativo, incluso escandaloso. Le dijo a Simon que «dudaba mucho que hubiera creído que era su deber, como director del BPI, hacer una declaración al gobierno británico sobre las transacciones del banco».<sup>6</sup>

Norman llegó a escribir a Beyen para aclarar el asunto y para asegurar al presidente del BPI que, en última instancia, su lealtad era para Basilea. Norman no quería corregir públicamente los detalles de lo que se publicaba en la prensa y en *Hansard*, el diario de sesiones del Parlamento británico —que el Banco de Inglaterra no sabía de quién era el oro que se guardaba en las cuentas del BPI— ya que esto lo pondría en evidencia. «La dificultad está en que si le señalo al Tesoro que esto es incorrecto, me arriesgo a que me pidan detalles de las transacciones del BPI, cosa que no considero que el Tesoro tenga derecho a saber».<sup>7</sup> Eso estaba a un paso de ser traición. Cuando sus compatriotas se estaban alistando en las fuerzas armadas, preparándose para arriesgar la vida por las libertades y el lujo que él disfrutaba, cuando su país se preparaba para la guerra contra los nazis que todos sabían que era inminente, Norman anunciaba alegremente que su principal lealtad no era para Gran Bretaña, sino para un banco internacional, hiperprivilegiado, que no tenía ni siquiera una década de existencia.

El error de Malik, director del Banco Nacional de Checoslovaquia, fue creer que Norman, Beyen o, en realidad, cualquier miembro de la dirección del BPI pudiera concebir siquiera la idea de que hubiera alguna dimensión moral o política en sus decisiones. Los banqueros internacionales más poderosos del mundo no sólo no estaban dispuestos a obstruir la incautación nazi de los bienes checoslovacos, o austriacos; sencillamente, no podían concebir ninguna razón que les obligara a hacerlo. Siempre que se observaran las formalidades, se sellaran los papeles necesarios y se reasignara el oro. La preciosa independencia de Norman tanto respecto al Banco de Inglaterra como al BPI había sido comprada a un alto precio: con montañas de lingotes de oro para pagar el acero con el que se construirían las bombas que pronto lloverían sobre Londres.

El mismo legalismo obsesivo determinó la respuesta de la Reserva Federal de Estados Unidos a las peticiones de los bancos de Estados Unidos para que transfirieran los activos checoslovacos. El 16 de marzo de 1939, el día antes de que los tanques alemanes entraran en Praga, Henry Morgenthau, secretario del Tesoro de Estados Unidos, llamó a George Harrison, presidente de la Reserva Federal de Nueva York, para decirle que se había pedido a los principales bancos de Nueva York que — voluntariamente— no hicieran ninguna transacción «importante o inusual» que tuviera que ver con los activos de Checoslovaquia hasta el lunes, 20 de marzo, cuando la situación se aclarara.

El martes, 21 de marzo, la situación estaba tan clara como el renombrado cristal de Bohemia: Checoslovaquia había dejado de existir. El país había sido absorbido por el Tercer Reich. Harrison llamó a Morgenthau para averiguar cuál era la posición de Estados Unidos. Morgenthau consultó con el Departamento de Estado e informó a Harrison de que los bancos y los abogados debían decidir por sí mismos qué hacer si les pedían que movieran los fondos checoslovacos. El jueves, John Wesley Hanes, subsecretario de Morgenthau, llamó a Harrison y le pidió que se informara en los bancos de Nueva York sobre los depósitos que tenían del Banco Nacional Checo. La información sería transmitida al Departamento de Estado, el cual se la daría, a su vez, al embajador checoslovaco. Harrison no estaba de acuerdo con que los bancos entregaran la información voluntariamente. No sería una buena idea, ya que podría provocar represalias en Alemania contra los intereses de Estados Unidos. El Tesoro debía obligar a los bancos a entregar esa información, en lugar de pedírsela. Además, si el embajador checoslovaco quería la información, podía buscarla él mismo en el *Bankers' Almanac and Yearbook* de Thomas Skinner.<sup>8</sup>

Al cabo de unos días, el 1 de abril, la Reserva Federal de Nueva York recibió un cable que ordenaba la transferencia de 35.000 dólares desde la cuenta del Banco Nacional Checoslovaco al BPI. Harrison escribió a Marriner Eccles, presidente del consejo de la Reserva Federal, en Washington, y puso en marcha el proceso. La petición, escribió, estaba «correctamente fundamentada en todos los sentidos». Para la mayoría de observadores, el fundamento más sencillo era que como Checoslovaquia ya no existía, era evidente que la petición debía bloquearse. Pero Harrison y Eccles no opinaban lo mismo. Para ellos, como para Norman, en Londres, y Beyen, en Basilea, lo más importante era mantener el dinero en movimiento. Harrison no veía «ninguna razón, con independencia del posible motivo de la transferencia, para negarse a realizarla». Aún peor era la posibilidad de que «pudiera recaer una mayor responsabilidad en nosotros por negarnos a realizar la transferencia que por realizarla».<sup>9</sup>

El embajador checoslovaco pensaba lo contrario. Escribió una carta señalando que quizá las peticiones de transferencia se habían hecho bajo coacción y pedía que no se satisficieran. Burócrata hasta los tuétanos, Harrison se aseguró de cubrirse las espaldas. Igual que Beyen había hecho en Basilea, Harrison consultó a un abogado sobre cómo proceder a continuación. La cuestión fundamental no era la invasión nazi de Checoslovaquia, sino el posible riesgo para la Reserva Federal de Nueva York. Todos los efectos girados contra la cuenta del Banco Nacional Checo

debían abonarse, siempre que estuvieran correctamente librados y conformados. «En nuestra opinión, hay menos riesgo para el banco en seguir este procedimiento que en negarse a abonar un efecto simplemente porque, como dice el ministro checoslovaco, quizás haya sido extendido “bajo coacción”.»<sup>10</sup>

Poco acostumbrados al examen público de sus decisiones, los banqueros del BPI se quedaron atónitos por lo profunda que fue la ira desatada contra ellos por el asunto del oro checoslovaco. Aquel año, se cruzaron reproches y se pasaron la responsabilidad unos a otros en la reunión del consejo del BPI de junio. Fournier, gobernador del Banco de Francia, protestó porque la decisión se hubiera tomado sin consultar al consejo, lo cual era grotesco, considerando que él le había dicho a Beyen que ni el Banco de Francia ni el Banco de Inglaterra tenían ninguna objeción que ponerle a la transferencia. Sir Otto Niemeyer, presidente del consejo del BPI, se defendió recurriendo a las excusas habituales: «El Banco se aseguró de que no había ninguna razón legal que impidiera que las instrucciones se ejecutaran y, por lo tanto, la transacción se realizó del modo habitual. De hecho, no había alternativa a llevar a cabo las instrucciones recibidas».<sup>11</sup> Uno de los directores (anónimo) propuso que en el futuro se consultara al consejo en «asuntos de importancia», ya que era responsable de fijar la política. Niemeyer se apresuró a tumbar la propuesta. Como no es de extrañar, adoptó sin reservas la posición de Norman. Como el BPI era una institución internacional, no podía inmiscuirse en «cuestiones políticas». Esto era una tontería, porque la decisión de autorizar la transferencia era profundamente política y ejecutada en una Europa que nunca había estado más politizada y que estaba a punto de estallar en una guerra.

Malik dejó Praga en agosto de 1939 y huyó primero a Basilea, para explicar las circunstancias de la transferencia del oro checoslovaco a la administración del BPI, antes de acabar encontrando refugio en Londres. Seguía en pie el asunto de las cuatro mil acciones del Banco Nacional Checoslovaco en el BPI. A finales de aquel año, su situación, observaba el informe de 1939 del banco, seguía «sin haberse decidido». Cuando acabó la guerra, Malik afirmó que tuvo que disuadir a Paul Hechler, el jefe alemán del departamento bancario del BPI y partidario de los nazis, de repartir las acciones checoslovacas del BPI entre el Reichsbank, el Banco Nacional de Hungría y el banco nacional del nuevo Estado eslovaco títere de los nazis (los bancos de los tres Estados que ahora controlaban los antiguos territorios de Checoslovaquia). «Hechler había pensado en ello muy en serio», escribió Malik.<sup>12</sup> Al final, el BPI adoptó un planteamiento más sensato hacia las acciones checoslovacas del BPI que el que había aplicado a las reservas de oro del país. Después de buscar consejo legal, el BPI las dejó en suspenso.

Pero aquel asunto había puesto de relieve las conexiones profundamente inquietantes entre el Banco de Inglaterra, el gobierno británico y el BPI. Según informaba *The New York Times*, en Gran Bretaña, estaba muy extendida entre todos partidos la opinión de que «el Banco de Pagos Internacionales debía ser liquidado antes de que proporcionara más nervio de guerra a Alemania y

que la extraña relación entre el gobierno británico y el Banco de Inglaterra se debía examinar de nuevo sin demora». <sup>13</sup> *The New York Times* daba por sentado que sus lectores entenderían una alusión clásica. La palabra «nervio» hacía referencia a un epíteto de Cicerón, filósofo romano, que dijo: «El dinero infinito es el nervio de la guerra». La observación de Cicerón era tan clarividente en su momento como lo sería a finales de los años treinta. Pero los que querían que se liquidara el BPI llegaban demasiado tarde. Gracias al BPI el «nervio de la guerra» y un flujo de dinero casi infinito estaban a punto de verse infinitamente reforzados.

El asunto del oro checoslovaco también puso de relieve que las operaciones de oro del banco, cada vez más complejas, crecían en alcance e importancia. El comercio del oro del BPI era un precursor de la economía globalizada de hoy, cuando enormes sumas vuelan, al instante, de un lado para otro con sólo pulsar unas teclas. La tecnología disponible en los años treinta era mucho más primitiva, pero el principio de comprar y vender activos sin verlos ni tomar posesión física de ellos es el mismo. El desarrollo de un mercado de oro libre entre bancos centrales, a través del BPI, era significativo. Es dudoso que, de haber estado todo el oro checoslovaco en una cuenta del Banco de Inglaterra a nombre del propio banco nacional, en lugar de en una cuenta del BPI, hubiera llegado al Reichsbank.

El BPI ofrecía a los bancos centrales un servicio único, que no estaba disponible para los individuos o las empresas privadas, que no estaban autorizadas a tener cuentas allí. El BPI tenía dos clases de depósitos de oro: los depósitos bancarios y el oro en custodia. En el primer caso, se trataba de oro depositado allí por los bancos centrales. En 1936, esto representaba alrededor del 14 por ciento de los depósitos. (Los propios lingotes de oro estaban guardados en el Banco Nacional Suizo, en Berna.) La segunda categoría se conocía como oro «en custodia»; oro que estaba físicamente en otro banco, pero acreditado en la cuenta del BPI (que era el caso del oro checoslovaco en Londres).

El BPI tenía cuentas de oro colectivas en el Banco de Inglaterra y en la Reserva Federal de Nueva York. Estas cuentas se subdividían en subcuentas para los bancos centrales, que eran los dueños del oro, aunque éste se hallara físicamente en Londres o Nueva York. Se suponía que ni el Banco de Inglaterra ni la Reserva Federal de Nueva York sabían a qué banco central pertenecían las subcuentas que tenían a nombre del BPI, aunque como muestra la correspondencia de Norman sobre el asunto del oro checoslovaco, sí que lo sabían. Así que si el Banco de Francia (subcuenta X) quería transferir fondos al Banco de Hungría (subcuenta Y), el BPI se limitaba a dar instrucciones al Banco de Inglaterra para hacer los depósitos necesarios desde la subcuenta X a la subcuenta Y. El oro en custodia, como observa Toniolo, «permitía que se hicieran transacciones baratas y confidenciales entre bancos centrales, ya que la transferencia de la propiedad sólo entrañaba un cambio contable por parte del BPI». <sup>14</sup> Era un sector de crecimiento para el BPI; en 1935-1936 los movimientos del oro en custodia totalizaron más de 1.121 millones de francos oro suizos. En 1938-1939 esa suma había aumentado a más de 1.512 millones.

Los gestores y directores del BPI estaban inmensamente orgullosos de los nuevos e innovadores mecanismos del banco para el comercio de divisas. Pero el principio que sustentaba las cuentas reservadas no era tan nuevo como suponían. Pocos o ninguno de los directores del BPI había oído hablar de la isla de Yap, en Micronesia, pero siglos atrás sus habitantes habían inventado un sistema parecido, basado en grandes discos de piedra caliza. Los discos, conocidos como *fei*, eran extraídos en una isla cercada y llevados a Yap en barco. Los isleños decidieron que los discos representaban una riqueza importante, suficiente, por ejemplo, para pagar la dote de una hija. Pero la «moneda» era pesada en extremo y casi imposible de mover. Así que permanecía en su sitio y sólo cambiaba su propiedad mediante el acuerdo del comprador y el vendedor. De hecho, ni siquiera tenía que estar presente en la isla. La tradición oral local habla de un único disco que cayó de la barca al mar. De forma muy parecida a los depósitos de oro en las cuentas del BPI en Londres o Nueva York —o, en realidad, de cualquier banco hoy— la existencia física del *fei* sumergido se entendía como una cuestión de fe. Los isleños pasaban simplemente la propiedad del disco sumergido de unos a otros, hasta 1899 cuando llegaron los alemanes y colonizaron la isla de Yap.

Los nuevos gobernantes de las islas exigieron que los habitantes repararan los caminos que unían los diferentes poblados. Los locales no hicieron caso de sus órdenes y, al final, los alemanes decidieron que debían ser multados. Pintaron una enorme cruz negra en el *fei* más valioso y declararon que los discos eran propiedad del gobierno; así se cobraban la multa. Dio resultado. Los isleños se apresuraron a arreglar los caminos, los alemanes borraron las cruces y los isleños recuperaron la posesión de sus activos de capital.

A los sofisticados financieros del siglo xx, ese episodio les habría parecido encantador, pero irrelevante. Pero como observaría Milton Friedman, años más tarde, era desde luego muy relevante. Ni el oro ni los discos de piedra tienen ningún valor intrínseco. Su valor es totalmente arbitrario, el que nosotros les damos. Pintar los discos de piedra de los isleños de Yap tuvo un paralelismo preciso en 1932, cuando el Banco de Francia decidió vender sus dólares. El banco temía que Estados Unidos no mantuviera el patrón oro tradicional de 20,67 dólares por una onza de oro. Le pidió a la Reserva Federal de Nueva York que usara los dólares que el banco tenía allí para comprar oro. Como era caro y arriesgado enviar el oro por barco a través del Atlántico, el Banco de Francia le pidió a la Reserva Federal de Nueva York que almacenara el oro recién adquirido en la cuenta que tenían en dicha ciudad. Friedman describe lo que pasó a continuación:

En respuesta, los funcionarios del Banco de la Reserva Federal fueron a su cámara del oro, metieron la cantidad correcta de lingotes de oro en cajones separados y pusieron una etiqueta o marca en esos cajones, indicando que eran propiedad de los franceses; a todos los efectos, igual podían haberlo hecho señalándolos «con una cruz de pintura negra», como hicieron los alemanes con las piedras. [15](#)

Este suceso —mejor dicho, no suceso— tuvo graves consecuencias. La venta francesa de dólares



provocó la caída del tipo de cambio, aunque en realidad no había pasado nada. ¿Cuál era la diferencia, preguntaba Friedman, entre «que el Banco de Francia creyera que estaba en una posición monetaria más fuerte debido a unas marcas en unos cajones en un sótano a más de 3.000 millas de distancia y la convicción de un isleño de Yap que creía que era rico debido a una piedra bajo el agua a unas cien millas de distancia?»<sup>16</sup> Evidentemente, no mucha.

Es posible que Norman y Schacht pensaran, mientras viajaban juntos de Berlín a Basilea, aquel enero de 1939, que ésta sería la última reunión del BPI a la que asistirían juntos. Para entonces Schacht comprendía que había creado un monstruo. El gasto en el Estado y la economía de guerra estaba fuera de control. Si las cosas seguían igual, Schacht y sus compañeros en el consejo del Reichsbank creían que el país iría a la bancarrota. El 7 de enero, Hitler recibió un documento, firmado por los ocho miembros del consejo del Reichsbank, incluido Schacht. El gasto descontrolado no tardaría en hacer que la «estructura financiera nacional» se hundiera, advertía el documento. «Es nuestro deber advertir contra este ataque a la moneda»,<sup>17</sup>

Dos semanas después de que Hitler recibiera el documento de los directores del Reichsbank, Schacht fue llamado a la Cancillería de Berlín. Hitler le entregó la notificación oficial de que era relevado de su cargo como presidente. La mayoría de sus compañeros en la dirección dimitieron. Lo sustituyó Walther Funk, que también ocupó su puesto en el consejo del BPI. Funk, antiguo periodista, era un nazi acérrimo, que había ingresado en el partido en 1931. Era el hombre clave para los industriales y las grandes empresas, entre ellas IG Farben, que lo usaban para canalizar fondos a los nazis; además era uno de los asesores económicos clave de Hitler. Funk había sustituido a Schacht como ministro de Economía en 1937 y como plenipotenciario para la Economía de Guerra en 1938, así que su nombramiento como presidente del Reichsbank no sorprendió a nadie. Lo sorprendente fue que la disoluta vida personal de Funk no hubiera paralizado su constante ascenso por los niveles más altos del Estado nazi. Funk era un borracho desaliñado y homosexual activo, en un momento en que los gays eran enviados a los campos de concentración.

Schacht se retiró a su casa de Charlottenburg, a las afueras de Berlín, durante un tiempo y luego, en marzo, se marchó de viaje a la India. En julio de 1939, volvió a Basilea, donde se reunió en secreto con Montagu Norman. Schacht hizo una extraña oferta al gobierno británico. Temiendo por su vida y sin la protección de Hitler frente a sus enemigos en las SS, que siempre le habían envidiado su poder en la economía, Schacht propuso ir a Extremo Oriente para informar sobre la economía a Gran Bretaña. Norman se reunió con el primer ministro, Neville Chamberlain, y le transmitió la petición de su amigo. La oferta de Schacht fue recibida con un leve desconcierto, pero Frank Ashton-Gwatkin, funcionario del Foreign Office, fue enviado a Italia. Schacht y él pasaron tres días encerrados en un hotel de lujo en Ancona. Ashton-Gwatkin recordaba: «Escuchaba el extraño plan de Schacht y, considerando que estaba ansioso por irse lo más lejos posible de Hitler, tuve que confesar que me habían hablado de empresas más prometedoras». A pesar de ello, le dijo

a Schacht que redactaría un informe sobre su propuesta y lo sometería a Londres.

Entonces, Schacht pidió que le dejara ver lo que había escrito. Ashton-Gwatkin le entregó sus notas. Schacht, imperioso como siempre, le informó: «Esto no servirá de nada». Schacht reescribió el informe y luego exigió que el original fuera destruido. Ashton-Gwatkin le entregó las notas, que Schacht, con mucho teatro, procedió a quemar, hoja por hoja, y tirarlas luego al váter. Schacht era menos competente como espía que como banquero. El váter se agrietó y el agua esparció las cenizas mojadas por el suelo. «Nos pasamos lo que me pareció mucho tiempo secando el agua y recuperando los pedazos empapados de papel quemado», recordaba Ashton-Gwatkin. La misión de Schacht nunca tuvo lugar.<sup>18</sup>

Había pasado poco más de un mes, el uno de septiembre, cuando Alemania invadió Polonia.

---

<sup>1</sup>Paul Elston, «Banking with Hitler», documental de *BBC Timewatch*, 1998. Consultado en línea en <http://www.youtube.com/watch?v=YauM5dHLn1s>.

---

<sup>2</sup>Douglas Jay, «£10.000.000 — And Norman's Fault», *The Daily Herald*, 21 junio 1939. Ficheros de recortes de prensa, Archivos del Banco de Inglaterra.

---

<sup>3</sup>Elston, «Banking with Hitler».

---

<sup>4</sup>Toniolo, *Central Bank Co-operation at the Bank for International Settlements 1930-1973*, 209.

---

<sup>5</sup>Op. cit., 208.

---

<sup>6</sup>Ibid., 210.

---

<sup>7</sup>Montague Norman a Johan Beyen, 25 mayo 1939. Archivos del BPI, fichero 2.22e, vol. 1.

---

<sup>8</sup>George Harrison a Marriner Eccles, 6 abril 1939, Universidad de Columbia, Harrison, volumen 57. Cartas e informes misceláneos, volumen V, 1940.

---

<sup>9</sup>Op. cit.

---

<sup>10</sup>Ibid.

---

<sup>11</sup>Extracto de las actas de la reunión 93 del consejo de administración, celebrada en Basilea, 12 junio 1939. Archivos del BPI. Fichero 2.22e, vol. 1.

---

12Josef Malik a Thomas McKittrick, 16 junio 1945. Archivos del BPI, fichero 2.22, volumen 1.

---

13«Sees British Hands Tied on Czech Gold», *The New York Times*, 6 junio 1939.

---

14Toniolo, 187.

---

15Milton Friedman, «The Island of Stone Money», Documento de trabajo de Economía, E91-3. Institución Hoover, Universidad de Stanford, febrero 1991.

---

16Op. Cit.

---

17John Weitz. *Hitler's Banker*, Time Warner, Londres, 1999, 244.

---

18Andrew Boyle, *Montagu Norman*, Cassell, Londres, 1967, 309.

## El banquero estadounidense de Hitler

«Los asuntos de los negocios del banco, que se realizan a una escala muy reducida, descansan prácticamente en manos del Sr. McKittrick, presidente del banco.»

JOHN GILBERT WINANT, embajador de Estados Unidos  
en Gran Bretaña, julio de 1941<sup>1</sup>

Merle Cochran, el diplomático estadounidense que Henry Morgenthau había nombrado «embajador extraoficial» en el BPI, tenía información confidencial para el secretario del Tesoro. El principal asunto de la «reunión secreta informal de los domingos» de los gobernadores del banco, aquel mayo de 1939, era el nombramiento del nuevo presidente. Johan Beyen, el desafortunado titular holandés que había entregado el oro checoslovaco a los nazis, tenía que retirarse en 1940. Había tres candidatos principales para sucederle: un holandés, un sueco y un estadounidense. «Hasta ahora quien tiene más posibilidades es el estadounidense», informaba Cochran.<sup>2</sup>

El mencionado estadounidense era Thomas McKittrick. A primera vista, McKittrick parecía una elección curiosa. Era abogado de formación, sin ninguna experiencia directa en bancos centrales. Pero eso importaba poco, porque se avecinaba la guerra. Todas las partes estaban ya de acuerdo en que los canales financieros debían mantenerse abiertos durante el conflicto. En ese sentido, McKittrick era el candidato perfecto. Era ciudadano de un país neutral —Estados Unidos— y de la tierra incógnita más nueva del mundo: las finanzas transnacionales.

McKittrick había trabajado para Higginson & Company, la filial británica de Lee, Higginson & Company, una renombrada firma de inversiones de Boston. El banco ya no existe, en parte gracias a McKittrick, pero en su apogeo era más rico y más prestigioso que Goldman Sachs y Lehman Brothers. Nacido en San Luis, McKittrick se graduó por Harvard en 1911. Se trasladó a Italia, donde trabajó en la sección extranjera del National City Bank de Nueva York, antes de incorporarse al ejército de Estados Unidos en 1918. Fue enviado a Liverpool, donde fue adscrito en comisión de servicio a la inteligencia militar británica, con la misión de comprobar que no hubiera espías que utilizaran dicho puerto para entrar y salir de Inglaterra. Después del armisticio, en noviembre, McKittrick fue enviado a Francia para trabajar con las fuerzas de ocupación aliadas.

Regresó a Nueva York en 1919 y empezó a trabajar en Lee, Higginson. La experiencia de McKittrick en Italia y Francia hacía que fuera un bicho raro en el mundo más provinciano de los banqueros de Estados Unidos. Fue enviado a Londres en 1921 para trabajar para el departamento británico de la compañía, y nombrado socio a cargo de las operaciones extranjeras para Londres y Nueva York. Aunque McKittrick era abogado más que banquero por formación, pronto se orientó en la City de Londres y creó una red impresionante de contactos con conexiones internacionales. Una gran parte de su tiempo lo pasaba trabajando en los préstamos e inversiones alemanas, incluyendo el empréstito a Alemania del Plan Dawes de 1924, que había sido concebido por John Foster Dulles y Sullivan and Cromwell. McKittrick se convirtió en una especie de inglés honorario, considerado en Europa como enviado de la City, dotado de un mayordomo que le planchaba su ejemplar de *The Times* antes de que lo leyera. «Llevaba la vida de un inglés», recordaba más tarde. «Mis asociados eran todos británicos y hacia el final de aquel periodo, con frecuencia había personas que se dirigían a mí dando por sentado que era británico».<sup>3</sup>

McKittrick había llegado al BPI en 1931, cuando se incorporó al Comité de Arbitraje para los Créditos Alemanes, que dictaminaba sobre cualquier disputa relativa a los créditos concedidos a los bancos privados alemanes. Los otros dos miembros eran Marcus Wallenberg, del Enskilda Bank, de Suecia, y Franz Urbig, presidente del consejo supervisor del Deutsche Bank. Wallenberg y su hermano Jacob eran dos de los banqueros más poderosos de Europa. La familia Wallenberg disfrutaba de una red de lucrativas conexiones con banqueros de Londres, Berlín y Wall Street. Durante la Segunda Guerra Mundial, los hermanos Wallenberg usaron el Enskilda Bank para jugar a dos bandas, asegurándose siempre de cosechar enormes beneficios de paso. Un pariente suyo, Raoul, salvaría más tarde a decenas de miles de judíos húngaros durante el Holocausto, antes de desaparecer en un gulag ruso, abandonado por sus tíos.

McKittrick era amigo, desde hacía mucho tiempo, de Allen Dulles, a quien había conocido cuando éste trabajaba en la embajada estadounidense en Berna y lo ayudó en un asunto del visado. McKittrick comprendió perfectamente que Sullivan and Cromwell ofrecían una entrada en el mundo clandestino en que la política y la diplomacia se encuentran con las finanzas internacionales. En septiembre de 1930, McKittrick le escribió a un colega: «Estamos considerando seriamente darles algún trabajo legal a Sullivan and Cromwell para beneficiarnos de los servicios de Dulles en muchos sentidos».<sup>4</sup> McKittrick también concedió préstamos a corto plazo al gobierno alemán. Los préstamos alemanes de McKittrick se veían con muy buenos ojos tanto en el BPI como en Sullivan and Cromwell. En octubre, Gates McGarrah, presidente del BPI, le escribió a John Foster Dulles expresando cuánto se alegraba de que «se hubiera aprobado el crédito [alemán] de Lee Higginson».<sup>5</sup>

También se alegraban McKittrick y sus socios en Lee, Higginson. Por lo menos, algo salía bien, porque la firma se había enredado en los asuntos de uno de los mayores estafadores de la historia, Ivar Kreuger, un industrial sueco. Kreuger había acumulado una fortuna —con las humildes cerillas de seguridad— que valdría miles de millones.

Wall Street había recibido a Kreuger con los brazos y los talonarios de cheques abiertos. Gracias a McKittrick y sus compañeros, la fama de Kreuger le había precedido. Los socios de Higginson en Londres les dijeron a sus colegas de Estados Unidos que Kreuger ya les había hecho ganar una fortuna. Pero era una fortuna edificada sobre el fraude. Kreuger había construido una enorme estafa piramidal que exigía una corriente interminable de nuevos inversores para pagar a sus predecesores. En 1931, uno de los agentes de Lee, Higginson escribió a Kreuger para decirle que a algunos de sus acreedores bancarios les gustaría tener más información sobre la compañía y cómo trabajaba. El agente le pedía que explicara qué quería decir con «préstamos garantizados por hipotecas inmobiliarias», lo cual era un precursor inquietante de las hipotecas empaquetadas que dispararon la crisis de las *subprime* en 2007.

Lo que Kreuger quería decir era que ya no podía pagar a sus acreedores. Trató desesperadamente de concertar un rescate con Sosthenes Behn de ITT. Behn extendió un cheque por once millones de dólares con la condición de que la empresa de auditoría Price Waterhouse revisara las cuentas de Kreuger. Lo hicieron y descubrieron rápidamente un agujero de seis millones de dólares. El imperio de Kreuger empezó a desmoronarse. ITT quería que le devolviera el dinero. Kreuger volvió a Europa en marzo de 1932, para reunirse con sus banqueros, pero sólo llegó hasta su piso de la avenida Victor Emmanuel III de París. Allí, según la mayoría de versiones, se tumbó en la cama y se disparó en el corazón. Lee, Higginson, los venerables banqueros de Boston que lo habían respaldado durante una década fueron a la bancarrota. Los socios estaban arruinados. «De repente supe que todos habíamos sido unos idiotas», les dijo una fuente anónima a los investigadores. Pero McKittrick conservó su empleo en la sucursal del banco en Londres, así como su puesto de vicepresidente del Comité de Arbitraje para los Créditos Alemanes del BPI. Parece que no hubo recriminaciones ni preguntas en Basilea sobre el buen criterio de McKittrick, o su falta del mismo. El propio McKittrick afirmaría más adelante que había sido seleccionado como presidente del BPI sin su conocimiento ni participación. Recordaba que, en marzo de 1939, «se empezó a rumorear —sobre todo en el continente—: “Se dice que va al BPI como presidente”. Y el rumor continuó. La típica operación de rumorología». Al mes siguiente, Charles Dalziel, socio de McKittrick en Higginson & Co., le dijo que «había oído de una fuente absolutamente segura que me iban a ofrecer la presidencia del BPI y quería que supiera que cometería un error enorme si no aceptaba».<sup>6</sup> Sir Otto Niemeyer, presidente del consejo del BPI, hizo la oferta formal en mayo. McKittrick aceptó de inmediato. Al principio, el Departamento de Estado se negó a permitir que McKittrick se desplazara a Europa, pero después de que los que McKittrick describió más tarde como «principales países europeos», lo cual incluía sin duda a Gran Bretaña, aplicaran la suficiente presión, le permitieron marcharse. McKittrick se trasladó a Basilea y empezó a trabajar en enero de 1940, con un salario anual de 175.000 francos suizos (40.000 dólares). Inmediatamente viajó a Berlín, Roma, Londres y París para reunirse con los directores del BPI y los gobernadores de los bancos centrales alemán, italiano, británico y francés.

Pero antes de trasladarse de Londres a Basilea, tenía otra misión: ayudar al exjefe de

propaganda de Hitler para que lo liberaran de un campo de prisioneros británico. En octubre de 1939, los abogados de Ernst Hanfstaengel le pidieron a McKittrich que les diera una carta de referencia para su cliente. Hanfstaengel, graduado por Harvard, había vivido en Nueva York y estaba bien relacionado con la alta sociedad de Estados Unidos. Regresó a Alemania para convertirse en uno de los primeros partidarios de Hitler. Le prestó 1.000 dólares al partido nazi en sus comienzos —una suma enorme durante la hiperinflación de la República de Weimar— que pagaron la publicación de *Völkischer Beobachter*, el periódico del partido. Nombrado jefe de la prensa extranjera en 1931, su tarea era presentar una cara moderada y sofisticada ante los periodistas. No obstante, su excentricidad, su mordaz sentido del humor y su estrecha relación con Hitler le ganaron enemigos, y huyó del país en 1937. Sus abogados explicaron que su detención como extranjero enemigo se produjo en un momento especialmente inoportuno, ya que acababa de firmar un contrato con una revista de Estados Unidos para escribir una serie de artículos sobre sus relaciones con Hitler, a un dólar por palabra. McKittrick contestó que haría todo lo que pudiera. Estaba dispuesto a declarar que el exasesor político nazi no actuaría en contra de los intereses británicos si quedaba libre, aunque no está claro cómo podía saberlo.<sup>7</sup> Hanfstaengel fue debidamente liberado y volvió a Estados Unidos, donde confeccionó perfiles psicológicos de los líderes nazis para la inteligencia estadounidense.

McKittrich no era nazi, pero sin ninguna duda era amigo de la nueva Alemania y, como muchos de sus círculos sociales y empresariales del momento, tenía una actitud ambivalente hacia los judíos. En noviembre de 1938, dos semanas después de la Kristallnacht, usó sus contactos para ayudar al rabino Israel Mattuck, de la Sinagoga Judía Liberal de Londres. Lo presentó al consul general de Estados Unidos en Londres para tratar de organizar la inmigración de judíos alemanes. Mattuck le escribió una nota de agradecimiento, dándole las gracias «muy sinceramente». La reunión había sido muy útil. «Como resultado, espero poder, por medio de un fondo que tenemos aquí, ayudar por lo menos a unos cuantos judíos alemanes a encontrar un medio de escapar».<sup>8</sup> Años más tarde, en agosto de 1942, durante la guerra, Paul Dreyfus, banquero de Basilea, le pidió a McKittrick que le escribiera una carta de presentación para Leland Harrison, el embajador de Estados Unidos en Suiza. McKittrick lo complació, pero dejó claro lo que sentía hacia Dreyfus en una carta aparte para Harrison. «Es, como habrá deducido, judío, pero un buen tipo, que hace todo lo que puede para ayudar a sus desafortunados compatriotas».<sup>9</sup>

El estallido de la guerra planteó decisiones existenciales a la dirección del BPI. Había tres opciones: liquidar el banco, reducirlo y quedar inactivos hasta que acabaran las hostilidades o seguir tan activos como fuera posible dentro de los límites de la declarada política de «neutralidad». Los directores se mostraron unánimes y pensaban ya en las necesidades del capital transnacional: el BPI debía seguir en marcha para ayudar a la reconstrucción financiera de la posguerra. McKittrick garantizó a las autoridades suizas que nadie del personal «emprendería actividades políticas de

ningún tipo en beneficio de ningún gobierno ni organización nacional». Cualquier actividad de esa clase, observaba en un documento para el personal, sería «particularmente lamentable en este momento cuando se buscan privilegios especiales en beneficio del banco y de su personal».<sup>10</sup> Se organizaría un regreso seguro a casa para cualquiera que quisiera marcharse.

La declaración de neutralidad del BPI significaba lo siguiente: el banco no concedería créditos a los bancos centrales de los países beligerantes; cuando operara en mercados neutrales, se aseguraría de que los beligerantes no se beneficiaran de esas operaciones; no llevaría a cabo ninguna transacción, directa o indirecta, entre países en guerra entre ellos; no vendería activos de un país para hacer un pago a otro, si estaban en guerra; y no tendría activos de un país beligerante garantizados contra otro. Muy quemado por el asunto del oro checoslovaco, el BPI dijo que no tomaría decisiones que entrañaran el reconocimiento de lo que llamó, delicadamente, «cambios territoriales no aceptados universalmente». Cuando el banco central del Protectorado Alemán de Bohemia y Moravia (el ilegítimo régimen nazi que gobernaba Checoslovaquia) solicitó que se transfiriera el resto del oro guardado en el BPI al Reichsbank, la transferencia fue bloqueada. Cuando el gobierno belga en el exilio proclamó que la sede oficial del Banco Nacional estaba en Londres, el régimen de ocupación nazi respondió que la central del banco estaba en Bruselas. El BPI dijo que era neutral y que no reconocería a ninguna de las dos. El voto belga en el consejo de administración quedó suspendido. El BPI adoptó la misma postura en relación con Yugoslavia, cuando se enfrentó a reclamaciones rivales de Belgrado y Londres.

Pronto se demostró que las declaraciones de neutralidad del banco no tenían ningún valor. McKittrick y el resto de la dirección del banco convirtieron, *de facto*, al BPI en un brazo del Reichsbank. No fue un resultado de la inercia, la pasividad o la pereza burocrática. Fue la consecuencia de una serie de decisiones políticas deliberadas. El BPI realizaba transacciones de cambio de divisas con el Reichsbank. Aceptó oro saqueado por los nazis hasta los últimos días de la guerra, cuando países neutrales como Suecia empezaban a rechazarlo. Reconoció la incorporación forzosa al Tercer Reich de los países ocupados, entre ellos Francia, Bélgica, Grecia y los Países Bajos. Al hacerlo, legitimaba también el papel de los bancos nacionales controlados por los nazis en los países ocupados al apropiarse de los activos propiedad de judíos. El BPI permitió que los regímenes de ocupación de los nazis se hicieran con la propiedad de las acciones del BPI, de forma que el bloque del Eje tenía el 67,4 por ciento de las acciones con derecho a voto del banco. Se suspendieron las reuniones del consejo, pero las asambleas generales anuales continuaron. Los bancos accionistas votaban por poderes. El caso de Polonia es revelador. En abril de 1940, Leon Baranski, representante polaco en el BPI, pidió al gobierno en el exilio que se hiciera con el control de las acciones polacas. McKittrick se negó. Le dijo a Baranski que no quería tener que emitir una resolución, pero que si se veía obligado a ello, «el resultado quizá fuera, necesariamente, una decisión desfavorable» a Polonia. Estaba decidido a evitar plantear «una cuestión de este tipo», porque «una vez que se pone en marcha una discusión política, incluso sin publicidad, nunca se sabe dónde puede acabar»,<sup>11</sup>



Mientras las anexiones nazis eran aceptadas, las soviéticas no lo eran. En junio de 1940, el Ejército Rojo invadía Letonia, Lituania y Estonia. Los soviéticos ordenaron a los gobernadores de los tres bancos centrales que dieran instrucciones al BPI para que transfiriera sus reservas de oro al banco estatal de la Unión Soviética. El paralelismo con el oro checoslovaco estaba claro, pero el resultado fue muy diferente. La dirección del BPI, tan legalista como siempre, defendió que el banco tenía que aceptar estas instrucciones. Pero esta vez el presidente se negó. «Tuve que luchar contra todo el cuerpo directivo, en particular contra mi asesor legal, que decía que teníamos que aceptar esas instrucciones y entregar el oro a los rusos. Pero, sencillamente, yo no podía hacerlo», recordaba McKittrick.<sup>12</sup>

Lo que McKittrich hizo fue pedir una opinión legal externa al profesor Dieter Schindler, de la Universidad de Zúrich. Schindler argumentó que ni los gobernadores ni los bancos de las repúblicas bálticas eran agentes libres, sino que probablemente habían actuado siguiendo instrucciones de los soviéticos. Citó el artículo 10 de la carta del BPI, que prohibía medidas coercitivas contra los depositantes. Por ello, decía Schindler, el deber del BPI era «resistirse todo lo que esté en su poder» a cualquier intento de los gobiernos por interferir en los activos del BPI. McKittrick quedaba vindicado. Envío una copia del documento de Schindler, que fue aceptado por la dirección del banco, a Merle Cochran. El presidente del BPI le pidió que mantuviera confidencial la opinión legal de Schindler. «Mi única preocupación sería es que no llegue a la prensa. Después de la dañina campaña de publicidad respecto al oro checo, es de la máxima importancia que, esta vez, el BPI permanezca en la sombra».<sup>13</sup>

Hasta el inicio de la guerra, el BPI era un lugar agradable para trabajar. El personal estaba bien pagado, era inteligente y de talante cosmopolita. Era, como la Sociedad de Naciones, un oasis internacional. Los directores viajaban regularmente para reunirse con sus homólogos de Londres, París, Berlín y otras capitales. Las asambleas de los gobernadores eran el momento culminante. Algunas de las personas más poderosas del mundo viajaban a Basilea, rociando al serio BPI con un poco de polvo de estrellas. El personal disfrutaba del *glamour*, de la sensación de estar en una posición privilegiada, dentro del torbellino social de cenas, recepciones y meriendas.

El idilio acabó con la caída de Francia, en mayo de 1940. Ahora el territorio controlado por el Eje rodeaba Basilea por dos lados, donde las fronteras alcanzan casi los límites de la ciudad. Los funcionarios del banco trabajaban con ruido de fondo de disparos. Las autoridades suizas temían una invasión alemana e hicieron planes para evacuar la ciudad. Mientras, los patronos de McKittrick en Londres vigilaban muy de cerca a su protegido. El presidente del BPI estaba en contacto regularmente con sir Frank Nelson, cónsul británico en Berna. Nelson, experimentado hombre de negocios internacional, se convertiría más adelante en jefe del Special Operations Executive, la organización dedicada al sabotaje durante la guerra. Un día, alrededor del 20 de mayo, mientras aumentaba la tensión, Nelson llamó a Kittrick a su casa a las siete de la mañana. El

diplomático británico le dijo: «Las cosas tienen muy mal aspecto. No podrían tenerlo peor». Nelson explicó que tenían que poder contactar con McKittrich en cualquier momento. Le dijo: «No salga sin decirle a alguien adónde va y no abandone el siguiente lugar sin decirme a mí adónde va».

A las siete de aquella noche, McKittrich estaba de vuelta en casa cuando Nelson lo llamó. Le dio instrucciones al presidente del BPI para que evacuara a todo el personal francés y británico de inmediato. La invasión nazi era inminente, se suponía que iba a comenzar en cualquier momento. McKittrich volvió a la central del banco y convocó a su personal de alto nivel, incluyendo a Roger Auboin, Rafaele Pilotti y Paul Hechler. Éstos se pusieron en contacto con todos los empleados franceses y británicos que pudieron. Luego Hechler le dijo a McKittrich: «Es usted el único hombre que puede disponer por sí solo de los activos de este banco. Creo que es el hombre más importante que tenemos que sacar de Basilea». McKittrich se mostró de acuerdo y abandonó rápidamente a sus colegas. Llamó al chófer, fue a su casa y recogió algo de ropa. El chófer, recordaba McKittrich, «no metió la ropa en maletas, sino que la embutió en el coche». Se dirigieron a Berna y fueron detenidos catorce veces en la carretera por los soldados o la policía suiza. [14](#)

La invasión alemana de Suiza no se produjo. Los francos suizos, los bancos suizos y el BPI eran mucho más útiles para el Tercer Reich que otro pedazo de territorio montañoso, donde era probable que una población obstinada y fuerte librara una guerra de guerrillas contra los nazis. El BPI se trasladó a Château d'Oex, en el sudoeste del país. McKittrich y Per Jacobsson, se mudaron al Château de Rougemont, amablemente cedido por su propietario estadounidense. El resto del personal tuvo que arreglárselas en el pueblo. Había pocas casas decentes, la escolarización era básica y el pueblo era diminuto. Para finales de otoño, mientras la guerra se prolongaba, las relaciones entre las diferentes nacionalidades estaban casi del todo envenenadas. La moral se hundía, recordaba McKittrich. «Sólo había una sala de cine en el lugar y, si un francés y su esposa iban al cine y un alemán y su esposa iban al cine, y se encontraban, resultaba muy embarazoso para todos los involucrados». [15](#)

Todos se sintieron aliviados cuando el BPI regresó a Basilea en octubre de 1940. Allí, pese al conflicto, el BPI continuaba disfrutando de unos inmensos privilegios financieros, además de legales. Podía comprar y vender cantidades ilimitadas de francos suizos. Ésta era la moneda más importante en la Europa de tiempos de guerra, aceptada en todas partes. El BPI, gracias a su carta, no tenía que informar de sus transacciones en divisas. Su tipo de cambio en relación con el franco suizo no estaba sometido a las mismas restricciones que los bancos comerciales suizos. Hasta 1942, el BPI podía comprar y vender oro a un cambio mejor que el Banco Nacional Suizo. Este extraño sistema, mediante el cual los banqueros aliados y del Eje trabajaban juntos tan provechosamente, despertó una atención cada vez más hostil en Londres y Washington.

El Departamento de Estado le pidió a la embajada de Estados Unidos en Londres que investigara el estado de la relación entre el gobierno británico y el BPI, diciendo que habían surgido «muchos problemas». El embajador, John Gilbert Winant, se reunió con sir Otto Niemeyer, expresidente del consejo del BPI. Niemeyer se mostró tan categórico como siempre sobre la

inmunidad del BPI. Se refirió al artículo 10 de la carta del BPI que garantizaba que, en caso de guerra, la propiedad y los activos del banco tendrían inmunidad contra la incautación. Niemeyer había llegado, incluso, a acuerdos con el gobierno británico para que las comunicaciones del BPI con Londres no pasaran por la censura. «Niemeyer está convencido», escribía Winant, «de que los británicos deben continuar con su asociación, además de darle al banco su aprobación tácita, aunque sólo sea porque un papel útil en los acuerdos de posguerra podría tener importancia más adelante». <sup>16</sup> Mientras el BPI operara de un modo tan restringido, «se pensaba que no tendría ninguna utilidad en este momento plantear difíciles cuestiones legales respecto a la relación de los diversos países invadidos por los alemanes». Niemeyer decía que McKittrick debía permanecer en Suiza, ya que era «el guardián del banco contra cualquier peligro que pudiera ocurrir». <sup>17</sup>

McKittrick era mucho más que un guardián del BPI. Una y otra vez, pasaba información financiera y económica a la cúpula del Reichsbank. Tenía una relación especialmente estrecha con Emil Puhl, vicepresidente del Reichsbank y miembro del consejo del BPI, a quien McKittrick describía como su «amigo». Puhl, especialista en oro y divisas, era un visitante regular tanto del BPI en Basilea como del Banco Nacional Suizo en Berna. Tenía lazos estrechos con la rama financiera de las SS que gestionaba sus amplios intereses empresariales. Puhl, más que Walter Funk, teóricamente su superior, era el auténtico jefe del Reichsbank. En otoño de 1941, McKittrick le dio a Puhl un cursillo sobre el programa de Lend Lease, con el cual Estados Unidos suministraba armas, municiones y otros materiales bélicos a los Aliados. La ley, aprobada en marzo de aquel año, señalaba en la práctica el final de la política de neutralidad de Estados Unidos. Más tarde, McKittrick recordaba la conversación. Puhl le preguntó al presidente del BPI:

«¿Qué significa esto del Lend Lease? No lo entendemos. ¿Hay algo que pueda explicarme?» Y yo [McKittrick] dije: «Sí. Se lo contaré. Es una idea mía, pero no hay ninguna razón para no decírselo. Creo que si Estados Unidos va a estar en la guerra, pasará algo que nos hará entrar. Igual que ocurrió en la primera guerra. Y lo que está pasando es que estamos poniendo a punto nuestra organización industrial para nuestra entrada en la guerra». Nunca he visto a nadie al que le cambiara la cara tan rápido. Pensé que iba a desmayarse o algo parecido. Dijo: «Dios mío. Si tiene razón, hemos perdido la guerra». <sup>18</sup>

La predicción de McKittrick resultó correcta. Pero la entrada de Estados Unidos en la guerra, en diciembre de 1941, le causó problemas adicionales. El presidente del BPI ya no era alguien neutral, sino un ciudadano de una nación beligerante, en contacto diario con sus colegas alemanes, franceses e italianos. Pero el advenimiento de las hostilidades entre Estados Unidos y la Alemania nazi no cambió su relación cordial y productiva con el Reichsbank. En septiembre de 1941, Puhl escribía respecto a McKittrick: «Ni su personalidad ni su manera de llevar los negocios han motivado ninguna crítica en absoluto». <sup>19</sup> Puhl llegó a describir al BPI como «la única sucursal

extranjera auténtica» del Reichsbank.<sup>20</sup> Algunos de los pagos de dividendos del BPI a sus accionistas en los países ocupados por los nazis pasaban por el Reichsbank, dándole así a Berlín acceso a las operaciones en divisas y permitiéndole cargar una comisión por sus servicios. Durante la guerra, el Reichsbank continuó pagando intereses por las inversiones del BPI en Alemania, aunque ese interés contribuía a los dividendos del banco, que se pagaban a sus accionistas, entre ellos el Banco de Inglaterra. Así, por medio del BPI, la Alemania nazi contribuía a la economía de guerra de Gran Bretaña.

Puhl creía que era un precio que valía la pena pagar. Porque, pese a las bravatas de Hitler y a la planificación de Schacht, la Alemania nazi no había logrado la autarquía. Necesitaba comprar enormes cantidades de materias primas para fabricar armamento y para alimentar, dar calor y vestir a la población. El acero sueco, el petróleo rumano, el tungsteno portugués, incluso el buey sudamericano, tenían que comprarse y pagarse con una divisa fuerte. La Alemania nazi necesitaba un canal financiero hasta los países neutrales, que pasaba por Basilea. Ésta es la razón principal del porqué no invadió Suiza ni Suecia. Estos países neutrales le eran mucho más útiles al Tercer Reich como ejes monetarios de la red financiera transnacional que como partes adicionales del territorio controlado por los alemanes.<sup>21</sup>

Cuando, en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, se plantearon dudas sobre por qué el Reichsbank seguía formando parte de un banco con un presidente estadounidense, Puhl fue el defensor más influyente del BPI. Afirmó que el BPI era uno de los socios comerciales exteriores más importantes de Alemania. Realizaba transacciones de divisas y oro y le ofrecía al Reichsbank un mecanismo para adquirir materiales bélicos vitales. Era un puesto de escucha, que proporcionaba inteligencia útil sobre las transacciones financieras del enemigo. Los alemanes que trabajaban allí, como Paul Hechler, director general adjunto, eran leales y eficientes. Si Alemania se marchaba y el BPI cerraba, sería una pérdida enorme para el esfuerzo bélico nazi. Y el BPI necesitaba al Reichsbank —y a Puhn— en la misma medida. Per Jacobsson, asesor económico del BPI almorzó con Puhl el 7 de diciembre de 1942, en el despacho de éste en el Reichsbank. Los dos hombres disfrutaban de su mutua compañía. Tuvieron una comida agradable, a poca distancia de las cámaras acorazadas del banco donde se guardaban las riquezas de un continente saqueado y de los judíos exterminados. Jacobsson creía que Puhl era el aliado más importante del BPI en la Alemania nazi. Sin su apoyo, el banco se hundiría. Más tarde, Jacobsson escribió en su diario: «Sé muy bien hasta qué punto el futuro del BPI depende de las posibilidades que tenga Puhl de defender nuestra posición en Berlín».<sup>22</sup>

La guerra no era buena para la cuenta de resultados del BPI. Para 1943, su volumen de negocio había caído hasta menos del cinco por ciento del promedio de los años anteriores a la guerra. Pero el BPI tenía 294 millones de francos oro suizos (96 millones de dólares) invertidos en Alemania, en

forma de fondos bancarios estatales, letras del tesoro y bonos. El banco se mantenía activo por los pagos de intereses que recibía del Reichsbank, que llegaron a representar el 82 por ciento de sus ingresos. Al principio, Alemania pagaba sus cuotas en divisas. Pero, a partir de marzo de 1940, cambió al oro, procedente en gran parte del expolio. Durante la guerra, Alemania aumentó sus reservas de oro por un valor de 603,5 millones de dólares, más del 80 por ciento del cual procedía del pillaje de los bancos centrales de los países ocupados. Unos 88 millones habían sido incautados a los ciudadanos de Alemania y de los territorios ocupados por los nazis. Alrededor de tres millones fueron arrebatados a las víctimas de los campos de concentración, incluyendo la macabra categoría del «oro dental». También esto quedó acreditado en una cuenta del Reichsbank, supervisada por Emil Puhl, confidente de Thomas McKittrick y compañero de almuerzos de Per Jacobsson.<sup>23</sup>

Gracias a las investigaciones hechas por Piet Clements, sabemos que durante los años de guerra un total de 21,5 toneladas métricas de oro entraron y salieron de la cuenta de oro del Reichsbank en el BPI, de las cuales 13,5 toneladas fueron conseguidas durante la guerra. Parte del nuevo oro —mucho del cual procedía del expolio— se usaba para pagar el interés de los préstamos e inversiones del BPI en Alemania. Se usaron seis toneladas métricas para pagar las deudas del Reichsbank, por medio del sistema de pagos del BPI para el ferrocarril y el tráfico postal internacional, del cual también se encargaba el banco.

La suerte que corrieron las reservas de oro de Bélgica es de lo más extraordinaria. A finales de 1939, el Banco Nacional de Bélgica envió más de 200 toneladas métricas de sus reservas a Francia para su custodia. Como los nazis avanzaban, Francia transportó el oro belga y algo del suyo propio al puerto de Dakar, en África Occidental. Temiendo un ataque de los Aliados, las autoridades francesas transportaron el oro al interior. Después de la caída de París, Alemania ordenó al gobierno colaboracionista francés de Vichy que enviara el oro a Marsella para ponerlo bajo la «custodia» del Reichsbank. El oro fue transportado por barco, camión, tren y caravana de camellos a través del desierto del Sahara hasta Argel. Desde allí, fue enviado por avión a Marsella y, finalmente, depositado en las cámaras acorazadas del Reichsbank.

En el verano de 1943, Yves Bréart de Boisanger, gobernador del Banco de Francia, ahora bajo el control de Vichy, viajó a Basilea para advertir a McKittrick sobre el destino del oro belga, parte del cual acabaría, sin duda, en Basilea. McKittrick desechó las preocupaciones de Boisanger. Todo el oro recibido en el BPI estaba sellado con las marcas adecuadas, dijo, y era alemán, no belga. Tanto si lo creía como si no, McKittrick comprendió que, si el banco tenía que seguir en el negocio, probablemente no había otra alternativa que aceptar los envíos de oro del Reichsbank. Pero Auboin, el director francés, se puso del lado de su compatriota. El BPI no debía aceptar los pagos alemanes en oro, sino exigir francos suizos.

Auboin tenía razón. El oro belga había sido fundido en la Casa de la Moneda prusiana y sellado con números y fechas de identificación falsos, de entre 1934 y 1939. Unas 1,6 toneladas métricas fueron utilizadas por el Reichsbank para cumplir sus pagos de intereses al BPI, junto con dos toneladas métricas de oro expoliado a Holanda.

No obstante, no todo el oro fundido en la Casa de la Moneda prusiana tenía su origen en las cámaras acorazadas de los bancos nacionales. Los nazis crearon una red de informadores y torturadores, llamada Devisenschutzkommando (DSK), para seguir la pista al oro en manos de particulares en los territorios ocupados. El propósito declarado de la unidad especial, que había sido cuidadosamente seleccionada por los soldados de las SS, era controlar el tráfico de divisas a lo largo y ancho del Tercer Reich. Su propósito real era la «adquisición de oro por cualquier medio, incluyendo el engaño y la brutalidad», según los informes británicos. Sólo en París, la DSK empleaba a ochenta informadores, desde «los niveles más bajos a los círculos más altos de la sociedad».<sup>24</sup> Cada uno recibía un 10 por ciento de comisión, además de documentos de identidad y moneda estadounidense y británica falsos. Las víctimas eran seducidas con supuestas ventas de propiedades o tierras. Luego eran detenidas, golpeadas y torturadas para que revelaran cómo iban a pagar esas compras. El método de interrogatorio favorito de Hugo Goose, que dirigía la DSK en las islas del Canal, era romper un vaso de cerveza en la cabeza de su víctima. Ludwig Jaretski, un austriaco que vivía en París, «empleaba cerillas encendidas en víctimas desnudas».<sup>25</sup> Parte del oro del BPI tenía un origen todavía más espeluznante: procedía de los relojes, anteojos, joyas y dientes de oro de las víctimas de los campos de concentración. Esta fue la razón de que, después de la guerra, Emil Puhl, vicepresidente del Reichsbank y director del BPI, fuera declarado culpable de crímenes de guerra.

Bajo el liderazgo de McKittrick, el BPI llevó también a cabo un número significativo de transacciones para otras potencias del Eje. Vendió oro para el Banco de Francia (Vichy) a Portugal a cambio de escudos, que Francia necesitaba para pagar productos importados de Portugal. Organizó tres envíos de oro desde Berna a Bulgaria. Vendió casi nueve toneladas métricas de oro a Rumanía, por un precio inferior al del Banco Nacional Suizo. Todas estas operaciones infringían la política de neutralidad. El BPI también llevó a cabo trece intercambios de oro con Turquía —un total de 8,6 toneladas métricas— cambiando oro que Turquía tenía en el Banco Nacional Suizo por oro del BPI que se guardaba en Nueva York, París y Londres. Teóricamente, Turquía era neutral, pero tenía unas estrechas relaciones comerciales con Alemania y era la principal proveedora de cromo del Tercer Reich. Tampoco el BPI era el único que aceptaba el oro del saqueo nazi, ni sus directivos los únicos que no comprobaban la procedencia del oro. Los bancos comerciales suizos y el Banco Nacional Suizo (SNB) aceptaban sin problemas el oro expoliado por los nazis. La política de los banqueros de que «todo sigue igual en los negocios» con los nazis seguía órdenes de arriba. Ernst Weber, presidente del consejo del BPI desde 1942 a 1947, era también presidente del Banco Nacional Suizo. Weber, como McKittrick y Jacobsson, tenía unas relaciones cordiales con Puhl. Incluso mientras los Aliados luchaban para abrirse camino hasta la frontera suiza, a través de la Europa ocupada por los nazis, Weber y Puhl seguían organizando envíos de oro. El 10 de diciembre de 1944, los dos banqueros cenaron juntos para hablar de su último acuerdo: Suiza compraría oro alemán y, a cambio, Alemania vendería carbón a Suiza. Las negociaciones tenían lugar en lo que Otto Köcher, jefe de la legación alemana en Berna, llamaba el «habitual ambiente de confianza».<sup>26</sup>

Las íntimas relaciones entre el BPI, el SNB y el Tercer Reich quedaron enterradas hasta finales de los años noventa, cuando estalló el escándalo de que los bancos comerciales suizos seguían teniendo activos de las víctimas del Holocausto. El BPI y el SNB no tardaron en verse involucrados. Un informe encargado por el gobierno suizo, publicado en 1998, decía que funcionarios del Banco Nacional Suizo siguieron una «ética del mínimo esfuerzo» para comprobar el origen del oro enviado a Suiza, parte del cual procedía del expolio de bienes de víctimas del Holocausto. Durante la guerra, el SNB compró 280 millones de dólares en oro a los nazis. Para 1943, el SNB conocía el exterminio de los judíos europeos, pero los funcionarios del banco no tomaron medidas para distinguir el oro saqueado del resto de bienes del Reichsbank.<sup>27</sup>

\* \* \*

Pese a la existencia segura y privilegiada de McKittrick, con frecuencia se sentía solo. Su esposa y sus cuatro hijas estaban lejos, en Estados Unidos. Viajar seguía siendo difícil y lento. En Berna había pocas visitas, aparte de Emil Puhl, y el servicio postal era errático. McKittrick tenía una cuenta en una librería de Charing Cross Road y se refugiaba en obras que no trataran de la banca, entre ellas *Will Europe Follow Atlantis*, que examinaba el inminente cataclismo de la civilización europea; una obra del sufismo llamada *At the Gate of Discipleship*; incluso *The Occult Causes of Present War*. McKittrick iba a caminar por los bosques y montañas con Erin Jacobsson, hija del asesor económico del banco. Botánico entusiasta, McKittrick instruía a Jacobsson sobre la rica flora de la región. Sin duda, había otra correspondencia que animaba al presidente del BPI. Hermann Schmitz, consejero delegado de IG Farben y miembro del consejo del BPI, por ejemplo, le envió sus mejores deseos para el año nuevo el 3 de enero de 1941. Schmitz escribió: «Por sus cordiales deseos para Navidad y Año Nuevo y por sus felicitaciones por mi 60 cumpleaños, le doy mis más sinceras gracias. En respuesta, le envío mis mejores deseos de un próspero año para el Banco de Pagos Internacionales».<sup>28</sup> Sería, ciertamente, otro año próspero para IG Farben, cuyos beneficios subían vertiginosamente y cuyos planes estaban muy adelantados para la construcción de IG Auschwitz, el campo de concentración particular de la empresa.

La mayoría del personal del BPI se quedó, pero Charles Kindelberger, estadounidense con una esposa joven, volvió a casa. Su partida dejó una vacante. Leon Fraser, ahora presidente del First National Bank de Nueva York, tenía una propuesta para su viejo amigo McKittrick. En noviembre de 1940, Fraser se reunió con un joven llamado Henry Tasca, en Washington. Tasca trabajaba en el Comité de Defensa Nacional (National Defense Commission), y se especializaba en comercio exterior y Latinoamérica. «Tiene una personalidad agradable, una mente manifiestamente aguda y es ambicioso y trabajador.»<sup>29</sup> Tasca podía marchar a Suiza antes de un mes. «Causa una impresión mucho más favorable que Kindelberger, tanto en su aspecto como en la seriedad de propósito.»<sup>30</sup> Y, por fortuna, según informaba Fraser, Tasca tenía la respuesta correcta para la pregunta más

delicada. Merle Cochran hizo la pregunta «y la respuesta fue que Tasca no era judío».<sup>31</sup>

Mientras la guerra continuaba, el asunto del oro checoslovaco seguía persiguiendo al BPI. Una vez más, se plantearon preguntas iracundas en la Cámara de los Comunes sobre la continuada pertenencia de Gran Bretaña, el papel del banco y sus conexiones con la Alemania nazi. El gobierno se mantuvo firme en su apoyo. Sir Kingsley Wood, ministro de Finanzas, declaró en octubre de 1942 que, con McKittrick al timón, no había nada de que preocuparse. «El gobierno y el control del banco han estado y están hoy sólo en manos del presidente del banco, un ciudadano estadounidense... Este caballero tiene nuestra confianza más absoluta».<sup>32</sup>

En Washington, el Departamento del Tesoro se mostraba cada vez más hostil, especialmente después de que Estados Unidos entrara en la guerra en diciembre de 1941. El primer periodo de McKittrick en el cargo acababa en diciembre de 1942. Muchos defendían que no se renovara el mandato. Montagu Norman estaba, sin duda, preocupado. En junio de 1942, Norman escribió a McKittrick para garantizarle que continuaba apoyándolo. «Ciertamente, esperamos que se puedan encontrar medios para que continúe en la presidencia del banco; es más, no es exagerado decir que lo consideramos *esencial*».<sup>33</sup> Quizá McKittrick podía simplemente «continuar sin que fuera preciso adoptar ninguna medida oficial en absoluto». Con esto en mente, sería útil que McKittrick fuera a Estados Unidos. «En cualquier caso, haríamos todo lo que pudiéramos para conseguir que eso fuera posible».<sup>34</sup>

Norman y sus aliados tenían un plan: nombrar presidente del consejo a Ernst Weber, presidente del Banco Nacional Suizo y miembro del consejo del BPI, siempre que aceptara volver a designar a McKittrick como presidente. Weber sería una figura decorativa neutral para el BPI y le proporcionaría cobertura para sus actividades. Como Ivar Rooth, gobernador del Riksbank sueco, le escribió a Norman, era «importante» que el banco estuviera salvaguardado «poniendo en un puesto con tanta autoridad como fuera posible a una persona de nacionalidad neutral».<sup>35</sup> La discreción de Weber estaba garantizada. En 1940, McKittrick le había hablado del oro checoslovaco. El presidente del BPI explicó que la conversación se había desarrollado así: «Le pedí que no me dijera adónde iría el oro y no lo hizo».<sup>36</sup> McKittrick mantenía un estrecho contacto con Weber, con quien se reunía en Zúrich o Berna dos o tres veces al mes.

En Berlín, Joachim von Ribbentrop, exministro de Exteriores alemán, tampoco comprendía el valor de McKittrick para el Tercer Reich. Pensaba que McKittrick tenía que dimitir y ser reemplazado por alguien neutral; de lo contrario, Alemania debía romper sus vínculos con el BPI. Emil Puhl y Paul Hechler pasaron rápidamente a la acción. Los dos eran grandes admiradores de McKittrick, a quien describían como «profesional y leal».<sup>37</sup> Le dijeron a von Ribbentrop que si McKittrick se marchaba, Ernst Weber, una vez nombrado presidente del consejo, tomaría el control. Incluso si McKittrick era depuesto como presidente, Estados Unidos seguiría teniendo un representante en la dirección del banco. No cabía duda de que una persona así trastocaría el «hasta ahora buen funcionamiento del BPI y su uso por nuestra parte para llevar a cabo transacciones de



divisas y oro».<sup>38</sup>

Por su parte, McKittrick presionaba a Marcel Pilet-Golaz, ministro de Asuntos Exteriores suizo. Los dos se reunieron en octubre de 1942. Había varios asuntos que discutir. Los desagradables artículos publicados en la prensa británica sobre el BPI, ponían nervioso a McKittrick. El presidente del BPI era hipersensible a las críticas o a cualquier insinuación de que el gobierno británico pudiera retirar su apoyo al banco. Como el banco dependía de su neutralidad para continuar existiendo durante la guerra, la retirada británica significaría el final. La legación suiza en Londres había planteado la cuestión ante el Ministerio de Asuntos Exteriores y el Tesoro. Pilet-Golaz dijo, tranquilizador, que los artículos no reflejaban la opinión gubernamental. Pilet-Golaz confirmó, asimismo, el apoyo del gobierno suizo al BPI. La actitud suiza ante las numerosas organizaciones internacionales que albergaba «varía muchísimo».<sup>39</sup> Se quejó de que la Sociedad de Naciones era la peor. El comportamiento de sus empleados dejaba mucho que desear y había creado «numerosas dificultades políticas».<sup>40</sup> La Organización Internacional del Trabajo (OIT) estaba algo mejor considerada, mientras que el BPI nunca había «dado motivos para ninguna crítica severa».<sup>41</sup> Sería ciertamente «algo lamentable» si el banco se marchara de Suiza.<sup>42</sup>

McKittrick planteó el delicado asunto del plan Weber. Ser presidente del consejo, explicó, era muy diferente a ser presidente del banco. El consejo se ocupaba sobre todo del gobierno interno del banco. Las grandes cuestiones transnacionales de flujo de capitales, préstamos y apoyo a las divisas se trataban en las asambleas de los gobernadores, las cuales estaban, de todos modos, suspendidas durante la guerra. Pilet-Golaz se mostró de acuerdo, observó McKittrick: «Cree que es deseable que Suiza ayude al mantenimiento de organizaciones internacionales y como intermediaria entre países beligerantes, cuando esto se pueda hacer sin una publicidad indebida y cuando no interfiera en la política general de neutralidad».<sup>43</sup>

Dio resultado. Weber fue nombrado presidente del consejo del BPI. Y el 1 de enero de 1943, el banquero suizo renovó a McKittrick en su cargo para otros tres años. Para entonces, al presidente del BPI —tal como había aconsejado Norman— estaba en Estados Unidos.

---

<sup>1</sup>Winant al Departamento de Estado, 10 julio 1941. Telegrama 2939. NARA. Colección del autor.

---

<sup>2</sup>Cochran al Departamento de Estado, 9 mayo 1939. Telegrama 907. FDRPL. Papeles de Henry Morgenthau, libro 189, 1-9 y 11-14.

---

<sup>3</sup>Entrevista de Thomas McKittrick con R. R. Challener, julio 1964. Colección Oral John Foster Dulles, en la Biblioteca de Manuscritos de Seely G. Mudd, Biblioteca de la Universidad de Princeton, 7.

---

<sup>4</sup>Higginson & Co., oficinas de París, copias de correspondencia telegráfica y por cable. Financiación a corto plazo del gobierno alemán, 19 septiembre 1930. Papeles de Thomas H. McKittrick. Harvard University Business School, Biblioteca Baker, Serie 2, caja 6, carpeta 13, carrete 10.

---

5 Gates McGarrah a John Foster Dulles, 14 octubre 1930. Archivos del BPI, fichero 7.18 (2) MCG, 7/53.

---

6 Entrevista con McKittrick, pág. 9, 10.

---

7 Correspondencia de McKittrick con Kenneth Brown Baker, 25 septiembre 1939, y 19 octubre 1939. Papeles de Thomas H. McKittrick. HUBL, Biblioteca Baker, serie 2, subserie 2,1, caja 5, fichero 18.

---

8 Mattuck a McKittrick, 23 noviembre 1938. Papeles de Thomas H. McKittrick. HUBL, Biblioteca Baker, serie 2, subserie 2,1, caja 5, fichero 17.

---

9 McKittrick a Harrison, 28 agosto 1942. Papeles de Thomas H. MacKittrick. HUBL. Biblioteca Baker, serie 2, subserie 2,1, caja 6, fichero 1.

---

10 Memorando de McKittrick al personal, 11 julio 1940. Archivos del BPI, Papeles de Thomas H. McKittrick, HUBL, Biblioteca Baker, Papeles de negocios 2.2, caja 10, fichero 11. Fichero sobre neutralidad.

---

11 McKittrick a Baranski, 1 mayo 1940. Papeles de Thomas H. McKittrick. HUBL, Biblioteca Baker, serie 2, caja 6, carpeta 20, carrete 12.

---

12 Entrevista con McKittrick, 19.

---

13 McKittrick a Cochran, 2 septiembre 1940, FDRPL. Papeles de Henry Mongenthau. Carrete 83, libros 302, 3-5.

---

14 Entrevista con McKittrick, 13-15.

---

15 Ibid.

---

16 Winant al Departamento de Estado, telegrama 2939, 10 julio 1941. NARA, colección del autor.

---

17 Ibid.

---

18 Entrevista con McKittrick.

---

19 Citado en Toniolo, 225.

---

20 Ibid., 229.

---

21 Actualmente, no hay cifras disponibles para la suma total de divisas compradas y vendidas por el BPI a sus diversos homólogos, incluyendo el Bundesbank, durante los años de guerra. La información está en los archivos del BPI, en las carpetas que recogen las transacciones BPI-Reichsbank, y en los registros de divisas del BPI, pero no ha sido compilada. La mayoría de transacciones involucran al Reichsbank, que vende francos suizos al BPI para cubrir los pagos de intereses de las inversiones del banco en Alemania. Estas transacciones solían estar entre los 200.000 y los 300.000 francos suizos, pero acabaron en enero de 1943, cuando el Reichsbank empezó a saldar sus compromisos con el BPI con oro expoliado. El autor agradece esta información a Piet Clements, historiador del BPI.

---

22 Erin E. Jacobsson, *A Life for Sound Money: Per Jacobsson, His Biography*, Clarendon Press, Oxford, 1979, 165.

---

23 Toniolo, pág. 227. Toniolo hace referencia al informe final de la Comisión Independiente de Expertos (ICE en inglés) sobre Suiza en la Segunda Guerra Mundial, publicada en 2002.

---

24 Informes de interrogatorios, Devisenschutzkommando, 29 mayo 1945. Archivos Nacionales del Reino Unido, Londres. FO 1046/763, German Loot.

---

25 Op. cit.

---

26 Lucas Delattre, *A Spy at the Heart of the Third Reich*, Grove Press/Atlantic Monthly Press, Londres, 2006, 198.

---

27 Elizabeth Olson, «Report Says Swiss Knew Some Nazi Gold Was Stolen», *The New York Times*, 26 mayo 1998.

---

28 Schmitz a Thomas McKittrick, 3 enero 1941. Papeles de Thomas H. McKittrick. HUBL, Biblioteca Baker, serie 2, caja 9, carpeta 18, carrete 18.

---

29 Fraser a McKittrick, 20 noviembre 1940. Papeles de Thomas H. McKittrick. HUBL, Biblioteca Baker, serie 2, caja 8, carpeta 18, carrete 18.

---

30 Ibid.

---

31 Ibid.

---

32 Citado en Toniolo, 227.

---

33 Norman a McKittrick, 12 junio 1942. Papeles de Thomas H. McKittrick, HUBL, serie 2,2, caja 8, carpeta 1-2, Correspondencia con el Banco de Inglaterra, 1939-1946.

---

34 Ibid.

---

35Rooth a Norman, 17 septiembre 1942. Archivos del BPI, Papeles de Thomas H. Kittrick, serie 2, caja 6, carpeta 21, carrete 11.

---

36Memorando de McKittrick sobre una conversación con el presidente Weber en el Banco Nacional Suizo de Berna, 7 junio 1940. HUBL. Papeles de Thomas H. McKittrick, serie 2, caja 6, carpeta 21, carrete 11.

---

37Citado en Toniolo, 225.

---

38Ibid.

---

39Memorando de Marcel Pilet-Golaz, 2 octubre 1942. Archivos del BPI, Papeles de McKittrick, serie 2,2, papeles de negocios, caja 10, f. 11. Fichero sobre neutralidad.

---

40Op. cit.

---

41Ibid.

---

42Ibid.

---

43Ibid.

## Para tranquilizar a Wall Street

«Cree que los alemanes —por lo menos los relacionados con el Reichsbank— desean que vuelva [a Basilea] y que se encontrará algún medio para conseguirlo.»

Informe de la inteligencia de Estados Unidos  
sobre THOMAS MCKITTRICK y el BPI, 14 de diciembre de 1941<sup>1</sup>

El BPI había sido pionero en movimientos rápidos del capital internacional, pero pudo hacer poco para acelerar el viaje de su presidente a través del Atlántico con suficiente dinero en el bolsillo. A finales de 1942, Thomas McKittrick planeaba viajar a Francia, Portugal, España y Gran Bretaña y luego dirigirse a Estados Unidos. Pero incluso con su estatus privilegiado, seguía sometido a las leyes de control de divisas que sólo le permitían entrar en Francia con un máximo de 1.000 francos franceses. «¿Se pueden enviar billetes de francos franceses por correo certificado a España desde Suiza?», se preguntaba en una nota escrita para sí mismo. Ese contrabando postal podría ser una opción mejor, ya que podía usar los francos para comprar pesetas en el mercado negro. «Se puede obtener moneda española en mejores condiciones que cambiando dólares o francos suizos en España al tipo de cambio oficial», rumiaba McKittrick para sí. La comida también podía ser un problema, especialmente, quizá, para alguien acostumbrado al comedor del BPI. «Llevar sándwiches para complementar la comida disponible en Francia. Al llegar allí, pedir cupones para pan. Usarlos para comprar pan al salir de Francia, ya que el pan en España es muy escaso y malo.»<sup>2</sup>

McKittrick salió de Basilea a principios de noviembre y llegó a Lisboa unos días después. Allí, mientras se registraba en el hotel, tuvo una agradable sorpresa. Como recordaba: «Nada más llegar, alguien me tocó la espalda y dijo: “¿Es usted Tom McKittrick?”. Yo dije: “Sí”, sin ver quién era. Él repuso: “Dios mío, tengo que hablarle. Es usted el primer hombre al que quería ver en Suiza”».<sup>3</sup> Era Allen Dulles, que iba de camino a Berna para montar el puesto suizo de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS, por sus siglas en inglés), el embrión del servicio de inteligencia de Estados Unidos en el extranjero. Los dos hombres pasaron juntos algún tiempo agradable, antes de que McKittrick volara a Londres. Allí estuvo dos semanas reunido con Montagu Norman y sir Otto Niemeyer. Luego viajó a Irlanda, donde tomó un hidroavión de vuelta a Lisboa y llegó, finalmente,

a Nueva York, vía la Guinea Portuguesa, Liberia, Brasil, Trinidad y Puerto Rico.

Había mucho en qué pensar durante el largo y arduo viaje. El BPI tenía ya un presidente del consejo adecuadamente neutral en forma de Ernst Weber, presidente del Banco Nacional Suizo, y McKittrick se había asegurado otros tres años como presidente. Había presionado con fuerza para conseguir un segundo mandato, utilizando su amplia red de contactos diplomáticos para asegurarse de que era aceptable tanto para los Aliados como para las potencias del Eje. El mundo estaba en guerra, pero parecía que lo único en lo que ambos bandos podían ponerse de acuerdo era que el BPI tenía que seguir en el negocio, con Thomas McKittrick en la presidencia. El banquero estadounidense cultivaba con esmero a sus amigos de las legaciones extranjeras de Berna. Tenía tanto éxito que los diplomáticos llegaron a enviar las cartas de McKittrick en sus valijas diplomáticas, recordaba McKittrick, más adelante. «Me preocupé de mantener buenas relaciones con sus embajadores o ministros en Berna, y todos eran muy amables y enviaban cartas que tenían una cierta importancia y confidencialidad en las valijas diplomáticas; todos estaban informados de esto y todos aceptaban hacerlo.»<sup>4</sup>

Además, la embajada de Estados Unidos en Berna codificaba comunicados del BPI para McKittrick mientras éste se encontraba en Estados Unidos. En febrero de 1943, Roger Auboin, director general del BPI, le pidió a la legación que enviara un cable en clave a McKittrick preguntando por los preparativos de su viaje de regreso a Basilea, vía Lisboa:

Por favor, comuníqueme lo antes posible la fecha aproximada de su llegada a Lisboa, para que podamos organizar los detalles materiales de su viaje, respecto a los cuales le enviaremos un cable a su debido tiempo a través de la legación de Estados Unidos en Lisboa.<sup>5</sup>

Parece que Leland Harrison, el embajador de Estados Unidos en Suiza, incluso permitía que McKittrick le redactara sus cables, a cambio de una importante suma de dinero. El 15 de noviembre de 1943, McKittrick le escribió a Harrison sobre «el borrador de cable del que hablamos el jueves». El cable había sido «reformulado», observaba McKittrick, que admitía que «había ido demasiado lejos al poner palabras» en la boca de Harrison. «Mi propósito no era decirle lo que tenía que decir, sino evitar que quedaran espacios en blanco, y si he usado el color equivocado en algún sitio, por favor haga las correcciones necesarias». Más abajo, McKittrick le prometía a Harrison una «recompensa» por sus servicios, de tres millones de francos suizos (alrededor de 700.000 dólares).<sup>6</sup>

El Departamento del Tesoro no compartía el entusiasmo del Departamento de Estado por McKittrick y el BPI. Henry Morgenthau, secretario del Tesoro y su colega, Harry Dexter White, detestaban al BPI, al que veían, acertadamente, como un canal para la perpetuación de los intereses económicos nazis en Estados Unidos. Se aseguraron de que el banco se enfrentara cada vez a más obstáculos para hacer negocios en Estados Unidos. Bajo la legislación para tiempos de guerra, los bancos suizos, incluyendo al BPI, sólo podían operar en Estados Unidos con una licencia especial. Al principio, los amigos de McKittrick en la Reserva Federal de Nueva York obtuvieron una licencia

general para el BPI, de forma que la mayoría de transacciones ordinarias se podían ejecutar sin demora, pero esa licencia fue revocada en junio de 1941, lo cual causó importantes dificultades. El pago de los dividendos del banco a sus accionistas de Estados Unidos quedó bloqueado. El Departamento del Tesoro estaba convencido de que los bancos suizos estaban siendo utilizados para transferir la propiedad de firmas italianas y alemanas a sociedades pantalla, suizas o estadounidenses. Sus investigadores fueron desentrañando los vínculos existentes entre Nueva York, Berlín y Berna. Por ejemplo, Felix Iselin, banquero suizo, era el presidente del consejo de IG Chemie, filial suiza de IG Farben, el conglomerado industrial que impulsaba la máquina de guerra nazi y cuyo presidente, Hermann Schmitz, formaba parte del consejo del BPI. Iselin también era miembro del consejo de la Sociedad de Banca Suiza y del banco Credit Suisse.<sup>7</sup> IG Chemie era la sociedad de cartera de General Aniline and Film, filial en Estados Unidos de IG Farben.

Morgenthau era un enemigo correoso, procedente de un mundo muy diferente del de los amigos WASP (blancos, anglosajones, protestantes) de McKittrick en Wall Street. Nacido en una destacada dinastía judía de Nueva York, Morgenthau era un intelectual y agricultor que cultivaba árboles de Navidad. Su padre, Henry Morgenthau Sr., era el embajador de Estados Unidos en el Imperio otomano durante el genocidio armenio y condenó enérgicamente el exterminio. Amigo íntimo de Franklin y Eleanor Roosevelt, tenía un fuerte sentido de la justicia social y fue un artífice clave del New Deal de Roosevelt. También White, como Morgenthau, era judío, pero sus padres eran inmigrantes lituanos pobres. Nacido en Boston, trabajó durante un tiempo en la empresa de ferretería de su padre y sirvió en el ejército de Estados Unidos durante la Primera Guerra Mundial. Economista premiado por Harvard, tenía un sólido conocimiento de la nueva arquitectura financiera global que surgía bajo la égida del BPI. Dejó el mundo académico para trabajar en el Tesoro, donde Morgenthau lo puso a cargo de los asuntos internacionales. Morgenthau y White demostrarían ser los enemigos más poderosos de McKittrick en Estados Unidos. McKittrick recordaría más tarde: «White me odiaba porque yo hacía cosas que él no podía, porque yo podía entrar en todo tipo de lugares en Europa, donde él no podía hacer que entrara su gente».<sup>8</sup> En gran medida, esto era debido a que muchas de las cosas que McKittrick hacía, como las transacciones en divisas y oro con el Reichsbank después de Pearl Harbor, eran actos de traición.

Una vez llegado a salvo a Manhattan, McKittrick montó un despacho en la Reserva Federal, con ayuda de su viejo amigo Leon Fraser, expresidente del First National Bank de Nueva York. McKittrick necesitaba un abogado para convencer al Tesoro de que desbloqueara los fondos del BPI. En ningún momento dudó de su elección: John Foster Dulles. Entretanto, McKittrick recorría los departamentos del gobierno, tratando de convencerlos de que el BPI podía ayudar en el esfuerzo bélico de Estados Unidos ofreciendo servicios financieros y ayudando en la reconstrucción de Europa después de la guerra. El presidente del BPI era muy solicitado como fuente de información fresca, de primera mano, sobre la Europa en guerra. «Tuve que pasar por un montón de interrogatorios en Washington, porque todos querían saberlo todo sobre la guerra en Europa,

todo sobre los asuntos políticos en Europa».<sup>9</sup> McKittrick se reunió también con Henry Morgenthau. El encuentro no fue bien. McKittrick expuso sus argumentos a favor de pagar dividendos a los accionistas estadounidenses del BPI y sobre la posición del banco en otros contenciosos. Morgenthau abandonó la reunión al cabo de veinte minutos, recomendándole que consultara a los expertos del Tesoro.

Pero lo peor estaba por llegar. En abril de 1943, mientras McKittrick estaba todavía en Estados Unidos, el congresista Horace Jeremiah Voorhis exigió que se investigara al BPI. Quería saber por qué el presidente del banco era estadounidense y si se estaba utilizando al banco para ayudar a las potencias del Eje. McKittrick creía que Voorhis recibía información de Paul Einzig, enemigo periodístico del BPI, que desde el fiasco del oro checoslovaco arremetía contra el banco en la prensa financiera británica. Einzig era un reportero empecinado, cuyas críticas tocaban una fibra sensible, hasta el punto de que McKittrick, siempre susceptible respecto a la cobertura de la prensa, dijo que era un «cerdo» en una carta a Leon Fraser.<sup>10</sup>

Posteriormente, McKittrick descubrió que no podía conseguir el permiso de las autoridades de Estados Unidos para volver a Basilea. Estaba en apuros, y sus peticiones de ayuda no recibían respuesta. «Contacté con el Departamento de Estado, donde hicieron como que no sabían de qué les hablaba».<sup>11</sup> Le pidió al coronel Bill Donovan, jefe de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS, por sus siglas en inglés) y jefe de Allen Dulles que lo ayudara. También Donovan le dio evasivas, prometiéndole repetidamente que solucionaría lo de su pasaporte, pero el pasaporte no llegaba. La OSS no quería que McKittrick fuera a ningún sitio hasta que les dijera todo lo que sabía de la economía de la Alemania nazi, de su conexión suiza, del papel del BPI, el desarrollo de la guerra, las guerras intestinas entre los líderes nazis, la situación dentro de Alemania y cualquier otra cosa de interés. McKittrick fue convocado para varias entrevistas. Resultó ser una fuente fantástica, aunque abrigara falsas ilusiones respecto a lo fundamental que era su propio papel. Incluso con todo lo que sabemos ahora sobre el historial bélico del BPI, el informe de la OSS sobre las explicaciones dadas por McKittrick respecto a por qué un estadounidense debía dirigir un banco internacional que estaba, *de facto*, bajo el control de los nazis sigue siendo revelador.

Kittrick explicó que el plan Weber —instalar al presidente del Banco Nacional Suizo como presidente del consejo del BPI— había sido ejecutado con el pleno conocimiento del Reichsbank y el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán. Ambos sabían también que el banquero suizo nombraría a McKittrick como siguiente presidente del BPI y estaban conformes. Sin embargo, el propio Hitler no estaba involucrado y el plan para ampliar el mandato de McKittrick como presidente evitaba mencionar al banquero estadounidense en detalle, por si Hitler «se enteraba del asunto» y se enfurecía. El documento de la OSS revela la cantidad de información económica de alto nivel a la que tenía acceso McKittrick: el gobernador del Banco Nacional de Hungría le explicó que Hungría había bloqueado deliberadamente un nuevo acuerdo comercial con Alemania; la Francia de Vichy había estado enviando oro a Suiza por una ruta indirecta para evitar la Francia



ocupada; Suiza estaba inundada de petróleo rumano, ya que Rumanía prefería venderlo allí que a su aliada Alemania; Walther Funk, presidente del Reichsbank, no había conseguido convencer a los aliados de Alemania en los Balcanes de que, al final, sus deudas se pagarían. Proporciona una visión interesante de la moral del personal del BPI: el banco tenía catorce empleados británicos y ocho italianos. Los italianos estaban «taciturnos y deprimidos». Sentían que Italia ya estaba derrotada y que no tendría «ni un amigo en el mundo».

Los contactos de McKittrick en el Reichsbank lo convertían en una fuente excelente de noticias sobre la vida dentro del Tercer Reich. McKittrick reveló que Hitler se había vuelto indeciso. «En lugar de tener preparado un plan definido y ejecutarlo sin vacilar, pasa de un plan a otro», observaba el documento de la OSS.<sup>12</sup> Incluso corrían rumores de que había empezado a beber. Pese al número cada vez mayor de bajas en el Frente Oriental y la rendición en Stalingrado, la mayoría de alemanes, explicó McKittrick, seguía creyéndose la propaganda estatal. Contó que uno de sus amigos del Reichsbank decía que tenía que salir de Alemania, de vez en cuando, para no empezar a creerse la propaganda también él. McKittrick también estaba en contacto con Hjalmar Schacht. El presidente del BPI no era nada partidario de Schacht y lo consideraba un «delincuente político y totalmente indigno de confianza». Schacht seguía viendo a Hitler cada dos meses y, cuando el líder nazi hacía numerosas preguntas técnicas, Schacht le brindaba sus consejos. A veces, Hitler los seguía, y otras, no. En cuanto a Basilea, McKittrick creía que había veinte mil alemanes viviendo en la ciudad, que «estaban bien organizados bajo el liderazgo nazi». No creía que la Gestapo lo vigilara.

Parte del material más interesante que la OSS obtuvo de McKittick detallaba su papel como canal extraoficial de comunicación entre los alemanes antinazis y Estados Unidos. Esto explica, sin duda, por qué el Departamento de Estado acabó permitiéndole volver a Basilea y mantener abierto el BPI. McKittrick le contó a la OSS que, dos veces al mes, alemanes antinazis o no nazis lo «tanteaban sobre la paz». No obstante, todos ellos decían que, incluso si se llegaba a un acuerdo, Alemania seguiría siendo la potencia europea dominante «con las manos libres en el Este y un grado considerable de control económico en Europa Occidental». Entre estos enviados había un «abogado de Berlín» y «diplomático retirado», Adam von Trott zu Solz. Becario Rhodes en la Universidad de Oxford, von Trott era diplomático y un noble alemán. Había vivido en Estados Unidos y participaba activamente en la resistencia contra Hitler. Los papeles personales de McKittrick dejan constancia de una reunión con von Trott en junio de 1941. Von Trott le pidió a McKittrick que organizara la transferencia de quinientos dólares del Institute of Pacific Relations (un grupo de estudios con sede en Nueva York) a Suiza, para que von Trott pudiera mantener el contacto con los miembros europeos del IPR. Los comunicados para von Tropp debían ser enviados a través de Werner Karl von Haeften, cónsul alemán en Basilea, observó McKittrick.<sup>13</sup> Von Trott fue una figura destacada en el complot de 1944 contra Hitler. De haber tenido éxito, se habría convertido en el ministro de Asuntos Exteriores y llevado las negociaciones con los Aliados. Después de que el plan fracasara, von Trott fue ahorcado.

McKittrick, como sus colegas de Londres y Berlín, hacían mucho hincapié en la utilidad futura del BPI para planificar el orden en la posguerra. «Aunque no se ocupa de asuntos políticos, sí que ofrece facilidades para la discusión de cuestiones políticas y económicas en la posguerra», escribió el autor del documento de la OSS, «y McKittrick cree que se pueden ahorrar uno o dos años en hacer que Europa vuelva a funcionar mediante conversaciones internacionales bajo sus auspicios».<sup>14</sup>

En Wall Street todo el mundo hablaba del regreso de McKittrick a Nueva York. El 17 de diciembre de 1942, Leon Fraser dio una cena en su honor en el University Club. Treinta y siete de los financieros, industriales y hombres de negocios más poderosos de Estados Unidos se reunieron para festejarlo. El Tesoro lo bloqueaba, su pasaporte estaba atascado en la mesa de algún burócrata y la OSS lo estaba friendo, pero aquí, por lo menos, lo rodeaban amigos y admiradores. Entre ellos, estaban los presidentes de la Reserva Federal de Nueva York, del National City Bank, el Bankers' Trust, la New York Clearing House Association y de General Electric, así como un exsubsecretario del Tesoro y un exembajador de Estados Unidos en Alemania. Standard Oil, General Motors, J. P. Morgan, Brown Brothers Harriman, varias compañías de seguros importantes y Kuhn Loeb también enviaron ejecutivos de alto nivel. Probablemente, fue la mayor reunión de los que se lucraban con la guerra en Estados Unidos.<sup>15</sup> Muchos de estos bancos y compañías habían hecho, igual que McKittrick, fortunas a través de sus conexiones con Alemania, conexiones que siguieron rindiéndoles unos beneficios enormes mucho después de que Hitler tomara el poder en 1933 y, sin duda, después de que estallara la guerra en 1939. Algunos han sido acusados de continuar sus vínculos con los nazis después de diciembre de 1941, a través de filiales en Alemania, unas acusaciones que niegan. Los tres sectores más poderosos eran el petróleo, los coches y los bancos.

## JAY CRANE, TESORERO, STANDARD OIL

Walter Teagle, el jefe de Crane, era miembro del consejo y fundador de General Aniline and Film, la filial en Estados Unidos de IG Farben. Cuando en 1929 Standard Oil inició un acuerdo de «división de campos» con IG Farben —un cártel— ésta retuvo la supremacía en el terreno químico, inclusive en Estados Unidos, a cambio de dar a Standard Oil sus patentes sobre el petróleo para que las usara en todas partes, excepto en Alemania, según un comité de investigación del Senado.<sup>16</sup> Siguieron otros acuerdos a lo largo de la década siguiente para compartir patentes e información técnica. En 1938, Standard le envió a IG Farben las especificaciones completas de sus procesos para sinterizar el caucho artificial Buna. A cambio, el grupo químico alemán prometió darle los resultados de sus más recientes investigaciones, una vez que tuvieran el permiso del gobierno. No es de extrañar que éste no llegara. Así pues, IG Auschwitz, la enorme fábrica de productos químicos y de Buna, que funcionaba con mano de obra esclava y presos del campo de concentración, se sustentaba en parte en conocimientos científicos estadounidenses.

Cuando estalló la guerra en 1939, IG Farben asignó sus patentes de Buna a Standard Oil, para impedir que fueran confiscadas como propiedad enemiga. No era nada ilegal. Pero las políticas obstruccionistas de Standard para el desarrollo de la industria del Buna sí que lo eran. Para cuando Estados Unidos entró en la guerra en diciembre de 1941, el país se enfrentaba a una escasez desesperada de caucho artificial. Standard había retrasado deliberadamente el desarrollo de la industria del caucho sintético diciendo repetidamente a otras compañías estadounidenses que compartiría sus conocimientos con ellas, aunque no tenía intención de hacerlo, para impedir que desarrollaran alternativas, según el Departamento de Justicia, que entabló una demanda contra la compañía.<sup>17</sup> En marzo de 1942, seis filiales de Standard Oil y tres cargos de la empresa fueron multados por un juez federal con cinco mil dólares cada uno por infringir las leyes antimonopolio. Se identificó a IG Farben como co-conspiradora. Thurman Arnold, fiscal general adjunto a cargo de la división antimonopolio, acusó a Standard de «traición» y de participar en una «conspiración ilegal» para impedir el desarrollo y la distribución de caucho sintético. En su defensa, Standard afirmó que su acuerdo con IG Farben había tenido como resultado la publicación de nueva información sobre la producción de caucho sintético, combustibles y explosivos.

La Coordinación de Seguridad Británica (BSC, por sus siglas en inglés), el servicio de inteligencia británico que actuaba en Estados Unidos, controlaba muy de cerca las conexiones entre Standard Oil, GAF e IG Farben, cuyo consejero delegado, Hermann Schmitz, era miembro del consejo del BPI. GAF y Chemnyco, otra filial de IG Farben en Estados Unidos, eran la central del espionaje industrial nazi en el país. La inteligencia británica estaba convencida de que, antes de que estallara la guerra, el servicio de espías de IG Farben, el «Buro IG», había enviado a agentes encubiertos a establecerse en Estados Unidos, para hacer contactos de negocios y obtener conocimientos científicos del país. Algunos se casaron con mujeres estadounidenses y se convirtieron en ciudadanos americanos. Chemnyco también fue investigada por el Departamento de Justicia, que informó de que era una organización de espionaje; «La sencillez, eficacia y exhaustividad de los métodos alemanes para recabar inteligencia económica están ejemplificadas en Chemnyco, Inc., el brazo del espionaje económico de IG Farbenindustrie en Estados Unidos. Chemnyco es un ejemplo excelente de los usos que un país con una economía de guerra puede dar a una empresa comercial ordinaria».<sup>18</sup>

Donald MacLaren, agente del BSC en Nueva York, llevaba meses trabajando en una operación contra GAF. Su plan combinaba jugadas sucias con una exposición muy visible de los vínculos de la firma con la Alemania nazi. MacLaren, un escocés sibarita y lleno de energía, era contable forense de formación y experto en guerra económica. Había desenmarañado la red de conexiones que enlazaban Standard Oil y Sterling Products, una empresa farmacéutica estadounidense, con GAF e IG Farben. GAF, escribió, era un «almacén de suministros» para las filiales latinoamericanas de IG Farben y pretendía «camuflar que era de propiedad alemana».<sup>19</sup> Sabía que había dos facciones en el consejo de administración de GAF. Se infiltró en ambos grupos bajo un nombre falso y se ganó su confianza. Luego convenció a cada uno de sus contactos para que le revelara el plan de su

facción para superar tácticamente al otro grupo, una información que se apresuró a pasar al otro bando, lo cual produjo «una lucha abierta entre los dos». El resultado fue de lo más satisfactorio, escribió: «con cada facción corriendo más que la otra para ir a Washington e informar al Departamento de Justicia de las malvadas actividades de sus colegas, revelando así al gobierno de Estados Unidos las instrucciones recibidas de Alemania».<sup>20</sup>

MacLaren y sus colegas de la British Security Coordination también crearon una empresa llamada Booktab. La firma publicó un panfleto de setenta páginas titulado *Sequel to the Apocalypse: The Uncensored Story – How Your Dimes and Quarters Pay for Hitler’s War*. (Secuela del Apocalipsis. La historia no censurada: De cómo nuestro dinero paga la guerra de Hitler). Con un incisivo prólogo de Rex Stout, el popular autor de novelas de misterio, el panfleto describía, con una minuciosidad propia de forense, «las ocultas relaciones empresariales entre las organizaciones de Estados Unidos y los monopolios alemanes». Publicado a principios de 1942, exigía «el castigo total» de los industriales y banqueros alemanes, incluyendo a Hermann Schmitz y Hjalmar Schacht. Se imprimieron doscientos mil ejemplares. Pese a los esfuerzos de las empresas para sabotear el proyecto comprando todos los ejemplares que pudieron, se vendieron decenas de miles. La verdad sobre los vínculos de las empresas de Estados Unidos con los nazis era ahora pública.

*Sequel to the Apocalypse* provocó el escándalo en toda la nación. Sin duda, fue un desastre de relaciones públicas para Standard Oil. El Departamento del Tesoro tomó el control de GAF en febrero de 1942 y poco después entregó las acciones al recién creado Alien Property Custodian (Custodio de Bienes de Extranjeros). Despidieron a cien miembros del personal, desde directores a ingenieros, conocidos por sus simpatías hacia los alemanes. La sección de investigación de GAF se dedicó a la producción bélica. Para 1944, el Custodio había confiscado también un total de dos mil quinientas patentes de Standard Oil y sus afiliados. Al final, la empresa entregó todas sus patentes de caucho artificial gratis.<sup>21</sup>

Mientras tanto, en la Polonia ocupada por los nazis, los trabajadores forzados de IG Auschwitz soportaban un auténtico infierno de trabajo agotador, brutalidad extrema y raciones de comida de hambre. Entre ellos había un adolescente llamado Rudy Kennedy. Rudy y su familia fueron deportados a Auschwitz en 1943, desde el gueto de Breslau, hoy Wrocław, en Polonia, cuando tenía catorce años. Cuando el tren llegó a la rampa de selección, Rudy siguió el consejo de su padre y mintió sobre su edad, afirmando que tenía dieciocho:

Mi padre y yo fuimos a la derecha, mi hermana y mi madre, a la izquierda. Los guardias nos patearon y nos golpearon, y entramos en una sala con duchas y lavabos en un extremo. Mi padre estaba desnudo con cientos de hombres mayores. Todos estaban muy nerviosos. Nos afeitaron la cabeza y nos dijeron que entráramos en las duchas. A mí me inquietaban mucho los zapatos. Todos los zapatos estaban amontonados y revueltos en un enorme montón. Me preguntaba cómo iban a ordenarlos, si es que íbamos a llevarlos de nuevo. Entramos en las duchas. El agua salió. Para entonces, mi madre y mi hermana estaban muertas. La

temperatura era de unos diez grados bajo cero y nos obligaron a recorrer, desnudos y descalzos, un camino helado hasta un blocao. Nos dieron una manta roja y un trozo de pan y salami. Por la mañana, nos proporcionaron ropa, al buen tuntún, nada de nuestra medida. Gritaban nuestro nombre y nos tatuaban números en el brazo. La aguja era muy gruesa, como una aguja de hacer media y la sangre del prisionero anterior aún goteaba de ella.<sup>22</sup>

Rudy y su padre fueron enviados a la fábrica de IG Farben, donde él trabajó instalando motores eléctricos. Las condiciones extremadamente duras estaban pensadas para matar a todos los trabajadores en un par de meses. Rudy sobrevivió debido a sus conocimientos especializados en sistemas eléctricos, lo cual significaba que tenía acceso a comida. Se convirtió en una especie de mascota. Un día, un supervisor dejó caer su sándwich al suelo y le ordenó a Rudy que lo recogiera. Le dijo al hambriento muchacho que él no se lo iba a comer porque estaba sucio. Pero Rudy podía comérselo. Esto pasaba por ser un acto de bondad. Los directores de IG Farben eran plenamente conscientes de lo que sucedía en su fábrica, recordaba más tarde Rudy. «Veíamos a los civiles de IG Farben por todas partes. Trabajábamos muy cerca de un solar donde estaban construyendo una fábrica de productos químicos. Veíamos a gente que arrastraba sacos de cemento y luego se desplomaban y morían. Los civiles de IG Farben tenían que pasar junto a ellos de camino a su cantina. Sabían, con toda seguridad, lo que pasaba. No hay ninguna duda.»<sup>23</sup>

Cuando los directores de IG Farben juzgaban que sus obreros esclavos estaban *gebraucht*, o gastados, los despachaban a Auschwitz I o II, para ser eliminados con el gas Zyklon B. Degesch, la empresa alemana de control de plagas que fabricaba las cápsulas de gas venenoso, era una filial de IG Farben. Rudy Kennedy sobrevivió. Su padre, Ewald, aguantó unos dos meses antes de que lo mataran con una inyección de ácido prúsico, de acuerdo con los cálculos de los planificadores de IG Farben respecto al tiempo que un trabajador esclavo podía vivir de sus propias reservas de grasa corporal.<sup>24</sup>

Walter Teagle dimitió del consejo de Standard Oil en noviembre de 1942. Herido y decepcionado por los ataques de los medios, en 1944 creó la Fundación Teagle con la misión de «promover el bienestar y el bien general de la humanidad en todo el mundo». El ámbito de actuación de la entidad no se extendía a la Polonia ocupada por los nazis, pero sigue existiendo hoy.<sup>25</sup>

## **DONALDSON BROWN, VICEPRESIDENTE DEL CONSEJO, GENERAL MOTORS**

La guerra le había aportado enormes beneficios a la industria del automóvil de Estados Unidos. Opel, la división alemana de General Motors, produjo los camiones Blitz, con los cuales la

Wehrmacht invadió Polonia. La filial alemana de Ford produjo casi la mitad de los camiones de dos y tres toneladas de la Alemania nazi. Hay sólidas razones para afirmar que sin las filiales alemanas de General Motors y Ford, los nazis no habrían podido hacer la guerra.<sup>26</sup> Hitler era, ciertamente, un partidario entusiasta de los métodos de producción en masa de la industria del motor de Estados Unidos. Incluso tenía un retrato de Henry Ford junto a su mesa.

En julio de 1938, le concedieron a Henry Ford la Gran Cruz del Águila Alemana, el más alto honor que la Alemania nazi podía otorgarle a un extranjero. Al mes siguiente, James Mooney, que dirigía las operaciones de General Motors en otros países, también recibió una alta distinción nazi. Mooney visitaba regularmente Berlín, donde se reunía con numerosos cargos nazis, entre ellos Hjalmar Schacht, para negociar acuerdos para producir vehículos para el ejército. En 1939, Mooney sostuvo incluso conversaciones con Hermann Goering para adaptar la planta de General Motors en Russelheim para fabricar el Junker Wunderbomber.<sup>27</sup>

George Messersmith, cónsul general de Estados Unidos en Berlín, que más tarde sería embajador en Austria, observaba el entusiasmo de Mooney por los nazis con alarma. Messersmith, pese a sus orígenes alemanes, era un ardiente antifascista. Sus informes a lo largo de la década detallan la inquebrantable determinación de Mooney para construir lazos entre General Motors y los nazis. Mooney, igual que Sosthenes Behn (presidente de ITT, cuyo socio alemán era Kurt von Schröder, director del BPI), creía que el régimen nazi había llegado para quedarse en Alemania y estaba «bien asentado», escribió Messersmith en noviembre de 1934,<sup>28</sup> Gracias a las políticas de Schacht y el impulso armamentista, la economía alemana florecía. «Es curioso que él, el coronel Behn y algunas otras fábricas de Alemania den esta opinión. Las fábricas propiedad de ITT en Alemania están funcionando a tiempo completo, en turnos dobles y aumentando su capacidad por la sencilla razón de que trabajan casi por completo con pedidos del gobierno y para el equipamiento militar».<sup>29</sup>

Numerosos dirigentes empresariales estadounidenses viajaron a Berlín para congraciarse con los nazis. Thomas Watson, presidente de IBM, llegó en 1937, para ser condecorado con la Cruz del Mérito del Águila Alemana. Era sólo un grado inferior a la de Henry Ford. Pero Watson podía consolarse con el hecho de que el propio Schacht fuera el anfitrión de la ceremonia y pronunciara un discurso en su honor.<sup>30</sup> Al año siguiente, después de que los nazis se anexionaran Austria, las SS usaron uno de los ordenadores prototipo de IBM, conocido como la máquina Hollerith, para llevar un registro de las propiedades judías y de su subsiguiente arianización. El periódico del partido nazi en Viena alardeó de que, gracias a la máquina Hollerith, «en seis semanas nos habremos hecho con todas las fortunas judías por encima de los 5.000 marcos; en tres años, todos y cada uno de los intereses judíos habrá sido arianizado».<sup>31</sup> El historiador Edwin Black afirma que la tecnología de IBM, usada para catalogar e identificar a los judíos de Europa, fue crucial para la organización del Holocausto.<sup>32</sup>

La medalla de Mooney fue, sin duda, una buena inversión para Hitler. A finales de 1938,

Mooney seguía presionando para conseguir un acuerdo de comercio con la Alemania nazi, observaba Messersmith, afirmando que «ayudaría a los elementos conservadores de Alemania y, por lo tanto, mejoraría las probabilidades de un régimen más razonable en el país», como si un Tercer Reich más rico fuera a convertirse, de alguna manera, en más benigno. Messersmith desechó la afirmación de Mooney. Su auténtico propósito era «de una manera u otra, ayudar a los importantes intereses de General Motors en Alemania». [33](#)

Incluso en abril de 1943, Mooney se negó a prescindir de los partidarios del Eje en las filiales de la empresa en el extranjero, le escribía Messersmith a Breckinridge Long, del Departamento de Estado: «Hay algunos casos, como General Motors, que no nos están prestando ninguna cooperación en nuestro programa para librarnos de agentes antiamericanos en las firmas estadounidenses en el extranjero. Esto se debe a que hay ciertas personas en General Motors, como Jim Mooney, y algunos de los hombres que ha ido incorporando a la organización a lo largo de los años, que apuestan por una victoria alemana y que esperan ser alguien importante en nuestro país si se produce una victoria nazi». [34](#)

## **SIEGFRIED STERN, VICEPRESIDENTE, CHASE NATIONAL BANK**

El Chase National Bank era el banco privado mayor del mundo en cuanto a activos y depósitos. Su sede en Nueva York era un centro clave de la red financiera global de los nazis y tenía cuentas del Reichsbank y el Banco de Descuento del Oro de Alemania. Chase tenía una relación tan estrecha con el Reichsbank que, después de la guerra, Thomas Dodd, fiscal en Núremberg, afirmó que el banco le había ofrecido a Emil Puhl, vicepresidente del Reichsbank y miembro del consejo del BPI, un puesto en Nueva York. [35](#) El Tesoro controló a fondo las transacciones realizadas por Chase para sus clientes nazis. El 3 de octubre de 1940, Merle Cochran envió una nota de Henry Morgenthau detallando transferencias desde las cuentas alemanas del Chase. Sólo en los dos días anteriores, se debitaron 850.000 dólares en la cuenta del Reichsbank, de los cuales 250.000 se enviaron al Enskilda Bank, de los Wallenberg, en Estocolmo. Otros 1,13 millones se transfirieron desde la cuenta del Banco de Descuento del Oro a Topken and Farley, un bufete de abogados del 17 de Battery Place, Nueva York. [36](#)

Chase National tenía un interés especial para los nazis debido a sus filiales en otros países, en Londres, París, Ciudad de México y Shangái. Una investigación realizada durante la guerra sobre los vínculos del banco con los nazis, por Paul Gewirtz, funcionario del Tesoro de Estados Unidos, constata: «El Chase Bank, como los otros bancos estadounidenses en Francia, operaba a una escala relativamente pequeña. No obstante, la actitud de los alemanes, cuando invadieron Francia, indica que miraban más allá de las actividades en Francia y estaban más interesados en el carácter

internacional de una organización como Chase, con sus filiales establecidas en todo el mundo y su historial en la banca internacional, el cual incluía unas relaciones amistosas con los alemanes». <sup>37</sup> En otras palabras, la Alemania nazi valoraba el Chase National, igual que el BPI, por su alcance transnacional.

Después de la invasión alemana de Francia, en mayo de 1940, la central en París del Chase National había colaborado con entusiasmo con los nuevos señores del país, con el conocimiento de la central del banco en Nueva York, informaba Gewirtz.

Las investigaciones llevadas a cabo en la filial de París y en la oficina central del Chase Bank en Nueva York, revelaron que el banco operó en París durante toda la ocupación nazi y se dedicó a diversas actividades que indicaban un deseo absoluto de continuar operando, aunque esto requería una estrecha colaboración con las autoridades alemanas. Hay pruebas de que la oficina central de Nueva York estaba plenamente informada de estas actividades, por lo menos hasta finales de 1942, pero no tomaron ninguna medida para desalentarlas, al tiempo que retenían información pertinente para las autoridades gubernamentales de Estados Unidos. <sup>38</sup>

Carlos Niedermann, director de la oficina del Chase en París, era un ardiente simpatizante de los nazis. Cerró cuentas propiedad de judíos y transfirió los activos a otras, propiedad de nazis. En mayo de 1942, Hans Caesar, un director del Reichsbank, fue puesto al mando de los bancos estadounidenses en Francia. Niederman se reunió con él. Caesar tenía al banco en «muy especial estima» debido a su central en Nueva York. Niedermann anotó: «Es un hecho que el Chase Bank disfruta de un prestigio especial en los círculos bancarios en cuestión, debido a las actividades internacionales de nuestras oficinas centrales». <sup>39</sup>

## THOMAS LAMONT, J. P. MORGAN

Thomas Lamont era socio principal de J. P. Morgan, uno de los bancos fundadores del BPI, veterano en las negociaciones de las reparaciones y, naturalmente, amigo de John Foster Dulles. Lamont había representado al Tesoro de Estados Unidos en la Conferencia de Paz de París, en 1919, y más tarde fue miembro del comité para el Plan Young. Al igual que Chase National, J. P. Morgan alentaba a su filial francesa, conocida como Morgan & Cie, a continuar negociando con los nazis, según los informes desclasificados de la inteligencia de Estados Unidos. Cuando los alemanes avanzaban hacia París, las autoridades francesas ordenaron a Morgan & Cie que liquidaran sus cuentas y destruyeran sus reservas de billetes bancarios. Morgan & Cie no hicieron caso de la orden. Por el contrario, al igual que Chase National, el banco abrió nuevas oficinas en la Francia de



Vichy, en Châtel-Guyon, para servir a sus clientes nazis.

Una investigación del Tesoro informaba de que «la lealtad primordial de los socios de Morgan no era para Estados Unidos ni Francia, sino para la firma. Sin tener en cuenta consideraciones nacionales, actuaban invariablemente según lo que consideraban los mejores intereses de Morgan & Cie». <sup>40</sup> Morgan & Cie consiguió, incluso, permiso para ocuparse de los pagos desde cuentas alemanas a las filiales europeas de empresas estadounidenses que construían equipo militar para el Tercer Reich, como General Motors. Esto funcionaba tan bien que los abogados estadounidenses de Morgan & Cie enviaron un cable a los directores franceses de la firma para darles las gracias: «La oficina de Châtel-Guyon ha demostrado ser de una gran utilidad práctica; sin ella, no podríamos haber llevado a cabo ningún negocio con el mundo exterior». <sup>41</sup>

\* \* \*

Suecia, uno de los socios comerciales más importantes de los nazis, estaba representada en la cena de McKittrick por Lars Rooth, hijo de Ivar Rooth, director del Rijksbank. Ivar Rooth era uno de los banqueros centrales que más tiempo de servicio llevaba en el mundo, además de ser miembro fundador de la nueva élite financiera transnacional. Era lo bastante importante como para que lo eligieran de forma unánime para el consejo del BPI, en 1931, aunque Suecia era sólo accionista y no miembro fundador del banco. Rooth permaneció en el puesto hasta 1933 y volvió en 1937, siendo elogiado en el informe anual del BPI de aquel año como banquero bien conocido por su «constructivo trabajo de colaboración». Trabajando con los hermanos Wallenberg en el Enskilda Bank, Rooth ayudó a conducir a Suecia por una neutralidad cuya rentabilidad sólo era comparable a la de Suiza. Las firmas suecas suministraron a los nazis millones de toneladas de mineral de hierro, que sería convertido en tanques, armas y munición, además de los vitales cojinetes de bolas, alimentos y madera. Al parecer, Rooth era un colaborador sumamente cualificado, aunque no sólo en el sentido mencionado en el informe del BPI.

Thomas McKittrick era el tercer presidente estadounidense del BPI, después de Gates McGarrh y Leon Fraser. La conexión con Estados Unidos había dado forma al BPI desde su fundación en 1930. El banco había sido creado, ostensiblemente, para gestionar las reparaciones alemanas del Plan Young, que tomaba su nombre del diplomático estadounidense que había actuado como agente en el acuerdo. El BPI era el fiduciario de los créditos que Alemania conseguía de Wall Street para cumplir con esas obligaciones. Los presidentes estadounidenses del banco eran el centro de la red de conexiones entre Wall Street, la industria de Estados Unidos y la Alemania nazi. Standard Oil había formado un cártel con IG Farben, cuyo consejero delegado, Hermann Schmitz, formaba parte del consejo del BPI. La filial francesa de J. P. Morgan, miembro fundador del BPI, comerciaba provechosamente con los nazis después de la invasión de Francia. ITT se había asociado con Kurt von Schröder, el poderoso banquero nazi que era director del BPI. Para la nueva clase de financieros transnacionales, la guerra no era más que una interrupción del comercio,

aunque, eso sí, una interrupción muy rentable. Tanto McKittrick como sus invitados planeaban ya cómo maximizar sus beneficios en la posguerra. Mientras tanto, había que mantener abiertos los canales de circulación del dinero, y estos canales pasaban por Basilea. McKittrick encarnaba la red financiera nazi-estadounidense, lo cual explica por qué docenas de los hombres de negocios e industriales más ricos y poderosos de Estados Unidos se reunieron en Nueva York, aquella gélida noche de diciembre, para honrar al banquero estadounidense de Hitler.

McKittrick siguió varado en Nueva York, sin poder volver a Basilea, hasta que Montagu Norman acudió al rescate. Mientras tanto, el presidente del BPI seguía siendo un hombre muy solicitado. Thomas Watson, el presidente de IBM condecorado por Hitler, no pudo asistir a la cena de McKittrick en el University Club. Lo que Watson, que también era presidente de la Cámara de Comercio Internacional, hizo en cambio fue organizar un almuerzo en honor de McKittrick. Consciente de que no todo el pueblo estadounidense compartía el entusiasmo de los financieros por el BPI, McKittrick se limitó a tres compromisos oficiales privados mientras estaba en Nueva York. El 12 de enero de 1943, escribió a Ernst Weber, presidente del Banco Nacional Suizo y del consejo del BPI que «me parece mejor, no obstante, que el BPI no tome parte en reuniones públicas o semipúblicas».<sup>42</sup>

Un día, McKittrick fue a visitar a un diplomático de la embajada británica en Washington. Éste tenía noticias tranquilizadoras para el presidente del BPI. El Banco de Inglaterra y el Tesoro estaban «muy interesados en el BPI», dijo el diplomático británico. «Tengo que consultar esto con Londres. Me sorprendería que no pudiera hacer que usted volviera».<sup>43</sup> Se hicieron llamadas, se enviaron cables y los engranajes de las finanzas transnacionales empezaron a girar. Raffaele Pilotti, secretario general italiano del BPI, le dijo a McKittrick que viajara a Lisboa y se presentara en la legación italiana, lo cual le ayudaría a llegar a Roma y, desde allí, podría viajar a Basilea. Al final, McKittrick recibió permiso para salir de Estados Unidos y llegó sano y salvo a Lisboa. Después de una parada en Madrid, voló a Roma.

Estados Unidos estaba en guerra con Italia, y McKittrick era ciudadano de una nación enemiga, pero nada de esto importaba. El presidente del BPI tuvo una recepción regia, según recordaba: «Me recibieron en el aeropuerto como si fuera el rey de algo. Nadie miró mi pasaporte; lo apartaron con un gesto». Luego, lo llevaron a un cómodo hotel donde Pilotti se reunió con él. Como es lógico, las autoridades italianas no querían que un banquero estadounidense se moviera libremente por Roma. Pilotti acudió para actuar como guardián de McKittrick. Los dos hombres encargaron una suntuosa cena. «Fue la mejor comida que tomé nunca durante la guerra; en Italia había una auténtica escasez de comida, pero válgame Dios que me dieron una comida maravillosa», recordaba McKittrick. Poco después, a las once de la noche, pusieron a McKittrick en un tren con destino a Suiza.<sup>44</sup>

McKittrick llegó finalmente a Basilea en abril de 1943. Su viaje a Estados Unidos había

producido resultados desiguales. Pese a sus cabildeos y a los consejos legales de John Foster Dulles, la solicitud de excepción del BPI fue denegada. Los fondos del banco en Estados Unidos siguieron congelados. Pero si esa batalla estaba perdida, se avecinaba otra mucho mayor: la lucha por la misma supervivencia del banco. Esta vez fue Henry Morgenthau, en lugar de McKittrick, quien se vio derrotado.

---

[1](#)Lithgow Osborne a William Donovan, Conversación con McKittrick. 14 diciembre 1942. NARA, registro RG 226 OSS. Entrada 92, caja 168.

---

[2](#)Memorando de McKittrick. Viaje de Basilea a Lisboa (sin fecha). Archivos del BPI. Papeles de Thomas H. McKittrick, serie 2, papeles de negocios, 2,2, caja 9, viajes.

---

[3](#)Entrevista de Thomas McKittrick con R. R. Challener, junio 1964. Colección de Historia Oral John Foster Dulles, Biblioteca de Manuscritos Seely G. Mudd, Biblioteca de la Universidad de Princeton, 24.

---

[4](#)Entrevista de McKittrick, 22.

---

[5](#)Choles a Huddle, 17 febrero 1943. NARA, RG 84. Legación de Estados Unidos, Berna, Registros Generales, 1936-1949. 1943: 850-851, caja 92.

---

[6](#)McKittrick a Harrison, 15 noviembre 1943. NARA RG 84, Legación de Estados Unidos, Berna, Registros Generales, 1936-1949. 1943: 850-851.6, caja 92.

---

[7](#)Foley a Morgenthau, 2 junio 1942. NARA Departamento del Tesoro. Colección del autor.

---

[8](#)Entrevista de McKittrick, 34.

---

[9](#)Entrevista de McKittrick, 31.

---

[10](#)McKittrick a Fraser, 22 abril 1941. Papeles de Thomas H. McKittrick. Harvard Business School, Biblioteca Baker, serie 2, caja 8, carpeta 18, carrete 18.

---

[11](#)Entrevista de McKittrick, 31.

---

[12](#)Osborne a Donovan, Op. cit.

---

[13](#)Memorando de McKittrick sobre conversación con von Trott zu Solz, 10 junio 1941. BISA Serie 2,2 Papeles de negocios. Caja 9,

---

14Osborne a Donovan, ibid.

---

15Asistentes confirmados a la cena de Fraser en honor de T. H. McKittrick en el University Club. 17 diciembre 1942. Papeles de Thomas H. McKittrick. Harvard University Business School, Biblioteca Baker, serie 2, caja 8, carpeta 18, carrete 17. Véase también el trabajo de Jason Weixelbaum, en particular «The Contradiction of Neutrality and International Settlements in Basel 1940-46», mayo 2010, disponible en <http://jasonweixelbaum.wordpress.com/tag/thomas-h-mckittrick>, y «Following the Money: An Exploration of the Relationship between American Finance and Nazi Germany», diciembre 2009, disponible en <http://jasonweixelbaum.wordpress.com/2009/12/21/following-the-money-an-exploration-of-the-relationship-between-american-finance-and-nazi-germany>.

---

16William M. Tuttle Jr., «The Birth of an Industry: the Synthetic Rubber “Mess” in World War II», *Technology and Culture*, enero 1981, 40.

---

17Ibid., 41.

---

18*The United States of America vs. Carl Krauch et al* (juicio a IG Farben). Tribunal Militar de Estados Unidos, Nuremberg, 30 julio 1948, pág. 146. Disponible en <http://www.werle.rewi.huberlin.de/IGFarbenCase.pdf>.

---

19Donald MacLaren, «Description of Work», sin fecha, ca. 1943-1944, colección del autor.

---

20Ibid.

---

21La Standard Oil Company of New Jersey cambió su nombre por el de Exxon en 1972. Exxon se fusionó con Mobil en 1999 y se convirtió en Exxon Mobil. El nombre comercial internacional de la firma es Esso, transcripción fonética de S-O, iniciales de Standard Oil. Los archivos de Standard Oil se guardan en la Exxon Mobil Historical Collection, en el Briscoe Center for American History de la Universidad de Texas en Austin y, sin ninguna duda, contienen muchas cosas de interés.

---

22Entrevista de Rudy Kennedy con el autor, 12 noviembre 1999.

---

23Ibid.

---

24«Rudy Kennedy: Holocaust Survivor, Scientist and Campaigner», *The Times*, 3 marzo 2009.

---

25Rudy Kennedy sobrevivió en Auschwitz casi dos años. En enero de 1945 fue trasladado a Dora-Mittelbau, donde se fabricaban los cohetes V-1 y V-2 de Werner von Braun, el científico espacial nazi que, más tarde, Allen Dulles llevó a Estados Unidos. Luego Kennedy fue enviado a Belsen, donde fue liberado por tropas británicas en abril 1945. Después de la guerra, se estableció en Gran Bretaña, y llegó a ser un hombre de negocios de éxito, que hizo campaña por la justicia para los antiguos trabajadores esclavos. Durante décadas, Kennedy luchó incansablemente contra IG Farben, las compañías que la sucedieron y el gobierno alemán, exigiendo

que la empresa aceptara su responsabilidad y pagara una compensación adecuada. En 2000, sometidas a una gran presión del Departamento de Estado, las organizaciones que representaban a los trabajadores esclavos acabaron firmando un acuerdo por el que se pagaba alrededor de 7.000 dólares a cada víctima. Las compañías sucesoras contribuyeron a dicho acuerdo. Los que aceptaron la oferta tuvieron que renunciar a futuras reclamaciones. Kennedy se negó a firmar y continuó luchando. Murió en 2008, a la edad de ochenta y un años.

---

26 Véase R. Billstein, *Working for the Enemy: Ford, General Motors and Forced Labor in Germany During the Second World War*, Berghahn Books, Nueva York, 2000. A finales de los noventa, la empresa Ford abrió sus archivos y encargó a archivistas e historiadores que examinaran a fondo su historial de guerra. Sus descubrimientos están compilados en un informe de 208 páginas, publicado en 2001. «Research Findings About Ford-Werke Under the Nazi Regime», está disponible en [http://media.ford.com/article\\_display.cfm?article\\_id=10379](http://media.ford.com/article_display.cfm?article_id=10379). El informe observa también que Ford y sus filiales en países aliados contribuyeron de modo crucial al esfuerzo de guerra aliado, produciendo enormes cantidades de aviones, vehículos militares, motores, generadores, tanques y material militar.

---

27 Michael Dobbs, «Ford and GM Scrutinized for Alleged Nazi Collaboration», *The Washington Post*, 30 nov. 1998. En ese momento, General Motors abrió sus archivos al historiador Henry Ashby Turner Jr., autor de *German Big Business and the Rise of Hitler*, que restaba importancia al papel de los industriales en apoyo de los nazis. En 2005, Turner publicó *General Motors and the Nazis: The Struggle for Control of Opel, Europe's Bigger Carmaker*. El libro decía que, para 1939, General Motors había perdido el control de su filial alemana y, por lo tanto, no tenía ningún poder sobre la producción militar de Opel ni sobre su uso de mano de obra esclava. Esta opinión no la acepta todo el mundo.

---

28 Messersmith a Philips, 16 noviembre 1934. Departamento de Colecciones Especiales, Biblioteca de la Universidad de Delaware. Disponible en línea: <http://lib.udel.edu/ud/spec/findaids/html/mss0109.html>.

---

29 Op. cit.

---

30 «Thomas J. Watson Is Decorated by Hitler», *The New York Times*, 2 julio 1937.

---

31 Christopher Simpson, *The Splendid Blond Beast: Money, Law And Genocide in the Twentieth Century*, Common Courage Press, Monroe (Maine), 1995, 73.

---

32 Edwin Black, *IBM and the Holocaust: The Strategic Alliance Between Nazi Germany and America's Most Powerful Corporation*, Dialogue Press, Westport (Connecticut), 2008. (Editado en español con el título *IBM y el Holocausto*, Atlántida, Buenos Aires/México, 2001.)

---

33 Messersmith a Geist, 8 diciembre 1938. Departamento de colecciones especiales, Biblioteca de la Universidad de Delaware. Disponible en <http://www.lib.udel.edu/ud/spec/findaids/html/mss0109.html>.

---

34 Messersmith a Long, 7 abril 1941. Departamento de colecciones especiales, Biblioteca de la Universidad de Delaware, 7 abril 1941. Disponible en <http://www.lib.udel.edu/ud/spec/findaids/html/mss0109.html>.

---

35 Nuremberg Trial Proceedings, 6 mayo 1946. William Dodd a Walter Funk. Disponible en <http://avalon.law.yale.edu/imt/05-06->

---

36Cochran a Morgenthau, 3 octubre 1940. NARA. Departamento del Tesoro de Estados Unidos. Colección del autor.

---

37Paul Gewirts, Departamento del Tesoro de Estados Unidos, Corporate Analysis Unit, «Report on the Activities of the Chase Bank Branches in France», 3 abril 1945, 1. Biblioteca de Artes Cinematográficas de la Universidad de California del Sur. Colección «Trading with the Enemy», de Charles Higham. Caja 1, carpeta 3.

---

38Op. cit.

---

39Ibid.

---

40Matthew J. Marks, Memorando para el Sr. Ball, Departamento del Tesoro de Estados Unidos, «Investigation of Morgan et Cie», 26 abril 1945, Biblioteca de Artes Cinematográficas de la Universidad de California del Sur. Colección «Trading with the Enemy» de Charles Higham. Caja 1, carpeta 3.

---

41Ibid. En diciembre de 1998, los abogados que actuaban en nombre de las víctimas del Holocausto y de sus familias presentaron una demanda colectiva en Nueva York contra el banco Chase Manhattan, J. P. Morgan y siete bancos franceses, alegando que las filiales francesas de los bancos estadounidenses eran cómplices en la incautación de los bienes de los judíos franceses que fueron deportados a los campos de concentración. Chase Manhattan dijo que la demanda era «innecesaria» porque ya estaba trabajando con organizaciones judías para examinar sus archivos históricos a fin de identificar a antiguos clientes o a sus herederos y pagar a dichos clientes o a sus herederos con intereses. J. P. Morgan no tardó en aceptar un acuerdo por 2,75 millones de dólares. Una gran parte de esta suma no fue reclamada y, en 2003, el dinero se donó a la Yeshiva University de Nueva York, para dotar un centro de estudios sobre el Holocausto. J. P. Morgan y Chase Manhattan se fusionaron en 2002, convirtiéndose en J. P. Morgan Chase & Co. De las reclamaciones contra Chase Manhattan se ocupó la Comisión Draï, una organización gubernamental francesa, que supervisaba las demandas de restitución contra los bancos franceses. El pleito entablado mediante demanda colectiva fue uno de los varios dirigidos contra bancos de Estados Unidos, Suiza, Gran Bretaña y otros europeos respecto a su conducta durante la guerra. Los bancos suizos finalmente aceptaron pagar 3,6 millones para compensar a las familias que habían perdido bienes en Francia durante la ocupación alemana. Véase Michael J. Bazylar, *Holocaust Justice: The Battle for Restitution in America's Courts*, New York University Press, Nueva York, 2005.

---

42McKittrick a Weber, 12 enero 1943. Papeles de Thomas H. McKittrick. Harvard Business School, Biblioteca Baker. Serie 2, caja 8, carpeta 18, carrete 17.

---

43Entrevista con McKittrick, pág. 32.

---

44Op. cit., 35, 36.

## Un acuerdo con el enemigo

«El portador de esta carta, el Sr. Thomas McKittrick, presidente del Banco de Pagos Internacionales, mantiene una estrecha amistad con un ilustre miembro del Departamento de Estado destacado en Suiza, el Sr. Allen Dulles.»

Salvoconducto de la OSS para THOMAS MCKITTRICK,  
15 de junio de 1945, solicitando al ejército de Estados Unidos  
la provisión de alojamiento y comida<sup>1</sup>

En Washington, especialmente en el Departamento del Tesoro, eran muchos los que preguntaban por qué el Departamento de Estado le había renovado el pasaporte a McKittrick y le había permitido volver a Basilea, cuando estaba claro que el BPI estaba colaborando en el esfuerzo de guerra de los nazis. La respuesta estaba en Berna, en Herrengasse 23. Aquí, Allen Dulles, viejo amigo y protector de McKittrick, dirigía la división suiza de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), el servicio de inteligencia de Estados Unidos en el extranjero; una red completa de banqueros y hombres de negocios, académicos y espías, junto con refugiados y exiliados. Algunos de los activos y agentes de Dulles negociaban con información por principios, otros por dinero. McKittrick, conocido también por la OSS con el número en clave 644, la suministraba por lealtad; no a la causa aliada ni al interés nacional de Estados Unidos, sino a las finanzas transnacionales, un credo compartido por el jefe de espionaje estadounidense.

Los canales de comunicación no oficiales entre los Aliados y las potencias del Eje existieron durante toda la guerra en capitales neutrales como Estocolmo, Berna y Lisboa. El BPI era uno de ellos. Su personal multinacional y su estatus privilegiado hacían que el banco fuera un lugar ideal para recoger y difundir información. Suiza era su hogar natural. Como observaba el cínico dicho de tiempos de guerra: «Durante seis días a la semana, Suiza trabaja para la Alemania nazi y, el séptimo día, reza por una victoria aliada». Después de su regreso a Basilea, en 1943, McKittrick se reunió de forma regular con Allen Dulles y el embajador de Estados Unidos, Leland Harrison. Los tres hombres, recordaba McKittrick más tarde, hablaban con más libertad «en esas reuniones que en ningún otro momento». Dulles y Harrison querían saber todo lo que McKittrick sabía, que era

mucho, especialmente sobre los canales nazis de movimiento del dinero, como recordaría McKittrick más adelante:

Y conocía, por ejemplo, la manera en que los alemanes obtenían el dinero con el que mantenían su organización para el sabotaje, la subversión, así como para los servicios de inteligencia política y militar, en particular en Sudamérica. Los Aliados tenían muchos deseos de ponerle fin, pero no encontraban el medio de hacerlo sin arriesgarse a perder las simpatías de las naciones neutrales, provocar lo cual era un riesgo demasiado grave.<sup>2</sup>

La conexión portuguesa era clave, le explicó McKittrick a Dulles y Harrison. Los alemanes necesitaban un suministro constante de escudos portugueses para pagar materiales bélicos vitales como el tungsteno. El escudo era entonces una divisa fuerte, aceptada por los Aliados, las potencias del Eje y, por supuesto, los países de Sudamérica. Algunas compañías alemanas seguían conectadas con sus socios o empresas matrices estadounidenses a través de las filiales en Sudamérica. Los agentes clave eran el Banco de Portugal, el Reichsbank, el Banco Nacional Suizo y el BPI. El Banco de Portugal compraba lingotes de oro al Reichsbank, ese oro se entregaba al Banco Nacional Suizo y se acreditaba en la cuenta del Banco de Portugal. A continuación, el Banco de Portugal acreditaba la suma de escudos necesaria en cuentas alemanas en Lisboa, permitiendo así que se realizaran allí las compras alemanas.

Alemania también enviaba oro al BPI, explicó McKittrick:

Verán, teníamos muchas inversiones en Alemania, que se hicieron en 1931 de conformidad con los estatutos del banco. Teníamos que ayudar a Alemania con préstamos para hacer los pagos por reparaciones en los primeros años [...] tenían que pagarnos alrededor de un millón de francos suizos al mes y de eso vivíamos. Y, con el fin de darnos ese dinero, nos enviaban oro. Bien, nosotros no teníamos cámaras acorazadas. No teníamos ningún sitio para el oro. No teníamos ninguno de los mecanismos necesarios para comprobar o pesar el oro. Ellos [el Banco Nacional Suizo] tienen una báscula tan grande como aquella chimenea de allí, y puede pesar el peso de una firma en un papel. Así que hacíamos que el Banco de Suiza se encargara de todo el manejo y almacenaje del oro por nosotros, en Suiza.<sup>3</sup>

El gobierno de Estados Unidos lo sabía. Una fuente a la que se referían como «A» pasaba información sobre los movimientos de oro del BPI a los agentes de Estados Unidos en Berna. Esta información fue enviada al Departamento de Estado en un cable fechado el 23 de junio de 1943:

Los envíos alemanes de oro (lingotes de oro) llegados aquí, a los cuales nos referíamos recientemente, parecen ser para la cuenta del Banco de Pagos Internacionales. Se trata de un valor pequeño, aproximadamente 750.000 francos suizos cada vez. A su llegada al Banco



Nacional de Suiza, en Berna, el oro se traslada al crédito del banco de Basilea.<sup>4</sup>

El BPI también tenía depositado oro del Reichsbank, de forma que, a veces, cuando había que pagar los intereses de las inversiones del banco, el BPI se limitaba a servirse del oro nazi que guardaba para hacer los pagos, explicó McKittrick. En otras ocasiones, los alemanes tomaban prestado oro del BPI para sus transacciones con los bancos suizos. Este cómodo acuerdo no le causaba ningún problema al BPI, dijo McKittrick, ya que «sabíamos que lo iban a reponer». La estrecha relación de McKittrick con Emil Puhl, vicepresidente del Reichsbank, era especialmente valorada por Dulles y la OSS. Puhl, a quien McKittrick describía como «un amigo», pasaba información importante sobre la moral alemana y las intrigas políticas y económicas del país. El telegrama 3589-90, de la OSS, enviado el 25 de mayo de 1944 —en un momento en que miles de judíos húngaros seguían siendo deportados cada día a Auschwitz, donde la mayoría eran asesinados de inmediato— recoge los temores de Puhl, no a que la guerra estuviera perdida, sino a que el Reichsbank pudiera perder su posición de privilegio durante la reconstrucción.

No hace mucho que nuestro 644 [McKittrick] tuvo dos largas conversaciones con Puhl, del Reichsbank, que estaba sumamente deprimido, no tanto por la idea de la derrota nazi, sino por la situación a la que Alemania tendría que enfrentarse más tarde. El Reichsbank ha estado ocupado trabajando en planes para la reconstrucción y, evidentemente, son incapaces de ver dónde se puede establecer un punto de partida efectivo.<sup>5</sup>

Roger Auboin, director del BPI, era conocido en la OSS por el nombre en clave 651. Naturalmente, tenía excelentes conexiones en Francia. El telegrama 3401 de la OSS, enviado el 11 de mayo de 1944, advierte de que los nazis tenían planes para saquear lo que quedaba de los activos nacionales franceses.

651 me ha informado de que es el receptor de información secreta desde París señalando el peligro de un intento de apoderarse tanto del Tesoro francés como del oro y divisas del Banco de Francia.<sup>6</sup>

McKittrick tenía también unas conexiones excelentes con la neutral Suecia. El puesto de la OSS en Estocolmo observaba de cerca a Jacob Wallenberg y a su hermano Marcus, del Enskilda Bank. Jacob, autor del acuerdo de comercio sueco-alemán, era el banquero y hombre de negocios con más poder de Suecia. Tenía unos fuertes vínculos tanto con los líderes nazis como con la resistencia alemana. Su hermano Marcus era el mentor de McKittrick en el BPI desde que los dos trabajaban juntos en el Comité de Créditos a Alemania durante los años treinta, cuando Wallenberg le enseñó a McKittrick los entresijos de las finanzas internacionales.

Cuando Marcus cayó enfermo en junio de 1943, McKittrick escribió una nota de agradecimiento al banquero sueco, que fue entregada en mano por Ivar Rooth, gobernador del Reichsbank. «Durante los tres años que he estado en Basilea», escribió McKittrick, «su sistema para abordar los problemas internacionales, del cual conseguí comprender algo durante nuestro trabajo juntos en Berlín, me ha ayudado más de lo que puedo decirle para tratar las cuestiones delicadas e intrincadas que se le han presentado al Banco de Pagos Internacionales en razón de los cambios causados por la guerra». Marcus Wallenberg fue su maestro más importante, concluía McKittrick. «La idea de seguir sus pasos dará aliento a mi voluntad y una meta a mi ambición».<sup>7</sup>

La lección más importante que los Wallenberg podían enseñarle a McKittrick era cómo jugar a dos bandas al mismo tiempo: asegurarse de que Suecia siguiera siendo uno de los socios comerciales clave de la Alemania nazi y, al mismo tiempo, enviar información a los Aliados, garantizando así que, ganara quien ganara la guerra, el imperio de los negocios y la banca de los Wallenberg sobreviviría y prosperaría. Jakob Wallenberg manejaba el canal del banco con Berlín, mientras que Marcos se cuidaba de las conexiones con los Aliados. Como director gerente del Enskilda Bank, Jacob Wallenberg era la «principal figura financiera de Escandinavia» y era «enérgico, astuto y cauto», informaba Abram Hewitt, agente de la OSS, con base en Estocolmo.<sup>8</sup> Aparte del Ministerio de Asuntos Exteriores sueco, Jacob Wallenberg era el «principal representante» del país en los tratos con la Alemania nazi. «Wallenberg va a Alemania con frecuencia y la mayoría de alemanes importantes que visitan Estocolmo están en contacto con él».<sup>9</sup>

En algún momento de 1943, Wallenberg le había preguntado a Hewitt si le gustaría conocer a los representantes de las células que se estaban formando en Alemania y que planeaban derrocar a Hitler. La cosa no tuvo mayor trascendencia porque las células fueron posteriormente «liquidadas». En 1944, Wallenberg afirmó conocer los nombres de generales alemanes que ahora se oponían a Hitler —debido a las derrotas alemanas— y estaban dispuestos a derrocarlo. No obstante, sólo compartiría esos nombres cuando «en su opinión, las condiciones lo justificaran». Wallenberg «probablemente tiene mejores fuentes de información sobre Alemania y el continente en general que cualquier otro hombre en Suecia», proseguía Hewitt. No obstante, el sueco era un hombre «muy difícil» de abordar, excepto por alguien a quien conociera desde hacía mucho tiempo. Jacob Wallenberg seguía soltero a los cincuenta y cuatro años, y una posible manera de conocerlo era el viejo truco de la trampa sexual, preferiblemente en un yate. «Es importante que cualquiera que trate con Jacob Wallenberg sepa que le interesan mucho la navegación y las mujeres atractivas». Marcus Wallenberg, el hermano menor, fue rápidamente descartado como un «hombre de menos integridad y menos peso».

Mientras tanto, en Washington, el Tesoro controlaba también de cerca a los hermanos Wallenberg y al Enskilda Bank. Un informe del Tesoro de diciembre de 1944, formulaba numerosas acusaciones de colaboración económica con los nazis: «Jacob Wallenberg indicaba recientemente que estaba dispuesto a vender a los alemanes una planta sueca en Hamburgo a cambio de oro, siempre que el precio fuera lo bastante alto para compensar posibles complicaciones

con los Aliados en el futuro».<sup>10</sup> El Enskilda actuaba en nombre de los intereses alemanes en la filial estadounidense de la compañía Bosch y también había trabajado con la Sociedad de Banca Suiza para ocultar intereses alemanes en Schering, empresa de productos químicos de Nueva Jersey, cuyo control había asumido el Custodio de Bienes Extranjeros desde entonces, observaba el informe.<sup>11</sup>

J. Holger Graffman, hombre de confianza de Wallenberg para las transacciones de divisas, era considerado un activo de alto valor por la OSS. Ingeniero de formación, había trabajado como representante en Latinoamérica para Ivar Kreuger, el defraudador sueco financiado por Lee, Higginson, anteriores empleadores de Thomas McKittrick. Después de que Wallenberg tomara el control de los restos del imperio de Kreuger, Graffman regresó a Suecia y se incorporó al Enskilda Bank, donde trabajó en transferencias de divisas, crédito exterior y cuentas bloqueadas. «En mi opinión este hombre es el contacto individual más útil para nosotros aquí en Suecia. Es muy proamericano y está casado con una holandesa cuyos sentimientos hacia los alemanes son los que cabría esperar», observó Hewitt.

Pero, además, Graffman era amigo de Felix Kersten, masajista nacido en Estonia que ahora vivía en Estocolmo. Su cliente más importante era Heinrich Himmler y, con frecuencia, iba a Berlín para tratarlo. Graffman presentó Kersten a Hewitt mientras tomaban café y pasteles en su casa. El masajista empezó a tratar a Hewitt por sus problemas de espalda. Pero Kersten era mucho más que un masajista: poco después organizó una reunión entre Hewitt y Walter Schellenberg, jefe de la inteligencia nazi en Estocolmo. Se reunieron en la consulta de Kersten en noviembre de 1943. Schellenberg confiaba en pactar una paz por separado con los Aliados occidentales para impedir que los soviéticos se apoderaran de la Europa del Este. Los planes quedaron en nada.<sup>12</sup>

El imperio empresarial de los Wallenberg era el canal de finanzas transnacional más importante entre Suecia y la Alemania nazi. No sólo dinero, sino también enormes cantidades de información iban y venían entre Estocolmo y Berlín. Una gran parte del Departamento de Estado y la OSS —especialmente Allen Dulles— compartían el deseo de Jacob Wallenberg de mantener los vínculos con la industria alemana para que los negocios se pudieran reanudar lo antes posible cuando acabara la guerra. Una operación de la guerra psicológica de la OSS, conocida como el «Plan Harvard» utilizaba, específicamente, a Thomas McKittrick con este propósito. La oficina de la OSS en Estocolmo publicó un boletín para los empresarios alemanes lleno de breves de información confidencial y noticias. El propósito de «Información para las empresas alemanas» era sugerir que cooperar ahora rendiría muy buenos dividendos después de la victoria aliada. Los agentes de la OSS creían que el boletín afectaba seriamente a la moral de los empresarios alemanes, muchos de los cuales estaban ya planeando su futuro en una Alemania postnazi.

El 1 de febrero de 1945, David Williamson, un alto cargo del Departamento de Operaciones para la Moral de la OSS, escribió al nombre en clave 110, Allen Dulles. Williamson le proponía crear una operación de guerra psicológica parecida en Suiza o buscar otro medio para usar el material del Plan Harvard para minar la moral alemana. Williamson adjuntaba algún material en

borrador para que Dulles lo examinara. Hay que destacar que toda la información del boletín de la OSS en Estocolmo pasó por el Departamento de Estado antes de ser distribuido. El boletín incluía este párrafo:

Las negociaciones directas, emprendidas por los intereses empresariales de ambos lados, gracias a la mediación del Sr. McKittrick, el estadounidense que vive en Basilea, han llevado ya a una serie de acuerdos detallados. Así, sabemos que representantes de la industria alemana de la potasa han contactado y concertado acuerdos vinculantes con las nuevas industrias de la potasa en expansión en el extranjero... Se espera que la demanda de la posguerra será, permanentemente, mucho mayor que el consumo anterior a la guerra. El nuevo acuerdo garantizará a los intereses exportadores alemanes durante este segundo periodo unos ingresos derivados de la exportación por lo menos iguales a los de antes de la guerra, con independencia de la esperada quiebra del control alemán del cártel.<sup>13</sup>

Una vez más, la clave eran las industrias químicas alemanas. En 1925, Lee, Higginson, el bufete de McKittrick, habían formado parte de un sindicato, que incluía el Enskilda Bank, que había emitido bonos por ocho millones de libras en beneficio del sindicato alemán de la potasa. Diecinueve años después, McKittrick seguía garantizando que los suministros del mineral, vital para la agricultura, continuarían después de acabar la guerra. Un segundo párrafo, también fechado en Basilea, describe cómo, incluso mientras los aviones aliados bombardeaban Alemania, McKittrick ya había cerrado un acuerdo para «conservar la sustancia industrial del Reich». Cualquiera que cuestionara la sensatez de esos acuerdos encubiertos era simplemente un «izquierdista radical»:

El Sr. Thomas McKittrick, presidente estadounidense del BPI, ha anunciado su decisión de continuar con sus esfuerzos para conseguir una estrecha colaboración entre el mundo empresarial alemán y el aliado, sin tener en cuenta la oposición de ciertos grupos izquierdistas radicales; para este empeño cuenta con la plena ayuda del Departamento de Estado de Estados Unidos. «Después de la guerra, estos acuerdos tendrán un valor incalculable», dijo McKittrick. Se sabe que ciertos intereses alemanes han recibido garantías de que su actitud negativa hacia el régimen nacionalsocialista será tomada muy en cuenta por parte de los líderes políticos y económicos aliados después de la guerra. Se están llevando a cabo negociaciones para poner fin rápidamente a las hostilidades y para conservar la sustancia industrial del Reich.<sup>14</sup>

Así pues, mientras las tropas aliadas y de Estados Unidos luchaban por abrirse camino en la Europa ocupada por los nazis, Thomas McKittrick, ciudadano estadounidense, usaba su puesto en el BPI —con el conocimiento del Departamento de Estado— para tratar de reunir a los empresarios aliados y nazis, a fin de planear una Alemania de la posguerra que conservara tanto como fuera

posible de la industria del país. McKittrick patrocinaba incluso acuerdos para garantizar los beneficios de las compañías alemanas después de la guerra y ayudar a los industriales alemanes a evitar las consecuencias financieras de la desintegración de los cárteles anteriores a la guerra.

El documento de la OSS sobre el Proyecto Harvard también observaba lo beneficioso que había sido el «nervio de la guerra» para la industria del petróleo norteamericana, sobre todo para Standard Oil. Los dividendos del sector alcanzaron, en 1944, un nuevo máximo de casi 300.000 millones de dólares, observaba el documento, citando a *The Wall Street Journal*, casi un quinto más que en 1943. Sólo Standard Oil pagaría 68,3 millones.

Con unas sumas tan enormes moviéndose por la cada vez más globalizada economía, estaba claro que el mundo necesitaría un nuevo sistema financiero internacional para financiar la reconstrucción de la posguerra y estabilizar el comercio. En julio de 1944, más de setecientos delegados de las cuarenta y cuatro naciones aliadas se reunieron en el hotel Mount Washington, en Bretton Woods (Nuevo Hampshire), para la Conferencia Monetaria y Financiera de las Naciones Unidas. Henry Morgenthau y Harry Dexter White encabezaban la delegación estadounidense. La conferencia acordó la creación del Fondo Monetario Internacional (FMI) y de un Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (BIRD), que se convertiría en parte del Banco Mundial. El FMI controlaría los tipos de cambio y prestaría divisas de reserva a los países endeudados. El nuevo banco también proporcionaría préstamos a los países subdesarrollados. Bretton Woods dio también nombre a un nuevo sistema internacional de cambio de divisas, en el cual las monedas estaban vinculadas al dólar. A cambio, Estados Unidos aceptó fijar el precio del oro en 35 dólares la onza. No habría más guerras ni manipulación de la moneda.

Pero si había consenso en lo básico, no había ninguno sobre el futuro del BPI. Con el FMI como centro del nuevo sistema financiero internacional, ¿para qué se necesitaba el BPI? Henry Morgenthau y Harry White querían que el banco fuera suprimido. El 10 de julio de 1933, parecían a punto de ver cumplidos sus deseos. Wilhelm Keilhau, de la delegación noruega, presentó una moción para liquidar el BPI:

Que se resuelva que la Conferencia Monetaria y Financiera de las Naciones Unidas recomiende la liquidación del Banco de Pagos Internacionales de Basilea. Se aconseja que la liquidación empiece lo antes posible y que los gobiernos de las Naciones Unidas ahora en guerra con Alemania nombren una Comisión de Investigación para examinar la gestión y las transacciones del banco durante la actual guerra.

Ninguna delegación habló públicamente en defensa del BPI. Pero entre bastidores, sus defensores —secciones del Departamento de Estado, Wall Street, el Banco de Inglaterra, el Tesoro británico y el Ministerio de Asuntos Exteriores— pasaron a la acción. Johan Beyen, el

desafortunado expresidente holandés del banco que había entregado el oro checoslovaco, culpó al Departamento del Tesoro y, en particular, a Harry White de la resolución. Beyen afirmaba que White había conseguido que los noruegos le hicieran «el trabajo sucio». No hay duda de que White apoyó la moción, que creía que forzaría a McKittrick a dimitir, un acontecimiento que describió como «algo saludable para el mundo». <sup>15</sup> La oposición de White al BPI —y su clara comprensión de su papel a favor de los nazis durante la guerra— había provocado la alarma en el Banco de Inglaterra. En diciembre de 1943, E. W. Playfair, alto cargo del banco, le escribió a Otto Niemeyer, expresidente del consejo del BPI, para dirigir su atención hacia un artículo de *The New York Times* sobre White y el BPI. White «menospreciaba» al banco y decía que «no tenía ninguna importancia» en relación con los planes para la reconstrucción de Europa en la posguerra. Alemania, decía White, estaba siendo amable con el BPI porque confiaba usarlo para «recuperar su poder financiero». <sup>16</sup> White se mostraba más cáustico, si cabe, con McKittrick, al que describía como «un presidente estadounidense que hace negocios con los alemanes mientras nuestros jóvenes luchan contra ellos». Todo lo cual era verdad y, por ello, más exasperante para los mandarines financieros, que preferían mantener sus acuerdos con el otro lado fuera de la mirada pública.

El Foreign Office advirtió a la delegación británica de que cualquier resolución que tratara del BPI o de su liquidación sería «impropia», ese pecado tan británico. Desde el principio, Gran Bretaña se había «opuesto a hacer nada respecto al BPI», observó Orvis Schmidt, un cargo del Tesoro de Estados Unidos. <sup>17</sup> También Wall Street se oponía. Morgenthau dijo que Leon Fraser era «una de las puntas de lanza de la oposición a lo que hacemos aquí y se ha rodeado de un grupo que lucha contra lo que hacemos aquí [...] No digo que el Sr. Fraser no sea un excelente ciudadano americano, pero tiene ciertas lealtades que actúan en esto, tal como las tienen el Sr. McKittrick, el Sr. Beyen...». El BPI era un club para los banqueros centrales, decía Morgenthau, y personas como Schacht y Funk seguían esperando que «todo continuaría igual después de la guerra». <sup>18</sup> Morgenthau se oponía de forma implacable no sólo al BPI, sino a cualquier forma de reconstrucción que permitiera que Alemania dominara Europa. Su plan para el país exigía que la industria pesada alemana fuera desmantelada o destruida, que las zonas industriales alemanas fueran internacionalizadas o cedidas a países vecinos, que hubiera una completa desmilitarización y que el país fuera reducido a una economía pastoral o agrícola.

Harry White tenía una visión clarísima del BPI. La insistencia del banco en su supuesta neutralidad era una coartada para su futuro papel en la reconstrucción de Europa, según decía:

Esperan ser una influencia moderadora del trato a Alemania durante la conferencia de paz. Por esa razón, Alemania lo ha tratado con el máximo cuidado. Ha permitido que pague dividendos; ha dejado que la gente del BPI vaya y venga por territorio enemigo; ha sido cuidadosa en extremo y ha estado bien dispuesta hacia el BPI, porque cuidaba del bebé con la esperanza de que sería un organismo útil que protegería sus intereses más allá de lo que lo

haría cualquier otra institución en la mesa de negociaciones para la paz. [19](#)

El 18 de julio, Ansel Luxford, miembro de la delegación de Estados Unidos, propuso una nueva resolución, por la que ningún país se pudiera incorporar al FMI, a menos que hubiera «dado los pasos necesarios para promover la liquidación del BPI». John Maynard Keynes, el influyente economista que formaba parte de la delegación británica, se enfureció. Keynes, que también tenía una estrecha relación con John Foster Dulles, padecía de angina de pecho y se agitó tanto debido a aquel asunto que hubo rumores de que había sufrido un ataque al corazón. Exigió que se retirara la resolución o abandonaría la conferencia. Keynes le escribió a Morgenthau que no podía existir ninguna conexión entre disolver el BPI y unirse al FMI; de lo contrario Gran Bretaña no participaría ni en el FMI ni en el nuevo banco durante un «periodo indefinido». [20](#) Morgenthau dio marcha atrás.

Finalmente, se aprobó una nueva resolución noruega-holandesa pidiendo la liquidación del banco «en cuanto fuera posible». Era un compromiso perfecto: los críticos quedaban satisfechos porque el principio de que el BPI debía cerrarse quedaba establecido, mientras que los partidarios del banco observaban que la resolución no fijaba ni fecha ni condiciones para esta eventualidad. Beyen, expresidente del BPI, se distanció del banco, remodelándose rápidamente como pilar del orden democrático de la posguerra. Según dijo, el BPI era incompatible con el FMI y sus estatutos y operaciones bancarias quedarían obsoletos después de una victoria aliada. No es de extrañar que Orvis Schmidt lo describiera como un «tipo muy poco de fiar», que había «demostrado su capacidad para olvidar lo que había dicho cinco minutos antes». [21](#)

La conferencia de Bretton Woods era observada con un enorme interés en Berlín. Puhl y los banqueros nazis comprendían que, a pesar de lo que acordaran los discordes delegados, el BPI, o algo parecido, sobreviviría. Había demasiados intereses creados, en ambos lados del conflicto, para permitir que se cerrara el canal de finanzas transnacionales más importante del mundo; en especial cuando había demostrado sistemáticamente su valor en las condiciones más arduas. Un artículo, publicado en septiembre de 1944 por el periódico berlinés *Das Reich*, argumentaba que la economía global era tan compleja que se necesitaría una cámara de compensación internacional cuando acabara la guerra. Los nuevos FMI y BIRD no podrían realizar estas funciones. Incluso si los Aliados no estaban dispuestos a oír «el impronunciable nombre del BPI», necesitarían algo parecido. [22](#) *Das Reich* no se equivocaba.

En Basilea, McKittrick estaba furioso por los ataques contra el banco. Escribió al Banco de Inglaterra y exigió una investigación completa del historial de guerra del BPI, la cual parecía creer que lo exoneraría. Esa perspectiva disparó las alarmas desde Whitehall, sede del gobierno británico, hasta Threadneedle Street, donde lord Catto, el nuevo gobernador del Banco de Inglaterra, había

relevado a Montagu Norman. McKittrick, según observaba un documento del Foreign Office, había adoptado las costumbres de la neutral Suiza y había perdido «totalmente el contacto con el modo de pensar de la gente en la actualidad».<sup>23</sup>

El final de la guerra no pareció llevar a McKittrick más cerca de la realidad. En marzo de 1945, Orvis Schmidt, el agente del Tesoro de Estados Unidos que había asistido a la conferencia de Bretton Woods, se reunió con McKittrick en Suiza. Schmidt, como su jefe Henry Morgenthau, no era un entusiasta de McKittrick ni del BPI, y McKittrick lo sabía. «Estaba claro que el Sr. McKittrick era plenamente consciente de la opinión que el Departamento del Tesoro tenía de él y del BPI», escribió Schmidt.<sup>24</sup> McKittrick hizo lo imposible por convencer a Schmidt para que cambiara de opinión; si el Departamento del Tesoro comprendiera «el auténtico papel que él y el BPI habían representado», todo eso cambiaría, estaba fervientemente convencido el presidente del BPI. Esto parecía poco probable, considerando lo que sucedió a continuación.

Schmidt continuó: «El BPI, dijo McKittrick, había sido “estrictamente neutral” durante la guerra. El banco era “una especie de club” para los representantes de los bancos centrales del mundo, “un pequeño grupo de hombres con ideas afines que se comprendían y confiaban los unos en los otros”». Esa confianza no se veía afectada por cuestiones como los intereses nacionales, políticos o gubernamentales. Era, antes bien, una especie de comprensión celestial, que continuaría «con independencia de la situación del mundo o de las relaciones políticas, en constante cambio, entre sus respectivos países». Sin dejarse impresionar por el panegírico de McKittrick, Schmidt le preguntó por qué los alemanes le habían permitido dirigir el BPI de esta manera, qué ganaban con ello. En respuesta, McKittrick afirmó: «A fin de entender la conducta de los alemanes hacia el BPI, primero es preciso comprender la fuerza de la seguridad y confianza que los representantes de los bancos centrales tenían unos en otros y la fuerza de su decisión de jugar siguiendo las reglas». Luego, McKittrick dijo que los miembros alemanes de esta élite podían influir positivamente en la conducta del gobierno alemán, que esos financieros, afirmó, no eran nazis, pero los nazis los necesitaban debido a sus conocimientos técnicos. «La existencia de este pequeño grupo es la clave para explicar la conducta alemana respecto al BPI», explicó.<sup>25</sup>

Schmidt le preguntó si podía nombrar a cualquier miembro de este grupo. Sólo surgió un nombre: Emil Puhl, vicepresidente del Reichsbank, director del BPI y guardián del oro saqueado, por lo cual no tardaría en ser juzgado en Núremberg. McKittrick admitió que el BPI había aceptado pagos en oro de los alemanes durante la guerra. Se había guardado aparte, de modo que pudiera comprobarse fácilmente si alguna parte procedía del expolio. Lo justificó basándose en que «pensaba que sería mejor aceptar el oro y guardarlo de esta manera que rechazarlo y dejar que los alemanes lo usaran para otros propósitos».<sup>26</sup> A partir de ahí, la conversación tomó un cariz surrealista. McKittrick continuó diciendo que Puhl sabía dónde estaba el oro saqueado a los belgas: en las cámaras acorazadas del Reichsbank, donde Puhl lo guardaba para «devolvérselo a los belgas después de la guerra», del mismo modo que un perista podría justificar su posesión de bienes



robados ante la policía que investigaba un delito. McKittrick admitió también que el BPI había proveído de divisas al Tercer Reich. Sugirió que, al hacerlo, el BPI había debilitado realmente la economía nazi, ya que Alemania pagó más al BPI, en divisas, de lo que recibió. Schmidt no se lo podía creer. «Me sorprendió que una declaración voluntaria hecha con la intención de defender al BPI pudiera ser tan perjudicial para esa institución», escribió a Henry Morgenthau.

Un informe de la inteligencia estadounidense sobre las actividades del banco en tiempo de guerra, preparado en diciembre de 1945, fue incluso más condenatorio. Buena parte del informe se basaba en los registros de los interrogatorios de Emil Puhl, que estaba cantando como el proverbial canario en un esfuerzo por salvarse de una larga sentencia de prisión. Puhl reveló que el Reichsbank había utilizado al BPI para sacar dinero de los países neutrales antes de que fuera bloqueado y luego había negociado los fondos rescatados con el propio BPI. Dijo que los agentes alemanes querían que McKittrick fuera reelegido, ya que sus opiniones eran «conocidas con seguridad», y que el BPI también era de gran valor para el Reichsbank como «ventana abierta a la información financiera del mundo exterior». Al parecer, mucha de esta información era proporcionada personalmente por McKittrick en sus conversaciones con Emil Puhl. Tal vez, la revelación más escandalosa fue que McKittrick, a su regreso de Estados Unidos, en mayo de 1943, informó directamente a Puhl sobre «la imagen global de las opiniones y problemas financieros actuales en Estados Unidos». El informe observa que McKittrick también le proporcionó a Puhl información anticipada sobre la misión tripartita aliada a Suiza, en febrero de 1945, cuando los Aliados presionaron a los cargos suizos para que congelaran los activos nazis y dejaran de comerciar con Alemania.<sup>27</sup>

McKittrick no era el único director del BPI que proporcionaba información a Puhl y actuaba como intermediario para ambos lados. Cuando Allen Dulles llegó a Berna, una de las primeras personas con quien se reunió fue Per Jacobsson, el asesor económico del BPI. El jefe de espionaje y el economista fueron presentados en una fiesta benéfica organizada por las esposas de los embajadores británico y estadounidense. Berna, como Lisboa, Madrid y Estocolmo, estaba plagada de espías, informadores y agentes secretos que comerciaban con información, cotilleos e intrigas. Dulles y Jacobsson tenían mucho de que hablar.

En tanto que ciudadano sueco y funcionario de alto rango en el BPI, Jacobsson tenía un enorme interés para los servicios de inteligencia, tanto de los Aliados como del Eje. Podía ir y venir libremente por los territorios de los Aliados y del Eje. Como sus compatriotas, los hermanos Wallenberg, jugaba a dos bandas. Cuando volvió de Estados Unidos en la primavera de 1942, habló de la actitud estadounidense hacia Alemania con Emil Puhl, vicepresidente del Reichsbank.<sup>28</sup>

Jacobsson también le transmitió una valiosa información sobre el Estado Mayor británico. En el verano de 1942, Jacobsson le preguntó a Paul Hechler, jefe del departamento de banca del BPI, quien era miembro del partido nazi, que le transmitiera una novedad a Puhl la próxima vez que éste visitara Basilea; el cuñado británico de Jacobsson, el general sir Archibald Nye, había sido nombrado subjefe del Estado Mayor. Era una información valiosa. Ambos bandos vigilaban

atentamente los movimientos de personal entre la cúpula militar de sus enemigos. La llegada o partida de cargos de alto nivel podía anunciar nuevas estrategias o ideas nuevas o presagiar el auge o la caída de un comandante en particular. Consciente de estar traicionando una confidencia, Jacobsson anotó en su diario que la promoción de Nye debía ser ocultada a la prensa: «Puhl dijo que se alegraba de que se lo dijera. Podíamos llegar a un acuerdo de caballeros entre Hechler, él mismo y yo para no volver a mencionarlo [...] Le señalé que, cuando en Londres se decía que lo que yo escribía era demasiado amistoso hacia Alemania, obviamente esos periodistas no sabían quiénes eran mis parientes».<sup>29</sup> Por suerte para Jacobsson, «esos periodistas» tampoco sabían que estaba pasando una información militar valiosa al Reichsbank.

Jacobsson, acompañado por Hechler, se reunió con Puhl, en Zúrich, en mayo de 1943. Puhl y el Reichsbank querían información sobre los diferentes planes que circulaban por Washington relativos a las monedas y el comercio de la posguerra. Unos funcionarios nazis previsores ya estaban planificando la posguerra. Necesitaban saber qué pensaban los Aliados. Como siempre, Jacobsson estaba dispuesto a ayudar. Hechler hizo hincapié en que la reunión debía ser discreta. «Puhl sería sospechoso, por supuesto, si en Alemania se enteraban de que había estado en Suiza para discutir estos planes, pero esperaba, claro, que todavía fuera posible que un día se llegara a un acuerdo con el enemigo», anotó Jacobsson en su diario.<sup>30</sup> «Los acuerdos con el enemigo» eran la razón de que existiera el BPI. A Puhl le fueron concedidos sus deseos. Al mes siguiente, Jacobsson pronunció un discurso en Berlín, ante los representantes de los bancos comerciales alemanes, titulado «Los planes angloamericanos para la moneda», donde expresó sus ideas sobre la planificación económica aliada para la posguerra, basadas en lo que había oído en Estados Unidos.

Gracias al asesor económico del BPI, los planes económicos de los Aliados para la posguerra eran ahora de dominio público en la Alemania nazi. Sin embargo, parece improbable que Jacobsson pronunciara este discurso sin el permiso de las autoridades estadounidenses. Como revelan los documentos de la OSS sobre el Plan Harvard, el gobierno de Estados Unidos se aseguró de que los canales de comunicación con los industriales y hombres de negocios nazis siguieran abiertos, incluso cuando los soldados americanos y británicos se enfrentaban a una lluvia de balas de ametralladora en las playas de Normandía. El discurso de Jacobsson, pronunciado en alemán, fue traducido por la embajada de Estados Unidos en Berna y enviado a Washington.<sup>31</sup> Jacobsson también pasó información a su cuñado, Archibald Nye, que fue útil para los Aliados. En 1940, después de visitar Berlín, le escribió a «Arch» aconsejando a Gran Bretaña y Francia que no ayudaran a Finlandia en su guerra contra la Unión Soviética, ya que pronto podrían estar del mismo lado que Rusia, luchando contra los alemanes. La carta, dijo Nye, había sido de gran valor, y la había pasado al Foreign Office y a los servicios de inteligencia.<sup>32</sup> Jacobsson, igual que McKittrick, se consideraba por encima de las lealtades nacionales, pero parecía que su corazón, por lo menos, estaba con los Aliados. Cada noche, escuchaba las noticias de Londres a las nueve. Cuando sonaba el himno nacional británico, al final, se levantaba y se ponía en posición de firmes.

Mientras tanto, los exiliados alemanes antinazis creían que Georg von Schnitzler, miembro del consejo de IG Farben, usaba el BPI para comunicarse con los Aliados. Von Schnitzler estaba, ciertamente, bien situado para enviar mensajes a Londres y Washington. En tanto que director comercial y de ventas del conglomerado de productos químicos, era uno de los hombres de negocios más poderosos del Tercer Reich. Hermann Schmitz, el jefe de von Schnitzler, era miembro del consejo del BPI. Antes de incorporarse a IG Farben, von Schnitzler había trabajado para J. H. Stein, el banco de Colonia donde Kurt von Schröder era uno de los directores, y había administrado una cuenta especial «S», el fondo de reptiles privado de Himmler. Para 1943, von Schnitzler, como la mayoría de los industriales alemanes, sabía que la guerra estaba perdida. Alemania no tardaría en caer bajo el control internacional, esperaban que bajo los Aliados occidentales. La prioridad era proteger las fábricas, terrenos y oficinas de IG Farben, de forma que el conglomerado de productos químicos pudiera recuperar rápidamente su dominio cuando acabaran las hostilidades.

Según Heinz Pol, que había sido director adjunto de *Vossische Zeitung*, el periódico alemán de referencia hasta que fue clausurado en 1934, Von Schnitzler utilizó el BPI para enviar un mensaje a los Aliados diciendo que el bombardeo de la industria alemana debía parar. Pol tenía fuentes excelentes entre los exiliados alemanes y en países neutrales. Escribió:

Según la información procedente de Lisboa, se dice que Schnitzler ha elaborado un documento que ha enviado al consejo de administración del Banco de Pagos Internacionales en Basilea, Suiza. No se sabe si el documento llegó a Basilea a tiempo para la asamblea general, que tuvo lugar a principios de junio (el estadounidense Thomas McKittrick la presidía, como es habitual), pero se conocen varios puntos planteados en el documento. Schnitzler, dicen las fuentes de Lisboa, insiste en el hecho de que el término «rendición incondicional» supone que los alemanes seguirán teniendo algo que rendir. Pero si la guerra de destrucción, especialmente el bombardeo de los centros industriales de Alemania, continúa, al final no quedará nada salvo ruinas y cenizas.<sup>33</sup>

Los términos de Schnitzler eran claros, escribía Pol: «Colaboración con la condición de que la industria alemana sobreviva». Si dejaban de caer bombas, los industriales alemanes cooperarían con la inminente ocupación. Como, hasta aquel momento, ninguna de las instalaciones principales de IG Farben había resultado muy dañada por los bombardeos, la oferta de von Schnitzler «podría no parecer demasiado irrazonable a otros industriales en el lado de las Naciones Unidas».<sup>34</sup>

El BPI fue utilizado por Japón como canal para tratar de negociar un tratado de paz. Japón era miembro fundador del banco y mantuvo sus vínculos con Basilea durante la guerra. En julio de 1945, dos banqueros japoneses, Kojiro Kitamura, miembro del consejo del BPI, y Kan Yoshimura,

jefe de la sección de divisas del BPI, le preguntaron a Per Jacobsson si actuaría como intermediario para negociar un acuerdo de paz. Los Aliados exigían una rendición incondicional, pero la cuestión fundamental para Tokio, decían los banqueros, era que Japón conservara la familia real e, idealmente, la Constitución del país.<sup>35</sup> Jacobsson, naturalmente, le pasó la información a su íntimo amigo, Allen Dulles, quien llevó la propuesta japonesa a Henry Stimson, secretario de la Guerra. Lo discutieron en Potsdam, el 20 de junio de 1945, pero los acontecimientos no tardaron en superar el lento ritmo de la diplomacia encubierta. El 6 de agosto, Hiroshima fue destruida por una bomba atómica, a la que siguió otra en Nagasaki, el 9 de agosto. Seis días después, Japón se rendía.

Por lo menos, Jacobsson tenía la excusa de ser ciudadano de la neutral Suecia para justificar sus contactos con los banqueros nazis. McKittrick, cuya patria estaba en guerra con el Tercer Reich, no la tenía. A salvo en Basilea, el presidente del BPI parecía haber perdido el contacto con la realidad, por no hablar de la ética. Había pasado los años de la guerra en un universo paralelo, en el cual «neutralidad» significaba que el Reichsbank —motor financiero de la guerra, el expolio y el genocidio— era juzgado igual que los bancos cuyos activos había robado. Un lugar donde Puhl, vicepresidente y receptor de bienes robados, en realidad ayudaba a las víctimas guardando sus bienes en un lugar seguro y donde Puhl —y sin duda también Hjalmar Schacht— no eran los constructores y administradores de la economía nazi. Por el contrario, eran simplemente banqueros tecnócratas, que sólo querían «jugar siguiendo las reglas».

Es difícil juzgar qué es peor, que McKittrick creyera de verdad esos argumentos o que fueran un ardid de un abogado cínico para protegerse de consecuencias indeseables. No hay duda de que a McKittrick le preocupaban las posibles consecuencias de sus manejos con los banqueros nazis, en especial con Paul Hechler, jefe del departamento bancario, que continuó firmando su correspondencia con «Heil Hitler» durante toda la guerra. El destino acudió al rescate de McKittrick cuando Hechler murió en 1945. Su muerte «plantea un grave problema administrativo al tiempo que soluciona otro político», escribió McKittrick a Roger Auboin.<sup>36</sup> Pero con Allen Dulles cubriéndole las espaldas, McKittrick no tenía por qué preocuparse. Viajó a Alemania por lo menos dos veces en 1945 y, en septiembre, se alojó en casa de Allen Dulles en Dahlem, en Berlín. Aunque seguía siendo presidente del BPI, su salvoconducto fue tramitado por la OSS, y lo recibieron numerosos altos cargos americanos.

No todos compartían el entusiasmo de Dulles por el presidente del BPI. A McKittrick le esperaba una desagradable sorpresa a su vuelta a Basilea. En la edición de *The New York Herald Tribune* del 11 de octubre, había un cáustico ataque contra el BPI, y el artículo fue publicado en la *Tribune de Lausanne*, un periódico suizo. El artículo informaba de que las autoridades americanas de ocupación estaban investigando si el BPI había respaldado las operaciones alemanas con el oro y ayudado a financiar el gobierno nazi en otros países. Se criticaban las actividades de McKittrick durante la guerra. Añadían que era posible que se pidiera al banco que aportara pruebas de sus transacciones en oro con Alemania durante la Segunda Guerra Mundial. Hipersensible, como siempre, a las críticas de la prensa y, sin duda, consciente de que necesitaba encontrar un nuevo

trabajo en Estados Unidos, McKittrick le pidió a Allen Dulles que tomara medidas. Sospechaba que la fuente de las filtraciones era un funcionario americano llamado Fox, a quien había conocido en Fráncfort. Fox era un colega de Harry White. «White y sus asociados han adoptado sistemáticamente una actitud extremadamente hostil hacia el BPI y los ataques contra el banco en la conferencia de Bretton Woods se originaron en White», se quejaba McKittrick.<sup>37</sup>

Pese a la mala publicidad y a los ataques contra McKittrick, los banqueros de Basilea siguieron haciendo lo que mejor sabían hacer: mantener el dinero en movimiento. Calladamente, con prudencia, sin que el mundo exterior se diera cuenta, el BPI volvió a lo de siempre. En diciembre de 1946, el banco celebró su primera junta de directores de la posguerra. Maurice Frere, gobernador del Banco Nacional de Bélgica y miembro del consejo del BPI, viajó a Washington para presionar a los responsables de la política de Estados Unidos para que liberaran los activos del BPI bloqueados y trataran de desactivar los ataques de la prensa. Lo escucharon atentamente. El momento crucial llegó en mayo de 1948, cuando el BPI aceptó devolver 3,74 toneladas métricas del oro saqueado a Bélgica y los Países Bajos. A cambio, la Comisión Tripartita Aliada, que se ocupaba del expolio nazi, acordó abandonar cualquier reclamación futura contra el banco. El Tesoro de Estados Unidos liberó todos los activos del BPI. Frere fue elegido presidente del BPI, el primero del banco desde que el mandato de Thomas McKittrick llegara a su término en junio de 1946. La resolución de Bretton Woods pidiendo que el BPI fuera liquidado desapareció discretamente.

Mientras tanto, Thomas McKittrick tenía un lucrativo nuevo empleo. Poco después de dejar la presidencia del BPI, en 1946, fue nombrado presidente del Chase National, en Nueva York, a cargo de los préstamos al extranjero. Fue incluso alabado por aquellos de cuyos bienes robados había dispuesto. Fue invitado a Bruselas y condecorado con la Real Orden de la Corona de Bélgica. El galardón, según un comunicado de prensa, era «en reconocimiento a su amistosa actitud hacia Bélgica y sus servicios como presidente del Banco de Pagos Internacionales durante la Segunda Guerra Mundial».

---

<sup>1</sup>Coronel Edward Gamble, Oficina de Servicios Estratégicos, Teatro de Operaciones Europeo, Ejército de Estados Unidos, 15 julio 1945. Archivos BPI. Papeles de Thomas H. McKittrick. Serie 2,2, caja 9, viajes.

---

<sup>2</sup>Entrevista de Thomas McKittrick con R. R. Challener, julio 1964. Colección de Historia Oral John Foster Dulles, Biblioteca de Manuscritos Seeley G. Mudd, Biblioteca de la Universidad de Princeton, pág. 22.

---

<sup>3</sup>Ibid., 40

---

<sup>4</sup>Cable de la Legación de Estados Unidos en Berna, 23 julio, 1943. NARA. RG 84, Legación de Estados Unidos, Berna, archivos generales, 1943: 850-851.6, caja 92.

---

5 Neal H. Petersen, *From Hitler's Doorstep: The Wartime Intelligence Reports of Allen Dulles 1942-1945*, Penn State Press, University Park, Pennsylvania, 1996, 294-295.

---

6 *Ibid.*, 287

---

7 McKittrick a Wallenberg, 9 junio 1943. Archivo BPI. Papeles de Thomas H. McKittrick. Serie 2,1, caja 6, f. 2.

---

8 Informe de Hewitt sobre los Wallenberg, sin fecha. Archivos Nacionales y Administración de Documentos de Estados Unidos. RG. 226. Anotación A1-210, caja 345.

---

9 *Ibid.*

---

10 Morgenthau a Grew, «A Summary of Some Information with Respect to the Wallenbers and the Enskilda Bank», 7 febrero 1945. NARA. Colección del autor.

---

11 *Ibid.*

---

12 Richard Breitman, «A Deal with the Nazi Dictatorship: Hitler's Alleged Emissaries in Autumn 1943», *Journal of Contemporary History*, 30, 3, julio 1995.

---

13 Williamson a Dulles, 1 febrero 1945. NARA. RG226 OSS. Anotación 190, caja 331

---

14 *Op. cit.*

---

15 Diarios de Henry Morgenthau, Franklin D. Roosevelt Memorial Library. Libro 755, carrete 216, 175.

---

16 Playfair a Niemeyer, 6 diciembre 1943. Archivos del Banco de Inglaterra.

---

17 Diarios de Morgenthau, FDRML, 19 julio 1944, 9.30 p.m. Libro 756, 54.

---

18 Diarios de Morgenthau, FDRML. Libro 756, carrete 216, 178.

---

19 *Op. cit.*, 183

---

20 Keynes a Morgenthau, 19 julio 1944. FRDML. Colección del autor. 21. Diarios de Morgenthau, FRDML. Libro 756, 19 julio 1944, 7.25 p.m., 134

---

21Henry Morgenthau, diarios, Franklin D. Roosevelt Memorial Library. Libro 756, 19 diciembre 1944.

---

22Toniolo, 271

---

23Ibid., 272

---

24Orvis Schmidt a Henry Morgenthau, 23 marzo 1945, FDRML. Carrete 241, libro 831, 328-333.

---

25Op. cit.

---

26Ibid.

---

27«Survey of the War-Time Activities of the Bank for International Settlements», conversación de TWX entre Washington y Berlín, Coronel Bernstein, Miss Mayer, Mr. Ritchin y Mr. Nixon; y Thorson, «Capt. Zap: Investigation by Bernstein's Associates», Donald W. Curtis y William V. Dunkel, 5 diciembre 1945. Biblioteca de Artes Cinematográficas de la Universidad de California del Sur. Colección Charles Higham, «Trading with the Enemy», caja 1, carpeta 1.

---

28Erin E. Jacobsson, *A Life for Sound Money: Per Jacobsson*, Clarendon Press, Oxford, 1979, 163-164.

---

29Ibid., 165.

---

30Ibid., 178.

---

31Ibid., 178.

---

32Ibid., 153.

---

33Heinz Pol, «IG Farben's Peace Offer», *The Protestant*, junio-julio 1943, 41.

---

34Ibid.

---

35Jacobsson, 170.

---

36McKittrick a Auboin, 22 enero 1946. HUBL. Papeles de Thomas H. McKittrick. Serie 2, caja 8, carpeta 4, carrete 17.





PARTE II

EL BUNDESREICH

## Estados Unidos a Europa: uníos o ateneos a las consecuencias

«Nuestra idea de la unificación de Europa era que primero contribuiría a la unificación económica. Luego, esperábamos garantizar una unidad económico-militar y, finalmente, una unidad política.»<sup>1</sup>

AVERELL HARRIMAN, enviado especial de Estados Unidos  
para el Plan Marshall, para la reconstrucción  
de Europa después de la guerra

Thomas McKittrick abrió la puerta de su hotel y se encontró con quince papeles en el suelo. Era la primavera de 1947 y McKittrick, vicepresidente del Chase National Bank, pasaba por Londres. Los mensajes de la centralita indicaban que alguien de Washington trataba de ponerse en contacto con él urgentemente. McKittrick le pidió a la operadora que marcara el número y la llamada recibió respuesta poco después. Una voz dijo: «¿Eres tú, Tom? Aquí Averell Harriman. Vas a trabajar para mí durante seis meses. He hablado con Winthrop esta mañana y ha dicho que sí».<sup>2</sup>

«Winthrop» era Winthrop Aldrich, presidente del consejo del Chase National Bank. Aldrich, que dirigía el banco desde 1934, era uno de los financieros mejor relacionados de Estados Unidos. Su padre, Nestor Aldrich, había dado nombre al plan que finalmente tuvo como resultado la creación del sistema de la Reserva Federal. Winthrop Aldrich era un declarado defensor de la ayuda económica a Europa Occidental. McKittrick y él eran viejos amigos. En diciembre de 1945, cuando estaban en su apogeo los ataques políticos contra McKittrick y el BPI por haber aceptado el oro nazi, McKittrick le escribió a Aldrich, quejándose de «esa gente de Washington que tanto parece detestarnos». McKittrick explicaba: «Será necesario manejar la situación con habilidad». Y, sin duda, lo fue, por lo menos desde el punto de vista del BPI, que sobrevivió, y de su expresidente, que ahora trabajaba para Aldrich.<sup>3</sup> Harriman, el hombre que estaba al otro extremo de la línea, era también un destacado banquero y diplomático que había sido embajador de Estados Unidos en Londres y Moscú. Ahora era uno de los hombres más poderosos del mundo, a cargo del Plan

Marshall, el programa estadounidense de ayuda, dotado con 12 mil millones de dólares, para reconstruir la Europa de la posguerra. Harriman le preguntó a McKittrick si podía estar en París para empezar a trabajar el 2 de junio. McKittrick respondió que sí, con mucho gusto.

Hace dos mil años, el filósofo romano Cicerón observó: «El nervio de la guerra es un dinero infinito». Una versión puesta al día de esta sentencia diría que «el nervio de la guerra es el flujo transnacional de un dinero infinito», que encontrará su camino para soslayar cualquier obstáculo. Cuando los líderes de los Aliados se reunieron en Potsdam, en agosto de 1945, acordaron que la economía alemana se descentralizaría y se desharía el poder de los cárteles. Pero a los industriales nazis no les preocupaban esas amenazas: Thomas McKittrick, como demuestran los documentos del Plan Harvard de la OSS, ya les había asegurado que, incluso si se producía la descentralización, los Aliados seguirían garantizándoles sus beneficios.

Cuando Harriman convocó a McKittrick a París, hacía tiempo que, en Washington, se había decidido que las élites empresariales alemanas no serían castigadas. El Plan Morgenthau, que exigía que Alemania fuera despojada de todo su poderío industrial y convertida en un Estado pastoral, había quedado tan aguado por el general Lucius Clay, comandante de las fuerzas de ocupación de Estados Unidos, que ya carecía de sentido. (Clay se había instalado en Fráncfort en la antigua sede central de IG Farben, cuyos edificios habían escapado misteriosamente a los bombardeos de los Aliados.) La directiva 1779 del JSC, de Washington, aprobada en el verano de 1947, institucionalizaba este cambio de política. Se reconstruiría la industria alemana; sus acerías y forjas de acero serían, de nuevo, el motor de Europa.

¿Qué papel tendría el BPI en el renacimiento alemán? Después de 1945, el banco no tenía razón de existir. Había sido fundado para gestionar los pagos de las reparaciones alemanas y no se había hecho ningún pago desde principios de la década de 1930. El BPI afirmaba que era necesario como lugar de encuentro, donde los banqueros centrales se pudieran reunir para coordinar la política monetaria. Pero conforme las líneas aéreas comerciales ampliaban sus redes por todo el mundo, la suntuosa hospitalidad del BPI se podía reproducir fácilmente en un hotel o una sala de conferencias en Londres, París, Wall Street o cualquier otro lugar que los banqueros desearan. El BPI decía que era necesario para ayudar a coordinar la economía global de la posguerra. Las nuevas instituciones como el FMI y el Banco Mundial se habían fundado precisamente por esta razón. A diferencia del BPI, el FMI y el Banco Mundial no habían colaborado con los nazis.

Además, los banqueros de Basilea habían perdido su toque mágico. Por vez primera, en 1946, el BPI registró pérdidas. Los fundadores no podían ayudar. Montagu Norman, ahora setentón, se había retirado del Banco de Inglaterra. Le habían concedido el título de barón Norman de St. Clere, su legado perduraba y seguía siendo influyente, pero ya no podía mover los mercados con un par de frases. Tampoco Hjalmar Schacht podía proporcionar ayuda al banco que, en un tiempo, consideraba orgullosamente suyo. Schacht había sido detenido después del complot de julio de

1944 contra Hitler y enviado al campo de concentración de Dachau. Sobrevivió y fue liberado por el ejército de Estados Unidos. Luego fue detenido y juzgado en Núremberg, acusado de organizar Alemania para la guerra, que es precisamente lo que había hecho. Sin doblegarse por el peso del proceso, Schacht y sus abogados presentaron una enérgica defensa, ayudados por sus esporádicos ejemplos de oposición pública a los nazis durante los años treinta.

Con todo, al final, pese a lo manchada que estaba su reputación, la creación de Norman y Schacht demostraría ser tan duradera como ellos habían esperado. A lo largo de la guerra, los repetidos argumentos de los funcionarios del BPI diciendo que el banco debía seguir trabajando para poder tener un papel fundamental en la reconstrucción de la Europa de posguerra habían encontrado un público bien dispuesto, tanto entre los líderes de los Aliados como entre los del Eje. La inercia burocrática también ayudó al BPI. El sentimiento general, tanto en Washington como en Londres, era que el banco podría ser útil y era demasiado complicado desmantelarlo. El BPI estaba «construido para durar» decían en el Tesoro británico. Era a la vez una corporación suiza y una organización internacional protegida por su propio tratado. Gran Bretaña acababa de ganar una guerra y había otras prioridades para unos recursos escasos. Lord Catto, el nuevo gobernador del Banco de Inglaterra, también salió en defensa del BPI: el FMI era completamente nuevo y quién sabía lo eficaz que sería. En cambio, el BPI llevaba quince años de existencia y estaba dotado de un personal experto. La Europa posterior a la guerra, como la anterior, seguía necesitando un lugar para las reuniones paneuropeas de los banqueros centrales. Basilea seguía siendo el lugar de encuentro ideal.

Pero antes de que se pudiera enviar a Europa un centavo de la ayuda Marshall, el plan tenía que ser aprobado por el Congreso de Estados Unidos. Harriman formó un comité bipartidista con líderes políticos, obreros y empresariales para que el gobierno de Estados Unidos aprobara el plan y para convencer a la opinión pública de que enviar dólares de los impuestos al continente devastado por la guerra redundaba en su propio interés. Entre los miembros del comité estaban Owen Young, el artífice del último programa de reparaciones alemán, cuyo plan eponímico había creado el BPI y, por supuesto, Allen Dulles, que veía el Plan Marshall como un medio de asestar un golpe mortal a la propagación del comunismo en Europa Occidental. Apenas unos meses después de que acabara la guerra, Allen Dulles ya estaba exigiendo importaciones de comida y materias primas para reconstruir la industria alemana. Condenó el arresto y la reclusión de cien mil nazis. «Nos hemos metido en el negocio de los campos de concentración a gran escala», le dijo a la Foreign Policy Association (Asociación para la Política Exterior), en enero de 1946, como si los detenidos alemanes a los que los Aliados alimentaban, vestían y proporcionaban tratamiento médico estuvieran a punto de ser enviados a las cámaras de gas.<sup>4</sup>

En julio de 1947, poco después de que el general Marshall anunciara su plan, la Conferencia de Cooperación Económica Europea (CEEC, sus siglas en inglés) se reunió en París para decidir cómo

se pondría en práctica. El Departamento de Estado dejó claro a sus aliados europeos que la ayuda de Estados Unidos tendría un precio: la cooperación económica y financiera entre los países receptores con vistas a una unión europea en último término. El primer paso era sustituir los acuerdos comerciales y controles de cambio bilaterales por políticas multilaterales. Al año siguiente se institucionalizó la CEEC con el nombre de Organización Europea para la Cooperación Económica (OECE), que sigue existiendo hoy como Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE).

La OECE debía, en esencia, garantizar que el plan del Departamento de Estado para Europa y, en especial para Alemania, fuera puesto en práctica. Se le encomendó promover la cooperación política y económica entre sus miembros; desarrollar el comercio intraeuropeo, eliminando barreras y aranceles, y estudiar la viabilidad de las uniones aduaneras, el libre comercio y los pagos multilaterales.<sup>5</sup> El Plan Marshall era gestionado por una agencia nueva, la Administración para la Cooperación Europea (ECA, sus siglas en inglés), que era donde trabajaba Thomas McKittrick. McKittrick llegó a París para la primera reunión de la ECA el 2 de junio de 1947. Las condiciones no estaban al nivel del BPI, según recordaba. «La embajada de Estados Unidos nos dejó usar una sala y una secretaria. Pero en la sala no había alfombra y (sólo) el mínimo de muebles posible, y allí estábamos».<sup>6</sup> Había doce personas presentes, y Harriman instruyó a cada una respecto a sus responsabilidades. Las de McKittrick eran «comercio y pagos». La docena de funcionarios no tenían despacho ni organización ni personal de apoyo. Pero sí que tenían cinco mil millones de dólares en el banco, que tenían que distribuir rápidamente, y McKittrick ya no tenía que preocuparse de Henry Morgenthau ni de Harry Dexter White.

Morgenthau había renunciado al cargo de secretario del Tesoro en 1945 y ahora estaba retirado, en gran medida, de la vida pública. Se dedicaba a causas judías y a ayudar el nuevo Estado de Israel. White dejó el gobierno y se incorporó al FMI, del que fue el primer director ejecutivo estadounidense. Era idealista, además de realista. Veía el FMI como un medio para promover el crecimiento económico a través del comercio y la estabilidad financiera. Al igual que el BPI, creía en la cooperación financiera global como camino a la prosperidad, pero era de crucial importancia que fuera una cooperación coordinada por los gobiernos, en lugar de por unos tecnócratas y banqueros centrales no elegidos.

Después de 1945, White se vio sometido a continuos ataques en relación a su patriotismo, ataques que según ha descrito James M. Boughton, el historiador oficial del FMI, iban desde «lo cuestionable a lo estrambótico».<sup>7</sup> Su fallido intento de que la Unión Soviética formara parte del FMI en 1944 (cuando el país era aliado de Estados Unidos) y sus reuniones con funcionarios soviéticos fueron presentados como apoyo al comunismo. Lo mismo sucedió con su respaldo al Plan Morgenthau para desindustrializar Alemania. A su petición al gobierno nacionalista de China para que rindiera cuentas de cómo había gastado cientos de millones de dólares de ayuda estadounidense se le dio la vuelta diciendo que simpatizaba con las fuerzas comunistas de Mao Zedong. En agosto de 1948, White fue llamado a testificar ante el Comité de Actividades

Antiamericanas de la Cámara de Representantes para ser interrogado sobre sus relaciones con los soviéticos. Los historiadores continúan investigándolas. Hay pruebas de que White pasó información confidencial a Moscú. Unos cables diplomáticos soviéticos de los años cuarenta descifrados detallan las conversaciones sobre la política exterior estadounidense entre White y un funcionario soviético. Pero una biografía fidedigna de White, escrita por Bruce Craig dice que White era considerado «una persona de confianza» por Moscú, en lugar de un agente activo.<sup>8</sup> Sin duda, la influencia de White en la elaboración de la política y su acceso a la toma de decisiones gubernamental de alto nivel, lo convertían en una persona de gran interés para los soviéticos. Tanto si era un agente como un activo, pasaba información confidencial a una potencia extranjera hostil. Craig defiende que White, más que comunista, era un internacionalista rooseveltiano, que creía en la necesidad de cooperar con los soviéticos.<sup>9</sup> En cualquier caso, a finales de los años cuarenta, esas opiniones ya no eran aceptables en Washington.

White tenía problemas de corazón. Su comparecencia ante el comité le produjo una gran tensión nerviosa. Murió tres días después.

\* \* \*

Entretanto, el BPI se iba incorporando rápidamente a la nueva arquitectura financiera global. Aquel septiembre de 1947, los funcionarios del banco a cargo del protocolo y la hospitalidad funcionaban a toda marcha. El BPI se estaba preparando para los dos vips más importantes que había recibido desde el final de la guerra: John McCloy, presidente del nuevo Banco Mundial, y Eugene Black, su director ejecutivo. Había poco peligro de desacuerdo: McCloy era uno de los defensores más influyentes de la normalización con Alemania. Black había sido vicepresidente del Chase National, los nuevos amos de Thomas McKittrick. McCloy había saboteado deliberadamente el Plan Morgenthau y convencido al presidente Roosevelt para que no castigara a Alemania y favoreciera la reconstrucción de su industria. Como observa la web de la embajada de Estados Unidos en Alemania, «Contribuyó decisivamente a socavar el “Plan Morgenthau” propuesto para Alemania que habría reducido el país a un territorio de bosques y granjas».<sup>10</sup>

El Plan Marshall fue, sin ninguna duda, un triunfo para los financieros de Wall Street-Berlín anteriores a la guerra. McCloy, Black y Harriman tenían, todos, amplios intereses financieros en la Alemania nazi de antes de la guerra, como los tenía McKittrick. McCloy había sido socio de Cravath, un poderoso bufete de abogados de Nueva York, que representaba a General Aniline and Film, la filial en Estados Unidos de IG Farben.<sup>11</sup> Igual que su amigo Allen Dulles, en los años anteriores a la guerra, McCloy tenía su base en París, donde dirigía el despacho del bufete. Dejó Cravath en 1940, para ocupar el puesto de secretario adjunto para la Guerra. Esto impidió un posible y feo conflicto de intereses, porque entre los clientes del bufete estaba United States Alkali Export Association (Alkasso), que, durante la guerra, había privado deliberadamente a Estados

Unidos de productos químicos vitales.<sup>12</sup>

Alkasso estaba compuesta por los once productores de álcali más importantes de Estados Unidos y se encargaba de su comercio exterior. En 1936, Alkasso llegó a un acuerdo de cártel con Solvay & Cie, la compañía belga de productos químicos representada por John Foster Dulles, e Imperial Chemical Industries, un grupo industrial británico. El cártel continuó durante la guerra y, en 1942, el Departamento de Justicia inició una investigación de Alkasso, igual que había hecho con Standard Oil. Standard Oil había restringido la capacidad de Estados Unidos para producir caucho artificial. Alkasso impidió el comercio libre de ceniza de sosa, un ingrediente básico para fabricar materiales bélicos vitales como el vidrio, los tejidos y numerosos productos químicos.

En 1944, el Departamento de Justicia presentó una demanda civil contra Alkasso por infringir la Sherman Anti-Trust Act (Ley Sherman antimonopolio). Nombrados también como cómplices figuraban Solvay & Cie e IG Farben. Alkasso fue acusada de restringir las exportaciones y prohibir las importaciones, eliminar la competencia y fijar los precios. Cravath y Alkasso perdieron el caso. La sentencia, de sesenta páginas, dictada por el juez federal Samuel Kaufmann, era devastadora. Fallaba que Alkasso tenía un control casi completo de las importaciones y exportaciones de álcali. La empresa tenía, incluso, su propia red de inspectores en los muelles para examinar los materiales que salían de Estados Unidos. Recopiló una lista negra de todos los exportadores de la competencia y dio instrucciones a sus miembros para que no vendieran a los que aparecían en ella. Obligaba a sus clientes a dar garantías por escrito de que no venderían sus productos fuera de Estados Unidos. La sentencia dictada en 1949 observaba que el cártel había permanecido activo durante los años de la guerra.<sup>13</sup>

McCloy era un hombre despiadado, que se había hecho a sí mismo y que no era conocido por su humanitarismo. Antes al contrario, el presidente del Banco Mundial había sido decisivo en el internamiento de unos 120.000 residentes y ciudadanos estadounidenses de ascendencia japonesa, causando una enorme cantidad de sufrimiento humano; un amargo legado que sigue vivo hoy. Se puede decir que tenía sangre en las manos. McCloy usó su cargo y su influencia en Henry Stimson, el secretario de la Guerra, para bloquear repetidamente los intentos de las organizaciones judías para hacer que las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos bombardearan Auschwitz. Para 1944, habían llegado a las capitales de Occidente numerosos testimonios de fugitivos y testigos.<sup>14</sup> Era ampliamente conocido tanto por los gobiernos como por las organizaciones judías que el campo era una industria de la muerte. Los bombarderos aliados sobrevolaban regularmente el complejo y, de vez en cuando, bombardeaban la fábrica periférica de Buna de IG Farben, en Auschwitz III, y otros edificios. Habría sido comparativamente sencillo destruir los nudos ferroviarios clave y las cámaras de gas. En agosto de 1944, poco después de que 430.000 judíos húngaros fueran deportados a Auschwitz, donde a la mayoría los mataron con gas a su llegada, A. Leon Kubowitzki, del Congreso Judío Mundial, le escribió a McCloy pidiéndole que bombardearan Auschwitz. McCloy se negó. Respondió que una operación así exigiría desviar unos recursos que se estaban utilizando en otros

lugares y sería de una «eficacia dudosa», un argumento del que se hicieron ecolos funcionarios británicos. McCloy también hizo la macabra afirmación de que bombardear Auschwitz podría «provocar actos incluso más vengativos por parte de los alemanes», aunque es difícil imaginar qué podría ser más vengativo que el exterminio industrializado de miles de personas al día.<sup>15</sup>

Eugene Black, compañero de McCloy en el Banco Mundial, se había incorporado al Chase National en 1933, como vicepresidente. Fue promocionado a vicepresidente sénior a cargo de la cartera de inversiones del banco. Esto era importante; en aquellos momentos, Chase National era el mayor banco del mundo en cuanto a activos, razón por la cual era tan valorado por la Alemania nazi.

Los vínculos financieros de Averell Harriman con Alemania también se remontaban a décadas atrás. Poco después del final de la Primera Guerra Mundial había fundado su propio banco, W. A. Harriman, que realizaba amplios negocios en Alemania. Junto con Lee, Higginson —la antigua empresa de McKittrick— W. A. Harriman prestó 20 millones de dólares a la Compañía Eléctrica de la Ciudad de Berlín; la parte legal la proporcionó John Foster Dulles. Harriman era miembro del consejo de la Cámara Internacional de Comercio (CIC), igual que Thomas McKittrick. El presidente de la cámara, después de 1937, era Thomas Watson, el jefe de IBM que viajó a Berlín para recibir la Cruz del Mérito del Águila Alemana de manos de Hjalmar Schacht, y cuya máquina Hollerith fue utilizada por los nazis para acelerar la organización del Holocausto.

Harriman fue un temprano entusiasta de las finanzas transnacionales. Hacia mediados de los años veinte, asistió a una reunión de la CIC en París, en la que fue el único estadounidense de alguna importancia. Más tarde recordaba:

Recuerdo que, una noche, me reuní con los principales banqueros e industriales de los países más importantes. Recuerdo a los británicos, los alemanes y los franceses. No me acuerdo de quién más estaba allí. Era una cena reducida; una cena privada. Sin embargo, se tomaban la Cámara Internacional de Comercio más en serio que nosotros y había algunos hombres importantes presentes. Les pregunté por qué pensaban que Estados Unidos avanzaba ya que estábamos a mediados de los años veinte, recuerde, mientras Europa estaba estancada con un desempleo crónico. Dijeron que era porque teníamos un continente de libre mercado.<sup>16</sup>

Según documentos de Estados Unidos desclasificados, en algún momento de principios de los años veinte, Harriman viajó a Berlín y conoció a Fritz Thyssen, el poderoso industrial alemán. Thyssen se convirtió en uno de los partidarios más influyentes de Hitler y convenció a muchos de sus compañeros en los negocios para que respaldaran a los nazis, hasta que rompió con Hitler después de la Kristallnacht y huyó de Alemania. Thyssen le dijo a Harriman que quería fundar un banco en Nueva York para cuidar de sus intereses en Estados Unidos. En 1924, como era de esperar, W. A. Harriman creó un nuevo banco para Thyssen, llamado Union Banking Corporation



(UBC). UBC tenía siete directores, entre los que estaban E. Roland Harriman, su hermano y Prescott Bush, abuelo del presidente George H. W. Bush, y bisabuelo de George W. Bush. Pero el UBC no era un banco en el sentido normal de la palabra. Era una fachada para el Bank Voor Handel en Scheepvaart, con sede en Rotterdam, en los Países Bajos. Los investigadores de Estados Unidos creían que el banco era totalmente propiedad de la familia Thyssen, o estaba controlado por ella.

En 1931, W. A. Harriman se fusionó con Brown Brothers & Co., para formar Brown Brothers Harriman (BBH), con oficinas en el 59 de Wall Street, a unas puertas de distancia de Sullivan and Cromwell, que estaba en el número 48. El UBC tuvo un gran éxito. Los investigadores de Estados Unidos estaban convencidos de que entre 1931 y 1933 UBC compró oro por un valor de más de ocho millones de dólares, de los cuales cinco millones fueron enviados a otros países, probablemente a Alemania.<sup>17</sup> Ésta es la razón por la que, el 6 de noviembre de 1942, el US Alien Property Custodian (Custodio de Bienes Extranjeros) emitió la orden 248 y se incautó de las cuatro mil acciones de UBC y de sus activos.<sup>18</sup> Harriman, que estaba viajando por el mundo como enviado especial del presidente Roosevelt para reunirse con Churchill y Stalin, continuó su carrera diplomático sin ninguna traba. El mes después de la incautación de UBC, Joseph Riley, uno de los socios más íntimos y antiguos de Harriman, representó a Brown Brothers Harriman en la cena de McKittrick en el University Club de Nueva York.

Con credenciales como éstas, la visita de McCloy y Black al BPI sólo podía ser un éxito. El BPI, señalaron sus cargos, tenía mucho que ofrecer. Era la institución financiera global más antigua del mundo. Tenía una experiencia inigualable en los intercambios de divisas y oro y unos conocimientos y experiencia técnicos superiores. Sus informes anuales eran considerados unánimemente como la fuente más útil de información financiera y económica. El BPI aceptó albergar la misión europea del Banco Mundial y proporcionarle apoyo técnico. Poco después, cuando el Banco Mundial emitió su primer bono no denominado en dólares, el BPI negoció su venta a los bancos suizos y adquirió una parte importante para su propia cuenta.

Parecía algo natural que cuando la CEEC, la comisión encargada de los pagos del Plan Marshall, formó un subcomité para administrar los pagos multilaterales entre Francia, Italia, Luxemburgo, los Países Bajos y Bélgica, el BPI fuera el centro del nuevo sistema. Frederick Connolly, un veterano funcionario del BPI, que antes había trabajado en el Banco de Inglaterra con Montagu Norman, redactó un acuerdo sobre pagos multilaterales, que fue firmado en París, en noviembre de 1947. El BPI fue nombrado agente a cargo de ejecutar las transferencias. El banco fue la sede de una conferencia para los cinco signatarios y observadores de Suiza, Gran Bretaña y los departamentos del Tesoro y de Estado de Estados Unidos. Se aprobó una resolución alentando a los bancos centrales a usar el BPI para saldar sus pagos, en lugar de hacerlo directamente entre acreedor y deudor. También pedía que se informara al BPI de cualquier transacción directa.

A primera vista, el acuerdo de París sobre pagos multilaterales parece una minúscula nota a pie de página en la historia económica de la posguerra. Monetariamente, era casi irrelevante. A finales de 1947, sólo se habían liquidado 1,7 millones de los 762,1 millones de dólares pendientes de pago entre los cinco signatarios. Pero este acuerdo poco conocido fue, de hecho, muy importante. Se había establecido un precedente: las transacciones entre los bancos centrales pasarían ahora por Basilea, en lugar de hacerse entre tesoros nacionales. Sólo el BPI tenía el personal y los conocimientos, que se remontaban a su experiencia en la administración de los pagos de las reparaciones, en los años treinta, necesarios para gestionar un sistema eficaz para los pagos intraeuropeos. En la práctica, el BPI se había reafirmado como cámara de compensación internacional para los bancos centrales de Europa.

Envalentonados por el nuevo sistema de pagos, los tecnócratas y eurofederalistas estaban ahora en alza. Bélgica pidió una unión aduanera entre los países del Benelux y Francia e Italia. Italia mejoró la idea y propuso una unión aduanera entre todos los países que recibían la ayuda del Plan Marshall, como paso previo hacia la Unión Europea.

Las pérdidas de la posguerra en las finanzas del BPI fueron algo corto y temporal. En 1951, el BPI volvía de nuevo a pagar dividendos a sus accionistas. Sus observadores asistían a las reuniones del FMI y el Banco Mundial. El banco disfrutaba de una relación cordial con la Reserva Federal de Nueva York, gracias en parte al legado de Leon Fraser, antiguo presidente del BPI, que también había desempeñado el cargo de director de la Reserva de Nueva York. (Pese a su éxito profesional, Fraser padecía una aguda depresión. En abril de 1945, se disparó un tiro en la cabeza y murió de camino al hospital).

La moción de Bretton Woods pidiendo la disolución del BPI y la campaña contra el banco dirigida por Henry Morgenthau y Harry White fue la amenaza más grave para su existencia. Aunque, en los años inmediatamente posteriores a la guerra, todavía no se habían hecho públicos todos los detalles del papel del banco como canal de enlace entre los Aliados y el Eje, el BPI estaba profundamente manchado por su aceptación del oro nazi y su estrecha relación con el Reichsbank. Pero demostró ser más ágil y flexible que sus enemigos. Sus directores se apresuraron, hábilmente, a incorporar al BPI a la nueva estructura financiera global. El BPI no buscaba competir con el FMI ofreciendo préstamos a los países endeudados (aunque más adelante gestionaría créditos internacionales para las economías en dificultades). Tampoco trataba de competir con el Banco Mundial y financiar proyectos de desarrollo. Antes bien, seguía fiel a lo que mejor sabía hacer: ofrecer servicios discretos, coordinación financiera y un lugar de encuentro de confianza para los banqueros centrales, todo lo cual tenía una gran demanda en la Europa de posguerra.

Las excelentes conexiones con los responsables de la política estadounidense como Allen Dulles y John McCloy propiciaron una temprana comprensión del compromiso de Washington con una Europa nueva y unida. El impulso era ya imposible de detener, y disfrutaba de un amplio apoyo

político en todas las capitales europeas. Un proyecto así, entendían los directores del BPI, ofrecería nuevas e inmensas oportunidades para el banco en las próximas décadas. La nueva Europa necesitaría mecanismos de pago rápidos e internacionales, unos tipos de cambio más armonizados y, quizá, finalmente una nueva moneda única. No había nadie mejor situado que los tecnócratas del BPI para ofrecer estos servicios.

---

1Entrevista de historia oral con W. Averell Harriman, Washington, 1971. Biblioteca y Museo Harry S. Truman. Disponible en <http://www.trumanlibrary.org/oralhist/harriman.htm>.

---

2Entrevista a Thomas McKittrick, julio 1964. Colección de historia oral John Foster Dulles, Biblioteca de Manuscritos Seeley G. Midd, Universidad de Princeton, 45.

---

3McKittrick a Aldrich, 12 diciembre 1945. Papeles Thomas H. McKittrick. HUBL, Biblioteca Baker, serie 2, caja 8, carpeta 18, carrete 18.

---

4Allen Dulles, «The Future of Germany», *The Commercial & Financial Chronicle*, 163, 4458. Colección del autor, con su agradecimiento a Christopher Simpson.

---

5Consultado en <http://www.oecd.org/general/organisationforeuropeaneconomiccooperation.htm>.

---

6Entrevista a McKittrick, 45.

---

7James M. Boughton, «Harry Dexter White and the International Monetary Fund», revista *Finance and Development*, septiembre 1998.

---

8R. Bruce Craig, *Treasonable Doubt: The Harry Dexter White Spy Case*, University Press of Kansas, Lawrence, Kansas, 2004.

---

9James C. Van Hook, «Review of *Treasonable Doubt: The Harry Dexter White Spy Case* by R. Bruce Craig», *Studies in Intelligence*, 49, 1, abril 2007.

---

10Consultado en <http://usa.usembnassy.de/etexts/ga4-mccloy.htm>.

---

11Robert Taylor Swaine, «The Cravath Firm and its Predecessors 1819-1947», *The Lawbook Exchange Ltd.*, Nueva Jersey, 611.

---

12Ibid., 610-611.

---

13«Alkali Exporters Held Trade Cartel», *The New York Times*, 13 agosto 1949.

---

<sup>14</sup>Rudolph Vrba y Alfred Wexler, dos presos judíos, escaparon de Auschwitz en abril de 1944. Escribieron un informe detallado, de treinta y dos páginas, sobre las condiciones dentro del campo, las operaciones de las cámaras de gas y los preparativos para el exterminio de los judíos húngaros. El documento, conocido como «Protocolo de Auschwitz» fue enviado al Vaticano, al Comité Internacional de la Cruz Roja, a los gobiernos aliados y a los líderes judíos. Véase Martin Gilbert, *Auschwitz and the Allies*, Michael Joseph, 1981.

---

<sup>15</sup>David S. Wyman, *The Abandonment of the Jews*, Panteon, Nueva York, 1948, 296.

---

<sup>16</sup>Entrevista a Harriman, *ibid.*

---

<sup>17</sup>May a J. W. Pehle, funcionario del Tesoro, 18 agosto 1941; informe del examinador, 5 octubre 1942. NARA. Colección del autor.

---

<sup>18</sup>Registro Federal, orden de transferencia 248, 7 noviembre 1942, página 9097, colección del autor.

## Todo está perdonado

«Cuando estaba detenido en Dustbin, entre una serie de referencias a los grandes de las finanzas, señaló que el presidente del BPI, el Sr. McKittrick, de Estados Unidos, podría hablar favorablemente de él.»

Informe de la inteligencia británica sobre HERMANN SCHMITZ, consejero delegado de IG Farben, mientras estaba preso en el castillo de Kransberg, también conocido como «Dustbin» (cubo de basura), diciembre 1945<sup>1</sup>

Mientras Hermann Schmitz dejaba caer el nombre de Thomas McKittrick con la esperanza de que el presidente del BPI pudiera sacarlo de la cárcel, Rudolf Brinckmann también conspiraba para conservar sus beneficios del tiempo de la guerra. El banquero alemán, que no tardaría en acceder a un cargo de director del BPI, estaba atrapado en una agria disputa con los Warburg por la propiedad de Brinckmann, Wirtz y Co., de Hamburgo, el sucesor del banco M. M. Warburg, que había sido arianizado por los nazis.

Brinckmann se había incorporado a M. M. Warburg en 1920 y ocupaba el puesto de director administrativo. Hablaba seis idiomas y era considerado leal, fiable y digno de confianza. Los Warburg bromeaban diciendo que Brinckmann era su «ario particular», aunque en realidad tenía un aspecto mediterráneo, debido a su ascendencia griego-turca. M. M. Warburg era entonces uno de los bancos más influyentes del mundo, pieza central de una dinastía cuyo nombre era sinónimo de estabilidad y prudencia. La familia confiaba en Brinckmann de forma absoluta, de modo que, cuando los nazis tomaron el poder en 1933, le dieron plenos poderes notariales y sustituyó a los miembros de la familia Warburg en los consejos de administración de otras empresas. Cinco años después, cuando el banco fue arianizado, lo nombraron director, junto con Paul Wirtz, entendiendo que cuidaría de los intereses de los Warburg.

El historial bélico de Brinckmann era ambiguo. Contrató a fieles del partido nazi y purgó a los últimos empleados judíos que quedaban. El personal empezó a llevar la insignia del partido nazi. Brinckmann escribió cartas a antiguos clientes, señalando que ahora que el banco había sido

arianizado, no había ninguna razón para que no volvieran; la carta solía acabar con «¡Heil Hitler!».<sup>2</sup> Se desplazó a Essen para recuperar la cuenta de la familia de industriales Krupp, que estaban entre los partidarios más importantes de Hitler. Brinckmann cambió el nombre del banco por el suyo propio, y también negoció la liberación de catorce miembros y empleados de la familia Warburg de la ciudad de Ámsterdam, ocupada por los nazis, que finalmente llegaron a Estados Unidos.

Después de la guerra, numerosos banqueros alemanes, entre ellos Brinckmann, fueron puestos bajo arresto domiciliario. Pero los Warburg, agradecidos de que su banco siguiera existiendo, aunque fuera bajo otro nombre, lo ayudaron en todo lo que pudieron. Le suministraron comida. Se le levantó el arresto domiciliario. Le consiguieron un lugar en un tribunal de desnazificación; un puesto con una influencia inmensa. Al principio, Brinckmann ofreció devolver el banco a la familia, pero conforme se hacía público todo el horror del Holocausto, los Warburg declinaron la oferta, ambivalentes respecto a su regreso a Alemania.

Brinckmann no tardó en alegrarse de que rechazaran su oferta, porque el banco era rentable. Poco después, algunos de los Warburg, entre ellos Eric, decidieron establecerse en Alemania y pidieron que les fuera devuelto el banco. Brinckmann se negó. Igual que hicieron muchos propietarios alemanes de negocios anteriormente judíos, reescribió la historia. El cambio de nombre de 1938 no fue una arianización, afirmó. En realidad, salvó los restos de un banco hundido. Los Warburg debían estarle agradecidos y no al contrario. Le ofreció a la familia una participación del diez por ciento de la propiedad. La familia dijo que era inaceptable. De no ser por M. M. Warburg, Brinckmann, Wirtz y Co. no existiría. Se levantaba sobre las ruinas del imperio Warburg; incluso operaba desde el mismo edificio. Finalmente, las dos partes acordaron que la familia tendría un 25 por ciento, con una opción a cinco años del 50 por ciento.

Brinckmann se incorporó al consejo de administración del BPI en 1950, después de que los Warburg propusieran su nombre. Pero si creían que los viajes a Suiza, la famosa hospitalidad del BPI y la información confidencial conseguida en los almuerzos y cenas del banco ablandarían a Brinckmann, se vieron rápidamente decepcionados. Parecía que el BPI se le había subido a la cabeza y seguía siendo tan terco como siempre. Eric Warburg, destacado miembro de la dinastía bancaria judía, apodó al nuevo miembro del consejo «John Foster Brinckmann», por John Foster Dulles, el implacable abogado convertido en campeón de la Guerra Fría, que pronto sería nombrado secretario de Estado. Sigmund Warburg le escribió a Eric en 1950: «En estos últimos años, me parecía que Brinckmann era extraordinariamente arrogante y egoísta, pero durante mi última conversación con él, en Hamburgo, he descubierto que su arrogancia y su egoísmo han alcanzado, gradualmente, un punto tal que ya no se pueden soportar». <sup>3</sup> No parecía que el final de la disputa estuviera a la vista.

Pese al Plan Marshall, la Alemania de la posguerra estaba devastada, su población apenas conseguía lo mínimo para vivir. Una quinta parte de las viviendas habían sido destruidas, la producción de

alimentos era la mitad de los niveles de antes de la guerra y la producción industrial de 1947 era de un tercio de su nivel en 1938.<sup>4</sup> Los productos básicos estaban racionados y los salarios y precios, controlados. El mercado negro florecía y no había ningún banco central que funcionara como es debido. Oficialmente, el Reichsbank había dejado de existir. El reichsmark siguió adelante tambaleándose, pero todavía en activo, aunque la principal unidad de la moneda eran ahora los cigarrillos americanos.

En 1948, todo cambió. El Reichsbank fue suprimido por completo y sustituido por el Bank deutscher Länder (BdL). El marco alemán sustituyó al reichsmark. El BdL era una cámara de compensación para los bancos de los estados regionales de Alemania en la zona ocupada por Occidente, siguiendo en líneas generales el modelo de la Reserva Federal de Estados Unidos. A diferencia del Reichsbank, que había sido puesto bajo el control gubernamental, el BdL, que ahora representaría a Alemania en el BPI, en Basilea, tenía su independencia garantizada constitucionalmente.

A Hjalmar Schacht no le impresionaba el marco alemán. No estaba respaldado por el oro ni por las reservas de divisas. Era una moneda creada por decreto, impuesta por las autoridades occidentales. Schacht le dijo a Wilhelm Vocke, presidente del nuevo banco nacional alemán, que el marco alemán se hundiría en seis semanas. Pero Schacht se equivocaba. El marco alemán tenía respaldo, un respaldo incluso más poderoso que el oro o las divisas: la confianza pública y la planificación que los líderes nazis habían hecho para la posguerra.

Al mismo tiempo, Ludwig Erhard, director económico de las zonas de ocupación británica y norteamericana, levantó las restricciones y los controles de los precios. Los resultados fueron espectaculares. El empleo se disparó, la inflación cayó en picado, la economía prosperó. El marco alemán era estable y disfrutaba de la plena confianza pública. Las potencias occidentales y sus subordinados alemanes proclamaron los albores de una nueva era.

Pero el nuevo banco central, la moneda y la recuperación económica de Alemania tenían unas raíces profundas en el Tercer Reich. Como las compañías alemanas, en especial las empresas de armamento, había reinvertido sus enormes beneficios, pese a la campaña de bombardeos de los Aliados y al pago de las reparaciones, la masa de capital de Alemania —su equipamiento productivo, sus edificios, su infraestructura y otros activos— era, en realidad, mayor en 1948 que en 1936.<sup>5</sup>

Las líneas de continuidad financiera entre el Tercer Reich y la Alemania de posguerra llegaban hasta lo más alto. El primer presidente del BdL, Vocke, era un veterano del Reichsbank y aliado de Hjalmar Schacht. Había sido miembro del consejo del Reichsbank desde 1919 a 1939 y fue miembro suplente de Alemania en el consejo del BPI desde 1930 a 1938. Ahora volvería a Basilea para las reuniones de los gobernadores. Vocke siguió siendo leal a su antiguo jefe y testificó en el juicio contra Schacht en Núremberg. Hizo la discutible afirmación de que Schacht creía que la acumulación de armas de Alemania tenía como objeto apoyar una política de neutralidad armada y reducir el desempleo.<sup>6</sup> Sin embargo, Vocke no se había unido al partido nazi, a diferencia de

muchos de sus compañeros del BdL. En la Alemania de la posguerra, todas las instituciones del Estado —la policía, el poder judicial, el funcionariado, los maestros, los médicos y los servicios de inteligencia— contaban con exnazis para funcionar. Pero la continuidad entre los banqueros era asombrosa. Entre 1948 y 1980, el 39 por ciento de los cargos en los consejos ejecutivos y de gobierno tanto del BdL como de los bancos de los estados regionales, o del Bundesbank (sucesor del BdL) eran antiguos nazis.<sup>7</sup>

Algunos, como Fritz Paersch, habían sido figuras importantes en el imperio económico de Hitler. Paersch era el cerebro del saqueo y el expolio de Polonia. Como presidente del banco central en la Polonia ocupada por los alemanes, reorganizó la moneda. Sin su labor, la ocupación nazi no habría podido funcionar económicamente. Hans Frank, el gobernador general de Polonia que supervisó el asesinato, esclavización y deportación de millones de polacos y judíos polacos, era un gran admirador de Paersch. En Núremberg, Frank fue declarado culpable de crímenes de guerra y ejecutado. También Paersch debería haber sido sometido a juicio, pero, en cambio, vivió en libertad y solicitó un puesto de alto nivel en el BdL. Fue rechazado debido a su pasado durante la guerra, pero lo compensaron con un puesto de vicepresidente en el banco central del estado de Hesse, donde trabajó hasta 1957. A continuación encontró una nueva sinecura como liquidador oficial del Reichsbank, cuyos asuntos legales seguían dando trompicones.<sup>8</sup>

Al igual que Schacht durante los años treinta, Ludwig Erhard, director económico de las zonas de ocupación occidentales, era aclamado como hacedor de milagros. La verdad era más prosaica. Erhard, futuro canciller de Alemania Occidental, era una figura ambigua. Se había negado a entrar en ninguna organización del partido nazi y estaba relacionado con la resistencia alemana. Pero había aceptado fondos del Reichsgruppe Industrie, la organización de los industriales alemanes, que incluía a IG Farben y que apoyaba a Hitler. Le concedieron la cruz por servicios de guerra por su labor en la economía. Para 1943, el trabajo de Erhard había llamado la atención de los banqueros e industriales que comprendían que se había perdido la guerra. Formaron dos grupos para prepararse para el futuro y garantizar la continuidad de su poder económico en el mundo de la posguerra: el Comité de Asuntos Económicos Exteriores, compuesto por financieros e industriales, y el Grupo de Trabajo Reducido, formado sólo por industriales, entre ellos Hermann Schmitz, consejero delegado de IG Farben y director del BPI.<sup>9</sup> Erhard era la conexión entre los dos grupos.

Entre los miembros del Comité de Asuntos Económicos Exteriores estaba Hermann Abs, del Deutsche Bank, el banquero comercial más poderoso del Tercer Reich. El atildado y elegante Abs era un viejo amigo del BPI. Había sido enviado allí por Schacht durante los años treinta para intentar detener las exigencias de devolución de los préstamos con que Alemania se había financiado después de 1918.<sup>10</sup> En Basilea, Abs se reunía con frecuencia con un banquero británico llamado Charles Gunston, protegido de Montagu Norman. Gunston gestionaba la sección alemana del Banco de Inglaterra, lo cual hizo que fuera inmensamente importante durante la década de



1930. Gunston sentía tanto entusiasmo por la nueva Alemania que pasó las vacaciones del verano de 1934 en un campo de trabajo para miembros entusiastas del partido nazi.<sup>11</sup> También admiraba a Abs y más tarde lo describiría así: «Muy fino y educado. Siempre con un guante de seda cubriendo un puño de hierro». Abs no se unió al partido nazi, pero era tan esencial para el funcionamiento de la economía del Tercer Reich que no tenía por qué hacerlo. Como jefe del departamento exterior del Deutsche Bank durante la guerra, Abs fue la pieza clave del expolio del continente y dirigió la absorción de los bancos y compañías arianizados por todo el Tercer Reich. Durante los doce años del Tercer Reich, la riqueza del banco se cuadruplicó. Abs era consejero de docenas de empresas, incluyendo, naturalmente, IG Farben.<sup>12</sup>

En 1943, los industriales nazis le pidieron a Erhard que escribiera un documento sobre cómo se podría reconvertir la industria alemana para la producción en tiempos de paz. Erhard defendía un mercado libre y competitivo con una gradual eliminación de los controles estatales. Se reorientaría la industria alemana, lo más rápidamente posible, a producir bienes de consumo.<sup>13</sup> Erhard asumió un riesgo importante al dar su nombre a esas ideas: cualquier planificación para la posguerra que supusiera que Alemania podría perder la guerra era suficiente para enviar al autor a un campo de concentración.

Pero Erhard tenía protección en los niveles más altos del Estado nazi: Otto Ohlendorf, jefe de las SS, el servicio de seguridad interior. Las SS eran un negocio, además de una máquina de matar, el motor estatal para el robo, el saqueo y el expolio, desde el oro extraído de los dientes de las víctimas de los campos de concentración a los bancos, acerías, fábricas y plantas de productos químicos de los países ocupados por los nazis. Ohlendorf tenía una amplia experiencia de primera mano en los métodos de las SS. Entre 1941 y 1942 mandó el Einsatzgruppe D, el escuadrón de exterminio que actuó en el sur de Ucrania y que asesinó a noventa mil hombres, mujeres y niños. Ohlendorf, un hombre educado e inteligente, mostraba mucha preocupación por el bienestar psicológico de los pistoleros de su escuadrón. Ordenó que dispararan contra sus víctimas todos al mismo tiempo, para evitar cualquier sentimiento de responsabilidad personal.

Ohlendorf ocupaba también un puesto de alto nivel en el Ministerio de Economía, que supuestamente se centraba en el comercio exterior de la Alemania nazi. Para 1943, después de la victoria rusa en Stalingrado, Ohlendorf comprendió que el Tercer Reich acabaría perdiendo la guerra. Su auténtico trabajo era planificar de qué modo las SS conservarían su imperio financiero para que Alemania reafirmara su dominio económico sobre Europa después de la inevitable derrota. La prioridad en la posguerra era una rápida estabilización monetaria, para proteger la estabilidad económica y evitar la hiperinflación al estilo de Weimar. Alemania necesitaría una nueva moneda, que tendría que ser impuesta por las potencias de ocupación, así como una economía mixta de los sectores privado y estatal. Había una coincidencia obvia con las ideas de Erhard. Ohlendorf se enteró del trabajo de Erhard y convencieron a éste para que le enviara una copia de su trabajo.

Conforme los Aliados avanzaban sobre Alemania, los nazis aceleraron sus planes para la

posguerra. El 10 de agosto de 1944, un grupo de industriales de élite se reunió en el hotel Maison Rouge, de Estrasburgo; entre ellos estaban representantes de Krupp, Messerschmitt, Volkswagen y funcionarios de varios ministerios. También asistió un espía francés, cuyo informe llegó al cuartel general de las fuerzas de invasión aliadas, desde donde fue enviado al Departamento de Estado y al Tesoro. El relato de la reunión se conoce como Informe de la Casa Roja.

Los industriales nazis estaban de acuerdo en que Alemania había perdido la guerra, pero la lucha continuaría por nuevos caminos. El Cuarto Reich sería un imperio financiero, más que un imperio militar. Los industriales tenían que planificar una «campaña comercial para la posguerra». Debían establecer «contactos y alianzas» con firmas extranjeras, pero garantizando que esto se hiciera sin «atraer sospechas». Habría que tomar prestadas grandes sumas de países extranjeros. Igual que en el periodo anterior a la guerra, la conexión con Estados Unidos y los vínculos con firmas de productos químicos, como la American Chemical Foundation, eran esenciales para expandir los intereses alemanes. La compañía Zeiss, de lentes, la firma de cámaras Leica y la Hamburg-America Line habían sido «especialmente eficaces protegiendo los intereses alemanes en el exterior». Durante la reunión, las direcciones de esas empresas en Nueva York pasaron de mano en mano.

Un grupo más reducido asistió a una segunda y selecta reunión. Allí se instruyó a los industriales para que «se prepararan para financiar al partido nazi, que se vería obligado a pasar a la clandestinidad». Se había levantado la prohibición de exportar capital y el gobierno ayudaría a los industriales para que enviaran todo el dinero posible a países neutrales, a través de dos bancos suizos. El partido nazi reconocía que, después de la derrota, sus líderes más conocidos serían «condenados como criminales de guerra», concluía el informe de inteligencia. No obstante, el partido y los industriales estaban cooperando para colocar a las figuras más importantes en las fábricas alemanas, como expertos técnicos o en investigación.<sup>14</sup>

Los funcionarios del Tesoro de Estados Unidos vigilaban muy atentamente esta exportación masiva de capital alemán, una gran parte del cual iba a Sudamérica. Los fondos salían sin cesar de Alemania y de otros territorios controlados por los nazis, dijo Harry Dexter White en una reunión de funcionarios del Tesoro, en julio de 1944, durante la conferencia de Bretton Woods. Los líderes nazis se preparaban para huir del país o para que les confiscaran sus propiedades. «Compraron fincas, industrias y corporaciones, y hay pruebas de que las corporaciones alemanas están comprando participaciones en corporaciones sudamericanas con la esperanza de poder volver a establecerse allí después de la guerra».<sup>15</sup> La operación de encubrimiento era extremadamente compleja, dijo White. «Operan con sociedades pantalla de hasta tres niveles distintos, así que es bastante difícil seguirles la pista sin disponer de todos los datos». En la misma reunión, los funcionarios del Tesoro hablaron del BPI, comentando que de veintiún miembros del consejo y funcionarios de alto nivel, dieciséis eran «representantes de países que o bien son ahora nuestros enemigos o bien están ocupados», incluyendo a Walther Funk y Hermann Schmitz.<sup>16</sup>

En marzo de 1945, en el BPI, durante las últimas semanas de la guerra, Emil Puhl discutió con

McKittrick la estrategia de posguerra de los líderes nazis. La información que le pasó repetía la incluida en el Informe de la Casa Roja y en el informe de Harry Dexter White en Bretton Woods. La derrota militar era simplemente un contratiempo temporal. Los nazis eran fanáticos y nunca abandonarían sus ideales, explicó Puhl. Lo que harían sería pasar a la clandestinidad. McKittrick se apresuró a informar a Dulles de la conversación. Éste la envió a Londres, París y Washington, el 21 de marzo de 1945. Su telegrama observaba que Puhl «acababa de llegar» a Basilea:

Ha dicho que se había acabado la fiesta, pero que los nazis habían hecho cuidadosos planes para pasar a la clandestinidad, que cada figura esencial tenía designado un lugar, que el nazismo no acabaría con la derrota militar, ya que Hitler y sus fanáticos seguidores no cambiarían de filosofía, como tampoco cambiarían Sócrates o Mahoma, que estos hombres estaban tan convencidos de su causa como siempre y arrastraban a una gran cantidad de gente con ellos. Insistió en que el nazismo era como una religión, no meramente un régimen político.<sup>17</sup>

Después de la victoria aliada, Donald MacLaren, el agente de la inteligencia británica que había hecho caer a GAF, la filial de IG Farben en Estados Unidos, fue enviado a Berlín para investigar el conglomerado de productos químicos. MacLaren escribió un amplio dossier sobre IG Farben, su historia y su personal clave, y el papel fundamental que habían tenido para preparar y hacer la guerra. MacLaren describió detalladamente que los socios comerciales de IG Farben en Nueva York y Londres, como Standard Oil, habían entrado de buen grado en los acuerdos de cártel con el conglomerado químico, cediendo así el control a Alemania y ayudando a su rearme.

Así pues, ¿qué suerte debían correr los industriales nazis como Hermann Schmitz? Para MacLaren, la respuesta estaba clara. Schmitz había asesinado, esclavizado y saqueado, pero sentado ante su escritorio, en lugar de en el campo de batalla. Era un criminal de guerra en la misma medida que los líderes de las SS y debía recibir el mismo castigo. Pero no todos los representantes de los Aliados estaban de acuerdo. Cuando MacLaren les preguntó a sus superiores si los industriales debían ser incluidos con los líderes militares nazis como criminales de guerra, le contestaron: «El término “industriales” plantea una cuestión sobre la que no se ha trazado una línea clara».<sup>18</sup> No cabía duda de que Schmitz, como observó MacLaren, se creía protegido por su conexión con el BPI y con Thomas McKittrick.

Hubo un momento en que parecía que se iba a hacer justicia. En 1947, veinticuatro de los ejecutivos de IG Farben, incluido Schmitz, fueron juzgados en Núremberg. Doce fueron declarados culpables. Las condenas fueron irrisorias. Schmitz fue condenado a cuatro años. A George von Schnitzler, director comercial, que al parecer había utilizado al BPI para ponerse en contacto con los Aliados, lo condenaron a cinco años. Otto Ambros, alto ejecutivo de IG Auschwitz, a ocho años.

Ambros declaró que los prisioneros de IG Auschwitz fueron afortunados por «haberse ahorrado todo lo que sucedió» en el campo de concentración principal. Los administradores de IG también les habían ahorrado los viajes de casa al trabajo. Los obreros esclavos podían vivir in situ y no tenían que caminar catorce kilómetros cada día hasta el campo principal. «Cuando se construyó Monowitz, no se escatimó nada. Tenía calefacción y servicios higiénicos», explicó Ambros, aunque Rudy Kennedy, que trabajó como obrero esclavo para IG Farben cuando era adolescente, recordaba unas condiciones bastante diferentes. A los obreros esclavos les servían sopa para almorzar, una sopa con «un contenido calórico más alto» del que la mayoría de alemanes disfrutarían en los años inmediatamente posteriores a la guerra. «Creo que IG Farben y sus cargos no se merecen ningún reproche, sino el debido reconocimiento», escribió Ambros más tarde, un reconocimiento que no tardaron en recibir.<sup>19</sup>

IG Farben fue dividida en cuatro compañías sucesoras: BASF, Bayer, Hoechst y Cassella. El desmantelamiento no fue un castigo. Los accionistas les pidieron a las autoridades de ocupación que transfirieran los activos del conglomerado a las firmas sucesoras, y las autoridades aceptaron. BASF, Bayer y Hoescht se reconstituyeron de inmediato, con el mismo personal trabajando en las mismas oficinas y fábricas. Se creó una nueva sociedad de cartera para ocuparse de las secuelas y consecuencias legales del desmembramiento. Las firmas sucesoras dijeron que no tenían ninguna obligación por los pecados cometidos por IG Farben, ya que no existían legalmente durante la guerra. Fue una maniobra legal descarada que tuvo un éxito rotundo.

En 1949, John McCloy dejó el Banco Mundial y empezó a trabajar como Alto Comisionado de Estados Unidos para Alemania Occidental. McCloy, exsocio del bufete Cravath que representaba a GAF, la filial estadounidense de IG Farben, no olvidó a sus antiguos socios. Hermann Schmitz fue excarcelado en 1950, y para febrero de 1951, todos los ejecutivos de IG Farben estaban libres. McCloy también liberó a Alfred Krupp. El imperio industrial de Krupp había obligado a trabajar hasta morir a ochenta mil obreros esclavos, en una red de cincuenta y siete campos de trabajo vigilados por las SS. Krupp fue sentenciado a doce años de prisión, pero cumplió menos de tres.

Otto Ohlendorf, excomandante del Einsatzgruppe D y protector de Ludwig Erhard, fue una excepción. Lo colgaron. Pero McCloy ordenó que los médicos de los campos nazis que habían realizado experimentos con los presos, los jueces nazis que habían administrado la justicia de la Gestapo y los oficiales de las SS que habían organizado matanzas en masa fueran liberados o que se redujeran sus sentencias drásticamente.<sup>20</sup> Setenta y cuatro, de los ciento cuatro acusados condenados en Núremberg, vieron reducidas sus condenas de forma importante, y se conmutaron diez condenas a muerte.<sup>21</sup> A Heinz Hermann Schubert, adjunto de Ohlendorf, que había supervisado personalmente una ejecución masiva de setecientas personas en Simferopol, le conmutaron la condena a muerte y fue sentenciado a diez años de cárcel.

Los directores de IG Farben fueron recibidos con los brazos abiertos a su vuelta a la comunidad empresarial alemana. Hermann Schmitz se incorporó al consejo de vigilancia del Deutsche Bank. Otto Ambros, el que proporcionaba la sopa a los obreros esclavos, entró en el consejo de numerosas

empresas y se estableció como asesor económico. Entre sus clientes estaba Konrad Adenauer, el canciller federal. A Kurt von Schröder, el banquero y director del BPI, agente del ascenso de Hitler al poder, lo encontraron disfrazado de cabo de las SS en un campo de prisioneros de guerra en Francia. Fue juzgado por un tribunal alemán por crímenes contra la humanidad y sentenciado a tres meses de prisión. Walther Funk, el disoluto presidente del Reichsbank y director del BPI, fue declarado culpable de crímenes de guerra y condenado a cadena perpetua. El juicio estableció que Funk había trabajado con Himmler, el jefe de las SS, para asegurarse de que el oro y los objetos de valor de las víctimas de los campos fueran ingresados para las SS, en una cuenta especial del Reichsbank a nombre de «Max Heiliger». Funk fue liberado de la prisión de Spandau por motivos de salud en 1957 y murió tres años después. Emil Puhl, adjunto de Funk, director del BPI y amigo de Thomas McKittrick, también fue declarado culpable de crímenes de guerra. Sentenciado a cinco años, fue liberado en 1949.

Es irónico que, al parecer, los Warburg tuvieran un papel decisivo en la reconstrucción de la industria alemana, gracias a la amistad de la familia con McCloy. Freddie Warburg había convencido a McCloy para que ocupara el puesto de presidente del Banco Mundial. Los dos se conocían desde los años veinte, cuando McCloy trabajó como abogado para Kuhn, Loeb, una rama del imperio Warburg. Cuando Eric Warburg y McCloy cenaron juntos en agosto de 1949, Warburg le suplicó que detuviera la desmantelación y destrucción de las plantas industriales alemanas. Poco después, le daba una lista de diez empresas de acero, gas y caucho sintético, entre ellas la siderurgia Thyssen y la fábrica de gas Krupp, para que las salvara. Todas fueron respetadas.<sup>22</sup> De vez en cuando, McCloy adoptaba una postura moral: le dijo repetidamente a Alemania que devolviera las propiedades judías. Cuando lo informaron de que a los alemanes que habían servido en los consejos de desnazificación les hacían el vacío por traidores, ordenó que los gobiernos estatales les garantizaran empleos en la administración pública.

En cuanto a Schacht, encargado de organizar Alemania para la guerra, seguía contando con amigos poderosos en Londres y Washington. Green Hackworth, asesor legal del Departamento de Estado, trabajaba entre bastidores para ayudar al expresidentes del Reichsbank. Durante la guerra, Hackworth había saboteado los intentos de hacer públicos los crímenes de guerra nazis y llevar ante la justicia a quienes los habían perpetrado, con el argumento de que hacerlo pondría en peligro a los prisioneros de guerra estadounidenses.<sup>23</sup> Breckinridge Long, secretario de Estado adjunto, que en una ocasión alabó a Mussolini, apoyó a Hackworth. Long y sus ayudantes habían impedido que los refugiados judíos obtuvieran visados, ocultado noticias del Holocausto y desbaratado los intentos de documentar los crímenes de guerra nazis. En 1944, el personal de Henry Morgenthau escribió un trabajo detallado que documentaba el historial del Departamento de Guerra durante la guerra. Su título era: «Report to the Secretary on the Acquiescence of this Government in the Murder of Jews». (Informe para el secretario sobre la aquiescencia de este gobierno en el asesinato de judíos).<sup>24</sup>

Una vez más, la conexión con Dulles saltaba a primera plana. A finales de 1945, Schacht solicitó

que Hans Bernd Gisevius fuera llamado como testigo de la defensa para declarar en su favor. Gisevius, cónsul alemán en Zúrich durante la guerra, era también oficial de la Abwehr, la inteligencia militar alemana, miembro de la resistencia contra Hitler y uno de los agentes más importantes de Allen Dulles, conocido como fuente 512 de la OSS. Documentos de la inteligencia de Estados Unidos desclasificados demuestran que se esperaba que Gisevius testificara que Schacht había intentado derrocar a Hitler en 1938 y que hablara de sus difíciles relaciones con el partido nazi, de forma que pudiera presentarse como miembro de la resistencia.

Los documentos revelan el gran esfuerzo que hizo el Departamento de Estado para llevar a Gisevius, que vivía cerca de Ginebra, en Suiza, a Núremberg, a fin de ayudar a Schacht. Un telegrama de los diplomáticos estadounidenses en Berlín al Departamento de Estado, el 10 de diciembre de 1945, pide que se hagan «los preparativos necesarios para llevarlo a Núremberg, con un aviso de diez días de antelación, y que se informe debidamente al Tribunal a través de esta oficina».<sup>25</sup> Tres días después, Leland Harrison, embajador de Estados Unidos en Suiza, envió un cable a Washington diciendo que Gisevius estaba dispuesto a comparecer como testigo de la defensa de Schacht y podía partir para Núremberg en cualquier momento de enero, con un aviso de cuarenta y ocho horas de antelación. Harrison le pidió al Departamento de Estado que lo alertara cuando Gisevius llegara a Núremberg.<sup>26</sup> El gobierno de Estados Unidos actuaba, en la práctica, como ayudante del abogado defensor de Schacht, organizando el transporte y la logística de Gisevius y coordinando su aparición ante el Tribunal de Núremberg.

El equipo de Estados Unidos en Núremberg estaba dividido respecto a Schacht. Robert Jackson, fiscal jefe de Estados Unidos, quería procesarlo. Pero su adjunto, William Donovan, exjefe de la OSS, se oponía. Donovan argumentaba que Schacht había demostrado simpatía por los Aliados en los primeros años de la guerra. Y que había que tomar en consideración la economía de la Alemania de posguerra, siempre un factor fundamental en los cálculos políticos de Estados Unidos. Un interrogatorio sin contemplaciones de Schacht pondría en su contra a los importantes empresarios y financieros alemanes que estaban a favor de establecer buenas relaciones con Estados Unidos.<sup>27</sup> En Washington se sintieron consternados cuando el abogado de Schacht informó a la prensa de que, en 1939, Sam Woods, cónsul general de Estados Unidos en Zúrich, le había ofrecido un trato al presidente del Reichsbank: si dimitía del gobierno de Hitler, sería devuelto al poder después de la guerra. Considerando todo lo que ahora sabemos sobre los canales secretos de comunicación del banco entre Estados Unidos y los empresarios nazis, esto parece muy plausible. Woods fue, durante mucho tiempo, un enlace entre el gobierno de Estados Unidos y las potencias del Eje. Cuando el almirante Horthy, regente de Hungría durante la guerra, que había permitido que 430.000 de sus conciudadanos fueran deportados a Auschwitz, fue puesto en libertad en 1946, Woods lo invitó a su boda.<sup>28</sup>

Los esfuerzos del Departamento de Estado en beneficio de Schacht dieron resultado. Inicialmente, fue declarado culpable, pero luego fue absuelto, lo que desató la furia del juez

soviético. Hubo también sospechas de que Montagu Norman se las había arreglado, de alguna manera, para influir en el proceso a través de sir Geoffrey Lawrence, el juez británico. Parece que la obsesión británica por las clases sociales tuvo su papel. Francis Biddle, el juez estadounidense, registró en su diario que Lawrence había afirmado que Schacht era un «hombre de carácter», mientras que otros acusados eran «rufianes».<sup>29</sup> Norman se sintió enormemente aliviado cuando Schacht no fue colgado en Núremberg, como recordaba su hijastro, el escritor Peregrine Worsthorne: «No creía que Schacht fuera culpable de crímenes de guerra, pero evidentemente estar en buenas relaciones con cualquier nazi destacado te convertía, después de la guerra, en un paria. Él se había formado su opinión de Schacht antes de la guerra y de los horrores». (En años posteriores, Priscilla Norman negó, furiosa, que su esposo hubiera tratado de influir en el resultado del juicio a Schacht).<sup>30</sup>

Es muy interesante que, según Worsthorne, Norman y Schacht consiguieran mantenerse en contacto durante la guerra; si lo hicieron, el BPI habría sido su canal de comunicación natural. «Norman conservó esa extraña relación que tenía con Schacht, incluso durante la guerra. Tanto en la Primera como en la Segunda Guerra Mundial, el mundo capitalista no estaba en guerra. Los banqueros conservaron el sistema en el frigorífico. Estoy seguro de que no hubo absolutamente ningún informe de sus contactos y de que Norman se mantuvo en contacto con él sin que el gobierno lo supiera».<sup>31</sup>

Después de varios años más de esfuerzos legales con las autoridades alemanas, Schacht quedó finalmente libre de todo cargo. Inició una lucrativa segunda carrera como asesor de inversiones en países en vías de desarrollo y fundó su propio banco, Schacht & Co. Incluso visitó Israel, aunque sin querer, cuando su avión se detuvo brevemente en el aeropuerto de Lydda en 1951. Schacht y su segunda esposa, Mancí, querían permanecer a bordo, pero los llevaron a la cafetería del aeropuerto a desayunar. Los Schacht le dieron sus pasaportes a la policía israelí y fueron fotografiados por los reporteros. Su esposa estaba demasiado nerviosa para comer, así que Schacht se comió también su desayuno. Un camarero le preguntó en alemán si «Herr President» había disfrutado de su desayuno, usando el título honorífico de Schacht en el Reichsbank. El camarero le dijo que era de Fráncfort y que echaba de menos su ciudad. Los Schacht salieron de Israel sin problemas, aunque estalló el escándalo en la Knesset, el Parlamento israelí, cuando se conoció la noticia de que el banquero de Hitler había pasado por el Estado judío sin que lo detuvieran.<sup>32</sup>

---

<sup>1</sup>Mayor Donald MacLaren, «Brief for the De-Nazification of the German Chemical Industry», parte III, Dosieres de los principales directivos de IG Farben, Hermann Schmitz, 1 diciembre 1945. Colección del autor.

---

<sup>2</sup>Ron Chernow, *The Warburgs*, Vintage, Nueva York, 1994, 501-502.

---

<sup>3</sup>Ibid., 583.

---

4David R. Henderson, «German Economic Miracle: The Concise Encyclopedia of Economics», disponible en <http://www.econlib.org/library/Enc/GermanEconomicMiracle.html>.

---

5Entrevista telefónica del autor con Adam Tooze, autor de *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Penguin, Nueva York, 2009, mayo 2009.

---

6Citado en Weitz, 314.

---

7David Marsh, *The Bundesbank*, Heinemann, Londres, 1992, 19. (Editado en España con el título *El Bundesbank*, Celeste, Madrid, 1993.)

---

8Ibid., 137.

---

9Tom Bower, *Blind Eye to Murder: Britain, America and the Purging of Nazi Germany*, Andre Deutsch, Londres, 1981, 18. La información de Bower está basada en su entrevista con Hermann Abs.

---

10Ibid., 15.

---

11Ibid.

---

12Véase Harold James, *The Deutsche Bank and the Nazi Economic War Against the Jews*, Cambridge University Press, Londres, 1981.

---

13Alfred C. Mierzejewski, *Ludwig Erhard*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2006, 19-22.

---

14John Easton, División de Guerra Económica, al Secretario de Estado, Londres, 27 noviembre 1944. NARA. Colección del autor.

---

15Diarios de Henry Morgenthau, libro 755, Bretton Woods, 16-18 julio, 1944, páginas 9 y 21.

---

16Ibid.

---

17Cable de Dulles, 21 marzo 1945. NARA. RG226. Anotación 134, cajón 162.

---

18Donald MacLaren, Informe para la desnazificación de la industria química alemana, Introducción, 1 diciembre 1945. Colección del autor.

---

19Otto Ambrus, Wollheim Memorial. Disponible en [http://www.wollheim-memorial.de/en/otto\\_ambros\\_19011990](http://www.wollheim-memorial.de/en/otto_ambros_19011990).



---

[20](#)Kai Bird, *The Chairman: John J. McCloy and the Making of the American Establishment*, Simon and Schuster, Nueva York, 1992, 369-371.

---

[21](#)Jeffreys, 346.

---

[22](#)Chernow, *The Warburgs*, 576-577.

---

[23](#)Simpson, 146-147.

---

[24](#)Ibid., 136-137.

---

[25](#)Murphy al Secretario de Estado, 10 diciembre 1945, NARA. RG 59, lote 61, D33, cajón 1, archivo «War Crimes, International Military Tribunal folder A-1».

---

[26](#)Harrison al Secretario de Estado, 13 diciembre 1945, NARA. RG 59, lote 61, D33, cajón 1, archivo «War Crimes, International Military Tribunal folder A-1».

---

[27](#)Simpson, 228-229.

---

[28](#)Ibid., 235.

---

[29](#)Bower, *Blind Eye to Murder*, 347.

---

[30](#)Priscilla Norman, carta a *The Times*, 17 julio 1981.

---

[31](#)Entrevista a Peregrine Worsthorne de Rosie Whitehouse para el autor, marzo 2012.

---

[32](#)Weitz, 333-334.

## El fénix alemán renace de sus cenizas

«Creo que no parece posible ninguna solución permanente del problema alemán sin una unión europea efectiva.»<sup>1</sup>

JOHN MCCLOY, Alto Comisionado de Estados Unidos  
para Alemania, en Londres en 1950

Con Estados Unidos suministrando el dinero, a través del Plan Marshall, y el BPI proporcionando la experiencia técnica y financiera, el impulso hacia una Europa Unida era imparable. En octubre de 1949, Paul Hoffman, jefe de la ACE (Administración para la Cooperación Económica) que gestionaba el plan, pronunció un discurso definitivo en París. Hacía un llamamiento para que las economías en expansión de Europa Occidental se integraran económicamente, crearan un mercado libre que abarcara todo el continente y coordinaran «sus políticas nacionales, fiscales y monetarias».<sup>2</sup> Esto significaba que los gobiernos debían armonizar sus gastos y sus impuestos, así como los tipos de interés nacionales: en otras palabras, que avanzaran hacia unos Estados Unidos de Europa.

Per Jacobsson, el influyente asesor económico del BPI, estaba de acuerdo. Creía que las nuevas economías europeas debían basarse en el mercado libre. La era de la autarquía, los controles estatales y las restricciones de precios se había acabado. La combinación ideal era una economía con alrededor del 80 por ciento en el sector privado. La prioridad debía ser la reconstrucción financiera y la reedificación de los sistemas de comercio y pagos. La libertad política y económica garantizaría la prosperidad, y era preciso hacer que la provisión de asistencia social fuera compatible con la economía de mercado.<sup>3</sup>

Jacobsson favorecía igualmente una solución federal para la Europa de posguerra. Durante la guerra, se había reunido con frecuencia con Allen Dulles y algunos diplomáticos británicos para convencerlos de los méritos del supranacionalismo, aunque manteniendo el máximo de poder a nivel estatal. En 1946, hizo pública esta idea. Jacobsson pronunció una charla en el Gettysburg College, de Pensilvania, con el grandilocuente título de «La reeducación de Europa». El problema alemán sólo se podría solucionar como parte del problema europeo. La Europa de posguerra

florecería a través de la diversidad, pero se necesitaba una nueva lealtad que reemplazara a la mera fidelidad nacional.<sup>4</sup> Igual que en los años treinta, los tecnócratas estaban convencidos de saber lo que convenía, aunque sus ambiciones eran mucho más grandiosas: imposición de una nueva estructura política, económica y financiera, tanto si los pueblos de Europa la querían como si no.

La ayuda Marshall tenía un precio: remodelar las sociedades europeas según el modelo estadounidense de consumismo y consumo. El brazo propagandístico de Hoffman produjo panfletos, carteles, folletos, programas de radio, incluso espectáculos itinerantes de marionetas que ensalzaban el modo de vida estadounidense. El sueño americano —una casa en las afueras, un coche y numerosos electrodomésticos— se proyectaba como un beneficio casi garantizado de la libertad al estilo de Estados Unidos.<sup>5</sup> La clave era una mayor productividad, siguiendo las líneas de producción al estilo estadounidense, en un mercado libre transnacional.

Para que eso sucediera, y para que el dinero circulara libremente, había que construir nuevos mecanismos de pago internacional, con el BPI como eje. Esto había empezado en 1947, cuando Francia, Italia, Bélgica, los Países Bajos y Luxemburgo firmaron el acuerdo de París sobre pagos multilaterales, gestionado por el BPI. A esto le siguió, un año más tarde, el Acuerdo de Pagos y Compensaciones Intraeuropeos, firmado por dieciséis gobiernos europeos, los representantes de las zonas de ocupación francesa y británico-estadounidense de Alemania y el Territorio Libre de Trieste, de corta vida, que pronto se convirtió en parte de Italia. Estados Unidos quería que el proceso se acelerara. Washington presionó a los bancos centrales europeos para que construyeran un sistema de pagos multilateral y completo, recordaba Alexandre Lamfalussy, director general del BPI entre 1985 y 1993, exigiendo: «Por el amor de Dios, dejen de ser bilaterales y empiecen a ser multilaterales». Europa obedeció, movida en parte por la concesión de 350 millones de dólares de los fondos del Plan Marshall destinados a fundar la Unión Europea de Pagos (UEP). Establecida en 1950, de un solo golpe la Unión eliminó la maraña de regulaciones que gobernaba el comercio europeo. Todos los Estados miembros estuvieron de acuerdo en aceptar las monedas de los demás para los pagos de las exportaciones. El saldo bilateral se deducía de un fondo central, de forma que todas las deudas y créditos se debían o se recibían de la Unión. Firmaron dieciocho países: toda la Europa Occidental (excepto Escandinavia), Grecia, Islandia, Suiza, Gran Bretaña y Turquía. El BPI fue nombrado agente de la UEP. Gestionaba sus operaciones bancarias, llevaba sus cuentas y controlaba sus fondos.<sup>6</sup> La UEP «era la Unión Europea de Pagos», dijo Lamfalussy. (La UEP se aplicaba a los no residentes. Los controles de la moneda seguían vigentes para los residentes.)

En los primeros años cincuenta, Richard Hall trabajaba en el Banco de Inglaterra, ayudando a componer los resúmenes informáticos para el gobernador en sus visitas regulares al BPI. En 1955, Hall fue trasladado temporalmente al BPI para trabajar en las liquidaciones e informes mensuales de la UEP. No se hablaba para nada del historial del BPI durante la guerra, recordaba. «Uno de los mejores logros del BPI, del cual no tiene ningún mérito, fue sobrevivir a la guerra. Fue así gracias a Maurice Frere, el banquero belga que presionó con fuerza a favor del BPI en Washinton. Dijo que no había que librarse del BPI porque podría ser útil en algún momento. En Basilea, a nadie le

remordía la conciencia por lo que el banco hizo durante la guerra. En aquellos momentos, era lo más sensato. No era cuestión de tapar las cosas; en realidad no ocupaba un puesto destacado en la lista de prioridades de nadie. Trataban de seguir adelante con el asunto de reconstruir y restaurar las condiciones para que el comercio y los pagos pudieran tener lugar».<sup>7</sup>

El BPI siguió mostrándose ambiguo respecto a la UEP. Consideraba que los mecanismos de pago multilaterales eran lentos y rígidos.<sup>8</sup> El banco prefería el libre comercio y la convertibilidad de la moneda. Pero, políticamente, la UEP tenía un valor incalculable para el BPI. Gracias en gran parte a la Unión, el futuro del banco estaba asegurado. El BPI y el proyecto de integración europea estaban atados el uno al otro. El BPI era la única institución capaz de manejar los complicados procedimientos técnicos exigidos por la integración económica. En cada paso del camino hacia una Europa unida, allí estaría el BPI.

En 1951, Francia, Alemania Occidental, Italia y los Estados del Benelux firmaron el tratado de París, estableciendo la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA). La CECA creó un mercado común para el carbón y el acero. Esta entidad era, en realidad, un cambio profundamente importante. A partir de ese momento, el mercado del carbón y el acero estaba regulado por la autoridad de gobierno de la CECA, lo cual significaba que era una institución supranacional, con poderes reguladores sobre sus miembros. Para Jean Monnet, artífice y presidente de la CECA, la nueva institución transcendía la vieja idea del Estado-nación. Al fundarse la CECA, se creó un modelo que se seguiría durante décadas, y que todavía sigue vigente hoy. La eliminación de la soberanía nacional se presentó siempre como una medida económica o técnica, en lugar del proceso profundamente político que realmente era.

Monnet no tardó en adoptar la idea del gobierno de los tecnócratas. El económico y diplomático francés era un veterano de la época que había engendrado al BPI: los acuerdos posteriores a 1918. Nacido en 1888, en una familia de comerciantes de Cognac, Monnet trabajó durante un tiempo para la empresa familiar y pasó un periodo en la City de Londres. Durante la guerra, coordinó los envíos británicos y franceses para maximizar su eficiencia. En 1919, Monnet asistió a la Conferencia de Paz de París como ayudante del ministro de Comercio francés. La carnicería de la Primera Guerra Mundial había convertido a Monnet, igual que a muchos de su generación, en un internacionalista convencido. Ayudó a fundar la Sociedad de Naciones de la que fue nombrado secretario general adjunto. Pero la lenta y pesada toma de decisiones de la Sociedad y la necesidad de ayudar al negocio familiar, que pasaba por dificultades, empujaron a Monnet de vuelta al comercio.

Hoy se habla de Monnet, en términos reverenciales, como «padre de la Unión Europea». Sus ideas, que muchos en Europa consideran casi sagradas, han dado forma a nuestro mundo y parece que van a seguir haciéndolo durante generaciones. Su recuerdo perdura en edificios, becas, premios y títulos, incluyendo el Centro Jean Monnet para la Ley y la Justicia Económica Regionales e Internacionales, en la Facultad de Derecho de la Universidad de Nueva York. Las ideas de Monnet han generado una disciplina universitaria totalmente nueva: los estudios sobre integración europea.

Más de 785 universidades de 72 países ofrecen el Programa Jean Monnet, impartido por 1.650 profesores a 25.000 estudiantes al año.<sup>9</sup> Pero ¿cuáles fueron las influencias formativas del pensamiento de Monnet? La respuesta no está en París ni en Bruselas ni en la Europa devastada por la guerra, sino en Wall Street, donde trabajó durante los años veinte y treinta.

La historia oculta de Monnet nos retrotrae a algunos nombres conocidos y poderosos. Curiosamente —o quizá no, dado lo pequeño que era el mundo de los financieros mundiales a principios del siglo XX— Monnet estuvo relacionado con John Foster Dulles y Sullivan and Cromwell; con John McCloy, a la sazón socio del bufete Cravath, que representaba a General Aniline and Film, la filial de IG Farben en Estados Unidos; incluso con Ivar Kreuger, rey de las cerillas de seguridad y estafador sueco.

Monnet conoció a John Foster Dulles en la Conferencia de París de 1919, y los dos se hicieron amigos. Compartían una visión parecida elitista del mundo, un desdén por la rendición de cuentas democrática y el entusiasmo por ganar dinero. La amplia red de contactos de alto nivel de Dulles demostraría ser sumamente útil para Monnet en las siguientes décadas. Durante la década de 1920, Monnet dirigió Blair & Company, una firma financiera estadounidense. Blair & Co. estaba representada por el bufete Cravath, del que John McCloy era uno de los socios, y Monnet y McCloy se hicieron amigos. Blair & Co., como muchas firmas de inversiones de la época, era absolutamente corrupta y llevaba a cabo, como algo habitual, operaciones con información privilegiada. Durante el liderazgo de Monnet, tenía una lista de cincuenta y ocho clientes preferenciales que participaban en negocios rentables.<sup>10</sup> Monnet también trabajó con Dulles y varios bancos estadounidenses, entre ellos Chase, en la estabilización de la economía polaca, lo cual le proporcionó una temprana comprensión del poder de las finanzas transnacionales para el éxito o el fracaso de la economía de un país. Cuando Blair & Co. fue absorbida por el Bank of América, Monnet se trasladó a San Francisco para dirigir la nueva filial. Las acciones de la empresa cayeron en picado en la crisis de 1929, y Monnet regresó a Europa.<sup>11</sup>

Cuando Kreuger, el rey de las cerillas y estafador sueco, fue a la bancarrota, John Foster Dulles envió a Monnet a Estocolmo para que protegiera los intereses de los acreedores estadounidenses de Kreuger. En 1933, harto de Suecia, Monnet se trasladó a China para ayudar al gobierno a crear la Corporación China para el Desarrollo, con el fin de desarrollar las comunicaciones y la infraestructura. Después, volvió a Estados Unidos y se instaló en un amplio piso en la confluencia de la Quinta Avenida con la calle 92.<sup>12</sup> Luego John Foster Dulles propuso que Monnet —a quien describió como «uno de los hombres más brillantes que conozco» y «un íntimo amigo»<sup>13</sup>— montara un negocio con otro amigo íntimo suyo, un banquero llamado George Murnane.

De hecho, Monnet y Murnane se conocían desde la Primera Guerra Mundial, cuando el segundo trabajaba para la Cruz Roja Americana en Francia. Murnane era socio de Lee, Higginson, la firma de inversiones de Boston que había financiado a Kreuger y para cuya filial en Londres trabajó Thomas McKittrick. «Hace tiempo que creo que serían una combinación ideal», escribió

Dulles respecto a Monnet y Murnane. Los dos hombres acordaron montar una nueva firma internacional de finanzas, usando los servicios legales de Dulles. En aquellos momentos, Sullivan and Cromwell estaba ganando tanto dinero, especialmente con sus negocios en Alemania, que Dulles propuso que el bufete invirtiera en la nueva empresa de sus amigos, Monnet, Murnane & Company. Sullivan and Cromwell aportaron 25.000 dólares y Dulles invirtió otros 25.000 de su propio bolsillo.<sup>14</sup> Monnet se centró en los negocios en Francia y China, y Murnane se ocupó de Solvay & Cie, la empresa belga de productos químicos que era socia de IG Farben. Dulles era el abogado de la filial estadounidense de Solvay & Cie.

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, Monnet hizo buen uso de sus contactos y de su fe en la cooperación internacional. Lo enviaron a Londres para supervisar la producción de armas británica y francesa. Desde allí, fue a Estados Unidos, donde coordinó las compras de armas y aviones y alentó a los fabricantes estadounidenses a aumentar la producción. Monnet se encontraba con su «íntimo amigo» John Foster Dulles siempre que podía. Los dos compartían una visión común para la Europa de posguerra, que sería articulada por quienes tomaran las decisiones, desde Basilea a Berlín y Washington. No se podía volver al sistema de Estados-nación anterior a la guerra, escribió Dulles en 1940:

Debemos buscar la reorganización política de la Europa continental como mancomunidad federada. Debe haber, en gran medida, un autogobierno local según líneas étnicas. Esto se puede garantizar por medio de principios federales, que en este sentido son muy flexibles. Pero el restablecimiento de veinticinco Estados soberanos totalmente independientes en Europa sería una locura política.<sup>15</sup>

La soberanía nacional conducía inevitablemente a la guerra, argumentaba Dulles en 1942. «Lo cierto es que la unidad económica de Europa se ha visto frenada, principalmente, por un pequeño grupo de políticos que miran por su propio interés en cada nación... Porque muchos políticos quieren aferrarse a los símbolos de la soberanía, ¿debemos permitir que persistan unas condiciones que hacen que sea inevitable la recurrencia de la guerra y que ahora, al parecer, también entrañan, inevitablemente, que nos veamos arrastrados a esas guerras?»<sup>16</sup> Los argumentos de Dulles a favor de una Europa federal no estaban arraigados en un vago idealismo sobre una Europa que viviría en paz y seguridad por su propio bien, sino en un pragmático realismo: proteger los intereses geopolíticos y militares de Estados Unidos, levantando un baluarte contra los soviéticos, y conservar los vínculos entre las élites financieras transnacionales de antes de la guerra en Wall Street y Alemania. Una Europa unida era, sencillamente, el mejor medio para alcanzar esos fines.

Monnet volvió a París después de la guerra y empezó a elaborar planes para el proyecto supranacional que había preparado con John Foster Dulles. La CECA fue el primer paso hacia la

actual Unión Europea. El proyecto federal europeo, igual que el BPI, su agente financiero, actuó de forma furtiva. La razón declarada para su creación era armonizar la producción y las ventas de carbón y acero en la Europa de posguerra e introducir un nuevo espíritu de cooperación y armonía entre Alemania y sus vecinos que impidiera futuras guerras. La auténtica razón era asegurarse de que continuara el dominio del acero y los cárteles alemanes y el poder de hombres como Alfred Krupp, cuyo imperio industrial había obligado a trabajar hasta la muerte a ochenta mil obreros esclavos, y que estaba a punto de ser excarcelado por John McCloy, el íntimo amigo de Monnet.

Los magnates del carbón y el acero intimidaban incluso a Ludwig Erhard, artífice del milagro económico europeo, recordaba Jelle Zijlstra, político holandés, que ocupó brevemente el cargo de primer ministro, desde 1966 a 1967, antes de ser nombrado presidente y presidente del consejo del BPI, donde permaneció hasta 1981. Ocho años después de retirarse, cuando Europa se preparaba para la introducción de una moneda única, Zijlstra concedió una larga entrevista, donde habló libremente de la historia secreta del proyecto de unidad europea.<sup>17</sup> La CECA fue un «ejercicio político» y, fundamentalmente, «una imposibilidad», dijo Zijlstra. Los alemanes la veían, «sin ninguna duda» como una *dachorganisation* (“organización paraguas”) para sus cárteles del acero y el carbón.

Zijlstra fue el ministro holandés de Economía durante la mayor parte de los años cincuenta. Después de unos meses en el cargo fue a visitar a uno de los mayores operadores de carbón y acero de Holanda. Su anfitrión le advirtió de que los magnates del carbón y el acero alemanes tenían tanto poder que, prácticamente, eran un Estado dentro del Estado. Le aconsejó que no los disgustara. Dos meses más tarde, Zijlstra recibió una invitación para visitar el Ruhr, el corazón industrial de Alemania, a fin de conocer a los magnates. Le ofrecieron vino y cena y recibió la misma advertencia. Zijlstra, todavía en mitad de la treintena, no se acobardó. Agradeció a los magnates el tiempo que le habían dedicado y volvió a Holanda.

Veía a la CECA tal como era: un cártel para los productores alemanes del carbón y el acero que fijaba los precios en su favor, mientras eliminaba el poder de los Estados miembros para dirigir dos industrias estratégicas cruciales. No tardó en chocar con Ludwig Erhard. El compromiso del economista alemán con el libre comercio era menos ardiente cuando se trataba de los intereses propios de su país y de los magnates del carbón y el acero. Zijlstra se lo reprochó y le dijo: «No es fiel a sus propias creencias». Erhard no negó la acusación. Se encogió de hombros y respondió: «*Lieber Kollege, wir sind doch alle Sünder!*» (“Querido colega, todos somos pecadores”). «En aquel debate», recordaba Zijlstra, «los industriales del carbón y el acero, la gente del Ruhr, veía en la Comunidad la posibilidad de extender sus estructuras al sistema europeo. No eran librecambistas, y nunca lo han sido».

Como hemos visto, en 1944 McKittrick, presidente del BPI, cerraba acuerdos con los industriales alemanes, con el apoyo de la OSS y el Departamento de Estado, como se detalla en los documentos del Plan Harvard. La cooperación de los industriales en la posguerra, prometía McKittrick, protegería sus industrias, incluso garantizaría unos beneficios continuados. La CECA

encajaba perfectamente en ese marco.

Zijlstra conocía bien a Monnet. Según Zijlstra, el tecnócrata francés era un burócrata no elegido, pero seguía teniendo el poder de instruir a los gobiernos, incluyendo el de Alemania Occidental. Si surgía un problema, «Monnet iba a ver a los gobiernos y les decía qué tenían que hacer. Tenía una enorme autoridad sobre los gobiernos nacionales... visitaba de vez en cuando a los ministros de Asuntos Exteriores, incluso a los primeros ministros. Tenía mucho poder».<sup>18</sup> El poder de Monnet tenía múltiples raíces. Era inmensamente carismático y persuasivo y su intelecto era agudo y preciso. Pero, más aún, tenía detrás a John Foster Dulles, Allen Dulles, John McCloy y al gobierno de Estados Unidos.

Una gran parte de la clase dirigente de la política y la inteligencia de Estados Unidos creía, como Jean Monnet y también Winston Churchill, el primer ministro británico durante la guerra, que una Europa unificada nunca iría de nuevo a la guerra en la propia Europa. Alemania tenía que entrar en el proyecto de unificación, como baluarte de estabilidad y como contrapunto al creciente poder soviético al otro lado del Telón de Acero. Con la ayuda del Plan Marshall dependiendo del progreso que se hiciera hacia una Europa federal, Estados Unidos podía ejercer, y ejercía, una enorme influencia en las estructuras políticas del continente en la posguerra.

En mayo de 1948, se reunieron ochocientos delegados en La Haya, bajo la presidencia de sir Winston Churchill, para crear al Movimiento Europeo, con el objetivo último de una unión federal. El secretario general era Joseph Retinger, que había sido asesor del gobierno polaco en el exilio durante la guerra. Al mismo tiempo, Allen Dulles y William Donovan usaban sus contactos y conocimiento de la OSS para crear el Comité Americano para una Europa Unida (ACUE, por sus siglas en inglés). El papel del ACUE era canalizar fondos hasta los federalistas europeos y usar las nuevas técnicas de guerra psicológica, como el Plan Harvard, que habían sido puestas a punto durante la guerra, para presionar a favor de una Europa unida.

Donovan fue nombrado presidente del consejo del ACUE y Allen Dulles su segundo. Walter Bedell Smith, director de la CIA, sucesora de la OSS, también estaba en el consejo. Entre 1949 y 1960, el ACUE inyectó más de tres millones de dólares en el Movimiento Europeo, que siempre era como mínimo la mitad de su presupuesto y, a menudo, más. Como observa el profesor Richard Aldrich, un inteligente historiador, «entre los oficiales y directores del Movimiento Europeo había, como mínimo, cuatro agentes de la CIA. Donovan presionaba con fuerza para que se creara la CECA. Recababa peticiones de políticos estadounidenses y europeos y las daba a conocer a la prensa y encaminaba una corriente de propaganda federalista hasta los miembros del Congreso».<sup>19</sup> El mensaje de Washington era constante: Europa debe unirse. En abril de 1950, John McCloy pronunció un discurso, ampliamente citado, en Londres, diciendo que el problema alemán sólo se podía solucionar mediante una combinación de factores económicos y políticos, repitiendo los argumentos de Per Jacobsson, en 1946. «La realidad es que no podemos solucionar el problema alemán sin encajarlo en el contexto más amplio de una Europa unida... Estos factores económicos llevan directamente a lo político. Asegurar un flujo comercial más libre y el desarrollo de los



mercados europeos exigirá una maquinaria política eficaz». McCloy concluía: «Creo que no parece posible ninguna solución permanente del problema alemán sin una unión europea efectiva».<sup>20</sup>

Desde París a Washington, los comités y movimientos de la posguerra que presionaban a favor del federalismo europeo se presentaban como nuevos e innovadores, ofreciendo un planteamiento fresco para una nueva era. Pero estaban profundamente arraigados en las viejas maneras de hacer negocios; hombres poderosos que se reunían en almuerzos o cenas para remoldear el mundo tal como a ellos les estimaran conveniente. Durante la guerra, Allen Dulles se había reunido con Thomas McKittrick y Per Jacobsson para planear el orden económico de la Europa de posguerra. Jean Monnet había puesto a punto sus ideas sobre la unidad europea con John Foster Dulles. Per Jacobsson había viajado a Berlín a fin de transmitirle los planes estadounidenses para la economía de la posguerra a Emil Puhl, director del BPI, criminal de guerra y vicepresidente del Reichsbank. Ninguna de estas conversaciones se hizo pública, aunque los planes urdidos allí moldearían el mundo moderno. La involucración de Estados Unidos en el proyecto europeo continuó la tradición de secretismo y acción encubierta hasta bien entrados los años sesenta. Un documento del Departamento de Estado, fechado el 11 de junio de 1965, enviado a Robert Marjolin, presidente francés de la Comunidad Económica Europea, le recomienda que busque la unión monetaria, sin someterla a un debate público. El documento le aconseja que suprima ese debate hasta que «la adopción de tales propuestas sea prácticamente inevitable».<sup>21</sup>

Naturalmente, la nueva CECA transnacional necesitaba un banco transnacional. En 1954, la organización negociaba con Estados Unidos un préstamo de cien millones de dólares. El dinero iba a invertirse en proyectos del carbón y el acero. El gobierno de Estados Unidos había presionado con fuerza para que se creara la CECA, pero se resistía a prestar una suma tan importante. La CECA era una organización nueva. ¿Quién sabía si existiría siquiera dentro de unos años? El BPI acudió al rescate. El banco actuaría como intermediario entre la CECA y Estados Unidos, y administraría el préstamo. Si la CECA no existía cuando hubiera que devolver los cien millones, el BPI recogería el dinero y se lo devolvería a Estados Unidos. La participación del BPI tranquilizó al Tesoro. Se concedió el préstamo. Con el visto bueno del BPI, ahora la CECA ya podía obtener crédito en el mercado internacional.

Al año siguiente, el BPI celebraba su veinticinco aniversario. La hábil y rápida entrada del banco en el sistema financiero global de la posguerra estaba demostrando ser sumamente rentable. Entre 1950 y 1959 los activos y pasivos del banco aumentaron 4,7 veces, mientras que los depósitos de oro, procedentes sobre todo de los bancos centrales, se incrementaban 14 veces y los depósitos de moneda se cuadruplicaban. El banco era tan discreto como siempre. Comparado con las complicaciones de los años de la guerra, era mucho más sencillo moverse por la nueva época de paz. En 1955, el Bank deutscher Länder estaba preparado para prestar cien millones al Banco de Francia, pero les preocupaban las críticas internas en un año de elecciones. El BPI ofreció guardar el

dinero en depósito para el BdL, al tiempo que, se entendía aunque no se decía en el contrato, adelantaba la misma suma a Francia. Que Francia, vencedora en la guerra tuviera que pedirle prestada una suma tan importante a Alemania, un país derrotado, atestiguaba la eficacia del Plan Marshall.

De nuevo seguro de su futuro, el BPI empezó a emitir severas prescripciones a los gobiernos del mundo. Jacobsson seguía despotricando contra la maldición de los aumentos de precios. «La mentalidad inflacionista debe ser extirpada», exigía el informe anual de 1956.<sup>22</sup> El BPI también criticaba el coste de los importantes trabajos de obras públicas puestos en marcha por los gobiernos europeos en la posguerra para aumentar los niveles de vida, de la vivienda y de los servicios públicos. «Respecto a todas estas actividades, los gobiernos deberían, en primer lugar, abstenerse de usar métodos de financiación inflacionistas», advertía Jacobsson en el informe anual de 1956. «Pero, por lo general, esto no es suficiente; si la economía privada tiene que desarrollar y mantener un alto nivel de inversiones con propósitos productivos —como, sin duda, sería ventajoso para una serie de países— otras peticiones de recursos deben mantenerse dentro de unos límites razonables y, en muchos casos, esto significa que el gasto público debe restringirse».<sup>23</sup> Una institución financiera hermética, no elegida y que no rendía cuentas a nadie emitía recetas políticas para los gobiernos democráticos.

Éste fue el último informe de Jacobsson. Dejó el BPI en 1956, para dirigir el FMI. A muchos de sus colegas les sorprendió su decisión. Estaba claro que la dinámica política iba hacia una integración europea cada vez más financiera y política, todo lo cual necesitaría del BPI. Y el proyecto funcionaba. Europa permanecía estable y en paz. El comercio y la producción industrial batían récords. El futuro del BPI estaba asegurado. La Unión Europea de Pagos, gestionada por el BPI, tenía tanto éxito que, para 1959, las monedas de Europa Occidental eran libremente convertibles, entre ellas y respecto al dólar.

El FMI era nuevo y todavía estaba definiendo su papel. Sir Otto Niemeyer, el veterano banquero británico y expresidente del consejo del BPI, le dijo a Jacobsson que el FMI no tenía futuro y que iba a malgastar el tiempo allí. Pero Jacobsson pensaba que después de veinticinco años en el BPI era el momento de pasar a otra cosa.

Jacobsson no fue el único banquero internacional que cambió de aires. En 1956, Eric Warburg se incorporó a Brinckmann, Wirtz & Company, como socio. Rudolf Brinckmann, propietario del banco y director del BPI, le dijo de forma muy descortés que debería estar agradecido a que le permitieran volver al banco sucesor de la Casa Warburg. La disputa entre los Warburg y su antiguo empleado seguía tan enconada como siempre. Brinckmann seguía negándose a devolverle el nombre de Warburg al banco, o incluso a incluir el nombre de la familia en la denominación social del banco, ya que eso significaría la pérdida del negocio árabe.

Emil Puhl, exvicepresidente del Reichsbank y miembro del consejo del BPI, también tenía

planes de viaje. En 1954, solicitó un visado para Estados Unidos, pese a haber sido declarado culpable de crímenes de guerra, lo cual, en circunstancias normales, lo descalificaría para esa petición. Pero parecía que había reglas especiales para los banqueros internacionales bien valorados, aunque fueran financieros nazis. Puhl dio como referencia el Chase National Bank, la empresa de su viejo amigo McKittrick. Durante el juicio a Walther Funk, el exjefe de Puhl, Thomas Dodd, fiscal estadounidense para crímenes de guerra, le dijo al tribunal que, en una ocasión, Chase National le había ofrecido a Puhl un puesto en Nueva York.<sup>24</sup> Quizás el banco quisiera volver a hacerle esa oferta. El cónsul general de Estados Unidos en Berlín escribió, respecto a la solicitud de Puhl: «Se debe observar que, en el curso de su examen, el Consulado General no ha encontrado otros motivos para impedir que el Sr. Puhl reciba un visado de no inmigrante. El Sr. Puhl es uno de los banqueros más destacados de Alemania y desea ir a Estados Unidos, invitado por varios banqueros estadounidenses muy conocidos, para participar en conversaciones de cierta importancia». <sup>25</sup> No se conoce públicamente si Puhl viajó a Estados Unidos ni, si lo hizo, con quién se reunió.

Donald MacLaren, el espía británico que hizo caer el operativo de IG Farben en Estados Unidos y que investigó el imperio de posguerra de la empresa, volvió a Berlín, a la vida civil. El análisis que hizo de IG Farben sigue siendo tan incisivo como siempre. «Se ha dicho que era un Estado dentro del Estado; al final, casi se convirtió en el propio Estado». <sup>26</sup> La derrota de Hitler fue sólo un contratiempo temporal, advirtió MacLaren. Sus conclusiones se hacían eco del Informe de la Casa Roja sobre los planes de posguerra de los industriales nazis y de las conversaciones de Puhl con McKittrick: «No es probable que los hombres que, en el pasado, construyeron una estructura tan minuciosa y pensaron tan meticulosamente en todas las contingencias desaparezcan de escena sin dejar a un grupo de hombres más jóvenes que esperarán el día en que volvamos la espalda y nuestro interés mengüe para lanzarse una vez más a intentar el dominio económico del mundo». <sup>27</sup>

MacLaren estaba en lo cierto. El hombre clave era ciertamente más joven, había nacido diecinueve años después de Hermann Schmitz. Era un veterano del BPI, que trabajó en Basilea en los primeros años treinta, y que sería recibido con gran efusión en el consejo del banco.

---

<sup>1</sup>Discurso de John McCloy, «Germany in a United Europe», *Information Bulletin*, mayo 1950. Disponible en <http://digicoll.library.wisc.edu/cgi-bin/History/History-idx?type=turn&entity=History.omg1950May.p0041&id=History.omg1950May&size=text>.

---

<sup>2</sup>Discurso de Paul Hoffman ante el Consejo de la OCEE, 31 octubre 1949. Disponible en [www.let.leidenuniv.nl/pdf/geschiedenis/eu/history/EU\\_03.doc](http://www.let.leidenuniv.nl/pdf/geschiedenis/eu/history/EU_03.doc).

---

<sup>3</sup>Jacobsson, 401.

---

4Ibid., 157.

---

5David W. Ellwood, «The Propaganda of the Marshall Plan in Italy in a Cold War Context», en Giles Scott-Smith y Hans Krabbendam, eds., *The Cultural Cold War in Western Europe, 1945-1960*, Frank Cass Publishing, Independence, Kentucky, 2004, 225.

---

6John Singleton, *Central Banking in the Twentieth Century*, Cambridge University Press, Nueva York, 156-157.

---

7Richard Hall, entrevista con el autor, diciembre 2012.

---

8Toniolo, 333.

---

9Véase el sitio web de la Comisión Europea en [http://eacea.ec.europa.eu/llp/funding/2012/call\\_jean\\_monnet\\_action\\_kal\\_2012\\_en.php](http://eacea.ec.europa.eu/llp/funding/2012/call_jean_monnet_action_kal_2012_en.php).

---

10Bird, 72.

---

11Trygve Ugland, *Jean Monnet and Canada: Early Travels and the Idea of European Unity*, Univ.of Toronto Press, Toronto, 2011.

---

12Entrevista con Albert Connolly. Instituto Universitario Europeo, Int 549, Colección Jean Monnet, Statesman of Interdependence. Disponible en <http://www.eui.eu/HAEU/Oral/History/bin/CreaInt.asp?rc=INT549>.

---

13Preussen, 119.

---

14Lisagor y Lipsius, 111.

---

15Preussen, 309.

---

16Ibid., 310-311.

---

17Entrevista con Jelle Zijlstra. Instituto Universitario Europeo, Int 534, Colección Jean Monnet, Statesman of Interdependence. <http://www.eui.eu/HAEU/Oral/History/bin/CreaInt.asp?rc=INT534>.

---

18Entrevista con Zijlstra, ibid.

---

19Richard J. Aldrich, «OSS, CIA and European Unity: The American Committee on United Europe, 1948-1960», *Diplomacy and Statecraft*, 8, 1, 1997, 208.

---

20 Discurso de McCloy, «Germany in a United Europe».

---

21 Ambrose Evans-Pritchard, «Euro-Federalists Financed by US Spy Chiefs», *The Daily Telegraph*, 19 septiembre 2000.

---

22 Informe Anual del BPI, 1956, 229.

---

23 Ibid.

---

24 Juicio a Walther Funk, 6 mayo 1946. Disponible en <http://avalon.law.yale.edu/imt/05-06-46.asp>.

---

25 *Banking with Hitler*, de la serie Timewatch de la BBC, producida por Paul Elston, 1998.

---

26 Donald MacLaren, Informe para la desnazificación de la industria química alemana, Introducción, 1 diciembre 1945. Colección del autor.

---

27 Ibid.

## El auge de los asesinos de escritorio

«Qué bendición que tengamos un Blessing.»<sup>1</sup>

Opinión estadounidense sobre

KARL BLESSING, nombrado primer presidente del Bundesbank,

en 1958<sup>2</sup>

Después de quince años en la Reserva Federal de Nueva York, Charles Coombs no se asombraba fácilmente. Pero hasta él se impresionó ante la potencia financiera presente en la reunión de gobernadores del BPI en diciembre de 1960. Reunidos en una misma estancia, tomando café en un antiguo hotel anónimo, cerca de la estación del ferrocarril de Basilea, estaban los gobernadores de los bancos de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Suecia, Bélgica y los Países Bajos. Pero, pese a su apariencia fina y cortés, y a la espontaneidad con que se trataban entre ellos, los gobernadores estaban preocupados, como también lo estaba el propio Coombs.

Los haberes en dólares combinados de sus bancos totalizaban 6.000 millones de dólares. Según el sistema de Bretton Woods, el tipo de cambio dólar-oro estaba fijado en 35 dólares la onza. Mientras el mercado del oro en Londres se mantuviera alrededor de ese precio, el valor de sus reservas en dólares era estable. Pero aquel mismo año el precio del oro saltó a 40 dólares la onza. El dólar era víctima de su propio éxito. Había demasiados dólares en circulación o guardados por los bancos nacionales como parte de sus reservas para poder cambiarlos por oro a 35 dólares la onza. Así pues, el valor del oro respecto el dólar estaba disminuyendo. Los banqueros centrales podían vender sus reservas, pero una medida así sin duda haría que el dólar se desplomara y alimentaría la inestabilidad global.

Coombs recordaba en sus memorias que los banqueros querían preguntarle por los planes financieros del nuevo gobierno Kennedy, que tomaría posesión en enero de 1961.<sup>3</sup> El libro de Coombs ofrece una visión fascinante y poco habitual de los acuerdos secretos alcanzados en las reuniones de gobernadores en Basilea. Los banqueros «eran unos hombres muy preocupados aquel

día, estaban auténticamente angustiados por el inminente choque entre el deber que habían jurado de proteger el valor de las reservas internacionales de sus países y el miedo a precipitar una crisis del dólar al cambiar dólares por oro». <sup>4</sup> Mucho dependía de las respuestas de Coombs. Si podía tranquilizar a los otros banqueros, el dólar conservaría su confianza. Si no, se podía disparar una crisis financiera mundial.

Los banqueros se tranquilizaron. El nuevo gobierno de Estados Unidos mantendría con firmeza la paridad del oro en 35 dólares la onza y se esforzaría por reducir el déficit de la balanza de pagos, prometió Coombs. Los gobernadores se alegraron de sus garantías y le pidieron que, a partir de aquel momento, él o un representante de la Reserva Federal asistieran a todas las reuniones de Basilea, aunque sólo fuera como observadores. Treinta años después de la fundación del BPI, Estados Unidos seguía, oficialmente, guardando las distancias. Tres de los presidentes del BPI habían sido estadounidenses —Gates McGarragh, Leon Fraser y Thomas McKittrick— pero la Reserva Federal seguía sin aceptar las acciones que le habían asignado en el momento de la fundación del banco. Coombs se sintió honrado de que lo invitaran a la cena del domingo, «el santasantórum del cual quedaban normalmente excluidos todos los funcionarios de menor rango».

Coombs asistió regularmente a las reuniones de los gobernadores desde 1960 hasta que se retiró en 1975. Le encantaba el tiempo que pasaba en el BPI. Por lo general, salía de Nueva York el jueves por la tarde, después de reunirse con los directores de la Reserva Federal de Nueva York, e iba directamente al aeropuerto de Idlewild, para volar a Zúrich, donde llegaba el viernes. Desde allí se desplazaba a Basilea y a su habitación habitual en el Schweizerhof, cerca del BPI. Era agotador pero apasionante, con reuniones y discusiones el viernes por la noche y durante todo el fin de semana, hasta el lunes por la mañana cuando volaba de vuelta a Nueva York. Pero el desfase horario pronto se evaporaba. «Cuando los banqueros centrales convergíamos en Basilea desde todas las capitales europeas y desde Ottawa, Nueva York y Tokio, la fatiga del viaje parecía desvanecerse a medida que saludábamos a viejos amigos y escuchábamos la verdad sobre lo que estaba pasando realmente en los mercados financieros del mundo».

Basilea era el «lugar de reunión ideal para los banqueros centrales que buscaban un refugio para una conversación tranquila y confidencial sobre cuestiones financieras cargadas de tensión». Entre una reunión oficial y otra, los banqueros deambulaban por los pasillos de un despacho privado a otro, «deteniéndose siempre para estrechar manos al modo continental con cualquier colega que fuera en la otra dirección». Las reuniones valían el viaje por sí mismas, escribió Coombs, y proporcionaban «no sólo un campo de pruebas discreto para nuevas ideas y enfoques, sino también un sistema de alerta temprano cuando las cosas empezaban a ir mal». Las cenas, en especial, ofrecían un «acceso inestimable». «En general, partiendo de las conversaciones en esas cenas, yo podía saber qué pájaros volarían y cuáles no», recordaba.

Igual que las parejas que llevan muchos años casadas, los banqueros podían leerse la mente unos a otros. «Hay algo profundamente satisfactorio en el trato con compañeros profesionales en cualquier campo técnico. Nunca se pronunciaban discursos, todos estábamos centrados claramente

en la cuestión que se estuviera tratando, frases que se dejaban inacabadas porque todos conocíamos instintivamente el resto y, de una forma casi misteriosa, nos dábamos cuenta simultáneamente de cuál era la solución técnica apropiada. Ninguno de nosotros era un internacionalista romántico, pero allí donde podíamos ver una clara superposición de intereses nacionales, tendíamos instintivamente la mano al otro, con una auténtica camaradería de cooperación profesional.»

A Coombs le impresionaba especialmente Karl Blessing, presidente del Bundesbank, el nuevo banco nacional de Alemania Occidental, que «tenía un papel sobresaliente»:

De joven había trabajado en la plana mayor del BPI y, en una ocasión, me contó sus angustiados recuerdos de aquellos días, mientras veía desde Basilea el desplome de la cooperación financiera internacional de principios de los años treinta. Ahora, como presidente del Bundesbank, con el marco confiado a sus cuidados, ejercía su enorme autoridad con valor y un discernimiento lleno de sensibilidad de sus responsabilidades financieras mundiales. Hombre alegre y resuelto, Blessing era una fuente inagotable de fuerza y moral en todas nuestras reuniones en Basilea. Yo lo consideraba, sinceramente, un gran hombre de su tiempo.

Blessing era, sin ninguna duda, un hombre de su tiempo, aunque no como Coombs creía. El presidente del Bundesbank encarnaba a la nueva clase de gobernantes de Alemania Occidental, muchos de los cuales eran los mismos que habían dirigido la Alemania nazi. Antiguos nazis dirigían u ocupaban cargos de alto nivel en los sectores de la banca y las finanzas, el ejército, el servicio de inteligencia y la administración del gobierno. Hans Globke, asesor en seguridad nacional del canciller Konrad Adenauer, había ayudado a redactar las leyes antijudías de Núremberg. Richard Gehlen, jefe del servicio de inteligencia de Alemania Occidental, fue el jefe de la inteligencia militar en el Frente Oriental, donde las tropas de las SS y el ejército alemán habían asesinado salvajemente a cientos de miles de civiles. Los directores de IG Farben, como ya hemos visto, volvieron rápidamente a su lucrativa carrera en los negocios.

Raramente se hablaba del lamentable pasado de esos hombres. Además, Blessing era un maestro reescribiendo la historia, sobre todo la suya. Trabajó en el BPI durante los años treinta, aunque su afirmación de unos «recuerdos angustiados» era risible. Se había incorporado al BPI siguiendo instrucciones de sus jefes en el Reichsbank, con el propósito expreso no de facilitar, sino de hundir la cooperación financiera internacional. El memorando escrito por Blessing en 1930, «Opinión sobre cómo el Reichsbank debe conducirse en el BPI», pedía que los funcionarios alemanes defendieran que las reparaciones eran «completamente utópicas», que presentaran peticiones imposibles y que minaran la legitimidad del BPI a fin de desbaratar el Plan Young.

Blessing había vuelto a Alemania en 1934 para trabajar como asesor en el Ministerio de Economía. Después, su patrón, Hjalmar Schacht, lo llevó de vuelta al Reichsbank y lo nombró su director más joven. Blessing proclamó, en voz alta, su lealtad, declarando: «La política económica y



financiera nacionalsocialista, como la política de libertad e igualdad del nacionalsocialismo, ha asumido la responsabilidad de la ley de la acción. No permitiremos que en el futuro nadie nos la arranque de las manos».<sup>5</sup> Blessing entró en el partido nazi y, después del Anschluss de 1938 —la absorción de Austria— fue recompensado con la tarea de absorber el Banco Nacional Austriaco. Era un trabajo gozoso para un auténtico creyente: «Sólo nos separan tres meses de aquel día memorable, que será inolvidable para nosotros. Y sin embargo, en este corto periodo, todas las medidas han sido instauradas con el objetivo de fundir las dos economías en un todo indisoluble».<sup>6</sup>

Blessing también era previsor. Cuando se multó a los judíos alemanes con un millón de reichmarks por el coste del pogromo de la Kristallnacht, en noviembre de 1938, le preocupó que pudieran vender sus bonos del gobierno para reunir el dinero, lo cual haría bajar su cotización. La respuesta fue que el Reichsbank limitaría las ventas de los valores propiedad de judíos a mil reichmarks.

Al año siguiente, Blessing abandonó el Reichsbank, junto con Schacht. También había firmado el memorando de los directores criticando el gasto en armamento de Hitler. Pero el exfuncionario del BPI era un superviviente astuto. No tardó en cortejar a Walther Funk, sucesor de Schacht como presidente. Con el visto bueno de Funk, volvió al Reichsbank como miembro de su junta de asesores. Blessing se movía en los círculos más altos del Tercer Reich. Asistió a treinta y ocho reuniones del Himmlerkreis, el círculo de industriales nazis que canalizaban fondos hacia el jefe de las SS, mediante la cuenta especial «S» en el banco J. H. Stein, de Kurt von Schröder. Blessing hizo dos viajes con el grupo para visitar los campos de concentración, con el propio Himmler como guía. Más tarde, hablando del Himmlerkreis, diría: «Pensaba que sólo se trataba de unas noches de cerveza».<sup>7</sup>

La importancia de Blessing iba mucho más allá del dinero que donaba a las SS. Encarnaba la clase de tecnócrata inteligente y sofisticado que era esencial tanto para el régimen nazi como para perpetuar los intereses económicos alemanes cuando acabara la guerra. Hannah Arendt, la escritora y filósofa judía alemana describió a los burócratas que organizaron el Holocausto como «asesinos de escritorio». No disparaban sus armas contra las víctimas desnudas, de pie junto a la fosa común, ni movían la palanca que liberaría el gas. Se limitaban a sellar y mover papeles de un departamento del gobierno a otro y mantener el dinero en movimiento. Pero sin ellos, el Tercer Reich no podía funcionar. También Blessing era un asesino de escritorio.

En abril de 1939, Blessing se incorporó al consejo de la filial alemana de Unilever, una compañía anglo-holandesa gigante que fabricaba grasas y aceites. Al año siguiente Alemania invadía los Países Bajos, y Blessing era nombrado uno de los tres administradores que cuidaban de los intereses de Unilever en todo el Reich. Mientras, Hermann Goering —jefe de la Luftwaffe, la fuerza aérea alemana, y ministro encargado del plan cuatrienal— creó Kontinental-Öl para explotar las reservas de petróleo de Europa Central y los Balcanes. Era un proyecto con el que Blessing se identificaba totalmente. Reconocía la importancia de los aliados de Alemania en el Este y el Sur —Croacia, Hungría, Rumanía y Bulgaria— como medio para garantizar la hegemonía económica nazi

y el suministro de materias primas. El Danubio, dijo, era «el río de la fortuna», y el petróleo y el grano fluirían corriente arriba hasta Alemania.<sup>8</sup>

Junto con Walther Funk, presidente del Reichsbank, y Heinrich Bütefisch, de IG Farben, Blessing fue nombrado miembro del consejo de Kontinental-Öl. Como observa Christopher Simpson, la creación de la compañía petrolera del Reich representaba un triunfo para los banqueros y hombres de negocios. Los ideólogos nazis de la línea dura alrededor de las SS querían el control estatal, la propiedad gubernamental y la planificación centralizada de la economía, en particular de las industrias estratégicas vitales. Sin embargo, la élite empresarial, a la que pertenecían Schacht y Blessing, favorecía un planteamiento más comercial.<sup>9</sup> Creían que Alemania debía dominar los mercados mundiales, pero no había ninguna necesidad de controlar todos y cada uno de sus aspectos. Kontinental-Öl era la respuesta: un monopolio sustentado por el gobierno que dominara las industrias del petróleo de la Europa del Este, con unos servicios financieros proporcionados por Hermann Abs desde el Deutsche Bank.

Kontinental-Öl, como IG Farben, se construyó con el expolio, la explotación, la esclavitud y el asesinato. Cuando el imperio nazi del petróleo se expandió hacia el Este, Kontinental se convirtió en uno de los mayores usuarios de los prisioneros de los campos de concentración, trabajadores de los guetos y presos del Tercer Reich. La firma dirigió, como mínimo, diez campos de concentración sólo en Polonia, donde los trabajadores eran arrendados por las SS. En Ucrania, por ejemplo, Kontinental pagaba a las SS y a la administración policial alemana cinco zlotys al día por un hombre y cuatro por una mujer. La esperanza de vida media de un obrero esclavo estaba entre tres y seis meses. Cuando se cerraron los campos de Kontinental, muchos de los presos fueron muertos a tiros. El campo de Borisow se cerró en marzo de 1943, con unos ochocientos prisioneros todavía vivos. Según los informes de la Cruz Roja, unos ochenta hombres y veinte mujeres fueron evacuados a Smolensk, el resto fueron ejecutados.<sup>10</sup>

Como director financiero de Kontinental-Öl, Blessing estaba en el epicentro de este nexo de muerte y beneficios. Supervisaba la adquisición de nuevas firmas en el Este. Administraba la «nómina» de la empresa, una gran parte de la cual se dedicaba a los pagos a las SS por la mano de obra de los campos de concentración que la firma usaba; una mano de obra que también se utilizaba para construir la nueva central de la empresa en Berlín. Por desgracia para Blessing y sus directores, los trabajadores traumatizados y medio muertos de hambre no eran muy productivos. Incluso en marzo de 1945, uno de los subordinados de Blessing se quejaba de que el trabajo en la Alta Silesia se estaba retrasando debido al «uso de prisioneros de los campos de concentración con un rendimiento bajo».

Blessing fue detenido y encarcelado al acabar la guerra, mientras los Aliados consideraban si acusarlo de crímenes de guerra, como sin ninguna duda merecía. Pero, entre bastidores, Blessing tenía aliados poderosos: Allen Dulles y Thomas McKittrick. Los banqueros e industriales nazis estaban en lo cierto cuando creían que las potencias occidentales los necesitarían para reconstruir la economía alemana. En la lucha entre justicia y *realpolitik*, Dulles se aseguró de que la segunda

triumfara.

En julio de 1945, las autoridades estadounidenses de ocupación le pidieron a Dulles que les proporcionara una lista de alemanes «elegibles basándose en su capacidad e historial político para ocupar puestos en una administración alemana reconstruida». El primer grupo de listas fue entregado rápidamente. Pero, al llegar el otoño, Dulles, que ahora dirigía el centro de la OSS en Berlín, tenía una información más detallada sobre banqueros alemanes apropiados. Una gran parte de esta información procedía de McKittrick.

En septiembre de 1945, Dulles entregó esta nueva lista blanca. Estaba dividida en dos categorías: A y B. En la lista A había tres nombres que se juzgaba eran adecuados para «los puestos más altos de un ministerio». La lista B contenía cinco nombres que se proponían para «puestos menores, como jefe de departamento o director de división».<sup>11</sup> Entre los nombres del grupo A estaba Ernst Hülse, exjefe del departamento de banca del BPI. Hülse, decía Dulles, contaba «con relaciones excelentes en los círculos bancarios de fuera del país», tenía una esposa judía y era, claramente, antinazi. Hülse fue designado para el Reichsbank de la zona británica y nombrado presidente del banco central del estado federal de Renania del Norte-Westfalia.

El primer nombre de la lista B era el de Karl Blessing, a quien Dulles describía como «destacado hombre de negocios y experto en las finanzas», con «una considerable experiencia en comercio internacional».<sup>12</sup> Dulles estaba bien informado sobre el papel central de Blessing en la Kontinental-Öl, que el jefe de espionaje estadounidense describía como «un *holding* propiedad del Estado organizado para coordinar las propiedades petroleras controladas por Alemania en toda Europa». Dulles se cubrió. La relación de Blessing con Kontinental-Öl, escribió, lo descalificaba para un «alto cargo en el gobierno». No obstante, Blessing había aceptado el puesto «bajo presión» y había estado en contacto con la resistencia alemana. Además, añadía Dulles, Blessing no era miembro del partido nazi. En realidad, se había incorporado al partido en 1937. Y si Dulles se hubiera molestado en comprobarlo, hubiera visto que su historial en el partido estaba en manos de las autoridades estadounidenses. La principal reivindicación de Blessing en cuanto a actividades antinazis era que lo habían incluido, como posible ministro de Economía, en la lista de julio de 1944, que recogía a los conspiradores anti-Hitler. Cuando los conspiradores fueron detenidos, Blessing fue protegido por Walther Funk, que le dijo a la Gestapo que Blessing no sabía nada del complot.

El encubrimiento de Blessing no fue una excepción, sino la regla. Unos telegramas desclasificados revelaron que Dulles tenía planeado, desde hacía tiempo, rescatar a industriales y científicos alemanes importantes. En enero de 1945, Dulles le escribió a William Casey, que dirigía las operaciones dentro de Alemania y que, más tarde, sería director de la CIA en los años ochenta:

Mi proyecto contempla que, en el curso normal de los acontecimientos y sin ningún contacto previo con nosotros, sino meramente para escapar del inminente caos, importantes industriales, científicos, etc. alemanes desearán encontrar algún refugio, preferiblemente en

Suiza. Si Suiza se les cierra, es posible que esos hombres acudan a Rusia como única alternativa... Unas conversaciones preliminares discretas indican cierta esperanza de garantizar la cooperación suiza.<sup>13</sup>

En Washington, no todos lo aprobaban. Al mes siguiente, la primera dama, Eleanor Roosevelt le escribía a su esposo: «Nota para el Presidente. Allen Dulles, que está a cargo del equipo de Bill Donovan en París, ha sido abogado y ha estado estrechamente vinculado con el Schroeder Bank. Es probable que sea el representante de los intereses nazis clandestinos después de la guerra. ¡Al parecer, en París hay muchísimas personas que están muy cerca del bando de la gran empresa!». <sup>14</sup>

La esposa del presidente estaba, sin duda, bien informada sobre la importancia de la red bancaria de Schröder, que abarcaba desde Alemania a Londres y Nueva York, y llegaba al BPI, por medio de Kurt von Schröder. Pero, al llegar el verano de 1945, después de la muerte de su esposo, las opiniones de la Sra. Roosevelt contaban muy poco en Washington.

Blessing no fue acusado de crímenes de guerra. Por el contrario, con ayuda de Allen Dulles, fue liberado y volvió a su antiguo puesto en Unilever. Se convirtió en uno de los ejecutivos mejor pagados de Europa, que ganaba 75.000 dólares al año. Aceptó una reducción de salario hasta los 50.000 dólares cuando se incorporó al Bundesbank en 1958, pero el poder y el prestigio lo compensaban con creces. A principios de los años sesenta, cuando asistía de forma regular a las reuniones de gobernadores en Basilea, se había transformado en exmiembro de la resistencia.

Hermann Abs, del Deutsche Bank, era el banquero comercial con más poder en el Tercer Reich, y no estaba en la lista A de Dulles. Por el contrario, ocupaba uno de los primeros puestos de la lista negra de los Aliados, donde había importantes cargos nazis que había que detener. En la zona americana, el coronel Bernard Bernstein, jefe de la división financiera, tenía a Abs, es más, a todos los financieros nazis, en el punto de mira. Bernstein ordenó que todos los banqueros e industriales fueran detenidos como sospechosos de crímenes de guerra.

Por suerte para Abs, vivía en la zona británica. Allí se encontró con su viejo amigo, Charles Gunston, del Banco de Inglaterra, a quien solía ver en Basilea durante las reuniones de los años treinta. Gunston era un alto cargo en el organismo de ocupación británico. Las atrocidades nazis no le interesaban lo más mínimo. Lo único que le importaba era que los bancos volvieran a trabajar. Gunston le pidió a Abs que le ayudara a reconstruir el sistema bancario de la zona británica. Abs estuvo más que contento de hacer lo que le pedía. Bernstein se puso furioso y exigió que Abs fuera extraditado a la zona americana. Gunston se negó, pero a principios de enero de 1946 regresó a Inglaterra. Abs fue finalmente detenido por presuntos crímenes de guerra; pasó tres meses en prisión antes de que lo soltaran; nunca fue acusado. Por el contrario, empezó a trabajar, cumpliendo lo prometido a su viejo amigo Charles Gunston.

No cabía duda de que Karl Blessing, igual que Hermann Abs, sabía cuándo ser útil. En 1960, la

repentina alza del oro amenazaba con minar la estabilidad del sistema financiero de la posguerra. Estados Unidos y Gran Bretaña propusieron operaciones conjuntas en el mercado londinense para proteger el valor de las reservas de ambos países. Blessing se apresuró a poner parte de las reservas de Alemania Occidental a disposición del Banco de Inglaterra. Pero cualquier medida internacional necesitaría acuerdos bilaterales, que exigirían unas largas negociaciones con los gobiernos. Gran Bretaña convenció a Estados Unidos de que había un sistema mucho más sencillo para organizar intervenciones multilaterales: las reuniones de gobernadores del BPI. Los países representados allí, más Estados Unidos, reunían alrededor del 80 por ciento de las reservas mundiales. A la plana mayor del BPI no le entusiasmaba la idea. En tanto que pionero mundial de las finanzas transnacionales, el BPI creía firmemente en la primacía de las fuerzas del mercado. Ahora se dejaba de lado al mercado, escribía un directivo, «para poder evitar la incomodidad de ciertas políticas financieras».<sup>15</sup>

Los gobernadores no hicieron ningún caso de tales dudas. En noviembre de 1961, se creó el Fondo de Oro de Londres (LGP). Estados Unidos, Alemania Occidental, Francia, Italia, Gran Bretaña, Bélgica, los Países Bajos y Suiza aportaron al fondo un total de 270 millones de dólares. Esos fondos se usarían para mantener la paridad del dólar a 35 dólares la onza, según los acuerdos de Bretton Woods. Los bancos mantendrían la estabilidad del precio del oro, comprando y vendiendo cuando fuera necesario. Todos los bancos participantes acordaron no comprar oro en el mercado de Londres mientras existiera el fondo. El cártel del oro del BPI se creó en condiciones de absoluto secreto. Ni siquiera existía un acuerdo escrito oficial. La palabra de los banqueros y un apretón de manos, fue suficiente para cerrar el trato. Como dijo Coombs sobre las reuniones de los gobernadores: «No importaba de cuánto dinero se tratara, nunca se firmó ningún acuerdo ni se inicializó ningún memorando de entendimiento. La palabra de cada funcionario era suficiente, y nunca se produjo ningún desengaño».<sup>16</sup>

El Banco de Inglaterra realizaba las transacciones monetarias del LGP, pero el BPI era esencial para sus operaciones. Cada mes, el Banco de Inglaterra informaba a un grupo de funcionarios expertos de los bancos miembros del BPI y del propio BPI, que se reunían en el BPI.

Al final, todo salió a la luz. La historia fue recogida por *The Times* y luego por *The Economist*. El LGP se vio obligado a rendir cuentas detalladas, que fueron publicadas en el boletín trimestral del Banco de Inglaterra. Por vez primera en cinco años, el LGP funcionó. El precio en Londres permaneció entre 35,04 y 35,30 dólares la onza. El grupo de expertos en oro ampliaron sus competencias para cubrir el mercado de divisas. El Fondo de Oro se convirtió en el Comité de Oro y Divisas. Sigue existiendo hoy y se conoce como Comité de Mercados del BPI. La agenda y las deliberaciones del comité continúan siendo secretas.

Hubo ocasiones, en especial durante las crisis, en que la confianza mutua, engendrada en los almuerzos y las cenas de Basilea, demostró ser crucial para la estabilidad del sistema financiero

global.

El 23 de noviembre de 1963 fue uno de esos días. El asesinato del presidente John F. Kennedy disparó en la Bolsa las ventas provocadas por el pánico. Coombs estaba trabajando en la Reserva Federal de Nueva York cuando le llegó la noticia. Dejó de lado la conmoción y el horror y se centró en la tarea urgente: la defensa inmediata del dólar. Sopesó la posibilidad de prohibir las transacciones de divisas para impedir las ventas provocadas por el pánico, pero sería una decisión lenta de ejecutar y necesitaría apoyo político. Sin embargo, se necesitaban medidas inmediatas y decidió que cerrar el mercado de divisas no era factible. Transmitiría una señal de pánico y desesperación. Habría un frenesí de ventas, tanto de dólares como de oro.

La respuesta, decidió Coombs, era que Estados Unidos vendiera enormes cantidades de divisas para defender al dólar. La cuestión era dónde podía Coombs encontrarlas. Sólo tenía acceso a 16 millones de dólares y no disponía de ninguna de las divisas europeas importantes. Podía vender oro para cubrir las compras. Pero una vez se supiera que Estados Unidos estaba vendiendo sus reservas de oro después de que su presidente hubiera sido asesinado, el dólar caería, inmediatamente, en picado.

La mejor opción era tomar prestadas divisas y venderlas, aprovechando la red de intercambio de divisas de la Reserva Federal. Estos intercambios permitían que el Banco Central A tuviera reservas de la moneda del Banco Central B (o de una tercera divisa), a las que el Banco A podía recurrir sin tener que comprarlas al Banco Central B. Era una solución excelente, aparte de un pequeño problema: la diferencia de horarios. Ningún banco podía recurrir a los intercambios de moneda sin la aprobación del banco asociado. Habían matado al presidente a la una y media de la tarde, hora oficial de la Costa Este de Estados Unidos, seis horas por detrás de Europa. Los gobernadores europeos con los que Coombs necesitaba ponerse en contacto urgentemente estaban yendo a cenar o a casa. No había teléfonos móviles ni Internet. No era posible localizarlos.

Coombs se enfrentaba ahora a la decisión más importante —mejor dicho, a la apuesta más arriesgada— de su vida. Si se equivocaba, no sólo su carrera se acabaría. Sería recordado como el hombre que hundió el dólar en un momento de crisis nacional. No había tiempo para consultar o conseguir el apoyo de sus superiores. En cualquier momento, podía empezar una carrera contra el dólar. ¿Podía contar con los gobernadores de los bancos centrales de Europa para que respaldaran que la Reserva Federal vendiera sus divisas por un valor de cientos de millones de dólares, sin su previo conocimiento ni consentimiento? Porque si la venta iba adelante y los gobernadores protestaban o se negaban a autorizar las transacciones, tanto él como el dólar estarían acabados. Decidió que los gobernadores lo respaldarían.

A las dos de la tarde, Coombs dio instrucciones al departamento de moneda extranjera para que pusiera a la venta diez millones de marcos alemanes e informara al banco que actuara como agente de la Reserva Federal de que seguirían más ofertas. Ocho minutos después, la Fed ofrecía importantes sumas de libras esterlinas, seguidas de una gran cantidad de florines holandeses y francos suizos. Mientras tanto, el Banco de Canadá había estabilizado el tipo de cambio del dólar

entre Canadá y Estados Unidos, y la Fed correspondió.

A las dos y media, Coombs ordenó a sus funcionarios que informaran al mercado de que la Reserva Federal suministraría divisas en cantidades ilimitadas para defender el dólar y reclamaría el pago de los dos mil millones de sus créditos *swap* disponibles. Sólo entonces, Coombs informó a Alfred Hayes, presidente de la Reserva Federal de Nueva York. Entretanto, los operadores telefónicos de la Reserva de Nueva York trataban de encontrar a los otros banqueros centrales. El primero con quien consiguieron contactar fue Roy Bridge, del Banco de Inglaterra, que inmediatamente estuvo de acuerdo en ayudar. Bridge le dijo a Coombs que podía pedirle «todo lo que quisiera». El Bundesbank se mostró igualmente cooperador. En cuando el mercado de divisas de Fráncfort abrió al lunes siguiente, el Bundesbank se aseguró de mostrarse como comprador de dólares. En Berna, los banqueros suizos acordaron ampliar las líneas de crédito de la Reserva Federal en otros cien millones de dólares. La estrategia de Coombs dio resultado. La Bolsa se recuperó. Cuando abrieron los mercados el lunes, el dólar permanecía estable.

El BPI se fortalecía cada vez más. En 1961, los diez países industriales miembros clave del FMI, conocidos como el G10 (que coincidían en gran medida con los miembros del BPI) crearon el Acuerdo General de Préstamos (GAB, por sus siglas en inglés). El G10, más Suiza (que no se unió al FMI hasta 1992), reservaron seis mil millones de dólares como crédito de reserva para el FMI. Los fondos del GAB tenían que estar disponibles si un miembro del FMI se veía amenazado, de repente, por una fuga de capitales a corto plazo. Dos años después, el FMI iniciaba un estudio detallado del sistema monetario internacional. Le pidió al BPI que le proporcionara información sobre los mercados del oro y los mercados europeos de divisas y sobre las operaciones de crédito a corto plazo de los bancos centrales.<sup>17</sup> Cuando se publicó el informe del FMI, en 1964, recomendaba que todos los bancos centrales del G10 enviaran al BPI estadísticas confidenciales sobre sus reservas monetarias. El BPI, como depositario de estos datos, podría entonces actuar como un sistema de alerta temprana si las reservas de un país estuvieran mermando y quizá necesitaran recurrir al GAB. Así pues, parecía natural que las cenas de los gobernadores, los domingos en el BPI, se ampliaran para incluir a Canadá y Japón. (Los dos países eran miembros del GAB, pero no se unieron al BPI hasta 1970). El BPI había trasladado, en la práctica, una de las reuniones internacionales más importantes de los miembros clave del FMI desde Washington a Basilea.

Cuando en 1964, los banqueros centrales de la Comunidad Económica Europea crearon su Comité de Gobernadores para coordinar la política monetaria, no lo ubicaron en Bruselas, sede del proyecto europeo, ni en Fráncfort, sede del Bundesbank, sino en la central del BPI. El BPI le proporcionaba, amablemente, al Comité el necesario apoyo secretarial y administrativo. Al año siguiente, en 1965, el BPI llegó incluso a un acuerdo sobre sus inversiones de los años treinta en Alemania, los préstamos del Plan Young. El Reichsbank había administrado los préstamos y pagado intereses hasta el final de la guerra, en abril de 1945. Después de una interrupción de veinte años,

Alemania aceptó reanudar el pago de intereses sobre los préstamos, pero aplazó la devolución del capital hasta 1996.

El trato fue negociado por Hermann Abs, que había vuelto al Deutsche Bank. Al igual que Karl Blessing, Abs había lavado debidamente su pasado nazi. No había mención alguna sobre el papel que había tenido en el banco que organizó el expolio de los países ocupados por los nazis ni sobre su anterior puesto en el consejo de IG Farben. Abs había sido el banquero comercial con más poder del Tercer Reich y ahora disfrutaba de un estatus y una apreciación parecidos en la nueva Alemania Occidental. También era un invitado bienvenido en los tesoros y cancillerías del mundo. Abs era consejero de tantas empresas, entre ellas Daimler Benz, Federal Railways y Lufthansa, que se aprobó una ley, conocida como «Lex Abs», que limitaba a diez el número de puestos que podía ocupar una persona.

Cuando murió Per Jacobsson, en 1963, justo después de siete años en el FMI, Abs se convirtió en mecenas fundador de la Fundación Per Jacobsson. La lista de sus copatronos parece una relación de la élite financiera transnacional, que incluye algunos nombres conocidos, como Eugene Black, expresidente del Banco Mundial; Marcus Wallenberg, tutor de Thomas McKittrick y vicepresidente de Enskilda Bank; Roger Auboin, exdirector general del BPI; Rudolf Brinckmann, veterano director del BPI; Jean Monnet, artífice de la unidad europea; y Marcus Holthrop, presidente del BPI. Abs murió en 1994, a los noventa y dos años, galardonado con honores y aplausos. Una efusiva necrológica en el periódico *The Independent*, una publicación británica, normalmente escéptica, lo aclamaba como el «destacado banquero alemán» de su tiempo. Lo cual era verdad, ya que Abs encarnaba un siglo de banca alemana, aunque no en el sentido adulador que el redactor había previsto.<sup>[18](#)</sup>

Siempre rápido para adaptarse a las circunstancias, el BPI detectó una nueva oportunidad durante los años sesenta. Las consecuencias que la continuada pérdida de su imperio tenía para la economía británica y el malestar económico general del país hacían que la libra esterlina fuera cada vez más vulnerable. Pero la esterlina era también una divisa de reserva, en especial en los actuales y anteriores dominios británicos. Así pues, era preciso estabilizar la moneda, igual que el precio del oro. El BPI no era prestamista de última instancia, pero podía organizar préstamos a los bancos centrales con problemas. En junio de 1966, un grupo de bancos centrales europeos, la Reserva Federal de Nueva York y el BPI acordaron poner a disposición del Banco de Inglaterra alrededor de mil millones de dólares para defender la libra esterlina. Era algo importante, no sólo por la suma de que se trataba, sino porque todo giraba en torno al BPI. Todo el dinero involucrado, aparte de los fondos franceses y estadounidenses, se pagaría a través de una cuenta única en el BPI. El banco coordinaba el rescate estratégico a largo plazo de una de las monedas de reserva del mundo.

Por opacas que fueran las reuniones de los gobernadores, eran un espectáculo más edificante que las escenas ridículas y muy públicas de la conferencia del G10 en Bonn, en noviembre de 1968.



Con el franco y la libra esterlina bajo presión y las reservas alemanas que habían crecido en cuatro mil millones de dólares, la conferencia iba a ser difícil.

Esta vez se encargaban los ministros de finanzas. Los banqueros fueron desterrados a los salones y los pasillos. París y Londres presionaban para que se devaluara el marco, pero Alemania se resistía. Roy Jenkins, ministro de Finanzas británico, mencionó que la reunión de los gobernadores en Basilea había favorecido la revaluación del marco. Karl Schiller, ministro de economía alemán, se volvió contra Karl Blessing, presidente del Bundesbank. Exigió saber con qué autoridad había hablado del valor de la moneda nacional con funcionarios extranjeros, como si no supiera que esas discusiones habían tenido lugar en Basilea desde que se fundó el BPI, en 1930, y que eran una de las principales razones de su existencia. Schiller exigió que Jelle Zijlstra, presidente del BPI, le entregara un informe completo de la reunión de los gobernadores en Basilea. Zijlstra le dijo educadamente que se «fuera al diablo».

Excluidos de las discusiones, los gobernadores pasaban el rato jugando al ping-pong, bebiendo champaña y consumiendo un surtido cada vez menor de canapés, todos los cuales estaban recubiertos de gelatina. En un momento dado, Charles Coombs y el gobernador del Banco de Francia le echaron el ojo a una única salchicha de Frankfurt, en la bandeja de un camarero. Acordaron repartírsela. En el exterior del centro de conferencias, miles de equipos y reporteros de televisión asediaban el edificio, mientras manifestantes alemanes exigían, furiosos, que los de dentro «salvaran el marco». En realidad, era el franco francés el que necesitaba que lo salvaran, y el consenso general era que la moneda tendría que ser devaluada en alrededor del 11 por ciento.

Zijlstra pasó a la acción. Convocó una reunión de emergencia con los gobernadores, el viernes, durante el almuerzo, para ver qué apoyos se podían conseguir para el franco. Fue una actuación impresionante. En media hora, Zijlstra se aseguró un compromiso de dos mil millones de dólares. En aquel momento, Charles de Gaulle, presidente de Francia, decidió que el franco no sería devaluado. Introdujo unos rigurosos controles de cambio y otras restricciones monetarias. Funcionaron hasta la primavera de 1969, cuando las reservas francesas empezaron a agotarse de nuevo. Se produjeron nuevos ataques. Al final, el franco fue devaluado en agosto de 1969, en un 11,1 por ciento, tal como se había discutido en Bonn.

En diciembre de 1969, Karl Blessing se jubiló. Sus amigos y admiradores ofrecieron una cena de gala en su honor. Blessing les dijo a los congregados —muchos de los cuales, como él, habían eliminado de su pasado los episodios inoportunos— que la «disciplina monetaria» siempre había sido el centro de su carrera en la banca. El régimen nazi, al que había servido con entusiasmo y lealtad, durante sus doce años de existencia, se pasó por alto discretamente. «Vivimos hasta 1945 o, mejor dicho, hasta 1948, con ese monstruo de muchas cabezas del reichsmark, al que nunca quisimos, yendo cuesta abajo todo el tiempo».<sup>19</sup> Según dijo, Blessing planeaba pasar una gran parte de su jubilación en el sur de Francia.

Al año siguiente, en 1970, McKittrick murió en una residencia de ancianos en Nueva Jersey, a la edad de ochenta y un años. *The New York Times* publicó un elogioso artículo sobre el «financiero mundial», como lo describía. McKittrick había seguido en el Chase National Bank hasta que se jubiló, en 1954. Más tarde encabezó una misión del Banco Mundial a la India. El expresidente del BPI había sido condecorado por Bélgica, Italia y Rumanía, observaba el artículo. No se mencionaban los acuerdos secretos de McKittrick con los industriales nazis, su amistad con Emil Puhl y la aceptación por parte del BPI del oro procedente del expolio nazi.

Montagu Norman había muerto en 1950, pero Hjalmar Schacht seguía recorriendo el mundo. Los países asiáticos y árabes no tenían ningún interés por su manchada historia y daban la bienvenida a sus conocimientos y experiencia. Pero otros recordaban. Alrededor de 1960, Schacht se reunió con Sigmund Warburg, porque quería que participara en una operación bancaria en las Filipinas. El encuentro estuvo cargado de ominosos silencios. Schacht estaba inusualmente nervioso y su discurso se vio repetidamente puntuado por la frase «en resumen». Warburg lo escuchó educadamente y prometió que pensaría en la idea de Schacht, pero nunca volvió a ponerse en contacto con él.<sup>20</sup> Finalmente, Schacht se retiró en 1963 y vivió en Munich con su segunda esposa, Manci. Murió en 1970, después de resbalar y lesionarse gravemente mientras trataba de ponerse sus pantalones de etiqueta.

El retiro de Blessing duró poco. En abril de 1971, a la edad de setenta y un años, sufrió un ataque al corazón mientras estaba de vacaciones en Orange (Francia). Incluso muerto, sus mitos y mentiras perduraron. *The New York Times* señaló la defunción con un artículo tan laudatorio como su resumen de la carrera de McKittrick. El periódico decía que, después de dejar Unilever, Blessing «había ocupado varios puestos menos visibles en el sector del petróleo».<sup>21</sup> En cuanto a los trabajadores esclavos, arrendados a las SS por unos pocos zlotys al día para hacerlos trabajar hasta la muerte o ejecutarlos en la red de campos de concentración de la Kontinental-Öl, fue como si nunca hubieran existido.

---

<sup>1</sup>Juego de palabras con *blessing*, “bendición” en inglés y el apellido del primer presidente del Bundesbank. (*N. de la T.*)

---

<sup>2</sup>David Marsh, *The Bundesbank: The Bank That Rules Europe*, Heineman, Londres, 1992, 55. Marsh observa que los funcionarios británicos eran menos entusiastas del banquero alemán y lo describían como un *mixed Blessing*. («Una bendición de doble filo» o «Un Blessing con pros y contras»).

---

<sup>3</sup>Charles Coombs, *The Arena of International Finance*, John Wiley, Nueva York, 1976. Todas las citas de Coombs están extraídas de sus memorias, sobre todo del capítulo 3: «Las reuniones de Basilea».

---

<sup>4</sup>*Ibid.*, 27.

---

5Marsh, 91.

---

6Ibid., 54.

---

7Bower, 15.

---

8Marsh, 52-53.

---

9Simpson, *The Splendid Blond Beast: Money, Law and Genocide in the Twentieth Century*, Common Courage Press, Monroe, Maine, 1995, 224.

---

10Ibid., 225.

---

11Allen Dulles a Joseph Dodge, 20 septiembre 1945. NARA. OMGUS-FINAD. RG260, cajón 237. Fichero: Johannes Tuengeler. Los extractos de las biografías de los banqueros están sacados de este documento. El autor agradece a Christopher Simpson su generosa aportación de copias del citado documento, que él desenterró de los Archivos Nacionales de Estados Unidos.

---

12Dulles a Dodge, 20 septiembre 1945.

---

13Petersen, 426-427.

---

14Ibid., 628.

---

15Toniolo, 377.

---

16Coombs, 26.

---

17Toniolo, 402.

---

18Eric Roll, obituario de Hermann Abs, *The Independent*, 8 febrero 1994.

---

19Marsh, 51-52.

---

20Chernow, 664.



## La torre se eleva

«Para ser sincero, los políticos no me sirven de nada. Carecen del juicio de los banqueros centrales.»

FRITZ LAUTWILER, presidente del BPI, 1982-1984<sup>1</sup>

Al llegar el año 1970, Rudolf Brinckmann llevaba casi dos décadas en el consejo del BPI. Pero su pertenencia al club más exclusivo del mundo no había conseguido que el banquero alemán estuviera mejor dispuesto a zanjar la agria disputa con los Warburg sobre el nombre y la propiedad del banco que ambos reclamaban. Eric Warburg, que ahora tenía setenta años, seguía siendo socio de Brinckmann, Wirtz & Co. Cada mañana seguía yendo a trabajar al edificio que perteneció a su familia y del cual pensaba que era suyo por derecho. Tanto Warburg como Brinckmann asistían a la reunión matinal del banco, luego se ignoraban mutuamente durante el resto del día. La situación, decía Warburg, era «insoportable».

Los Walburg proponían que se cambiara el nombre por el de M. M. Warburg, Brinckmann & Co. El director del BPI ofrecía Brinckmann, Wirtz-M. M. Warburg & Co. y así se prolongaba la situación. Pero Brinckmann percibía que los banqueros de Alemania se estaban volviendo en su contra. Hermann Abs decía que aquel embrollo era un escándalo. Pero quizá fuera Jacob Wallenberg, de la dinastía bancaria sueca, quien finalmente obligó a Brinckmann a cambiar de opinión. Durante una visita a la central del banco en Hamburgo, Wallenberg le dijo a Brinckmann que la primera vez que fue al edificio, en 1913, el nombre de la firma era «M. M. Warburg & Co., y no, como ahora, Brinckmann, Wirtz & Co.»

Brinckmann se rindió, finalmente, en 1969, y el banco cambió su nombre por el de M. M. Warburg-Brinckmann, Wirtz & Co. Al año siguiente, Brinckmann dejó su puesto en el consejo del BPI. El último día de diciembre de 1973, se retiró de su banco, es decir, del recientemente renombrado banco de los Warburg, a la edad de ochenta y cuatro años. Con la batalla ganada, los Warburg propusieron que el banco ofreciera una recepción de despedida a Brinckmann, en la sucursal del Bundesbank en Hamburgo. La gala estaba prevista para el dos de enero del año siguiente. Los dos bandos pensaban en un final elegante, tanto de la carrera de Brinckmann como

de una relación larga y con frecuencia turbulenta que se había prolongado durante cinco décadas. Pero no iba a ser así. Cuando Eric Walburg y Rudolf Brinckmann se dirigían hacia el edificio del Bundesbank, Brinckmann se quedó sin aliento de repente, se desplomó y murió.<sup>2</sup>

La muerte de Brinckmann, como las de Hjalmar Schacht y Karl Blessing, señaló el final de la época de posguerra, la transición a la economía moderna y globalizada y el auge de una nueva generación de banqueros centrales. El dinero se movía a más velocidad, los mercados reaccionaban con más rapidez y los países estaban interconectados de maneras que hubieran parecido inconcebibles cuando se fundó el BPI, en 1930. Su central, en el antiguo Grand Hôtel et Savoy Hôtel Univers, en el número siete de Centralbahnstrasse, les había hecho un buen servicio a los banqueros centrales durante varias décadas. Pero el edificio había sido construido como hotel, no para ser las oficinas centrales de un banco internacional que estaba aumentando su poder e influencia rápidamente y que era el corazón del proyecto de integración europea. En 1958, tenía 158 empleados. Para 1971, ese número había aumentado hasta 237. La lista de miembros del banco se ampliaba constantemente, igual que su alcance global, cada vez mayor. Los bancos nacionales de España, Portugal, Islandia, Sudáfrica, Turquía, Canadá, Australia y Japón se habían incorporado al BPI. Pertenecer al banco era un motivo de orgullo para las economías que estaban emergiendo. Las reuniones mensuales de los gobernadores tenían que satisfacer las necesidades no sólo de los banqueros centrales, sino de las legiones de ayudantes, empleados y funcionarios de segundo nivel que invariablemente los acompañaban.

Richard Hall regresó al BPI en 1972, ascendiendo para convertirse en subdirector general (el equivalente a director adjunto) antes de retirarse en 1992. Primero, había pasado 18 meses en el banco en 1955 y 1956, cedido por el Banco de Inglaterra para trabajar en la Unión Europea de Pagos. Ahora, esa época parecía algo salido de las polvorientas páginas de un libro de historia. «Cosas como los controles de divisas y el patrón oro ocupaban mucho tiempo entonces. Pero el mundo había cambiado radicalmente entre 1956 y 1972, y el BPI había cambiado con él», recordaba. El BPI había sobrevivido, evolucionado y ahora estaba seguro de su lugar en el mundo. «El banco se sentía más seguro. No sólo había sobrevivido a los problemas inmediatos de la posguerra, sino que había pasado a demostrar su utilidad para los gobernadores de los bancos centrales como lugar para coordinar, consultar, incluso para desahogarse unos con otros por lo horribles que eran los gobiernos. Los banqueros centrales hablaban de sus preocupaciones y responsabilidades y alguien decía: “Sí, yo también tengo uno de esos problemas, ¿tienes alguna idea sobre cómo solucionarlo?”». <sup>3</sup>

El BPI encargó a Martin Burckhardt, un arquitecto local, que diseñara una nueva oficina central, a medida. Burckhardt trazó los planos con una moderna torre circular de veinticuatro pisos. La primera versión fue rechazada por demasiado alta. Incluso después de rebajarla, algunos residentes locales protestaron. Se celebró un referendo y los partidarios del edificio ganaron por una

abrumadora mayoría: 32.000 a favor, mientras que 14.000 votaron en contra.<sup>4</sup> Se puso la primera piedra en 1973. Fue un paso esencial, dijo Richard Hall. «Parte del personal lo lamentó, pero otros pensaron que ya era hora. El viejo edificio tenía sus limitaciones y ya no cabíamos. Necesitábamos más espacio para dar cabida a más gente». Para ser una organización seria y reservada, el BPI había elegido una central que se destacaba. Mientras que, antes, la entrada al BPI quedaba escondida junto a una chocolatería, el nuevo edificio, en el número dos de Centralbahnplatz, tenía dieciocho pisos de altura. Se elevaba, casi amenazador, por encima del centro de Basilea, como un cohete a punto de despegar y lanzarse al espacio. El sol destellaba en las hileras de ventanas opacas, tintadas de bronce. Las banderas nacionales de los bancos miembros formaban una hilera junto a la entrada, como si se tratara de unas Naciones Unidas en miniatura. Los pasillos circulares y los muebles globulares de los setenta eran muy estilizados, si no atrevidos, para unos estirados banqueros centrales. Incluso ahora, el edificio, que sigue en uso, parece haber sido trasplantado de una película de James Bond en los setenta, como si un villano de mirada acerada pudiera marchar, de pronto, por los largos y curvados pasillos y meter a la fuerza a un visitante incauto en un anexo secreto.

Los veteranos del banco se quejaban de la «Torre de Basilea» como pronto se la conoció. El BPI ya no era invisible. Los turistas se quedaban boquiabiertos, y la gente del lugar se enorgullecía de que el banco más influyente del mundo se exhibiera ahora a la vista de todos. Fritz Leutwiller, presidente del Banco Nacional Suizo, además de del BPI, no lo aprobaba en absoluto. En el viejo edificio, Leutwiller sabía cuándo el gobernador del Banco de Inglaterra estaba en el despacho de al lado, porque podía oírlo caminando por los pasillos y abriendo su puerta. La prominencia del edificio enfurecía a Leutwiller, que como muchos banqueros de su generación creían que los asuntos del BPI se llevaban mejor destacando lo menos posible. «Era lo último que necesitábamos. Si por mí fuera, nunca se habría construido», decía de las nuevas oficinas centrales.<sup>5</sup>

El edificio no sólo tenía estilo, además disfrutaba de la tecnología más avanzada. Los directores del BPI se habían dado cuenta muy pronto de la importancia de los ordenadores para las finanzas internacionales. Comprendían que una economía que se globalizaba rápidamente exigiría unos medios cada vez más rápidos y seguros para transmitir y almacenar datos. El banco tendría un papel central en recopilar, analizar y realizar transacciones bancarias a través de las fronteras. Proporcionaba el secretariado para el grupo del G10 de expertos en informática que estaban desarrollando sistemas electrónicos para el envío de mensajes de texto y para los pagos internacionales automatizados. El BPI manejaba también un banco de datos experimental, que proporcionaba datos macroeconómicos a los bancos centrales. Todo esto exigía altos niveles de seguridad. Las características de seguridad y protección del BPI son ahora estándar en las oficinas centrales del gobierno o las corporaciones, pero en 1977 iban por delante de su tiempo. El banco, todavía protegido por el tratado internacional, guarda su soberanía tan celosamente como sus secretos. Por ello, los arquitectos, y los banqueros, procuraron elaborar planes para cualquier eventualidad concebible. Esto significaba hacer que el edificio fuera tan independiente como fuera

posible. Las autoridades suizas necesitan el permiso de la dirección para entrar en el edificio. Lo mejor, con mucho, era asegurarse de que nunca hubiera ninguna razón para tener que llamarlas.

La Torre de Basilea alardea de tener su propio refugio a prueba de bombas en el sótano, un sistema de rociadores con dos niveles de protección, instalaciones médicas internas y unos extensos pasillos subterráneos para guardar sus archivos. La mayoría de visitantes —aparte de los banqueros centrales— no pueden ir a ningún sitio si no van acompañados y deben pedir que los escolten para pasar de una habitación a otra. No se les permite la entrada en la cantina del personal, que sirve almuerzos cada día desde las doce y media a las dos, y deben abandonar el edificio a esa hora. Los guardias de seguridad, que vigilan muy de cerca el edificio por medio de un extenso sistema de circuito cerrado de televisión pondrán fin rápidamente a cualquier deambular no autorizado, y es probable que el paseante descarriado sea escoltado fuera del edificio. El último piso, donde hay un restaurante soberbio, está claramente prohibido, porque es allí donde los gobernadores se reúnen para cenar los domingos por la noche. El objetivo, dijo Gunther Schleminger, director general del banco bajo la presidencia de Leutwiller, era proporcionar «un club completo para los banqueros centrales». El personal del BPI tiene también su propio y lujoso club de campo a las afueras de Basilea, con pistas de tenis y una piscina.

Se necesita tener valor para construir un bloque circular de dieciocho pisos en medio de una de las ciudades históricas más importantes de Suiza, especialmente cuando la organización que alberga no está sometida a la jurisdicción suiza. Pero el BPI siempre ha sido un superviviente, que se ha adaptado rápidamente a las circunstancias cambiantes y se ha integrado decisivamente en la economía global en evolución. Las nuevas oficinas centrales eran la confirmación —en hormigón y cristal tintado— de que, a los treinta y siete años, el BPI había alcanzado la mayoría de edad. La Torre de Basilea, como el propio banco, era casi invulnerable. Naturalmente, el destacado edificio no trajo ninguna relajación del obsesivo secretismo del banco. Los paseantes podían quedarse mirando el edificio, pero seguían sin tener ni idea de lo que pasaba en su interior. Los detalles de las transacciones del BPI para los bancos centrales, las deliberaciones de las reuniones de los gobernadores y los poderosos comités del banco seguían siendo confidenciales.

La economía en rápida globalización, decían los gobernadores, hacía que la confidencialidad y la confianza entre los banqueros centrales y el BPI fuera todavía más crucial. Durante la Segunda Guerra Mundial, el BPI había actuado como canal de información entre los Aliados y el Eje. Sirvió al mismo propósito durante la Guerra Fría, como lugar de encuentro neutral y sumamente cómodo para los mundos capitalista y comunista. Los banqueros centrales de detrás del Telón de Acero visitaban regularmente el BPI, no sólo para obtener créditos, sino también para aprovechar los conocimientos de los mercados de oro y divisas que tenía el banco. El BPI siempre fue generoso con los visitantes de detrás del Telón de Acero. Cubría sus gastos de viaje y les pagaba dietas en divisa fuerte. Una vez en Basilea, bien servidos de excelente comida y vino, con algunos francos suizos en el bolsillo, los banqueros del Bloque del Este eran amistosos, locuaces y una fuente de inteligencia económica de lo más útil.



Esto funcionaba tan bien que para 1976, los banqueros centrales de los países del Bloque del Este celebraban incluso sus propias reuniones semestrales de gobernadores en Basilea, invitadas por el BPI. Cuanto más se adaptara el comunismo al capitalismo, antes se hundiría su sistema, creían los directores del BPI, acertadamente como se vio. Los cargos de alto nivel del BPI visitaban también regularmente las capitales de la Europa Oriental para reunirse con banqueros centrales. Budapest, donde la vida era mucho más agradable que en Varsovia o Bucarest, era la favorita. Hungría era, con frecuencia, el centro de las intrigas del BPI durante la Guerra Fría. Como recoge, remilgadamente, el informe anual del BPI para 1982-1983, el BPI y el Banco Nacional de Hungría tenían una «relación de negocios antigua».

Esa nación de la Europa central fue uno de los primeros miembros del BPI. Una de las primeras medidas del banco fue ampliar el crédito a Hungría y a varios de sus vecinos en 1931. La relación había perdurado durante la Guerra Fría y, a principios de la década de 1980, estaba a punto de florecer. János Kádár, el líder húngaro experimentaba tímidamente con una empresa privada limitada. El «comunismo gulash», como lo llamaban, de Kádár era observado con mucho interés en Occidente. La economía de Hungría era la más liberal de la región, y el país solicitó unirse al FMI en 1980. Frigyes Hárshgyi, un veterano banquero húngaro, visitó el BPI por primera vez en 1978. Hárshgyi era entonces el delegado húngaro en el Banco Internacional de Inversiones, en Moscú, que servía a la Unión Soviética y a sus aliados socialistas. En esa época, los bancos comerciales occidentales hacían préstamos a los países socialistas, pero los mecanismos bancarios capitalistas exigían un arduo proceso de aprendizaje a los financieros de la Europa del Este, que estaban acostumbrados a operar en una economía controlada por el Estado. Como recordaba Hárshgyi, las reuniones en Basilea le ayudaban a él y a sus colegas a comprender cómo funcionaba un sistema bancario de libre mercado. «El BPI era como un mercado de valores de información. El ambiente siempre era cordial, evitándose las declaraciones políticas y concentrándose en las cuestiones financieras y profesionales».<sup>6</sup>

Pero Hungría tenía un problema. Los préstamos exteriores habían financiado el comunismo gulash, el cual había traído la paz social, proporcionando trabajo, vivienda, vacaciones y unos viajes limitados a Occidente. Para 1982, Hungría tenía una deuda exterior de más de diez mil millones de dólares, una gran parte a corto plazo.<sup>7</sup> La imposición de la ley marcial en Polonia y la subsiguiente crisis de la deuda, junto con el calamitoso estado de la economía de la vecina Rumanía, habían alarmado a los inversores y a los mercados internacionales. Aunque Hungría estaba en una situación completamente diferente, con un régimen mucho más liberal y algunos indicadores económicos prometedores, el factor de «regionalización» significaba que los acreedores de Hungría se apresuraran a marcharse. El dinero salía del país a raudales.

Se encargó a János Fekete, un alto cargo del Banco Nacional de Hungría, que convenciera al BPI para que los ayudara. Tenía excelentes contactos en el BPI y asistía regularmente a sus reuniones. Fekete era optimista y pensaba que permitirían que Hungría se incorporara al FMI, y la verdad es que el país no habría solicitado la admisión de no recibir señales positivas de la central

del Fondo en Washington. Formar parte del FMI anclaría firmemente a Hungría en el sistema financiero global, en lugar de en el sucedáneo soviético. Pero el Fondo se movía lentamente, y los acreedores de Hungría presionaban con fuerza. El legendario ingenio de los húngaros se estaba poniendo a prueba hasta el límite. Los húngaros han dado al mundo numerosos inventos, desde el bolígrafo a las armas nucleares. Tienen fama de ser tan astutos que el viejo chiste define a un magiar como «alguien que entra en una puerta giratoria detrás de ti, pero sale delante». Fekete demostró ser igual de inventivo.

Hungría necesitaba fondos desesperadamente, le explicó Fekete a Fritz Leutwiler, pero carecía de suficientes reservas en oro o divisas. El banquero húngaro propuso que el BPI organizara un crédito puente, hasta que Hungría pudiera incorporarse al FMI y solicitar ayuda financiera. El préstamo del BPI se devolvería tan pronto como Hungría estuviera en el FMI y recibiera su primer crédito. Leutwiler se inclinaba a ver con simpatía la petición de Fekete. Comprendía que el planteamiento de regionalización, que igualaba a la comparativamente liberal y progresista Hungría con las totalitarias Rumanía o Polonia, que languidecían bajo el dominio de los generales, demostraba un pobre criterio. Hungría, y Fekete, eran viejos amigos del BPI. El banco siempre fue muy servicial, dijo Hárshgyi, antiguo colega de Fekete. «Vieron que era una crisis de corta duración y que la filosofía económica húngara era hacer siempre honor a sus deudas.»<sup>8</sup>

Una vez más, las relaciones personales demostraron ser fundamentales. Leutwiler llamó a Jacques de la Rosière, director gerente del FMI, en Washington. El presidente del BPI quería saber dos cosas. ¿Cómo progresaba la solicitud de ingreso de Hungría? ¿Era probable que Budapest recibiera la ayuda del FMI?

Visto en retrospectiva, era mucho lo que dependía de esta llamada, probablemente más de lo que se daban cuenta Fekete o Leutwiler. Si de la Rosière hubiera dicho que no era probable que se aprobara la solicitud de Hungría para entrar en el FMI o, incluso, que se estaba demorando, es probable que Leutwiler, educadamente, hubiera hecho salir a Fekete de su despacho sin ningún compromiso en firme para ayudarlo. El éxodo de capital desde Budapest habría continuado, la economía se habría enfrentado al hundimiento y, sin duda, los tímidos experimentos del país con el mercado libre se habrían acabado. Los reformadores dentro del politburó húngaro se habrían visto debilitados y los partidarios de la línea dura, que se oponían a lo que veían como peligrosos experimentos capitalistas se habrían visto enormemente reforzados.

Este curso de los acontecimientos se habría «regionalizado». Es probable que la derrota de los liberales húngaros se reflejara en todo el bloque soviético, quizás incluso en Moscú, donde Hungría era considerada como un bicho raro autorizado, capaz de sondear las aguas capitalistas de una manera que la Unión Soviética no podía hacer. De la Rosière tranquilizó a Leutwiler: Hungría no tardaría en ser miembro y reunir las condiciones para recibir ayuda financiera. Tranquilizado, Leutwiler aceptó la petición de un crédito puente hecha por Fekete. En marzo y mayo de 1982, el BPI concedió dos créditos a Hungría por un total de 210 millones de dólares, que fueron seguidos por otros 300 millones en septiembre. Antes de finalizar el año, Hungría se había unido al FMI. El

consejo del Fondo aprobó una línea de crédito de 520 millones de dólares. Hungría pagó su deuda al BPI.

Sin saberlo, Leutwiler había puesto en marcha una serie de acontecimientos que pronto ayudarían a redefinir el mapa de Europa. El respaldo del BPI y el FMI emitió la potente señal de que el Fondo y el BPI y sus accionistas —otros bancos centrales— tenían fe en los planes de sus dirigentes para la reforma. Los reformadores húngaros siguieron liberalizando la economía del país. Empresarios privados empezaron a ensanchar los límites de la libertad y los inversores miraron a Hungría con un interés renovado. Los banqueros internacionales de Hungría, como Hárshegyi y Fekete, veían ya las carencias del sistema socialista. Sus visitas a Basilea no hacían más que reforzar su conocimiento de las profundas ineficiencias del sistema y su efecto atrofiador en los negocios. Los bancos centrales del bloque socialista tenían unas funciones muy diferentes de sus homólogos capitalistas. El Banco Nacional de Hungría era un banco comercial del Estado, que proporcionaba crédito y financiaba el comercio exterior. Las reuniones de Basilea eran también unos valiosos tutoriales sobre cómo convertir un banco estatal socialista en un banco central tradicional, responsable de controlar la oferta de dinero y los tipos de interés.

Para finales de los años ochenta, incluso la vieja guardiase daba cuenta de que el Estado de partido único no funcionaba. Kádár, el líder húngaro dimitió y empezaron las negociaciones para hacer una transición pacífica a la democracia. El Telón de Acero se abrió primero en Hungría, tres meses antes de que se abriera una brecha en el Muro de Berlín. Un día de agosto de 1989, decenas de miles de refugiados de Alemania del Este se reunieron en la frontera austro-húngara. Para entonces, estaba claro que el comunismo se moría. Cuando avanzaron, los guardias fronterizos se apartaron y los dejaron pasar. Al acabar el año, todo el bloque soviético se había hundido. El BPI tuvo un papel importante en este proceso. El préstamo puente del banco había fortalecido la confianza internacional en los reformadores húngaros, lo cual, a su vez, había aumentado su prestigio político en casa, lo cual había debilitado el dominio del partido comunista y permitido que se abriera el Telón de Acero. Esto, a su vez, puso en marcha un efecto dominó en toda la región y aceleró el desplome del sistema del partido único.

La propia Unión Soviética era menos bienvenida en Basilea. Parte del problema era que Moscú seguía reclamando la propiedad de los depósitos de oro de las repúblicas bálticas —Letonia, Lituania y Estonia— que Thomas McKittrick se había negado a entregar a los soviéticos en 1940. En 1980, los tres países ya no existían, habían sido absorbidos por la Unión Soviética. Pero el oro sí que existía, y los rusos lo querían. Durante los años sesenta, la Unión Soviética siguió indagando sobre sus posibilidades de llegar a ser miembro del BPI, pero el banco se mantuvo inamovible. Correctamente, el BPI siguió conservando la posesión de las reservas bálticas, y se vio debidamente reivindicado cuando las tres repúblicas bálticas recuperaron la independencia en 1991 y la Unión Soviética se hundió. El Banco de Rusia acabó siendo finalmente admitido en 1996.

También México estaba a punto de ir a la bancarrota en 1982, y arrastrar al sistema bancario internacional con él. El país cargaba con una deuda externa de 80 mil millones de dólares. Para

cumplir con sus obligaciones, había estado tomando prestados fondos a un día en Nueva York para pagar los intereses. Pero los préstamos se estaban comiendo a sí mismos: cada día México tenía que pedir prestado una suma mayor para pagar el interés de los préstamos del día anterior. La economía de México corría el peligro de entrar en una espiral mortal. El FMI estaba dispuesto a prestarle 4.500 millones de dólares, pero el fondo se movía lentamente y el papeleo podría tardar meses en aprobarse. También en este caso, la conexión con el BPI ayudó a salvar la economía. Paul Volcker, presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos, y Fritz Leutwiler, presidente del BPI, organizaron un paquete de rescate.<sup>9</sup>

En 1968, cuando Jelle Zijlstra, presidente del BPI trató de asegurar el franco francés en la conferencia del FMI en Bonn, consiguió garantías de dos mil millones de dólares sólo durante el almuerzo. A Volcker y Leutwiler les costó algo más, aunque su misión se vio frenada por el hecho de que los banqueros no estaban reunidos en torno a una misma mesa, como sucedió en 1968. Igual que en Hungría, no se pensaba que la financiación del BPI sustituyera al paquete de rescate del FMI, sino que fuera un préstamo urgente para cubrir el déficit, hasta que se autorizaran los préstamos del FMI.

La propuesta inicial de Volcker de 1.500 millones de dólares fue aumentada hasta los 1.850 millones, con 925 millones procedentes de la Reserva Federal, y el resto de los bancos centrales que sería canalizado a través del BPI. Pronto se produjeron acuerdos parecidos para Brasil, Argentina y Yugoslavia. Estos acuerdos les convenían a todos los implicados. Los paquetes de rescate fueron presentados como si los hubiera dirigido el BPI. El banco había organizado los préstamos, pero Estados Unidos y los otros países del G10 habían aportado los fondos. Los paquetes de rescate acarreaban unos riesgos políticos importantes para los bancos centrales participantes, en especial para la Reserva Federal. Pero el papel central del BPI internacionalizó el rescate.

A mediados de los años ochenta, la polémica sobre la Torre de Basilea se había desvanecido. El esbelto edificio vanguardista, que se alzaba sobre la Centralbahnplatz, se había convertido en parte del horizonte urbano de la ciudad suiza. La torre circular, apuntando al cielo, simbolizaba la nueva dimensión del banco y sus aspiraciones cada vez más ambiciosas. El banco había demostrado una habilidad proteica no sólo para sobrevivir, sino para prosperar en circunstancias que cambiaban rápidamente. La razón ostensible de la fundación del BPI —la gestión de los pagos de reparaciones de Alemania, por la Primera Guerra Mundial— era ahora un recuerdo que se desvanecía. También lo era la Conferencia de Bretton Woods, cuando Henry Morgenthau y Harry Dexter White habían tratado de que se cerrara el banco. El sistema financiero diseñado allí, que fijó el precio del oro en 35 dólares la onza también había desaparecido; el presidente Nixon le había puesto fin en 1971.

Pero el BPI estaba ahora en el centro del sistema financiero global. Leutwiler, su presidente, había salvado la economía húngara con una llamada telefónica y acelerado el proceso de reformas políticas que acabaría por hundir al comunismo. El banco gestionaba múltiples paquetes de rescate

que aliviaban la crisis de la deuda latinoamericana, impidiendo así una posible retirada masiva de depósitos, que habría sido catastrófica. No obstante, algunos bancos no pudieron ser rescatados. También en ese caso, el BPI se situó en el centro de los acontecimientos. En 1974, el Franklin National Bank de Nueva York y el Bankhaus Herstatt en Alemania fueron a la bancarrota después de verse desbordados por sus pasivos. En aquel tiempo, Franklin era el mayor banco estadounidense de la historia que quebraba. Herstatt era un banco privado mucho más pequeño, pero realizaba un importante negocio en divisas en Estados Unidos. En respuesta, el BPI y los gobernadores del G10 hicieron que el Comité de Supervisión Bancaria de Basilea pusiera en marcha el largo y complicado proceso, que todavía sigue, de regular los bancos comerciales. El comité, naturalmente, tenía su sede en el BPI, desde donde continúa operando hoy. Al acoger y proporcionar servicios administrativos y secretariales a las nuevas agrupaciones financieras transnacionales, como el Comité de Gobernadores de la CEE y el Comité de Supervisión Bancaria de Basilea, el banco iba convirtiéndose en indispensable para el funcionamiento de la economía global. El emplazamiento de los comités en la Torre de Basilea aportaba prestigio, una corriente de dignatarios y visitantes admirados y un nuevo sentido de permanencia. No existía ningún equivalente moderno de Henry Morgenthau o Harry Dexter White exigiendo que se cerrara el BPI.

Además, el BPI era sorprendentemente ágil. Había sido de los primeros en adoptar la tecnología informática, y sus bases de datos ultraseguras, guardadas en la Torre, se estaban convirtiendo rápidamente en el almacén de referencia esencial para la información sobre los bancos centrales y las transacciones bancarias transfronterizas. Parte de esta información se recopilaba en los informes anuales del banco, que eran cada vez más informativos y se habían convertido en una lectura obligatoria en las tesorerías, ministerios de finanzas y empresas comerciales del mundo. El 58.º Informe Anual, publicado en junio de 1988, tenía 223 páginas. Sus largas y detalladas secciones incluían análisis, realizados por el banco, de la evolución económica general, del comercio y los pagos internacionales, de los mercados financieros interiores e internacionales, de la política monetaria, del sistema monetario internacional y de las actividades bancarias del propio BPI. Éstas eran cada vez más lucrativas. Las cuentas para el año que acababa el 31 de marzo de 1988, mostraba unos beneficios netos, libres de impuestos, de casi 96 millones de francos oro suizos, un incremento de casi cinco millones respecto al año anterior.

Ocultos en las páginas 197 y 198, bajo el informe de las funciones del banco como agente, fideicomisario y depositario, y redactados con la árida prosa de un banquero, había detalles reveladores que destacaban el papel central y vital del BPI en el proyecto de integración europea. Entre bastidores, el BPI continuaba proporcionando los conocimientos y la experiencia financiera y la asistencia técnica para el proyecto económico más significativo de la historia de la posguerra: el impulso hacia la unión europea. Desde las conversaciones secretas de los tiempos de la guerra entre Per Jacobsson, asesor económico del banco, y Emil Puhl, director del BPI y vicepresidente del Reichsbank, hasta los planes detallados para la implementación de la Unión Monetaria Europea, a finales de la década de 1980, en cada etapa el BPI tuvo un papel impulsor.

El BPI gestionó el Acuerdo de París, en 1947, sobre los pagos multilaterales. Tres años más tarde, el acuerdo se convirtió en la Unión Europea de Pagos y el BPI fue designado agente del nuevo sistema. Cuando las monedas europeas pasaron a ser convertibles, la UEP se convirtió en el Acuerdo Monetario Europeo que era administrado, naturalmente, por el BPI. El BPI estaba íntimamente entrelazado con la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, la primera organización supranacional europea. En 1954, firmó un Acta de Compromiso con la CECA y, a partir de entonces, se ocupó de todos los préstamos emitidos por ella. El visto bueno del BPI le proporcionó a la joven organización una credibilidad vital en los mercados internacionales. El último préstamo a la organización fue amortizado en 1985-1986 y todos los fondos no usados fueron devueltos a la Comisión Europea en Luxemburgo, hacía constar el informe anual del banco correspondiente a 1988.

El BPI albergó al Comité de Gobernadores de los Bancos Centrales de la Comunidad Económica Europea, desde su primer encuentro en 1964, y le proporcionó su secretariado. El Comité coordinaba e integraba la política monetaria de sus miembros, siendo el precursor de una eventual unión económica europea. El Comité era independiente del BPI, pero entre sus miembros acabó estando Alexandre Lamfalussy, director general del banco desde 1985 a 1993. El Comité concertó los primeros límites de las fluctuaciones de los tipos de cambio dentro de las monedas europeas, un mecanismo conocido como la «serpiente en el túnel», que fue un paso importante hacia la unión monetaria europea.

Según Richard Hall, antiguo subdirector general del BPI, el comité de los gobernadores de la CEE era importante: «Las conversaciones dentro de la Comunidad Económica Europea eran intergubernamentales y los banqueros centrales siempre ocupaban un segundo puesto respecto a los ministros. Pero llevaban muchos años acudiendo a Basilea, antes de que se hablara de la unión monetaria. Estaban acostumbrados a hablar juntos y hacer cosas juntos y no querían verse eclipsados por los ministros de Finanzas. Como ya estaban en Basilea una vez al mes para las reuniones del BPI, establecieron allí el comité y el banco se alegró de que lo hicieran».<sup>10</sup>

El BPI era el agente del Fondo Europeo de Cooperación Monetaria, creado por el Comité de Gobernadores con el fin de administrar los acuerdos de los créditos a corto plazo para los miembros de la Comunidad Económica Europea, predecesora de la Unión Europea. El banco era también el agente del sistema de compensación y liquidación para la Unidad Monetaria Europea (ECU, por sus siglas en inglés), precursora del euro.

El establecimiento de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero y su evolución hasta convertirse en la Comunidad Económica Europea fueron presentados como una auténtica bendición para los países interesados. Pero la reordenación pacífica más espectacular y de más largo alcance de Europa en los tiempos modernos —la firme y constante erosión de la soberanía nacional— se llevó a la práctica mediante un juego de malabarismo. La clave, tanto para el proyecto europeo como para el mandato, cada vez más amplio, del BPI, fue presentar decisiones, políticas y medidas como «técnicas» y «apolíticas», que no eran de la incumbencia del ciudadano medio informado. De

hecho, eran todo lo contrario. Apenas podía haber nada más político que la entrega del poder nacional a unos organismos supranacionales no elegidos, mientras que los necesarios mecanismos financieros eran organizados y gestionados por un banco hermético, que no rendía cuentas a nadie, situado en Basilea.

A finales de la década de 1980, este proceso era realmente imparable. En el verano de 1988, se pidió a los gobernadores de los bancos centrales de la CEE que prestaran sus servicios, de forma personal (de modo que no se entendiera que representaban a sus bancos nacionales) en el Comité para el Estudio de la Unión Económica y Monetaria (UEM), que preparaba la adopción de una moneda europea única, el euro. El comité era más conocido por el nombre de su presidente, Jacques Delors, funcionario y político francés.<sup>11</sup> Delors era el presidente de la Comisión Europea, que supervisa la implementación de las leyes y políticas europeas.

El Comité Delors tenía diecisiete miembros, entre ellos, Karl Otto Pöhl, presidente del Bundesbank; Robin Leigh-Pemberton, gobernador del Banco de Inglaterra; y Willem Duisenberg, presidente del Banco Nacional de los Países Bajos, todos los cuales eran miembros del consejo del BPI. La cuestión de cómo, cuándo e incluso si la UEM se debía llevar a la práctica se dejó a los políticos. El comité se ocupaba de los aspectos técnicos, más que de las implicaciones políticas. Una vez más, el BPI estaba en el centro de los acontecimientos. El Comité Delors no se reunía en Bruselas, sede de la Comisión Europea ni en Estrasburgo, hogar del Parlamento Europeo ni en Fráncfort. Se instaló en Basilea. Allí disfrutaba de su propio y dedicado personal de apoyo, suministrado por el BPI.

Entre bastidores, uno de sus miembros más influyentes era Alexandre Lamfalussy, director general del BPI, nacido en Hungría. Lamfalussy abandonó su país después de que cayera en manos de los soviéticos, a finales de los años cuarenta. Se trasladó a Bélgica y dio clases en la Universidad Católica de Lovaina y, más tarde, en Yale. Lamfalussy se incorporó al BPI en 1976, como asesor económico, el puesto que había ocupado Per Jacobsson. En 1985 fue nombrado director general. Lamfalussy era comúnmente considerado el motor intelectual que había detrás de la integración económica europea y, desde el principio del proyecto, tenía un profundo conocimiento tanto de su funcionamiento práctico como de su trasfondo teórico. Por ejemplo, cuando la «serpiente», el mecanismo de los tipos de cambio con límite fijo, tuvo problemas, los gobernadores acudieron a Lamfalussy en busca de consejo.

Así pues, era natural que, con frecuencia, el Comité Delors respetara sus opiniones, lo cual molestaba enormemente a los funcionarios europeos que venían de Bruselas. No podían entender por qué el gran proyecto europeo de integración monetaria era dirigido desde unas habitaciones de una torre, junto a la estación central de ferrocarril de Basilea, que estaban fuera de su jurisdicción política y legal. Pero la principal preocupación de Delors no eran los quisquillosos euroburócratas, sino los banqueros centrales. Comprendía que, sin ellos, la Unión Económica y Monetaria europea no llegaría a existir. «Fue el genio de Delors, que era un gran manipulador —en el buen sentido de la palabra— quien se dio cuenta de que no quería, en modo alguno, herir y no heriría los

sentimientos de los gobernadores del banco central», recordaba Lamfalussy.<sup>12</sup> La logística también contaba. Muchos de los miembros más importantes del Comité Delors, como Pöhl y Leigh-Pemberton, ya iban a Basilea para las reuniones de los gobernadores. Allí, los domingos, durante las cenas de los gobernadores del G10, los banqueros decidían lo que Lamfalussy describía como las «normas de la cooperación», en circunstancias tan herméticas como siempre. «Era la cena en la que hablamos de las cuestiones más difíciles, sin tomar notas ni nada».<sup>13</sup>

El Comité Delors tenía también dos relatores: Gunter Baer y Tommaso Padoa-Schioppa. Baer había trabajado como economista en el BPI. Padoa-Schioppa era un economista italiano considerado uno de los padres fundadores del euro. Los relatores tenían una inmensa influencia. Preparaban las reuniones, escribían los informes y «sostenían la estilográfica», como decía Lamfalussy. «Eran mis funcionarios quienes preparaban las reuniones en Basilea de un proyecto que era principalmente europeo».<sup>14</sup>

El Comité Delors presentó su informe sobre la Unión Económica y Monetaria en abril de 1989. El acceso a las reservas de los bancos centrales estaría prohibido a los gobiernos. Se debían limitar los préstamos en monedas que no fueran de la Comunidad Europea. Se sancionaría a países que rebasaran el límite del déficit presupuestario (actualmente, el tres por ciento). De crucial importancia era que las sanciones se aplicarían no sólo a los miembros de la futura eurozona, sino también a todos los Estados miembros de la Unión Europea. En el informe se pedía que los países europeos dieran pasos importantes hacia la convergencia económica, la disciplina presupuestaria y la estabilidad de los precios, antes de avanzar decididamente hacia la unión económica y monetaria.

Sin embargo, no estaba claro cómo se iba a imponer esta estricta disciplina financiera común. Una política monetaria común, basada en una moneda compartida, exigía una política fiscal común con normas comunes para la tributación y el gasto gubernamentales, según defendía Lamfalussy en un documento de enero de 1989, pero no había planes para hacerlo:

En resumen, me parecería muy extraño que no insistiéramos en la necesidad de hacer los planes pertinentes para permitir la emergencia gradual y el pleno funcionamiento, una vez se complete la UEM, de una política fiscal macroeconómica para toda la Comunidad, que sería el complemento natural de la política monetaria común de dicha Comunidad.<sup>15</sup>

Como observa Harold James, el documento de Lamfalussy era, a la vez, «pertinente y convincente intelectualmente».<sup>16</sup> Resumía perfectamente la contradicción de una moneda transnacional sin una política fiscal transnacional; una contradicción que sigue sin resolverse y que ha alimentado la crisis de la eurozona. Al mes siguiente, durante una discusión sobre la clase de sistemas de control y supervisión del presupuesto que eran necesarios para la UEM, Lamfalussy llegó a proponer que se añadiera la palabra «ejecutorio» al proyecto final. Su propuesta no se



incorporó al informe. A pesar de todo, incluso sin una política fiscal común, Lamfalussy abogaba por que Europa siguiera adelante con la unión monetaria, aunque sólo fuera porque el Sistema Monetario Europeo (SME), que limitaba las variaciones de los tipos de cambio, había sido víctima de la ley de consecuencias no intencionadas. El sistema pensado para estabilizar las monedas estaba teniendo el efecto contrario.

Los especuladores estaban inundando de dinero a Italia. Allí, en 1988, la inflación era de alrededor del cinco por ciento, comparado con el 1,3 por ciento de Alemania. Una inflación alta significaba tipos de interés más altos, pero como la lira estaba dentro del SME, su valor estaba garantizado. Para los inversores no había desventajas. La liberalización de los movimientos de capital había acelerado el proceso. El SME era vulnerable, decía Lamfalussy y Europa debía pasar a la UEM lo antes posible. «Es por esta razón por lo que estoy a favor de una primera etapa que podría implementarse tan rápidamente como fuera posible y no en un futuro distante de dos o tres años, sino empezando este otoño o, por lo menos, a finales de año».<sup>17</sup>

El Informe Delors, como acabó conociéndose, tenía cuarenta y tres páginas. Iba acompañado de una serie de quince documentos, redactados por los miembros del comité. La influencia del BPI estaba clara. Jacques Delors escribió dos de los documentos, el primero con ese tipo de título grandilocuente, caro a los políticos franceses: «Unión Económica y Monetaria y Relanzamiento de la Construcción de Europa». Alexandre Lamfalussy escribió otros tres. Sus artículos trataban algunos de los aspectos técnicos más importantes del proceso de la unión económica y monetaria: la macrocoordinación de las políticas fiscales en una unión económica y monetaria; el mercado bancario de la Unión Monetaria Europea y una propuesta para centralizar la política monetaria.

Allá por la década de 1920, Norman le había hablado, reflexivo, a Benjamin Strong, presidente de la Reserva Federal de Nueva York, sobre la necesidad de un «club de Bancos Centrales, privado y ecléctico, pequeño al principio, grande en el futuro». Cuando Norman convocó a Walter Layton, director de *The Economist*, a su despacho para pedirle que redactara los estatutos del banco, insistió en que, por encima de todo, debían garantizar la independencia del BPI. El Informe Delors confirmaba ese principio. Los gobiernos quedarían excluidos de la elaboración de la política monetaria. El informe Delors exigía la creación de una nueva institución que decidiera y coordinara de forma centralizada las operaciones de la política monetaria de los Estados miembros, que se llamaría Sistema Europeo de Bancos Centrales (SEBC). Montagu Norman quizá no hubiera aprobado una moneda única para toda Europa, pero no cabe ninguna duda de que habría aplaudido la petición recogida en el informe para que el SEBC fuera completamente independiente, tanto de los gobiernos nacionales como de las autoridades europeas.

Las recomendaciones del Informe Delors para que la Unión Europea adoptara una moneda única y una política monetaria unificada fueron aceptadas. El impulso hacia la unión monetaria, económica y política era imparable. Se crearía un nuevo banco, la institución más poderosa dentro del SEBC, para definir e implementar la política monetaria. La principal tarea del Banco Central Europeo sería garantizar la estabilidad de los precios, al tiempo que seguía libre de todas las

presiones políticas. Sonaba demasiado familiar.

---

<sup>1</sup>Edward Jay Epstein, «Ruling the World of Money», *Harper's*, noviembre 1983.

---

<sup>2</sup>Véase la biografía de la familia Warburg, de Ron Chernow, *The Warburgs: The Twentieth-Century Odyssey of a Remarkable Jewish Family*, Vintage, Nueva York, 1994.

---

<sup>3</sup>Entrevista del autor con Richard Hall, diciembre 2012.

---

<sup>4</sup>Toniolo, 362.

---

<sup>5</sup>Epstein, «Ruling the World of Money».

---

<sup>6</sup>Entrevista del autor con Frigyes Hárshgyi en Budapest, diciembre 2012.

---

<sup>7</sup>James M. Boughton, «Silent Revolution: The International Monetary Fund», IMF, Washington, 2001, 324.

---

<sup>8</sup>Entrevista del autor con Hárshgyi, diciembre 2012.

---

<sup>9</sup>Boughton, 293.

---

<sup>10</sup>Entrevista del autor con Richard Hall, diciembre 2012.

---

<sup>11</sup>David M. Andrews, «Command and Control in the Committee of Governors: Leadership, Staff and Preparations for EMU», Instituto Universitario Europeo, 2003.

---

<sup>12</sup>Entrevista con Alexandre Lamfalussy, Bruselas, 8 marzo 2010. «The BIS, the Committee of Governors of the Central Banks of the EEC, and the Delors Committee», disponible en línea en [www.cyce.eu](http://www.cyce.eu).

---

<sup>13</sup>ibid.

---

<sup>14</sup>ibid.

---

<sup>15</sup>Harold James, *Making the European Monetary Union*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2012, 249.

---

16**ibid.**

---

17Boughton, 329.

## PARTE III

# EL DERRUMBE

## La segunda torre

«La unidad económica europea llegará, porque su momento ha llegado.»

WALTHER FUNK, 1942<sup>1</sup>

El presidente del Reichsbank y director del BPI tenía razón a medias. La unidad económica europea sí que llegó, pero lo hizo sesenta años después de lo que él predijo. Walther Funk vivió para ver dos de los primeros hitos más importantes: la instauración, en 1951, de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, la primera institución supranacional de Europa, cuyos préstamos manejaba el BPI, y la firma del Tratado de Roma, en 1957, cuando los seis países que formaron su núcleo —Alemania, Francia, Italia, Bélgica, Luxemburgo y los Países Bajos— fundaron la Comunidad Económica Europea.

Funk salió de la prisión de Spandau, en Berlín, aquel mismo año y murió en 1960, pero su plan paneuropeo para un continente libre de restricciones al comercio y a la moneda perduró y prosperó. En 1968, nació una unión aduanera europea. Al cabo de poco más de una década, en 1979, los europeos votaron en las primeras elecciones para el Parlamento Europeo. En 1992, doce países europeos firmaron el Tratado de Maastricht, con el que se creaba la Unión Europea. El 1 de enero de 1993, el mercado único europeo empezó a operar en la totalidad de los doce Estados miembros de la Unión Europea. Sus ciudadanos podían vivir y trabajar libremente en cualquier sitio que quisieran, las empresas podían vender sus productos, y las divisas y el capital circulaban sin trabas.

Sin duda, Funk habría aplaudido. El ministro nazi de Economía había planteado la idea de la unión monetaria europea ya en 1940, para que fuera introducida de forma gradual, armonizando las fluctuaciones de la moneda y limitando los tipos de cambio, como sucedió realmente.

Señalar parecidos entre los planes económicos de los nazis para la posguerra en Europa y la Unión Europea de hoy es arriesgarse al ridículo y las invectivas. El proyecto de integración europea se ha convertido, para muchos, en una verdad intocable, un artículo de fe en el progreso inexorable del mundo hacia un futuro más brillante y seguro. Ciertamente, la integración europea tiene en su haber muchos logros: acelerar la reconstrucción después de 1945, abrir el continente al libre comercio y alimentar a una nueva generación de paneuropeos que piensan más allá de las fronteras

nacionales. Al incluir a las tambaleantes democracias de la Europa poscomunista, la Unión Europea ha ayudado a estabilizar la mitad oriental del continente. Los reiterados valores de la Unión Europea, derechos humanos, democracia y protección de las minorías, son la antítesis misma de la ideología del Tercer Reich.

Pero es un salto enorme e ilógico afirmar, como hizo el canciller alemán Helmut Kohl, en 1996: «La política de integración europea es, en realidad, una cuestión de guerra y paz en el siglo XXI». <sup>2</sup> La declaración de Kohl expresa la fe de los tecnócratas, que se remonta a Jean Monnet y Montagu Norman, en que la sabia orientación de una élite directiva y financiera es lo único que Europa necesita para prosperar, y para impedir que sus pueblos, rebeldes y desagradecidos, vuelvan a su estado guerrero natural. El historiador Antony Beevor hace una contraafirmación más convincente: Europa Occidental ha estado libre de guerras desde 1945, no debido a la Unión Europea, sino a la democracia. «Es sencillamente una cuestión de gobernanza. Las democracias no luchan unas contra otras». <sup>3</sup>

La verdad, incómoda y no expresada, es que los paralelismos entre los planes de los líderes nazis para la economía europea de la posguerra y el subsiguiente proceso de integración económica y monetaria europea son reales. El BPI es como un hilo que los recorre a ambos. Emil Puhl, adjunto de Funk, describió al BPI como la «única sucursal extranjera» del Reichsbank, porque era la conexión crucial del Reichsbank con la red internacional de banqueros centrales. <sup>4</sup> Estas conexiones sobrevivieron a la guerra. El BPI ayudó a garantizar que los sucesores del Reichsbank en la posguerra, el Bank deutscher Länder y el Bundesbank, continuaran dominando las economías de la Europa de posguerra. El BPI proporcionó al BdL y al Bundesbank legitimidad y prestigio. El BdL, seguido por el Bundesbank, ocupó el lugar del Reichsbank en las reuniones de gobernadores. El BPI le proporcionó al Bundesbank una red instantánea de conexiones con otros bancos centrales y una plataforma para dar forma al debate sobre la economía de la Europa de posguerra. Tampoco es que el personal cambiara mucho: Karl Blessing, el protegido de Schacht, trabajó en el BPI a principios de los años treinta, fue transferido al Reichsbank, donde supervisó un imperio de obreros esclavos durante la guerra y, en 1958, volvió al BPI, como presidente del Bundesbank.

Durante los años treinta y cuarenta, igual que en los ochenta y noventa, los políticos diseñaron la teoría general de la unificación europea, mientras que los tecnócratas —como Funk— trazaban los pasos prácticos. Ya en 1940, Arthur Seyss-Inquart, comisario del Reich en los Países Bajos ocupados por los nazis, pedía una nueva comunidad europea «que estuviera por encima y fuera más allá del concepto de Estado-nación», una comunidad que «transformaría el espacio vital que la historia nos ha dado en un nuevo dominio espiritual». <sup>5</sup> La nueva Europa se beneficiaría de «las técnicas de producción más modernas y de un sistema de comercio y comunicaciones continental creado conjuntamente». Era inevitable una prosperidad en rápido crecimiento «una vez que se eliminaran las barreras nacionales». <sup>6</sup>

Cuando Hitler pidió que se eliminara el «barullo de las pequeñas naciones», Funk se mostró

enseguida de acuerdo. «Debe haber una buena disposición a subordinar los intereses propios, en ciertos casos, a los de la Comunidad Europea».<sup>7</sup> El presidente del Reichsbank expuso sus ideas en un documento detallado, de ocho páginas, llamado «Reorganización económica de Europa», una copia del cual se guarda en los archivos del BPI en Basilea. El documento fue traducido por Per Jacobsson y enviado a Thomas McKittrick, el 26 de julio de 1940.<sup>8</sup>

Corrían todo tipo de eslóganes sobre la «construcción y organización del sistema económico alemán y europeo después de la guerra», y el favorito era «economía europea de grandes unidades», observaba Funk en su documento de 1940. Todavía no existía una construcción así, pero «la nueva economía europea debe ser un desarrollo orgánico» y será el resultado de «una estrecha colaboración económica entre Alemania y los países europeos». La moneda dominante sería el reichsmark, pero la base monetaria de la Europa de posguerra tenía una importancia secundaria frente a la importancia del liderazgo económico. «Dada una economía europea sana y una sensata división del trabajo entre las economías europeas, el problema de la moneda se solucionará por sí mismo, porque entonces será meramente cuestión de una técnica adecuada». Aquí Funk parece anticiparse a los argumentos de los entusiastas del euro que, cincuenta años después, afirmaban que una moneda común, si se construía debidamente, en las condiciones económicas correctas, no podía fracasar.

El análisis y la predicción de Funk son perturbadoramente proféticos del rumbo que seguiría la historia política y económica de la Europa de posguerra. El reichsmark sería la moneda dominante y, una vez libre de la deuda exterior, su zona monetaria debía «seguir ensanchándose». Los pagos bilaterales debían transformarse en transacciones económicas multilaterales y acuerdos de compensación, «de forma que diversos países puedan iniciar relaciones económicas debidamente reguladas entre ellos por la intermediación de acuerdos de compensación de esta clase», igual que sucedió en el Acuerdo de París, de 1947, respecto a los pagos multilaterales y los mecanismos que los sucedieron, como la Unión Europea de Pagos (UEP).

No se podían abolir los controles a las divisas de una tacada ni introducir rápidamente la unión monetaria. El proceso debía ser gradual, argumentaba Funk, previendo la necesidad de un sistema a medio camino, como la UEP, que liberaba a los no residentes de los controles del cambio de divisas, aunque siguieran en vigor para los ciudadanos. «El problema no es el libre cambio ni la unión monetaria europea, sino, en primer lugar, un mayor desarrollo de las técnicas de compensación con el propósito de asegurar un curso sin contratiempos para los pagos dentro de los países que participen en la compensación.» Los tipos de conversión debían ser controlados y mantenidos estables. Éste era también el objetivo de la «serpiente en el túnel» y del Sistema Monetario Europeo, que eran, igual que la UEP, gestionados o mantenidos por el BPI.

Una unión monetaria real era más complicada, decía Funk proféticamente, ya que exigía «un nivel de vida asimilado gradualmente; además, incluso en el futuro, ese nivel no puede ser el mismo en todos los países que participen en la compensación europea», una declaración que se adelantaba claramente al desequilibrio actual entre Alemania y Grecia. Pero una vez que estuviera

en funcionamiento el sistema de compensación central europeo, se abolirían las restricciones al mercado de divisas, primero para los viajeros que cruzaban fronteras y después para el comercio exterior. Se haría una hoguera con las regulaciones que frenaban el comercio. Funk escribió: «La vigilancia meticulosa y todas las regulaciones que lastran a la empresa comercial individual con una masa de formularios, ya no serán necesarias».<sup>9</sup>

Funk predijo también, y acertó, que las futuras divisas europeas no estarían vinculadas al oro. El nuevo sistema monetario multilateral proporcionaría el respaldo necesario. El factor decisivo en las relaciones comerciales sería la calidad de los bienes alemanes destinadas a la exportación, «y en este sentido, realmente, no tenemos que preocuparnos». Las necesidades alemanas serían fundamentales para la economía de la nueva Europa. Alemania llegaría a acuerdos económicos de larga duración con los países europeos, de tal forma que éstos planificarían su producción a largo plazo pensando en el mercado alemán; además habría «mejores salidas para los productos alemanes en los mercados europeos».<sup>10</sup>

Los líderes nazis recibieron con los brazos abiertos los planes de Funk. En 1942, el Ministerio de Asuntos Exteriores creó un «Comité Europeo», cuyos miembros elaboraron planes para una confederación europea dominada por Alemania. Aquel mismo año, la Unión de Industriales y Empresarios de Berlín celebró una conferencia en la Universidad de Economía de la ciudad, titulada «Comunidad Económica Europea». Como observa el escritor John Laughland, los títulos de los discursos pronunciados en la conferencia «recuerdan de un modo inquietante el moderno discurso proeuropeo». Entre ellos están «La cara económica de la nueva Europa», «La evolución hacia la Comunidad Económica Europea», «Cuestiones monetarias europeas», y el perenne asunto, que sigue discutiéndose hoy: «La cuestión fundamental: ¿es Europa un concepto geográfico o una realidad política?».<sup>11</sup>

En junio, un funcionario alemán redactó «Elementos básicos de un plan para la nueva Europa», que exponía cómo funcionaría la nueva confederación. Una gran parte suena muy familiar. La sección titulada «Organización económica de Europa» pedía una unión aduanera europea, un centro de compensación europeo que estabilizaría los tipos de cambio, con el objetivo final de llegar a la unión monetaria europea, y la «armonización de las condiciones laborales y el bienestar social».<sup>12</sup>

Heinz Pol predijo la remodelación de sí misma que llevó a cabo Alemania en la posguerra, presentándose como bastión penitente de la democracia. Pol, antiguo director de un periódico berlinés, había llegado a Estados Unidos huyendo de los nazis. El BPI, escribió, era un pilar básico de esta política de conveniencia: reconocer que Alemania había perdido la guerra y que necesitaba llegar a un acuerdo con los Aliados para conservar su dominio de Europa. Durante la guerra, tanto Hermann Schmitz, consejero delegado de IG Farben, como Kurt von Schröder, el banquero nazi, usaron sus puestos como directores del BPI para mantener abiertos los canales de comunicación con los Aliados, escribió Pol en su libro, *The Hidden Enemy*, que se publicó en 1943. «Desde el



principio de esta guerra, ambos han mantenido contactos, a través de intermediarios, con sus amigos en los negocios, en todos los países de Naciones Unidas». [13](#)

Los documentos del Plan Harvard de la OSS, donde se detalla el papel de Thomas McKittrick en la negociación de acuerdos con los industriales alemanes, confirman la tesis de Pol de que el BPI era un punto de contacto para las negociaciones sobre los planes de Alemania para dominar la Europa de la posguerra. Las predicciones de Pol sobre cómo los líderes alemanes de la posguerra abandonarían rápidamente los elementos externos del nazismo siguen siendo una lectura inquietante:

Para obtener una paz que les dejara en el poder, harán ostentación de «espíritu europeo» y ofrecerán «cooperación» en todo el mundo. Parlotearán sobre libertad, igualdad y fraternidad. De repente, tratarán de ganarse a los judíos. Jurarán vivir de acuerdo a las exigencias del Pacto Atlántico y de cualquier otro pacto. Compartirán el poder con todos, incluso dejarán que otros gobiernen durante un tiempo. Harán todo esto y más, sólo con que les permitan conservar algunas posiciones de poder y control; es decir, las únicas posiciones que cuentan: en el ejército, aunque haya quedado reducido a unos cuantos miles de hombres; en las organizaciones económicas clave; en los tribunales; en las universidades y en las escuelas. [14](#)

Todo lo cual es precisamente lo que sucedió cuando, después de 1945, los antiguos nazis ocuparon muchos de los puestos de «poder y control» claves de la nueva Alemania. Su legado ha demostrado ser sumamente rentable. Alemania tiene ahora la mayor economía de la Unión Europea y la cuarta mayor del mundo. Grecia se enfrenta a la ruina y España está atrapada en la recesión, pero Alemania está en auge, con tasas de crecimiento del 3,7 por ciento en 2010 y del 3 por ciento en 2011. Gran parte de este éxito se basa, como predijo Funk, en la gran calidad de las exportaciones alemanas. Alemania tiene una cuota total del comercio mundial de alrededor del 9 por ciento. El país es especialmente fuerte en los sectores farmacéutico, de biotecnología y de ingeniería genética.

BASF y Bayer, dos de las empresas sucesoras de IG Farben, dominan en su campo. BASF es la compañía de productos químicos mayor del mundo, con unas ventas anuales de 73.500 millones de euros. Bayer, que fabrica la aspirina, emplea a 112.000 personas. Bayer no se avergüenza en absoluto de sus raíces en IG Farben. En 1964, crearon una fundación para honrar a Fritz ter Meer en su ochenta cumpleaños, con una donación de dos millones de marcos alemanes. Ter Meer llevó las negociaciones de IG Farben con Standard Oil y supervisó la construcción de IG Auschwitz. En 1948, fue declarado culpable de crímenes de guerra y condenado a siete años de prisión. Quedó en libertad en 1950 y, más tarde, se incorporó al consejo de vigilancia de Bayer. La fundación de Bayer en su honor cambió de nombre en 2005 y existió hasta 2007.

A principios de los años noventa, la «economía europea de grandes unidades», quizá mejor

conocida como la eurozona, estaba claramente a la vista. Los preparativos técnicos llevaban décadas en marcha, por lo menos desde 1964, cuando el comité de los gobernadores de los bancos centrales europeos se reunió por vez primera en el BPI para coordinar la política monetaria, si no desde 1947, cuando se firmó el Acuerdo de París sobre pagos multilaterales. La recepción positiva del Informe Delors de 1989, que había sido redactado en el BPI y que trazaba el plan para la UME, significaba que el impulso político era imparable.

En diciembre de 1993, Alexandre Lamfalussy dimitió de su cargo como director general del BPI y empezó a trabajar como director del Instituto Monetario Europeo (IME), precursor del Banco Central Europeo. Se le echaría mucho de menos. «Lamfalussy puso al BPI en el mapa. Era magnífico, muy brillante», dijo Geoffrey Bell, fundador del grupo asesor G30, un laboratorio internacional de ideas. «Lamfalussy era un pensador, especialmente cuando el banco empezó a entrar en cuestiones intelectuales como la regulación bancaria y el estado general del mundo».<sup>15</sup>

El IME abrió sus puertas al mes siguiente. Lamfalussy no tuvo que ir muy lejos; el instituto tenía su sede en el BPI. El presidente cargaba con una tarea colosal: la construcción de la primera institución monetaria transeuropea, en preparación para la introducción de una moneda única. No había nadie más cualificado para el puesto que Lamfalussy. Había estado en el centro del impulso hacia la unión monetaria europea casi desde su inicio. El economista húngaro alardeó, en una ocasión, de que eran sus subordinados los que «sostenían la estilográfica» y «preparaban las reuniones en Basilea de un proyecto que era principalmente europeo».

Después de once meses, en noviembre de 1994, al IME se le había quedado pequeño el BPI y se trasladaron a Fráncfort. Su nueva sede era un rascacielos en Willy-Brandt-Platz, conocido como la «Eurotorre». El pequeño número de empleados que Lamfalussy trajo del BPI no era suficiente. El presidente del IME tuvo que reclutar a 150 personas en seis meses, y la red de contactos que había acumulado durante sus diecisiete años en el BPI fue de un valor incalculable. «Yo conocía a todo el mundo y, cuando veía que había un agujero en la organización o que necesitábamos a alguien... sabía exactamente a quién pedirselo, y les podía pedir cualquier cosa. Era una ventaja fenomenal». La red de Lamfalussy era también una ventaja para los gobernadores del IME, recordaba, «porque ellos también se conocían unos a otros y, además, conocían al personal».<sup>16</sup>

La Eurotorre tenía cuarenta plantas de altura, más del doble que los dieciocho del BPI. El tamaño del rascacielos de Fráncfort simbolizaba su papel como sede de una idea alimentada en el BPI, pero que había superado en mucho su lugar de nacimiento. A pesar de ello, el pequeño y sociable mundo de la Torre de Basilea no tardó en verse duplicado aquí. En los años sesenta, Charles Coombs, de la Reserva Federal de Nueva York, recordaba que, en las reuniones de gobernadores del BPI, a menudo los banqueros centrales no tenían necesidad de acabar sus frases «porque todos conocíamos, instintivamente, el resto y de una forma casi misteriosa, nos dábamos cuenta simultáneamente de cuál era la solución técnica apropiada». El presidente del IME disfrutaba de la misma clase de telepatía con Hans Tietmeyer, presidente del Bundesbank, y con Jacques Delors, presidente de la Comisión Europea.

Cuando los banqueros y políticos más poderosos de Europa acudían a Fráncfort para discutir el proyecto de la moneda única, Lamfalussy presidía la mesa. «Cuando Tietmeyer o Delors... levantaban la mano para preguntar algo, yo sabía exactamente qué iban a preguntar, y ellos también sabían que yo sabía exactamente lo que querían preguntar. Bastaba mirarlos y sabía de qué querían hablar, porque sabía qué pensaban.»<sup>17</sup>

La marcha del IME a Fráncfort dejó un vacío en el BPI. Los largos y curvados pasillos estaban más silenciosos, el ambiente de excitación, porque el banco era el centro del proyecto monetario más ambicioso de la historia de Europa, se había disipado, y en el restaurante del personal el ruido de las conversaciones estaba más apagado. Hasta el comité de los gobernadores, que se había reunido en el BPI desde 1964, había desaparecido. Los miembros del comité —los gobernadores de los bancos centrales europeos— ahora formaban el consejo del IME.

Una vez más, el BPI se enfrentaba a una crisis existencial: ¿era necesario que existiera? Ciertamente, el banco seguía siendo rentable. Las cuentas para el año que acababa en marzo de 1995 mostraban un beneficio neto de 162,4 millones de francos suizos oro. Pero si el BPI no tenía ningún cometido internacional, sería cada vez más difícil justificar su existencia y los amplios privilegios legales que le ayudaban a garantizar esos beneficios. El banco tenía un nuevo director, Andrew Crockett, un economista británico que había trabajado para el FMI desde 1972 a 1989. Crockett llegó al BPI en 1994, desde el Banco de Inglaterra, donde había pasado cuatro años como director ejecutivo. Allí pudo observar de primera mano los efectos secundarios del Big Bang, la desregulación de la City de Londres.

Hasta el Big Bang, la City había seguido siendo una especie de cómodo club para los contactos entre antiguos alumnos de colegios elitistas y largos almuerzos, donde Montagu Norman se habría sentido como en casa. Aquel mundo desapareció casi de la noche a la mañana. Los bancos de inversiones inundaron la Milla Cuadrada, trayendo con ellos nuevas tácticas agresivas. La ley Glass-Steagall de 1933, que separaba la banca de inversiones de la banca comercial, seguía vigente en Estados Unidos. Londres, recién descargada de unas engorrosas regulaciones, ofrecía unas oportunidades fabulosas, incrementadas por el rápido aumento de la tecnología informática, que aceleraba el comercio. El BPI le dio al Big Bang una cauta bienvenida. «Se temía que si no se hacía nada, la Bolsa sería incapaz de competir con instituciones extranjeras, y las empresas se trasladarían fuera del país», observó el BPI en su informe anual de 1987.<sup>18</sup> Los cambios habían atraído un «influjo importante» de capital a los bancos británicos y de otros países, observó el BPI, pero había puesto de relieve la importancia de crear murallas chinas dentro de las empresas para evitar conflictos de intereses. No obstante, esas murallas no tardaron en desplomarse bajo el tsunami del dinero. Con frecuencia, los nuevos socios estadounidenses de las firmas de la City tenían pocos escrúpulos respecto a los conflictos de intereses. Aconsejaban a una compañía sobre una fusión y luego vendían las nuevas acciones.

Algunos decían que el puesto en el BPI era el premio de consolación de Crockett por no haber conseguido el cargo máximo en el FMI. En cualquier caso, no se había incorporado al BPI para ver cómo desaparecía. Los antecedentes internacionales de Crockett aportaban una valiosa perspectiva a lo que todavía podía ser una institución localista y acogedora. Crockett comprendía que la creación del IME señalaba el final de una época para el BPI. El banco tenía sesenta y cuatro años; la edad de jubilación. Su misión original, la de administrar los pagos de Alemania por reparaciones de la Primera Guerra Mundial, hacía tiempo que había desaparecido y los detalles de las crípticas disputas se conservaban en polvorientas carpetas en los archivos del banco.

De repente, el BPI parecía un anacronismo, un vestigio de la época de los controles crediticios y las restricciones monetarias, en una economía global que cada vez estaba más interrelacionada, era más dinámica y se movía más rápidamente. Los países pequeños y poco importantes, como Bélgica y los Países Bajos, tenían un puesto en el consejo, pero ¿dónde estaban los bancos centrales de China, Brasil, Arabia Saudí y Rusia? Es verdad que Japón, Canadá y Turquía se habían incorporado al BPI, pero muchos, especialmente en Estados Unidos, consideraban que el banco era una institución plenamente eurocéntrica. William White, del Banco de Canadá, entró en el BPI en mayo de 1995, como jefe del Departamento Económico y Monetario, la sección de investigación del banco. «Cuando llegué, la gente se preguntaba qué iba a hacer el BPI después del euro. Era una pregunta legítima. Se trataba de una organización muy fuertemente europea. Una vez creado el IME, todo lo relativo al euro se iba a hacer en algún otro sitio».<sup>19</sup>

El BPI tenía que encontrar un nuevo propósito. Para Crockett estaba claro, recordaba White. «Crockett dijo: “Vamos a hacernos globales”». Pero para que eso sucediera, Estados Unidos tenía que estar a bordo. Más de sesenta años después de que el BPI fuera fundado, la Reserva Federal seguía manteniendo las distancias y no había aceptado su paquete de acciones, pese a las profundas raíces estadounidenses del BPI. Estados Unidos siempre había seguido lo que sucedía en el banco y en las discusiones que tenían lugar allí. Pero los cargos de la Reserva Federal de Estados Unidos que viajaban a Basilea eran observadores, no representantes de un banco miembro. Crockett quería poner fin a esta anomalía. Creía que todos los países que tomaban parte en la reunión de gobernadores del G10 en el BPI, el domingo por la noche, deberían ser miembros del banco y estar representados en su consejo. Primero, la Reserva Federal tenía que unirse al banco y, luego, al consejo.<sup>20</sup>

Durante los años setenta y ochenta, Washington no estaba especialmente interesado en el BPI. Se prestaba atención, principalmente, al comercio, más que a las finanzas, según dijo Karen Johnson, exdirectora de la Reserva Federal para Finanzas Internacionales. «El comercio se comporta de un modo bastante predecible. Es difícil que cambie, pero también es difícil que te sorprenda. Esto empezó a alterarse en los años ochenta y cambió enormemente en los noventa». Una globalización en rápido aumento, el creciente poder de los mercados internacionales y la capacidad del dinero para circular cada vez más rápido por todo el mundo pusieron de relieve que la economía de Estados Unidos estaba inextricablemente unida al sistema financiero global. «Las

conexiones financieras se han vuelto muchísimo más importantes. Lo que sucedía en los mercados financieros iba mucho más deprisa. Era mucho más probable que las crisis o los acontecimientos no previstos se produjeran en el lado financiero», dijo Johnson.

Las presiones de Crockett dieron resultado. En 1994, la Reserva Federal se hizo cargo, finalmente, de sus acciones en el BPI, se incorporó al banco y nombró dos directores para el consejo: el presidente del consejo de la Reserva Federal y el presidente de la Reserva Federal de Nueva York. Se tomó la decisión de unirse al consejo, según observó Charles J. Siegman, alto cargo de la División de Finanzas Internacionales de la Reserva Federal, «al reconocer el papel cada vez más importante del BPI como principal foro de consulta, cooperación e intercambio de información entre banqueros centrales y en previsión de una ampliación de ese cometido».<sup>21</sup> La decisión estadounidense enviaba una poderosa señal al mundo indicando que el BPI seguía siendo relevante, necesario y podía contribuir a la estabilidad financiera internacional. Dos años después, en 1996, los bancos centrales o las autoridades monetarias de China, India, Rusia, Brasil, Hong Kong, Singapur y Arabia Saudí se incorporaron al BPI. El futuro del banco estaba asegurado.

Como director de la División de Finanzas Internacionales, Karen Johnson asistió a las reuniones de gobernadores durante nueve años, desde 1998 hasta su retiro en 2007, acompañando ya a Alan Greenspan, presidente del consejo de la Reserva Federal, ya a su sucesor, Ben Bernanke, ya a sus adjuntos. Johnson presionó con éxito para que la Reserva Federal prestara atención al BPI. «La actitud estadounidense hacia el BPI cambió porque el mundo cambió. El BPI aumentó el número de sus miembros porque había países en el resto del mundo que ahora importaban de un modo que no habían importado antes. El BPI pasó de ser algo eurocéntrico a lo que Estados Unidos prestaba poca atención a convertirse en algo global e internacional. Una vez que aceptamos nuestras acciones, el grado en que se involucraron los altos cargos de la Fed cambió totalmente».<sup>22</sup>

La Reserva Federal y la Reserva Federal de Nueva York, como todos los bancos centrales visitantes, abrieron una microsucursal en las oficinas centrales del BPI durante los fines de semana en Basilea. Ambas tenían sus propias oficinas, así como una sala extra compartida, para el personal o para otros gobernadores que asistieran. Johnson disfrutaba de sus viajes a Basilea. Procedente de la Universidad de Stanford, se había incorporado a la Reserva Federal en 1979, una rara mujer en el mundo de la banca central, dominado por los hombres. «Cuando asistía a esas reuniones internacionales, de nuevo era la única mujer en la sala, pero como en mi identificación ponía “Fed”, eso me abría todas las puertas que quería».<sup>23</sup>

En junio de 1998, cuatro años y cinco meses después de que Alexandre Lamfalussy dejara el BPI para crear el IME, éste cerró; una señal de éxito más que de fracaso. El Banco Central Europeo entraba en funcionamiento. Siete meses después, el 1 de enero de 1999, once países lanzaban el euro. Técnicamente, el nacimiento de la moneda única fue una hazaña extraordinaria, ganando justamente para el antiguo director del BPI el título de «padre del euro». Finalmente, el euro

sustituyó a las monedas nacionales en enero de 2002. La cobertura de la prensa, una gran parte de la cual era exultante, se centraba en los beneficios. Eran considerables, por lo menos en términos de conveniencia y facilidad de las transacciones monetarias, y muy similares a los pronosticados por Funk en su documento de 1940. Los viajeros podrían usar la misma moneda desde la costa atlántica de Portugal hasta la frontera ártica de Finlandia. Lo mismo podrían hacer las empresas que comerciaban en la eurozona. Los cargos bancarios para las cuentas en divisas, la comisión al cambiar de moneda, la pesada contabilidad, todo se desvaneció al instante. El Pacto de Crecimiento y Estabilidad, firmado en 1997, garantizaría, teóricamente, la disciplina presupuestaria y mantendría estable la moneda. No se permitiría que los déficits presupuestarios nacionales excedieran el tres por ciento del PIB.

En medio del júbilo, se prestó menos atención a los aspectos políticos de una moneda única. Una vez más, se presentó la sigilosa eliminación de la soberanía nacional, fundamentalmente, como una innovación tecnocrática, en lugar de una decisión política, como en realidad era el caso desde el establecimiento de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero en 1951.

Cuando un país se unía a la eurozona, su banco central se convertía automáticamente en parte del Sistema Europeo de Bancos Centrales, cuya pieza fundamental era ahora el BCE. El país miembro cedía el control de su política monetaria, aunque estaba representado en el Consejo de Gobierno del BCE. Era lógico: una moneda común pronto quedaría fuera del negocio si cada Estado miembro tuviera un feudo monetario independiente.

En Londres, se veía con horror la idea de entregar su soberanía monetaria. En Washington, Paul Volcker adoptó una opinión más matizada. Apoyaba la idea de un Banco Central Europeo, pero opinaba: «Es algo muy peculiar tener un banco central sin un gobierno».<sup>24</sup> El presidente del consejo de la Reserva Federal veía la lógica que había detrás de un único banco y una única moneda, pero pensaba que era preciso que se integraran adecuadamente en la disciplina fiscal. «Había factores negativos, tanto como positivos. Siempre había alguien que devaluaba una moneda. Luego hacía intentos para estabilizarla y, después, se iba a pique. Así que, para mí, tenía sentido contar con una moneda común si tienes muchos problemas. Pero era demasiado optimista pensar que la mera existencia de una moneda común forzaría a la disciplina a cada miembro individual, porque ya no podrían devaluar su moneda».<sup>25</sup>

A muchos, les parecía que la introducción del euro era, en parte, una continuación de la Segunda Guerra Mundial por otros medios. Los auténticos problemas no eran monetarios, sino políticos. Los políticos franceses creían que la moneda única solventaría el problema alemán para siempre. Por dos veces en un siglo, Alemania había arrasado Europa. Pero ahora que estaba atada al proyecto de integración europeo, incluso encadenada a él, no querría ni podría ir de nuevo a la guerra. El futuro y la prosperidad de Alemania estaría inexorablemente vinculado al de su vecina y rival más importante: Francia. Por supuesto, las rivalidades nacionales continuarían, pero los alemanes serían parte de una moneda transeuropea que diluiría su soberanía monetaria y, finalmente, dejaría atrás los fantasmas de la Segunda Guerra Mundial. Los franceses creían —

erróneamente, como se ha visto— que Berlín ya no podría dominar la economía europea. De hecho, el Bundesbank trazó el diseño del BCE, asegurándose de que se centrara en la estabilidad de los precios, y conservó una enorme influencia en las operaciones del banco.

La creación del euro fue un compromiso político, dijo Zsigmond Jarai, antiguo gobernador del Banco Nacional de Hungría y ministro de finanzas. «Francia dejó que Alemania se unificara en 1989. Pero le preocupaba que una Alemania unificada dominara todo el continente y fuera demasiado fuerte. Así que París dijo: “De acuerdo, os podéis unificar, pero sin el marco alemán; a cambio tendremos el euro”. Los alemanes aceptaron y, además, ganaron un nuevo mercado en Europa del Este para sus exportaciones». El marco alemán era la base del euro, dijo Jarai. «La meta era exportar la estabilidad alemana a Francia e Italia, y el Bundesbank era el banco que podría controlar la inflación. Francia e Italia no podían hacerlo. La meta era usar el BCE para obligar a Francia e Italia a mantener su dinero bajo control».<sup>26</sup>

Según Rupert Pennat-Rea, que fue subgobernador del Banco de Inglaterra, desde 1993 a 1995, la nueva moneda, pensada para simbolizar una nueva era de cooperación europea, era realmente un medio para saldar viejas cuentas.

El euro fue una creación monstruosa. Estaba impulsado por la política de la relación francoalemana, que era un reflejo obvio de la relación entre el Bundesbank y el Banco de Francia; en general, lo que el primero hacía, el segundo lo repetía, después, de inmediato. La clase política francesa detestaba el hecho de tener que bailar al son que tocaba el Bundesbank. Se podría decir que, desde el punto de vista francés, el euro era poco más que un medio de salir de aquel continuo insulto a su orgullo nacional. Los franceses creían que eran, más o menos, iguales a los alemanes en la mayoría de aspectos, pero en las cuestiones monetarias, siempre, siempre eran segundos y estaban supeditados a ellos. Lo odiaban.

Y pese a todos los conocimientos técnicos y la experiencia suministrados por Lamfalussy y su BPI en el exilio en Fráncfort, el proyecto estaba condenado al fracaso desde el principio, decía el antiguo banquero central británico. «Estaba totalmente mal diseñado. No se debe crear una unión monetaria con unas economías tan dispares, porque no funciona. Muchos economistas lo decían, pero los políticos dijeron que ellos sabían más, que estaban haciendo historia. Que tenían una legitimidad evangélica que el resto de los meros mortales no comprendíamos».<sup>27</sup>

¿Por qué, entonces, los alemanes aceptaron? Según Pennat-Rea, el Bundesbank siempre detestó la idea del euro, porque veía claramente que la unión monetaria diluiría la soberanía alemana. Pero el canciller Helmut Kohl, el presidente François Mitterrand y Jacques Delors estaban obsesionados por ocupar un lugar en los libros de historia. La pérdida de la soberanía monetaria era un precio pequeño a cambio de rediseñar un continente, según un plan trazado en Berlín tanto como en París y Bruselas. «Creo que fue un asunto de grandes hombres y su momento. Aquí estamos nosotros,

creando la nueva Europa, donde podemos decir, tajantemente, que toda esa espantosa historia del último siglo ha quedado atrás y nunca volverá, porque ahora hemos creado algo totalmente diferente. Pero todo eso no guardaba relación alguna con lo que pensaba o quería el pueblo alemán; sus líderes nunca sondearon la opinión pública. Fue horrible». [28](#)

Cualesquiera que fueran sus dudas internas, Lamfalussy siguió adelante con la tarea de hacer que el euro fuera realidad. El economista húngaro era una persona modesta y agradable, según Pennant-Rea. «Siempre trataba de encontrar la verdad en los aspectos económicos. Pero trabajaba en la creación del euro en un ambiente muy politizado, tratando de ser fiel a sus análisis económicos y no dejar que los políticos lo trastornaran».

Incluso los que sentían más simpatía por el proyecto admiten que estaba viciado desde el principio. La eurozona tenía dos fallos intrínsecos. En primer lugar, no era una zona monetaria homogénea. Unir países tan diversos como Alemania y Grecia —o Italia y Francia, si a eso vamos— cada uno con su diferente cultura, historia, política fiscal y económica y actitud hacia el papel del Estado y el derecho a subir los impuestos iba a ser siempre una empresa arriesgada, como había pronosticado Walter Kunk en 1940. En segundo lugar, la eurozona necesitaba un sistema fiscal transnacional creíble, con normas y un mecanismo de aplicación, como defendía Lamfalussy. Los gobiernos nacionales de la eurozona conservaban el derecho a aumentar los impuestos y controlar el gasto público, aunque esas decisiones tuvieran un impacto negativo en los demás miembros. Por ello, los miembros de la eurozona eran, de hecho, rehenes unos de otros, sin ningún medio para controlar esas influencias externas.

Se puede objetar que el impulso hacia la plena unión era ya imparable. El euro era una moneda cuyo momento había llegado. Al igual que el rentenmark de Hjalmar Schacht, que fue creado para eliminar la hiperinflación en los años veinte, o el marco alemán que se creó para estabilizar la economía de la posguerra, el euro daría resultado, o tenía que darlo, porque suficientes personas, en especial entre la clase dominante europea, creían que lo daría. Y siempre se trató de algo más que una moneda común. Los tecnócratas creían que la introducción de la UME impondría, de alguna manera, la solución a las contradicciones del euro y luego catalizaría el proceso de una unión europea monetaria, económica y política plena. «Los países miembros de la eurozona y la Unión Europea siempre han usado unas decisiones un tanto estrictas respecto a la estructura económica para tratar de construir una economía política más amplia en Europa», según Malcolm Knight, que fue director del BPI desde 2003 a 2008. [29](#)

En otras palabras, se han usado las decisiones técnicas sobre política financiera y monetaria para introducir, furtivamente, el Estado supranacional, a menudo a través del BPI. No se prestó atención a las advertencias sobre las contradicciones de la moneda única, y ahora Europa está pagando el precio. Natham Sheets, que fue el jefe de la división de Finanzas Internacionales de la Reserva Federal desde 2008 a 2011, decía que algunos de los problemas de la eurozona se podrían haber previsto. «Cuando redactaron los tratados, no tenían ningún plan B. Hicieron que fuera imposible que alguien se marchara o fuera expulsado. No hay mecanismos claros para tratar con un país cuya



deuda soberana esté en dificultades. Hubo un compromiso insuficiente para vigilar y asegurarse de que todos respetaban las reglas». <sup>30</sup> Estos fallos se han exacerbado con la subsiguiente expansión de la eurozona hasta los diecisiete miembros. «Empezaron la eurozona con un grupo de países muy heterogéneo y luego lo hicieron todavía más heterogéneo admitiendo a esos países adicionales». <sup>31</sup>

Era evidente, desde el comienzo, que el euro no podía funcionar, dijo Zsigmond Jarai, que asistió a numerosas reuniones del BPI y conocía bien a su compatriota Alexandre Lamfalussy. «Lamfalussy me lo dijo, antes de la crisis, porque estaba claro para todos que si tienes una moneda común, debes tener una política fiscal y económica común desde el principio. Lamfalussy me dijo que la idea era crear la moneda primero y que eso forzaría la creación de una política fiscal y económica más común». <sup>32</sup> Sin embargo, Europa sigue esperando.

---

<sup>1</sup>John Laughland, *The Tainted Source*, Warner Books, Londres, 1997, 32. (Publicado en español con el título *La fuente impura*, Andrés Bello, Barcelona, 2001.)

---

<sup>2</sup>Stephen Haseler, *Super-State: The New Europe and its Challenge to America*, I. B. Taurus, Londres, 2004, 80.

---

<sup>3</sup>Antony Beevor, «Europe's Long Shadow», *Prospect*, diciembre 2012.

---

<sup>4</sup>Toniolo, 229.

---

<sup>5</sup>Laughland, 17.

---

<sup>6</sup>ibid.

---

<sup>7</sup>ibid., 17-18.

---

<sup>8</sup>Walter Funk, «Economic Reorganization of Europe». Traducción al inglés fechada 26 julio, 1940. Archivos BPI, papeles de Thomas McKittrick.

---

<sup>9</sup>Op. cit.

---

<sup>10</sup>ibid.

---

<sup>11</sup>Laughland, 30.

---

12Ibid., 33.

---

13Heinz Pol, *The Hidden Enemy: The German Threat to Post-War Peace*, Julian Messner, Nueva York, 1943, 256.

---

14Ibid., 257.

---

15Entrevista del autor con Geoffrey Bell en Nueva York, abril 2012.

---

16Entrevista con Alexandre Lamfalussy en Bruselas, 8 marzo 2010. «The BIS, the Committee of Governors of the Central Banks of the EEC, and the Delors Committee», disponible en <http://www.cvce.eu>.

---

17Ibid.

---

18Banco de Pagos Internacionales, Informe Anual 1987, BPI, Basilea, 1987, 81.

---

19Entrevista con William White, diciembre 2012.

---

20Japón, miembro fundador del BPI, lo abandonó en 1951. Se reincorporó en 1970, cuando el Banco de Canadá también se convirtió en miembro del BPI.

---

21Charles J. Siegman, «The Bank for International Settlements and the Federal Reserve», *Federal Reserve Bulletin*, 80, 10, octubre 1994, 900.

---

22Entrevista del autor con Karen Johnson, en Washington, mayo 2012.

---

23Ibid.

---

24Entrevista del autor con Paul Volcker en Nueva York, mayo 2012.

---

25Ibid.

---

26Entrevista del autor con Zsigmond Jarai en Budapest, noviembre 2011.

---

27Entrevista del autor con Rupert Pennant-Rea en Londres, julio 2012.

---

28Ibid.

---

29Entrevista del autor con Malcolm Knight en Nueva York, mayo 2012.

---

30Entrevista del autor con Nathan Sheets en Nueva York, abril 2012.

---

31Ibid.

---

32Entrevista del autor con Zsigmond Jarai.

## El ojo que todo lo ve

«Tenía una carpeta de quince centímetros de grueso sobre Freddie Mac y Fannie Mae.»

WILLIAM WHITE

La decisión del BPI de recoger datos estadísticos sobre la actividad bancaria y computerizar su propia base de datos había rendido unos dividendos generosos. El banco se convirtió rápidamente en una de las instituciones mejor informadas del mundo, especialmente respecto a las transacciones bancarias entre países y al flujo del capital internacional. Los bancos comerciales, incluyendo algunos domiciliados en centros financieros *off shore*, proporcionaban datos doble sus activos y pasivos y sobre las operaciones transfronterizas y en divisas a una autoridad bancaria central —por lo general, el banco nacional o su equivalente—, la cual agregaba los datos y se los enviaba al BPI. El banco publicaba parte de la información en su revista trimestral. El BPI había sido diseñado como banco para bancos centrales. Pero ágil como siempre, se había remodelado para convertirse en punto de referencia esencial para la información sobre el sector de la banca comercial y sobre todo lo que se derivaba de ello.

El 65.º Informe Anual, que abarcaba 1994 y 1995, tenía 228 páginas y era una auténtica enciclopedia de estadísticas e indicadores económicos y financieros. Cubría el comercio internacional tanto en Occidente como en el mundo en vías de desarrollo: política monetaria, mercados de obligaciones, tipos de cambio, flujos de capital en mercados occidentales y emergentes, y evolución de los mercados financieros internacionales. Ofrecía resúmenes, análisis y orientación, y exigía una mayor cooperación entre bancos y autoridades reguladoras.

Cuando William White llegó a Basilea desde Ottawa en 1995, se hizo cargo de un departamento de investigación económica muy bien considerado. Las prescripciones del banco habían permanecido más o menos constantes desde que, en 1931, llegó Per Jacobsson y escribió los primeros informes: estricto control del crédito y necesidad de controlar la inflación. «Si algo distingue el modo de ver las cosas del BPI de casi todos los demás —dijo White— es que hacen más hincapié en las cosas malas que pueden derivarse de prestar en exceso. Esto se remonta a los años

treinta y la fundación del banco después de la hiperinflación en Alemania».<sup>1</sup>

El banco había advertido contra el crédito excesivamente fácil que alimentaba el *boom* económico asiático durante la década de 1990. Cuando estalló la crisis de la deuda asiática, en 1997, y el baht tailandés se hundió y propagó el contagio por toda la región, el BPI quedó vindicado, aunque fuera un pobre consuelo. «Se decía que la crisis de la deuda del Sudeste de Asia había surgido de la nada y era imposible de predecir —dijo White—. Es una tontería. En los años noventa, las estadísticas bancarias del BPI dejaban muy claro que se estaban tomando prestadas enormes sumas de dinero a muy corto plazo, que luego se prestaban en moneda nacional con unos vencimientos mucho más largos. La crisis de la deuda asiática era un accidente anunciado».<sup>2</sup>

No obstante, saber que había un problema no equivalía a que el banco pudiera siempre convencer a los responsables políticos para que tomaran medidas preventivas o correctivas. Apenas unos años más tarde, a principios de la década del 2000, Estados Unidos se enfrentó a un posible colapso financiero parecido. La derogación en 1999 de la ley Glass-Steagall que separaba la banca comercial de la de inversión había ayudado a alimentar un auge crediticio y una burbuja de activos financieros. La ley Glass-Steagall había sido aprobada en 1933, durante la Gran Depresión. No se prestó ninguna atención a las advertencias de los que decían que revocarla provocaría otro ciclo de auge, caída y depresión.

A los funcionarios del BPI les preocupaba especialmente la Federal National Mortgage Association (FNMA), conocida coloquialmente como Fannie Mae, y la Federal Home Loan Mortgage Corporation (FHLMC), conocida como Freddie Mac. Ambas instituciones eran empresas públicas que proporcionaban liquidez al sistema de hipotecas. Compraban préstamos para la vivienda, siempre que esos préstamos satisficieran sus criterios, y los convertían en títulos con garantía hipotecaria. A continuación, Freddie y Fannie vendían esos títulos a inversores externos y garantizaban tanto el principal como el pago de intereses. Gracias al visto bueno del gobierno, el sistema funcionaba y permanecía estable.

Pero a principios de la década del 2000, Wall Street averiguó cómo comprar y titular las hipotecas sin pasar por Freddie o Fannie. Las entidades financieras, como Lehman Brothers y Bear Stearns agrupaban las hipotecas *subprime* de alto riesgo —las concedidas a prestatarios con una calificación crediticia baja— convirtiéndolas en valores. Posteriormente, las entidades financieras de Wall Street vendían esos valores a inversores, pocos de los cuales entendían los riesgos de lo que estaban comprando.

El sistema crediticio global estaba enormemente sobrecargado. El BPI había advertido repetidamente de que un excesivo crecimiento del crédito global, las malas prácticas en la concesión de créditos por parte de los bancos comerciales, los excesos del sector privado y los desequilibrios globales estaban alimentando una posible crisis. Pero como por todo el mundo fluían ríos de dinero fácil, al parecer nadie escuchaba. Los funcionarios del BPI no creían que Freddie y Fannie fueran un contaminante de los mercados globales. Más bien eran un potencial catalizador del desastre. Los banqueros centrales tenían que prestar atención. El lugar para hablar de Freddie y Fannie era el

Comité sobre el Sistema Financiero Global del BPI. Se encargó al comité, compuesto por subgobernadores de los bancos centrales y otros funcionarios, que analizara y reaccionara al estrés de los mercados financieros globales. Pero parecía que los banqueros centrales no querían hablar de Freddie y Fannie. Se consideraba que la cuestión era políticamente intocable.

Estados Unidos no era el único país con empresas poderosas y arriesgadas patrocinadas por el gobierno, empresas comerciales respaldadas por el Estado. Francia tenía su Caisse des dépôts et consignations, un fondo estatal de desarrollo e inversiones; cada estado alemán tenía su propio banco, conocido como Landesbank, y Japón ofrecía servicios de banca en Correos. La combinación de garantías estatales para los riesgos comerciales era potencialmente explosiva, tanto si se trataba de Tokio, Toulouse o Texas. Se hicieron intentos para que el comité considerara toda la cuestión de las empresas estatales, sin centrar la atención en un único país. También fracasaron.

Rupert Pennant-Rea dijo que los informes anuales del BPI seguían siendo una lectura esencial mucho después de que él dejara el Banco de Inglaterra.

El BPI empezó a advertir de los problemas del excesivo crecimiento del crédito, de la excesiva interconexión y de algunas otras debilidades importantes del sistema financiero allá por 2003 o 2004. Todo el mundo dice que nadie previó 2007-2008; no es verdad. Una organización que sí lo previó fue el BPI. No con todos los detalles. Pero en cuanto a advertir de que las cosas iban mal, que había demasiada deuda en los balances de todos los sectores, que los bancos estaban en un terreno interconectado muy peligroso, con posiciones enfrentadas entre ellos y con un exceso de apalancamiento, mucho de esto figura en esos informes anuales de aspecto tan aburrido.<sup>3</sup>

La tarea de alojar a los comités del BPI es menos glamurosa que, por ejemplo, prepararse para las reuniones de los gobernadores. Pero a la larga, los comités son, por lo menos, igual de útiles para el banco: el BPI se ha convertido en un pilar central e indispensable de los foros que se ocupan de las cuestiones más importantes del sistema financiero global. Cada año, más de cinco mil funcionarios y ejecutivos séniores de los bancos centrales y las autoridades supervisoras viajan a Basilea. El banco organiza encuentros de especialistas en temas que incluyen la estabilidad financiera y monetaria, la gestión de las reservas, la tecnología de la información y la auditoría interna. A lo largo de los años, el BPI se ha convertido en el eje central de los gobernadores de los bancos centrales y sus empleados en el mundo.

Por lo general, entre los seis comités del banco, sólo el Comité de Supervisión Bancaria de Basilea que se ocupa de la supervisión de la banca comercial, recibe atención de los medios, ya que su trabajo afecta directamente al público que tiene sus cuentas en los bancos comerciales. Según la web del BPI, «el objetivo del Comité de Basilea, como se le suele conocer, es mejorar la comprensión de cuestiones clave de supervisión y mejorar la calidad de la supervisión bancaria en todo el mundo».

Paradójicamente, el aumento de la globalización ponía de relieve las disparidades de los sistemas bancarios nacionales. No sólo variaban los estándares de la supervisión bancaria de país en país, sino que también lo hacía la definición de los activos de capital. Algunos bancos contaban las deudas a largo plazo y otras partidas fuera del balance como activos, mientras que otros no lo hacían así. En 1988, el Comité de Basilea estableció nuevas normas, que decían, en esencia, que el capital del banco debía ser igual, como mínimo al ocho por ciento de sus activos, incluyendo sus préstamos y pasivos. Si un banco no tenía el capital suficiente, debía reducir sus pasivos y su exposición al riesgo. El comité no tiene poder para hacer cumplir sus normas, pero sí un enorme peso moral. Cualquier banco que desee operar en los mercados internacionales debe atenerse a la regla del ocho por ciento.

Basilea I, como se conoce el convenio de 1988, ha continuado evolucionando. Basilea II, publicado en 2004, afinó y reguló más aún los requisitos del capital, cuantificó el riesgo y estandarizó las regulaciones internacionales, para no crear desigualdad competitiva, que haría que los usuarios buscaran bancos con unos controles más laxos. Regular los requisitos del capital mientras se deja a los bancos en libertad para conceder préstamos exige un equilibrio delicado, dijo William McDonough, que fue presidente del consejo de la Reserva Federal desde 1993 a 2003, y presidió el Comité de Basilea desde 2000 a 2003. «Reconocemos que existe un conflicto inherente. Evitar crisis financieras es en beneficio público, por lo tanto para ello es mejor requerir un capital más alto. Por otro lado, todo el sistema del mercado libre capitalista funciona cuando los ahorros de algunos se transfieren y se ponen a disposición de las inversiones de otros. Así pues, debe establecerse un equilibrio en el que cada uno lo hace lo mejor que puede.»<sup>4</sup>

Viendo en perspectiva la quiebra económica de finales de 2007, está claro que los requisitos de capital de Basilea II eran insuficientes, dijo McDonough. «El objetivo de Basilea II era aumentar los requisitos de capital, pero hacerlo de manera que no ahogara la economía mundial. Tal como sucedió, las normas no eran tan sólidas ni estaban tan bien afinadas como era necesario cuando llegó la crisis».<sup>5</sup> El objetivo de los convenios de Basilea III, que todavía no se han puesto en práctica, era afinar más aún las regulaciones que gobiernan los requisitos de capital.

Por muy entregados que estén los reguladores, siempre van por detrás de los *traders*. McDonough dijo: «No previmos el estallido de los exóticos instrumentos que hicieron caer a Lehman Brothers ni el efecto multiplicador que tuvo como resultado. Si lo hubiéramos previsto, es de esperar que alguien habría tratado de evitarlo».<sup>6</sup> Pero los reguladores, como los generales, están librando, inevitablemente, la batalla final. El capital se mueve más rápido, la economía global está más imbricada que nunca y los instrumentos financieros son más complejos. Cada vez que se hace público un nuevo conjunto de reglas, Wall Street contrata a los cerebros financieros y legales mejores y más brillantes para encontrar el medio de llevar su conformidad a nuevos límites. Pese a sus legiones de expertos, el BPI fue incapaz de predecir o prevenir el escándalo del Líbor, cuando

los bancos comerciales hicieron enormes beneficios manipulando los tipos de interés de los préstamos interbancarios en su propio beneficio. Los convenios bancarios de Basilea no se ocupaban del Líbor.

Pese a todo su respaldo a la buena gobernanza bancaria, el BPI ha sido criticado por sus propios actos comerciales. Sus principales accionistas siempre han sido los bancos centrales, pero después de su fundación, en 1930, algunos de los accionistas originales —los bancos de Estados Unidos, Francia y Bélgica— vendieron parte de sus valores. Al final de 2000, casi el 14 por ciento del capital del BPI, 72.648 acciones, estaba en manos privadas y se comerciaba con él. El BPI anunció que recuperaría esas acciones por medio de una recompra obligatoria. Gracias al estatus especial del BPI, la decisión no se podía impugnar. Pero el precio sí. El banco ofrecía 16.000 francos suizos por acción.

Tres accionistas se negaron a aceptar ese precio. Era alrededor del doble del precio de cotización, pero argumentaron que era menos de lo que valdrían si se valoraban como proporción del valor de los activos netos del banco. Primero Eagle Funds, un consorcio de fondos de inversión con sede en Nueva York, y otros dos pequeños inversores privados, llevaron el caso al Tribunal de Arbitraje de La Haya, que gobierna los litigios con el BPI. El tribunal falló en su favor. Dictaminó que el BPI había calculado mal el valor de las acciones. El tribunal concedió a los accionistas privados 7.977,56 francos suizos extra por acción, más un cinco por ciento de interés, con lo cual el total extra era de 9.052,90 francos suizos, más del 50 por ciento por encima de la oferta original.<sup>7</sup> La decisión, observaba el *Central Banking Journal*, era un «revés humillante» para el consejo de administración que había aprobado el precio original, incluyendo a Jean-Claude Trichet, al presidente de la Reserva Federal, Alan Greenspan, y al gobernador del Banco de Inglaterra, sir Eddie George.<sup>8</sup>

El problema no era que se excluyera obligatoriamente a los accionistas privados, dijo Charles de Vault, a la sazón gestor de carteras de First Eagle Funds, y ahora director ejecutivo de inversiones y gestor de carteras de International Value Advisers. «Podía entender que, por un azar de la historia, las acciones cotizaran y el banco quisiera recomprarlas. Pero el precio tiene que ser justo. Un acuerdo de exclusión de accionistas, que es obligatorio, debe tener unos principios más elevados. La suprema ironía es que el BPI siempre ha proyectado la imagen de que promueve la debida adecuación de capital, la transparencia, la gobernanza corporativa, todas esas cosas buenas, que hacen que el mundo sea un lugar mejor. Pero cuando se trata de recomprar sus propias acciones, ¿por qué no son fieles a los mismos principios?»<sup>9</sup> Andrew Crockett, director general del BPI desde 1994 a 2003, dijo entonces que creía que la oferta era «justa», basándose en la valoración hecha por J. P. Morgan.<sup>10</sup>

Mientras tanto, en Fráncfort, el Banco Central Europeo prosperaba. El BCE es ahora uno de los



bancos centrales más poderosos del mundo. Gestiona la política económica de diecisiete miembros de la eurozona, que se extiende desde la costa atlántica de Portugal hasta la frontera turca, donde viven más de 330 millones de personas.

La influencia del BPI, banco matriz del BCE, es clara. El BCE es una institución ultramoderna, incluso posmoderna —como observó Paul Volcker—, un banco central sin país ni reservas nacionales. Es la expresión financiera definitiva del sueño supranacional de Jean Monnet. Pero su talante original está firmemente arraigado en la época de Norman-Schacht. Su estructura, su *modus operandi* y que no tenga que rendir cuentas son un reflejo de los del BPI. Como éste, el BCE está rigurosamente protegido por las leyes internacionales, en su caso por el Tratado de Maastricht que fundó la Unión Europea.

En parte, esto es debido a que el BCE fue siempre una construcción política tanto como monetaria, enraizada en intercambios y acuerdos entre bastidores. Al ser el banco central más poderoso de Europa, el Bundesbank tuvo una gran influencia en el diseño del BCE. Se aseguró de que el «principal objetivo» del nuevo banco fuera, como se dice en su sitio web, «mantener la estabilidad de los precios» con unas tasas de inflación inferiores al dos por ciento.<sup>11</sup> (La Reserva Federal, en cambio, tiene un mandato dual para combatir el desempleo y la inflación). «Los alemanes tienen una visión muy estrecha del cometido adecuado de los bancos centrales, que tiene que ver, casi exclusivamente, con el mantenimiento de la estabilidad de los precios», dice William White. «Esto es consecuencia de su historia y de su experiencia de la hiperinflación».<sup>12</sup>

Entonces, ¿ante quién es responsable democráticamente el BCE? De hecho, ante nadie. El Consejo de Gobierno del BCE tiene el control directo de las herramientas de la política monetaria. Se le prohíbe que siga los consejos de los gobiernos de la eurozona.<sup>13</sup> El Parlamento Europeo no tiene ninguna autoridad significativa sobre el BCE. «El BCE disfruta de una extraordinaria independencia», escribe la profesora Anne Sibert, experta en gobernanza bancaria, en un documento de 2009. «Tiene un grado insólito de independencia para fijar sus objetivos; probablemente, su grado de independencia operativa no tiene precedentes; es casi totalmente independiente financieramente; es casi independiente funcionalmente», lo cual significa que el BCE controla la mayoría de los instrumentos de la política monetaria y es libre de usarlos como mejor le parezca.<sup>14</sup>

El BCE sí que publica un comunicado de prensa después de las reuniones de política monetaria del Consejo de Gobierno, detallando cualquier cambio en los tipos de interés bancario, y el presidente del banco celebra una conferencia de prensa. Además, el banco publica un boletín mensual. Pero esto es lo mínimo en cuanto a exigencias de información, y está muy lejos de una rendición de cuentas adecuada. Al igual que el BPI, el BCE mantiene en secreto su funcionamiento interno. «El BCE carece de transparencia, especialmente de transparencia en sus procedimientos —observa la profesora Sibert—. No sabemos cómo se toman las decisiones; parece que ni siquiera se someten a votación. Las conferencias de prensa no son substitutos de la falta de publicación de las

La Reserva Federal de Estados Unidos publica un comunicado de prensa después de cada reunión del Comité Federal de Mercado Abierto (FOMC, por sus siglas en inglés). El comunicado incluye la votación del FOMC y las opiniones discrepantes. Después de cada reunión, se publican las actas de la reunión anterior, con un resumen detallado de las razones de las decisiones políticas que se hayan tomado. La Reserva Federal es responsable ante el Congreso. El presidente del banco comparece dos veces al año en el Congreso, y antes de cada comparecencia, el consejo entrega un informe exhaustivo. Es un análisis completo y profundo, que incluye las interconexiones entre la política fiscal y monetaria y el impacto de las decisiones de la Reserva Federal. El Banco de Inglaterra también publica las actas de sus reuniones de política monetaria, con un retraso de dos semanas.

El Parlamento Europeo ha aprobado repetidas resoluciones exigiendo que el BCE publique las actas de las reuniones del consejo de gobierno y divulgue un resumen de las votaciones, sin dar nombres. Los gobernadores del banco central que son miembros del consejo de gobierno del BCE usan los mismos argumentos para explicar por qué esto no debe suceder que los presentados por los funcionarios del BPI para no hacer públicas las actas de las reuniones de los gobernadores: limitarían el libre intercambio de ideas en las reuniones. Las actas del consejo de gobierno del BCE podrían revelar, asimismo, que pese a que el BCE afirma que está por encima de la política nacional, los gobernadores de los bancos centrales miembros del consejo podrían, igualmente, poner los intereses de su propio país por encima de los de la eurozona en su conjunto.

Los funcionarios del BCE argumentan que la falta de poder del Parlamento Europeo sobre el BCE no tiene en cuenta su papel específico como banco único, supranacional. «Esto no implica que el BCE pueda ser menos responsable que los otros bancos centrales, sólo señala unos rasgos específicos del modo europeo de hacer que el banco rinda cuentas».<sup>16</sup> El BCE afirma que disfruta «legitimidad de origen», en tanto que institución fundada por medio del tratado que creó la Unión Europea. No obstante, la «legitimidad de origen» es menos impresionante de lo que puede parecer. Conforme la crisis de la eurozona empeoraba, la «legitimidad de origen» del BCE se ha ido evaporando.

Como homenaje a la democracia, se decidió que el Tratado de Maastricht tenía que ser ratificado por la totalidad de los doce miembros de la UE. Pero sólo tres de los firmantes confiaban lo suficiente en sus ciudadanos para celebrar un referendo. Quizá los políticos preveían los resultados. En 1992, Dinamarca rechazó, por un estrecho margen, el tratado, con un 50,7 por ciento de votos negativos. Francia dejó atónitos a los federalistas cuando sólo un 51 por ciento de la población votó a favor. Sólo Irlanda se mostró entusiasta, con un 68,7 por ciento de votos. Los nueve miembros restantes delegaron el voto a sus parlamentos, todos los cuales aprobaron el tratado. Dinamarca votó de nuevo al año siguiente. Copenhague negoció cuatro cláusulas de autoexclusión del tratado, entre ellas el derecho a no entrar en la Unión Europea. Esta vez, el voto afirmativo ganó, con un 56,7 por ciento.

La experiencia de unión europea en curso sólo parece ir apagando el entusiasmo de los ciudadanos. En 2005, Francia y los Países Bajos votaron no en referendos sobre la nueva Constitución europea, que habría sustituido tratados anteriores y acelerado el proceso de federalización. Los funcionarios europeos sortearon esto cambiando el nombre de la Constitución por el de Tratado de Lisboa y argumentando que se limitaba a enmendar otros tratados anteriores; así no hubo necesidad de referendos. Sólo Irlanda celebró un referendo sobre Lisboa, en junio de 2008, cuando un 53,4 por ciento votó que no. Después de que se aplicara la suficiente presión política, se celebró un segundo referendo, en octubre de 2009. Esta vez los irlandeses votaron sí.

Al parecer, cuanto más hablaban de democracia los políticos y funcionarios europeos, menos podían ejercerla los ciudadanos del continente. Pero el rumbo de los acontecimientos en la Europa de posguerra se había decidido décadas antes de que el BCE entrara en funcionamiento.

Ya en octubre de 1941, Thomas McKittrick recibió una petición de un amigo de su época de Louisville (Kentucky), preguntando sobre los planes para el sistema financiero de la posguerra. El presidente del BPI respondió: «En todas partes se está hablando de federalización, acompañada de una derogación parcial de la soberanía nacional... El grado en que se limite la soberanía nacional en esta dirección debe determinar los límites de la autoridad financiera internacional».<sup>17</sup>

Por lo menos para Europa, esos límites estaban fijados, de forma permanente, en la central del BCE en la Eurotorre de la Willy-Brandt-Platz, en el centro de Fráncfort. Pero pese a todos los esfuerzos de los tecnócratas, la vida real demostraba ser más complicada que la estructura monetaria del banco para la nueva Europa. Los alemanes ahorraban; los griegos gastaban. Los italianos no pagaban sus impuestos. Los franceses se negaban a renunciar a sus seis semanas de vacaciones. Tanto Francia como Alemania infringían las normas del Pacto de Estabilidad y Crecimiento que gobernaba la deuda pública. Pero algunas cosas eran inmutables. La obsesión del BCE por los precios, grabada en sus estatutos, para mantener la inflación por debajo del dos por ciento, forzaba a los gobiernos europeos a reducir drásticamente los servicios públicos y recortar el gasto público. A su vez, esto reducía la demanda de los consumidores, paralizaba el crecimiento económico, aumentaba el desempleo y desencadenaba una caída en la recesión que ha tenido como resultado la crisis económica y política más grave de Europa desde 1945.

Conforme se agudizaba la crisis financiera global, la *politesse* de las reuniones de los gobernadores del BPI empezó a resquebrajarse. No hay ninguna coordinación oficial de política en las reuniones bimestrales, pero los banqueros centrales tratan de armonizar sus políticas monetarias para conseguir el máximo beneficio posible. Sin embargo, paradójicamente, conforme la economía mundial se globalizaba, los banqueros centrales volvían a soluciones locales. Está claro que, desde el *crash* de 2007, los gobernadores —que, bien mirado, gobiernan bancos centrales *nacionales*— trabajarán para proteger primero los intereses de sus países, aunque eso tenga efectos nocivos en las economías de otras naciones.

Personas de dentro han dicho que la distancia entre los países que moldean la economía global y los que se ven sacudidos por decisiones tomadas en las capitales occidentales es cada vez más evidente en las Reuniones de Economía Mundial. Estados Unidos, Japón y Gran Bretaña han estado inyectando billones de dólares de liquidez en sus economías para tratar de estimular el crecimiento. La teoría es que las compras de activos conocidas como «flexibilización cuantitativa» mejorarán los balances de los bancos comerciales, aumentarán la liquidez y estimularán el crédito, lo cual, a su vez, incrementará el gasto, el crecimiento y creará puestos de trabajo. Al mismo tiempo, Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón y el Banco Central Europeo están poniendo en práctica una política monetaria flexible de tipos de interés ultrabajos.

Esto tiene como resultado una salida de dinero especulativo, que busca mayores rentabilidades por todo el mundo, lo cual provoca burbujas de activos en las economías de destino y distorsiona los tipos de cambio, haciendo que monedas como el ringgit malayo y el won coreano sean más caras, afectando así a las exportaciones de esos países. «Los desacuerdos sobre esto eran más acusados», dijo un antiguo banquero central, que deseaba seguir en el anonimato, sobre las reuniones de gobernadores a finales de 2012. «La mayoría de los países en desarrollo decían: “No vemos que los tipos de interés bajos aumenten vuestro crecimiento económico y, al mismo tiempo, nos causan problemas debido a las entradas de capital. Nuestros tipos de cambio suben y tenemos burbujas inmobiliarias”». Los banqueros centrales siguieron siendo corteses. «Todo el mundo tiene mucho cuidado porque no se puede decir a otros países qué deben hacer. Pero los países en desarrollo dicen: “Miren, esto es lo que esas políticas nos están haciendo. Nos están causando problemas”». [18](#)

Una gran parte de las críticas iban dirigidas contra Estados Unidos, y las principales quejas procedían de los países del Sudeste de Asia y de algunos países latinoamericanos. «Cuanto más éxito tienen, más disgustados están. Esta política está creando grandes movimientos de capital hacia esos países en desarrollo, algo que no necesitan forzosamente». En la Reunión de Economía Mundial, los gobernadores nunca hablan públicamente sobre lo que se discute dentro del BPI, pero se producen debates similares en otros foros, donde se sienten menos constreñidos. En diciembre de 2012, Glenn Stevens, gobernador del Banco de la Reserva de Australia, pronunció un discurso en Bangkok que fue entendido como un ataque apenas velado contra la Reserva Federal, el Banco de Japón y el Banco Central Europeo. Stevens llegó a acusarlos de «exportar sus debilidades», con un lenguaje que no era probable que se usara en las cenas de los gobernadores. [19](#)

Pero había más optimismo respecto al euro. «Todos esperaban el toque mágico de Mario Draghi», dijo el antiguo banquero central. La salida griega de la eurozona parecía menos probable. Se liberaron fondos para el rescate y se relajaron los objetivos fiscales de Grecia. El Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE), el fondo de rescate de 700.000 millones de euros para Grecia, Irlanda y Portugal, es ahora una institución permanente. Parecía que, en efecto, Mario Draghi tenía un «toque mágico». Al afirmar que el BCE haría «todo lo que fuera necesario» para preservar el euro y que el banco estaba dispuesto a comprar «cantidades ilimitadas» de bonos a corto plazo de

países endeudados, siempre que el país satisficiera ciertas condiciones, el presidente del banco tranquilizó a los mercados. Las primas de riesgo de los créditos a España e Italia cayeron rápidamente.

El plan de Draghi era una jugada de «genio», según el antiguo banquero central. «El BCE dice que comprará deuda, pero las condiciones que ha impuesto hacen que sea casi imposible que haga realmente esa compra. Pero el mercado lo aplaude y dice que todos los problemas están resueltos. Éste es el resultado final que puede lograr un banco central. Dices algo y, sin hacer nada, sin gastar ni un centavo, cambias totalmente el sentir del mercado. Es casi un milagro».<sup>20</sup>

Draghi no era el único banquero central que disfrutaba de la atención de los medios. Los banqueros centrales son ahora las estrellas de la crisis financiera. Los hombres —casi todos son hombres— con sus sobrios trajes han «alcanzado una nueva importancia y se han convertido en miembros fundamentales de las entidades responsables de la política de las organizaciones, tanto nacionales como intergubernamentales», observa un informe de autoría compartida por Ernst & Young, una firma de consultoría financiera, y el Foro Oficial de Instituciones Monetarias y Financieras (OMFIF, por sus siglas en inglés), un foro para los reguladores y los banqueros centrales.<sup>21</sup> La crisis financiera y la subsiguiente necesidad de respuestas globales rápidas y coordinadas han desdibujado la distinción tradicional entre las políticas fiscales de los gobiernos (impuestos y gasto público) y el mandato de los bancos centrales en política monetaria (tipos de interés y control de la inflación). En muchos países, los gobernadores centrales son «tan conocidos como los líderes gubernamentales a los que sirven y sus palabras y acciones son el tema de un acalorado debate en periódicos, bares y taxis».<sup>22</sup>

Cuando Mark Carney, gobernador del Banco de Canadá, fue nombrado gobernador del Banco de Inglaterra, en noviembre de 2012, recibió la clase de cobertura de los medios que se suele reservar a la realeza y los jugadores de fútbol. El periódico *The Sunday Times* publicó un perfil hagiográfico, bajo el titular «Un superhombre para empujar a la Vieja Dama», refiriéndose a la Vieja Dama de Threadneedle Street, en la City de Londres, sinónimo del Banco de Inglaterra. Carney, que está en forma y es fotogénico, era el primer extranjero en ser designado para el puesto desde que se fundó el banco en 1694. El artículo se mostraba entusiasmado diciendo que tenía «encanto, talento y el aspecto de [George] Clooney». Incluso tenía conciencia social y se había mostrado comprensivo con el movimiento de Occupy Wall Street.<sup>23</sup> Esta combinación ganadora le aportó a Carney un paquete salarial de alrededor de 1,4 millones de libras al año, y disfrutará de una substancial ampliación de poderes: ahora el banco tendrá el control regulador de las aseguradoras y los bancos comerciales británicos.<sup>24</sup>

Carney es un personaje muy conocido en el BPI. Es miembro del consejo, en representación del Banco de Canadá. Ha sido presidente del Comité del BPI sobre el Sistema Financiero Global, que

es un foro para que los bancos centrales coordinen sus políticas sobre la estabilidad financiera y monetaria. Es también presidente del Consejo de Estabilidad Financiera (FSB, por sus siglas en inglés), que coordina las políticas financieras reguladoras y supervisoras internacionales. El BPI alberga al FSB, y fuentes bien informadas dicen que es probable que asuma una importancia cada vez mayor, reflejo del creciente mandato de los banqueros centrales. A algunos se les requiere ahora que vigilen a los bancos comerciales nacionales, supervisen la gestión del riesgo y los sistemas financieros nacionales y estén siempre preparados como red de seguridad por si acaso se produjera un desastre. «La idea de que los banqueros centrales tuvieran una responsabilidad principal en la estabilidad financiera, además de en la estabilidad de los precios, se consideró una ruptura bastante espectacular con el modo de pensar ortodoxo de los bancos centrales, en especial en Estados Unidos», dice Malcolm Knight.<sup>25</sup>

Los años de Carney en el BPI le han aportado una red inestimable de relaciones personales, alimentadas en los almuerzos y las cenas del banco. Estas conexiones y la confianza mutua que crece entre los banqueros centrales acogidos por el BPI «importan mucho», dice sir Mervyn King. «Traen consigo confianza y seguridad, lo cual es muy importante. Los ministros de finanzas no tienen un cargo de tanta duración y, por ello, no llegan a conocerse unos a otros tan bien.»

Las relaciones personales de los gobernadores son cruciales en tiempos de crisis. Cuando el presidente Kennedy fue asesinado en 1963, Charles Coombs, de la Reserva Federal de Nueva York, fue capaz de tomar medidas inmediatas y decisivas para salvar el dólar, sabiendo que contaba con el respaldo de sus homólogos europeos. Lo mismo sucedió después de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001. King recuerda: «Podemos decirnos cosas unos a otros, sabiendo que no se filtrarán. Puedes hacer cosas sin pasar por todas las formalidades. Después del 11 de septiembre, Alan Greenspan estaba fuera de Estados Unidos y Roger Ferguson estaba a cargo de la Reserva Federal. Él y yo negociamos un acuerdo de intercambio para suministrar liquidez en dólares a los bancos que la necesitaran, pero no podían conseguirla en la Reserva Federal. El hecho de que pudiéramos hacerlo personalmente porque confiábamos el uno en el otro nos permitió dar a nuestros bancos la confianza de que podrían conseguir dólares. Es un buen ejemplo de cómo una relación informal puede convertirse en una conexión en la práctica, y eso no puede suceder, a menos que se haya tenido un largo periodo de contacto e interacción personales.

«Normalmente, en ese tipo de situación, sin esa confianza personal habría que esperar hasta que se solucionaran todos los detalles legales antes de poder decirle a alguien que siguiera adelante, y para entonces sería demasiado tarde. Nuestra capacidad para intervenir y decir: “No te preocupes; todo saldrá bien”, fue muy importante».

Los fines de semana de los gobernadores son una especie de santuario, dice Nathan Sheets, que fue jefe de la división de Finanzas Internacionales de la Reserva Federal desde 2008 a 2011. «Allí estás con personas de ideas afines, y de verdad hay un sentido de hermandad de los banqueros centrales. En muchas otras reuniones internacionales circula la idea de “Vosotros los americanos estáis haciendo esto”, o “Vosotros los europeos estáis haciendo aquello”. En el BPI, las cuestiones

son a qué clase de retos nos enfrentamos. Y cómo podemos solucionarlos juntos. Esas relaciones hacen que resulte fácil coger el teléfono y llamar a nuestros homólogos en otros países. Los gobernadores se conocen unos a otros, se caen bien y saben qué piensan los demás, gracias a estas reuniones». [26](#)

Las reuniones del BPI pueden aportar críticas constructivas, dice Peter Akos Bod, antiguo gobernador del Banco Nacional de Hungría. «Si algo pasaba en tu país y tú hacías o dejabas de hacer algo, los otros planteaban preguntas. Tenías que hacer frente a algunas críticas amistosas si tu inflación se salía de lo previsto. Por ejemplo, el presidente del Bundesbank decía: “Esta medida que habéis tomado, ¿por qué no hicisteis eso otro, en cambio?”. Y tú te ibas a casa y le preguntabas a tu personal: “¿Por qué no hicimos eso?”» [27](#)

La influencia del BPI es indirecta, pero real, dice un antiguo banquero central. «Oyes cosas, se te quedan en la cabeza, te vas a casa y las usas. La banca central es un negocio muy especial porque no tienes competencia. Si fabricas coches y te encuentras con otro fabricante de coches, ocultas tus coches. Si te encuentras con otro banquero central, le haces preguntas porque tienes mucho que aprender y él no tiene ninguna razón para ocultarte nada. Desde ese punto de vista, estas conversaciones son sumamente útiles». [28](#)

La percepción del interés común de los gobernadores y su confianza mutua ha demostrado ser especialmente importante durante la crisis. En palabras de King: «Hemos adoptado diferentes formas de comunicación con los mercados y la experiencia de otros nos ha enseñado qué daba resultado y qué no lo daba. Las reuniones del BPI nos han ayudado a formular opiniones sobre qué debemos hacer y sobre los instrumentos financieros que usamos. Todos los gobernadores creen que se benefician de compartir experiencias, algo diferente de limitarse a recibir documentos».

A pesar de ello, las reuniones de gobernadores siguen dominadas por un núcleo interno muy cerrado formado por los gobernadores de la Reserva Federal, el BCE y el Banco de Inglaterra, que comparten décadas de conexiones. Ben Bernanke, Mario Draghi y sir Mervyn King pasaron un tiempo en el departamento de economía del Massachusetts Institute of Technology. Bernanke y Draghi consiguieron sus doctorados allí, mientras que King dio clases en el MIT durante un corto espacio de tiempo en los años ochenta y compartió despacho con Bernanke. [29](#) El hincapié en el estatus y la jerarquía aumenta la mística del BPI, dice Pennant-Rea. «Cuando examinas a los miembros, sólo importa un número relativamente pequeño. Estados Unidos sobre todo, Alemania y Gran Bretaña en un grado menor. Hay un sentido muy fuerte de la jerarquía».

Pero como todos los grupos cerrados en sí mismos donde confían unos en otros para conseguir consejo y refuerzo, a los banqueros centrales, arropados por el lujo y la discreción del BPI, puede resultarles fácil olvidar que son servidores públicos, dice Andrew Hilton, director del Centro para el Estudio de la Innovación Financiera, un *think tank* con sede en Londres. «Es peliagudo, porque no queremos que se vean afectados por las presiones populistas cotidianas. Por otro lado, sí que queremos que sepan cuánto cuesta una botella de leche. La delgada línea que hay que trazar está

entre no sentirse presionados por lo que pasa en la calle y ser conscientes de ello. Para un banquero central es demasiado fácil flotar por encima de la economía política y echar pan a las masas. Probablemente, no se debería permitir nunca que los banqueros centrales fueran a ningún sitio en limusina. Deberían tomar el tranvía de Basilea». [30](#)

Esos banqueros centrales que ponen en práctica programas de austeridad no sufren las consecuencias personalmente. Jean-Claude Trichet fue presidente del BCE desde 2003 a 2011. Las economías de Europa han caído en la recesión debido, en parte, a las implacables exigencias del BCE para que se mantuviera la inflación por debajo del dos por ciento. Pese a su papel en el desarrollo de la crisis europea, Trichet es ahora un orador muy solicitado en el circuito internacional de conferencias.

En mayo de 2012, Trichet habló en el Peterson Institute for International Economics, de Washington, ofreciendo sus ideas sobre «Lecciones de la crisis». Para un extraño, la escena era un espectáculo extraordinario: la economía española empezaba a derrumbarse, los neonazis patrullaban las calles de Grecia, dando palizas a los inmigrantes y toda una generación de jóvenes europeos se enfrentaba a años de desempleo. A Trichet, sin embargo, lo colmaron de alabanzas y lo elogiaron por su percepción. Peter G. Peterson dijo que el banquero francés «tuvo un papel decisivo en la crisis europea como presidente del Banco Central Europeo hasta que dejó el cargo el otoño pasado», lo cual era realmente cierto, aunque no en el sentido que Peterson buscaba.

La solución a la crisis europea, afirmó Trichet, no era que hubiera menos dominio tecnocrático y supranacional, sino mucho más. Trichet pidió lo que describió como un «salto cuántico» de gobernanza económica, para acelerar la siguiente etapa de integración europea. Si un miembro de la eurozona se negaba a obedecer las instrucciones «procedentes del centro» —es decir, las autoridades europeas— debía «activarse un gobierno federal con carácter excepcional». Esta política, que incluso Trichet reconocía que estaría «muy, muy al límite» de lo aceptable, significaría que si «tu Parlamento no actúa como es debido, multaremos al país». [31](#)

Al parecer ignorante de la creciente reacción de Europa contra el gobierno de los tecnócratas, Trichet tendrá mucho tiempo para seguir afinando sus ideas para el final de la soberanía nacional en su nuevo puesto de presidente de Bruegel, uno de los *think tanks* más destacados sobre integración económica europea. El primer presidente del BCE se retiró después de haber sembrado «la clase de destrucción de la economía europea en la que las potencias hostiles sólo podían soñar», dice Dean Baker, del Centre for Economic and Policy Research, un *think tank* progresista. Trichet encarna la clase de banquero central que ve la crisis económica como algo muy distinto de sus responsabilidades, dice Baker. «Su tarea es reducir la inflación al dos por ciento. La crisis económica es algo malo que ha sucedido. Habría sido bonito si no hubiera sucedido, pero no era responsabilidad suya, no se les puede hacer responsables de ello; además no tienen las herramientas necesarias para solucionarlo». [32](#)

Los banqueros centrales rechazan decididamente este argumento. La inflación, dicen, no es un grifo que se pueda abrir y cerrar cuando a los gobiernos les apetezca estimular el crecimiento. «No



es algo con lo que se juega», dijo un antiguo banquero central. «A los políticos les resulta muy fácil robar, básicamente, a la gente sus ahorros creando inflación. Es inmoral y, en cualquier caso, el capital tiene mucha más movilidad de la que tenía hace diez o treinta años. El dinero dirá: “Estás creando inflación, pues adiós, nos vamos a China” o donde sea, en unos segundos. Es mucho más limpio si nos ocupamos del problema con decisión y hacemos las cosas que duelen».<sup>33</sup>

O, como ha dicho Stephen Cecchetti, jefe del departamento monetario y económico del BPI, unos niveles de deuda altos son «una rémora para el crecimiento». No puede haber crecimiento sin una reparación estructural y una reducción gradual, pero creíble de los niveles de deuda. «Como hemos aprendido por años de experiencia con las crisis, tanto en los mercados emergentes como en las economías avanzadas, la elección entre austeridad y crecimiento es falsa. La auténtica elección es entre austeridad y hundimiento. Y realmente ésa no es ninguna elección».<sup>34</sup>

Pero la opinión del BPI está anticuada. Hay elección, como ahora defiende incluso el FMI.

---

<sup>1</sup>Entrevista del autor con William White, diciembre 2012.

---

<sup>2</sup>Entrevista con White.

---

<sup>3</sup>Entrevista del autor con Rupert Pennant-Rea, en Londres, julio 2012.

---

<sup>4</sup>Entrevista del autor con William McDonough, en Nueva York, mayo 2012.

---

<sup>5</sup>Ibid.

---

<sup>6</sup>Ibid.

---

<sup>7</sup>«Withdrawal of privately held shares of the BIS: Final decision of the Hague Arbitral Tribunal», BPI, 23 septiembre 2003, disponible en <http://www.bis.org/press/p030922.htm>.

---

<sup>8</sup>«A BIS Embarrassed», *Central Banking Journal*, 13 mayo 2003.

---

<sup>9</sup>Entrevista del autor con Charles de Vault, diciembre 2012.

---

<sup>10</sup>«Trichet Backs Disputed BIS Share Buyback Plan», *Central Banking Journal*, 20 diciembre 2000.

---

<sup>11</sup>Se puede consultar la política monetaria del Banco Central Europeo en <http://www.ecb.int/mopo/html/index.en.html>.

---

12Entrevista del autor con William White.

---

13Patricia S. Pollard, «A Look Inside Two Central Banks: The European Central Bank and the Federal Reserve», *Federal Reserve Bank of St. Louis*, enero/febrero 2003, 24.

---

14Prof. Anne Sibert, «Accountability and the ECB», *European Parliament, Directorate General for Internal Policies, Policy Department A: Economic and Scientific Policies, Economic and Monetary Affairs*, septiembre 2009.

---

15Ibid.

---

16«The Accountability of the ECB», *ECB Monthly Bulletin*, noviembre 2002.

---

17Thomas McKittrick a Oliver Knauth, 30 octubre 1941. Archivo del BPI, papeles Thomas H. McKittrick.

---

18Entrevista del autor con una fuente confidencial, 2012.

---

19«Australian Central Banker Uncomfortable Over Capital Flow Surge», *Market News International*, Sidney, 11 diciembre 2012.

---

20Entrevista del autor con una fuente confidencial.

---

21«Challenges for Central Banks, Wider Powers, Greater Restraints», Foro Oficial de Instituciones Financieras y Monetarias y Ernst and Young, noviembre 2012.

---

22Ibid.

---

23«A Superhuman to Push the Old Lady», *The Sunday Times*, 2 diciembre 2012.

---

24Ben Chu, «Why I'm Worried about Mark Carney's Governorship», *The Independent*, 3 diciembre 2012.

---

25Entrevista del autor con Malcolm Knight.

---

26Entrevista del autor con Nathan Sheets.

---

27Entrevista del autor con Peter Akos Bod.

---

28Entrevista del autor con una fuente confidencial, 2012.

---

29Jon Hilsenrath y Brian Blackstone, «Inside the Risky Bets of Central Banks», *The Wall Street Journal*, 11 diciembre 2012.

---

30Entrevista del autor con Andrew Hilton en Londres, abril 2012.

---

31Jean-Claude Trichet, «Lessons from the crisis: Challenges for the Advanced Economies and for the European Monetary Union», Undécima Conferencia Anual Niarchos, Instituto Petersen para la Economía Internacional, Washington, 17 mayo 2012, disponible en <http://www.iie.com/publications/papers/transcript-20120518niarchos-trichet.pdf>.

---

32Entrevista del autor con Dean Baker, en Washington, mayo 2012.

---

33Ibid.

---

34Entrevista del autor con Stephen Cecchetti, correo electrónico al autor, 19 diciembre 2012.

## La ciudadela se resquebraja

«Entonces se dijeron unos a otros: “Vamos a edificar una ciudad y una torre que llegue hasta el cielo, para hacernos famosos y para no dispersarnos por toda la tierra”». <sup>1</sup>

Génesis, 11.3, La Torre de Babel

Con frecuencia, la historia de la torre de Babel se lee como una parábola del precio de la arrogancia. Sus constructores empezaron a edificar el edificio más alto del mundo, uno que llegara hasta el mismo cielo, como manifestación física de su grandeza y ambición. Las cosas acabaron mal.

La torre del BPI, en Centralbahnplatz, 2, en Basilea, no alcanza el cielo, pero muchos de los que trabajan en ella se creen en posesión de un mandato casi celestial. Con sus setenta y tres años de edad, el banco ha evolucionado hasta convertirse en uno de los anacronismos más ricos e influyentes del mundo. El «acogedor club» de Montagu Norman tiene sesenta miembros. Proceden de todo el mundo, desde Colombia hasta las Filipinas, de Islandia a los Emiratos Árabes, aunque el mundo en desarrollo sigue estando poco representado. El BPI emplea alrededor de seiscientas personas de más de cincuenta países. Miles de banqueros centrales y de sus funcionarios acuden cada año a los numerosos comités, reuniones y conferencias del banco.

Desde 2007, la actual crisis financiera no ha reducido el valor de las acciones del BPI ni mermado sus beneficios ni su prestigio. El banco gana mucho de su dinero con los honorarios y comisiones que carga a los bancos centrales por sus servicios, tales como liquidez y crédito a corto plazo e intercambios de oro, y proporcionando una serie de oportunidades e instrumentos de inversión. El BPI es un socio comercial muy solicitado. Su historial es sólido y conservador, su calificación crediticia, magnífica. Por lo menos en Basilea, la crisis ha sido, en general, buena para los negocios. En el año financiero que acababa en marzo de 2009, el banco obtuvo unos beneficios netos, libres de impuestos, de 446,1 millones en derechos especiales de giro, el equivalente a unos 650 millones de dólares. <sup>2</sup> Su patrimonio neto se valora en el equivalente a casi 20.000 millones de dólares. <sup>3</sup> Al final de marzo de 2012, los beneficios se habían casi doblado, hasta el equivalente a unos 1.170 millones de dólares —casi 100 millones al mes— y el patrimonio neto del banco había aumentado en un 40 por ciento, hasta alrededor de 28.000 millones de dólares. <sup>4</sup> Son unas sumas

extraordinarias para una única institución financiera que sólo tiene 140 clientes y dos oficinas locales, en México y Hong Kong.

Incluso en unos momentos en que el FMI, que no suele defender el gasto público generoso, ha advertido pública y repetidamente contra la excesiva austeridad, en el BPI perdura el legado de Hjalmar Schacht, Montagu Norman y Per Jacobsson.<sup>5</sup> La austeridad es vista como una medicina necesaria, por desagradables que sean sus consecuencias. Esas advertencias son escuchadas.

La influencia del banco es profunda: el BPI es uno de los instrumentos más efectivos del poder blando. La reunión bimestral de los gobernadores reúne a los banqueros centrales de países que controlan más de las cuatro quintas partes del PIB mundial. Las conversaciones de los fines de semana en Basilea han moldeado el debate sobre la crisis financiera global y la respuesta que el mundo le ha dado. Los comités albergados en el BPI están reconstruyendo la arquitectura financiera del mundo y coordinando políticas reguladoras y supervisoras. El Comité de Supervisión Bancaria de Basilea supervisa el capital requerido a los bancos comerciales. Su trabajo, escribe Ezra Klein, columnista de *The Washington Post*, «moldeará el futuro de las finanzas globales y, por extensión, la economía». Klein concedió al comité el título de «Agencia reguladora más oscura pero más importante del año», comentando que «sus actos quizá sólo lleguen raramente a las primeras páginas, pero el trabajo hecho en Basilea es crucial para crear una economía mundial más estable».<sup>6</sup> Seguro que «oscura pero importante» provocó el intercambio de miradas de complicidad y discretas sonrisas en la sede del BPI.

Los informes anuales del banco son considerados una lectura esencial en los departamentos del Tesoro y los gobiernos del mundo. El jefe del departamento económico y monetario del banco, que redacta y supervisa los informes anuales, es uno de los analistas y comentaristas económicos y financieros más leídos e influyentes del mundo. El BPI tiene una de las bases de datos restringidos con información bancaria más grandes del mundo. Sus ordenadores centrales recogen datos sobre el flujo transnacional de las finanzas, incluyendo la entrada y salida de dinero en paraísos fiscales. Esa información tiene un gran interés para los gobiernos. Tres meses después del 11 de septiembre el Comité de Supervisión Bancaria de Basilea celebró una reunión para coordinar las estrategias de los bancos centrales y las autoridades reguladoras para evitar la financiación terrorista y compartir informes con el fin de impedir esa financiación.<sup>7</sup>

Es probable que el Consejo de Estabilidad Financiera (FSB, por sus siglas en inglés), con sede en el BPI, se convierta en el cuarto pilar del sistema financiero global, después del propio BPI, el FMI y el Banco Mundial. El FSB coordina a las autoridades y reguladores financieros nacionales. Entre sus miembros está la Reserva Federal, el BCE, el Banco de Inglaterra y los bancos nacionales de China, Arabia Saudí, Suiza, Rusia, Japón y Corea. El FMI, el Banco Mundial, la Comisión Europea y el propio BPI son también miembros del FSB, igual que tres de los comités con más poder alojados en el BPI: el Comité de Supervisión Bancaria de Basilea, el Comité sobre el Sistema Financiero Global y el comité que se ocupa de los sistemas de pago y liquidaciones. El escritor Matt Taibbi describió, de forma memorable, a Goldman Sachs, el gigantesco banco de inversiones, como el «calamar

vampiro». <sup>8</sup> El BPI es ahora el calamar vampiro del mundo regulador, y aloja un sinnúmero de comités que, a su vez, generan una serie de subcomités, muchos de los cuales están compuestos por los mismos funcionarios y banqueros centrales, cada uno de los cuales produce páginas y páginas de informes que van y vienen desde Basilea a los bancos centrales y los gobiernos nacionales en un carrusel interminable de resoluciones y recomendaciones.

Otros dicen que la respuesta a la crisis bancaria no son más comités con información privilegiada ni cuerpos reguladores, alojados en el BPI, o en cualquier otro sitio, sino muchos menos o ninguno en absoluto. «La banca debería convertirse en una industria normal, como la fabricación de bicicletas», dice Andrew Hilton, del Centro para el Estudio de la Innovación Financiera. «La banca debería estar regulada para proteger contra el fraude, para proteger a los usuarios y para proteger la integridad del banco, pero nada más. Parece una locura, porque todo el mundo dice que la banca es especial. Sólo es especial debido a que las sumas de dinero que circulan a través de esas instituciones son tan enormes que pueden hacer caer a la sociedad. Si los bancos fueran más pequeños, si hicieran cosas más sencillas y no fueran una amenaza sistémica, individualmente o agrupados, no habría que regularlos. Los bancos podrían contratar un seguro y el sistema estaría protegido». <sup>9</sup>

Estas opiniones son vistas con horror en Basilea. Sin embargo, el quid de la cuestión es que el BPI es una institución opaca, elitista y antidemocrática, que no se ajusta al siglo XXI. Se debería haber cerrado a principios de los años treinta, después del hundimiento del programa de las reparaciones alemanas. En cambio, financió el Holocausto y la maquinaria de guerra nazi. Los miembros de su plana mayor, como Thomas McKittrick y Per Jacobsson, pasaron información económica vital a los nazis, con frecuencia con el conocimiento de las autoridades aliadas. El banco encarnó la clase más cínica de capitalismo. Mientras morían millones de personas, mantuvo los canales financieros abiertos a través de las fronteras.

Después de 1945, el BPI y sus comités aliados moldearon una gran parte del mundo financiero de la posguerra. Entre bastidores, el BPI proporcionó los mecanismos financieros, el apoyo y la pericia técnica necesarios para los aspectos financieros del proyecto eurointegracionista. Sin el BPI, el euro no existiría. El BPI dio a luz al Banco Central Europeo, un banco que no es responsable ante el Parlamento Europeo ni ante ningún gobierno, aunque controla la política económica de diecisiete países. El BPI ha sobrevivido a lo largo de las décadas tal como nació, mediante la opacidad, el secretismo y ocultándose detrás de un caparazón de inmunidades legales. Estas protecciones perpetúan la opinión de los tecnócratas que creen que una élite diminuta, que se selecciona a sí misma, que no tiene que rendir cuentas a los ciudadanos corrientes, debería gestionar las finanzas globales. Los privilegios del BPI son la resaca de una era, por fortuna desaparecida, de deferencia a la autoridad, por lo menos en el mundo desarrollado.

Andrew Crockett, director general del banco desde 1994 a 2003, eliminó una parte de ese obsesivo secreto bancario. Cuando el BPI se vio arrastrado al torrente de revelaciones sobre los bancos suizos, el oro robado y la colaboración con los nazis que estalló en 1996-1997, Crockett

abrió los archivos del tiempo de guerra del banco. Fue una decisión sensata y una gran ayuda para los historiadores e investigadores. «Opinábamos que si alguien había hecho algo malo, eso fue mucho tiempo atrás, así que no teníamos nada que ocultar. Decidimos que la única respuesta era una transparencia total», recordaba William White.<sup>10</sup> El banco gastó doscientos mil francos suizos en ordenadores especializados para digitalizar y pasar a microfilm los documentos, que habían permanecido abandonados durante décadas, y contrató a un historiador especialista, Piet Clement (Crockett también se ofreció para que lo entrevistara sobre el historial de guerra del BPI y habló largo y tendido con el autor, todo lo cual está incluido en *Hitler's Secret Bankers: The Myth of Swiss Neutrality During the Holocaust*, su obra publicada en 1998). Los archivos del banco, que se abren conforme a la norma de los treinta años, son un valioso recurso para los historiadores.

Pero el BPI fue mucho menos comunicativo respecto a su gobernanza actual. Los informes anuales y otros documentos del banco están disponibles en su sitio web, y tiene una cuenta en Twitter: @bis\_org. En febrero de 2013, tenía más de trece mil seguidores. El banco suele tuitear varias veces al día, con enlaces a discursos pronunciados por banqueros centrales, así como estudios y documentos de trabajo publicados por el banco, ofreciendo así una continua puesta al día de los documentos disponibles en la web del banco. Pero esta información es ya del dominio público. La información sobre las operaciones internas del banco, tales como la agenda y los temas de las reuniones de los gobernadores, el elitista Comité Consultivo Económico, o las listas de asistentes y las transacciones que realiza el BPI con los fondos públicos en manos de los bancos centrales cuyas reservas administra no se tuitea ni, por lo menos en un futuro inmediato, es probable que se tuitee. Por el contrario, se sigue haciendo hincapié en la confidencialidad. Cuando el autor le preguntó a Stephen Cecchetti, asesor económico del banco, sobre el alto nivel de secretismo que rodeaba las reuniones de los gobernadores y las actividades del BPI, éste respondió: «Los bancos tienen acuerdos de confidencialidad que los obligan a no desvelar información sobre sus clientes. En su modo de conducir su negocio bancario, el BPI aspira a superar las mejores prácticas en las relaciones con sus clientes». <sup>11</sup>

No suele haber una conferencia ni un comunicado de prensa después de las reuniones de los gobernadores, pero desde hace años el BPI celebra una conferencia de prensa después de la Asamblea General Anual y la publicación del informe anual. La reunión de 2011, que se puede ver *online*, fue algo discreto, incluso desganado.<sup>12</sup> Jaime Caruana, el director general, leyó una declaración preparada. A continuación, Cecchetti y él invitaron a hacer preguntas al puñado de periodistas presente. Hubo cuatro: tres sobre el trabajo del Comité de Basilea y una sobre política monetaria. Cecchetti no habló. La conferencia de prensa duró diecisiete minutos. Los periodistas eran corresponsales especializados. En 2012, no hubo conferencia de prensa. Los periodistas que se ocupan del BPI le dijeron al banco que no era necesario, ya que el banco impone una larga retención a la divulgación al informe anual y, además, organiza una teleconferencia. De haber habido una conferencia de prensa en 2012, algún periodista no especializado se habría centrado en una historia mucho más fuerte; una historia que plantea cuestiones profundas sobre la tradición de

secreto del banco, sus inmunidades legales y las repercusiones para su futuro.

En 1991, Argentina fue a la bancarrota y dejó de pagar deudas por casi 81.000 millones de dólares. El gobierno argentino acabó ofreciendo a sus acreedores treinta y cinco céntavos por dólar; anteriormente, otros países en quiebra habían ofrecido de cincuenta a sesenta centavos. A pesar de ello, en 2010, un 93 por ciento de acreedores habían aceptado la oferta. No obstante, el resto seguía resistiéndose, exigiendo un pago más alto para sus seis mil millones de dólares de deuda, incluyendo los intereses de demora. Los dos grupos principales de acreedores son unas sesenta mil personas en Italia, algunas de las cuales adquirieron bonos argentinos para financiar su jubilación, y un par de fondos de inversiones —Elliott Management, y una filial, NML Capital— conocidos como «fondos buitres», que van a la caza de países en situación de impago de su deuda y que compraron muchos de los bonos en mercados secundarios. Elliott ha perseguido al banco central de Argentina en los tribunales de Estados Unidos. Los tenedores italianos de bonos luchan por su caso en el Centro Internacional para la Resolución de Disputas sobre Inversiones, que forma parte del Banco Mundial. Tanto los fondos como los inversores italianos han conseguido varias victorias legales.<sup>13</sup>

Sin embargo, el Banco Central de Argentina ha enviado una parte importante de sus reservas al BPI, donde el dinero está fuera del alcance de los acreedores. Ahora, los fondos están demandando al BPI y atraen una atención indeseada hacia las inmunidades legales hiperprivilegiadas del banco. Los fondos alegan que el BPI ha permitido que el banco central argentino almacene entre el 80 y el 90 por ciento de sus 48.000 millones de dólares en reservas extranjeras en Basilea (la mayoría de bancos centrales guardan una pequeña proporción de sus reservas allí). En diciembre de 2012, Lisa Weekes, jefe de prensa del banco, declinó responder a preguntas minuciosas del autor sobre las reservas de Argentina, pero lo remitió a una carta que había publicado en *The Wall Street* en julio de 2011.<sup>14</sup>

En esa carta, Weekes confirmaba que el Banco Central de Argentina tiene una cuenta en el BPI. El BPI no revelará la suma real depositada por el banco, citando la confidencialidad banco-cliente, pero dijo que la cifra de alrededor de 40.000 millones de dólares estaba «exagerada en extremo». La carta señalaba que el Tribunal Federal Suizo, la máxima instancia judicial de Suiza, rechazaba la demanda de los fondos y mantenía la inmunidad del BPI, observando que «aceptar depósitos de los bancos centrales forma parte de la misión del BPI, y le permite cumplir con su función estatutaria como centro de pagos internacional para los bancos centrales». El BPI, escribía Weekes, al igual que otras organizaciones internacionales, «está protegido por inmunidades que le permiten llevar a cabo sus funciones en interés público».

No obstante, a los tenedores de bonos argentinos, la definición de «interés público» les parece algo diferente. Los depósitos de Argentina en el BPI son «una clara desviación de los estándares del banco», escribía Claudio Loser, antiguo director del Departamento del Hemisferio Occidental del



FMI. «El BPI tiene un grave conflicto de intereses: contrapone los intereses de un depositante nacional a los intereses de muchos otros».<sup>15</sup> En diciembre de 2012, el Consejo Federal Suizo (o gobierno federal suizo) confirmó que los fondos no pueden embargar ninguno de los depósitos de Argentina que hay en el BPI. El consejo sentenció que no había habido abuso de la inmunidad establecida en el convenio de sede de 1987, entre el BPI y el Consejo Federal Suizo, que gobierna los estatutos y la inmunidad legal del banco.

Así que parece que, por lo menos de momento, el BPI ha ganado la batalla de las reservas argentinas. Pero siguen abiertas cuestiones más amplias. ¿Qué pasa si otros países quieren usar el banco como refugio contra sus acreedores? «Argentina plantea una gran pregunta para el banco», dice un antiguo cargo del BPI. «¿El gobierno hace depósitos en el BPI porque es un buen lugar para guardar el dinero o porque sus depósitos tienen inmunidad y no se puede demandar al BPI ni obligarlo a entregarlos?»<sup>16</sup> El BPI también ha ayudado a repatriar dinero expoliado. Después de la muerte de Sani Abacha, el dictador nigeriano, en 1998, las autoridades nigerianas reclamaron cientos de millones de dólares que habían sido expoliados y depositados en bancos suizos. En 2004, las autoridades suizas ordenaron que casi 500 millones fueran transferidos de los bancos suizos a una cuenta transitoria para Nigeria en el BPI, antes de que fueran transferidos al banco central nigeriano.

Los bienes expoliados de Nigeria y las reservas de Argentina ponen de relieve que la inmunidad del BPI es una espada de doble filo: puede decirse que ofrece un puerto seguro para un país que huye de sus acreedores pero también garantiza que el BPI sea el banco preferido para las transacciones diplomáticamente delicadas, como la devolución de bienes expoliados. «Es muy importante que una institución que trata principalmente con los bancos centrales de países soberanos tenga en sus transacciones financieras la plena inmunidad respecto a la jurisdicción de los sistemas legales nacionales, como hacen el FMI y el Banco Mundial», dice Malcolm Knight.<sup>17</sup> Se debería exigir que todos los países que tratan con el BPI firmaran un acuerdo único y coherente, parecido al que exige el FMI, que ofreciera inmunidad para todas las transacciones financieras del BPI con residentes en ese país, así como cualquier otra inmunidad necesaria para el funcionamiento de una institución internacional oficial, además de inmunidad para su personal mientras esté de viaje, dice el antiguo director general del BPI.

El BPI «no se ha convertido en un refugio en ningún sentido», dice King.

Es muy importante que en el futuro los problemas relativos a la deuda soberana no lleven a un deudor a una situación en que pueda ser explotado por una pequeña minoría de acreedores que no acepten la reestructuración. El BPI no es especial en este debate. Se trata de un debate mucho más amplio sobre cómo tratamos la reestructuración de la deuda soberana. ¿Deberían poder acreedores como los fondos buitres comprar su entrada en la deuda soberana y luego tratar de conseguir una posición mucho más favorable para ellos mismos que para cualquier otro acreedor? En el futuro, se debería emitir deuda soberana

junto con «cláusulas de acción colectiva» para impedir esa conducta, pero de un modo que formara parte de las reglas legales del juego. El BPI no es diferente del FMI ni de cualquier otro cuerpo internacional que tenga algún grado de exención legal.<sup>18</sup>

Que el banco crea que debe estar tan rigurosamente protegido encarna su contradicción fundamental: está moldeando el futuro regulador de las finanzas globales y exige una buena gobernanza; sin embargo, sus propios asuntos se mantienen firmemente ocultos detrás de una maraña de inmunidades y protecciones legales.

El BPI avanza por el siglo XXI con una confianza cada vez mayor, a pesar de que no hay ninguna necesidad de que exista. Sus servicios bancarios podrían ser realizados por los bancos comerciales, que estarían legalmente obligados a observar la necesaria confidencialidad para impedir la especulación del mercado en las intervenciones de los bancos centrales. Su departamento de investigación y sus bases de datos podrían ser trasladados a cualquier universidad decente. Su famosa hospitalidad podría ser reproducida fácilmente en toda una serie de hoteles de lujo o centros de conferencias. Los comités organizados por el BPI que regulan el sistema bancario y financiero internacional podrían ser trasladados al FMI o alojados en un nuevo *think tank*, con una gobernanza abierta y transparente. Descomponer el banco en las partes que lo constituyen ayudaría a democratizar las finanzas globales.

Sin embargo, el banco no está preocupado. Tiene amigos poderosos que, cree, garantizarán su inviolabilidad y supervivencia. El Consejo Federal Suizo, órgano de gobierno del país donde el banco tiene su sede, ha reafirmado tajantemente sus compromisos con la inviolabilidad legal del BPI. El consejo de administración, que gestiona los asuntos del banco, es como un *Quién es quién* de los banqueros centrales más poderosos del mundo. Entre ellos están Ben Bernanke, sir Mervyn King, Mark Carney, Mario Draghi, Jens Weidemann del Bundesbank y Zhou Xiaochuan del Banco de China. La dirección del banco puede ponerse en contacto con cualquiera de ellos mediante una llamada telefónica, sabiendo que los gobernadores le harán un hueco en su agenda.

La memoria colectiva del banco también es tranquilizadora: en 1945, el BPI superó tácticamente a enemigos poderosos, como Henry Morgenthau, el secretario del Tesoro de Estados Unidos que quería que se cerrara el banco por colaborar con los nazis. Cualesquiera que sean las dificultades legales o políticas que haya en el futuro, como la desintegración de la eurozona, el ahondamiento de la crisis financiera o, incluso, una nueva guerra, quienes conocen la banca por dentro dicen que siempre habrá necesidad de un intermediario financiero, que actúe cruzando líneas y entre bastidores.

El BPI ayudó al nacimiento del euro y también estaría dispuesto a intervenir si fracasara. Si la crisis del euro empeora y la moneda única se rompe, los conocimientos y la experiencia del BPI serán considerados esenciales para garantizar que se contenga la ruptura. A principios de 2013,

cuando este libro fue a la imprenta, había señales de que el Bundesbank, que se había visto obligado contra su voluntad a adoptar la moneda única, depositaba ahora su fe en la más vieja reserva de valor: el oro. El banco anunció que pensaba repatriar 300 toneladas del oro que tiene en las cámaras de la Reserva Federal de Nueva York. Alemania guarda más de los dos tercios de sus reservas en oro, con un valor de 183.000 millones de dólares, en Nueva York, París y Londres. De París se retirarán la totalidad de sus 374 toneladas, aunque las reservas alemanas permanecerán en el Banco de Inglaterra.

La decisión de sacar el oro de París, pero dejarlo en Londres fue interpretada, de inmediato, como una pérdida de fe en el euro y el proyecto supranacional. Cuando el proyecto de la eurozona y el superestado europeo se tambalean, la obsesión por el oro se propaga por toda Alemania. Se cree que la reserva de valor favorita de la humanidad es una apuesta más segura que una moneda que apenas tiene una década de vida. En 2012, la agencia estatal de auditoría de Alemania exigió que el Bundesbank realizara un inventario del oro alemán guardado fuera del país. Los funcionarios del Bundesbank dijeron que habían comprobado personalmente todos los depósitos, de los cuales rindieron cuentas. La obsesión por el oro les habría resultado muy familiar a Hjalmar Schacht y Montagu Norman. La memoria del pueblo es profunda, en especial en Alemania, que se ha enfrentado por dos veces al descalabro económico en el último siglo, en 1918 y 1945. El muy pregonado milagro económico alemán siempre tuvo sus raíces en inyecciones masivas de capital extranjero, de Wall Street en los años veinte y del gobierno de Estados Unidos después de 1945. Es difícil que esa generosidad se repita hoy. Si el euro se hunde, apostar por el oro es más seguro que confiar en otro rescate transatlántico.

La nueva insistencia en el oro sólo puede ser una buena noticia para el BPI, y es un regreso a las raíces del banco. Como observa Gianni Toniolo, autor de la historia oficial del BPI, el patrón oro — que fija el valor de una moneda respecto a un peso en oro— estaba «incrustado en el ADN mismo» del BPI.<sup>19</sup> Hace tiempo que el patrón oro ha desaparecido, pero los precios del oro continúan aumentando, y el oro sigue teniendo un gran poder en la mente de los inversores. Sin duda, es cada vez más fundamental para las operaciones bancarias del BPI, hasta el punto de que *The Financial Times* ha descrito al banco como «el no va más como prestamista en lingotes».<sup>20</sup> El informe anual del BPI del 2012 revelaba que el banco tiene 355 toneladas métricas de oro (con un valor de casi 19.000 millones de dólares) relacionadas con sus contratos de intercambio de oro, lo cual significa que el banco cambia divisas por oro, un oro que devuelve al final del contrato.<sup>21</sup>

Si el euro se desmoronara, el BPI sería una parte esencial de cualquier operación de rescate, dice Rudi Bogni, un veterano banquero internacional. «Sin duda, el BPI podría ayudar técnicamente; tiene los conocimientos necesarios para cualquier intervención en los mercados, si fuera necesaria.» El BPI también podría demostrar ser útil en situaciones más sombrías, como una nueva gran guerra. Y, sin ninguna duda, tiene una amplia experiencia en mantener abiertos los canales financieros entre las facciones enfrentadas. En la moderna y globalizada economía, se juzgaría que conservar esos vínculos sería incluso más importante que en la Segunda Guerra

Mundial. «Cuando la gente empieza a dispararse unos contra otros, en lugar de hablar unos con otros, las economías y el comercio continúan. Siempre hay un interés que es mayor que la guerra», dice Bogni. «Incluso en la muerte hay intereses financieros que prosiguen después de la muerte del individuo. Por lo tanto, en una guerra en que las partes no estén muertas, querrán continuar con esos intereses después de la guerra.»<sup>22</sup> No cabe duda de que Basilea sería, una vez más, el lugar ideal para mantener abiertos esos canales.

Con todo, la segunda década del siglo XXI podría resultar la más difícil, incluso peligrosa, para el banco. El banco se ha beneficiado inconmensurablemente del rápido ritmo de la globalización y el desarrollo económico y seguirá haciéndolo conforme se incorporen nuevos miembros del mundo en desarrollo, todos ansiosos por aprovechar la pericia y los servicios bancarios del BPI. «Hay muchas economías de mercados emergentes para las cuales las operaciones bancarias del BPI tienen un valor real», dice King. «Pensarían que perderían algo sin un banco para bancos centrales.»<sup>23</sup>

Pero la actual crisis financiera ha cambiado algo más que los balances de los bancos. Ciudadanos y activistas de todo el mundo están pidiendo que se exijan transparencia y responsabilidades a los bancos y las instituciones financieras. Sin embargo, la mayoría no han oído hablar del BPI, un déficit de información que esperamos que este libro haya subsanado. La administración del banco considera que su máxima fuerza es la inviolabilidad legal del BPI, que está protegida —igual que la de Naciones Unidas y el Banco Central Europeo— por tratados internacionales, y está convencida de que para el BPI esa protección es a perpetuidad. Sin embargo, los estatutos del banco, redactados en 1930 para otra época, una época de deferencia y obediencia, pueden resultar su talón de Aquiles.

La cuestión de las reservas argentinas plantea profundas preguntas sobre la inviolabilidad legal del BPI. Su inmunidad pronto podría ser puesta a prueba. A principios del 2013, la mayoría de observadores daban por sentado que Grecia renegociaría su deuda soberana, lo cual exigiría que los inversores con bonos griegos se vieran obligados a aceptar una quita y perder parte del valor de sus activos. ¿Qué pasaría, entonces, si Grecia, como Argentina, pasaba sus reservas extranjeras al BPI para evitar a unos acreedores furiosos? Si Grecia seguía el ejemplo de Argentina, la percepción del banco cambiaría. Las afirmaciones de probidad moral y de actuar en el «interés público» hechas por el banco empezarían a parecer de pacotilla. Por ahora, el banco cuenta con la protección y el apoyo de los tribunales suizos y del Consejo Federal. Pero, incluso en el país de las cuentas anónimas numeradas, la opinión pública —y legal— está cambiando respecto a la reputación del país como refugio para los que buscan una inviolabilidad legal. Suiza está sometida a una presión sostenida por parte de las autoridades de Estados Unidos y Europa para relajar su secretismo y sus garantías de anonimato.

Mientras las reservas extranjeras de Argentina sigan fuera del alcance de los acreedores, el BPI establece un precedente perturbador, el de que si un país miembro del BPI incumple el pago de sus deudas o está a punto de hacerlo, podría enviar sus reservas nacionales a Basilea para su custodia. Tenemos aquí el principio de unos paralelismos incómodos —para el BPI— con los años treinta y

cuarenta. En marzo de 1939, Montagu Norman, uno de los fundadores y más poderosos directores del banco, y Johan Beyen, presidente del BPI, se negaron a detener una orden del Banco Nacional de Checoslovaquia para transferir parte de su oro desde su subcuenta del BPI en el Banco de Inglaterra a la subcuenta en el BPI del Bundesbank. Era evidente que la orden de transferencia, emitida después de que los nazis hubieran invadido Checoslovaquia, lo había sido bajo coacción. Sin embargo, Norman adoptó, deliberadamente, la opinión de que los intereses del BPI y el nuevo sistema financiero transnacional eran más importantes que negarse o, incluso, retrasar la petición. Beyen estuvo de acuerdo con la decisión. El oro fue anotado en la cuenta del Reichsbank. Durante los años de la Segunda Guerra Mundial, el banco actuó como depositario del oro expoliado por los nazis, aunque Thomas McKittrick, el presidente, fue advertido específicamente de que podría ser robado. Creía que no era asunto del banco preguntar por la procedencia del oro y que, en cualquier caso, estaban protegidos por sus estatutos. Pero incluso con sus poderosos aliados, el banco tuvo que librar una dura batalla para evitar que lo cerraran por haber aceptado un oro procedente del expolio.

Por el momento, los estatutos del BPI y el apoyo del sistema legal suizo garantizan que sus reservas son intocables. Pero las leyes —y los tratados en que se fundan los bancos internacionales— se hacen en un contexto político dado y se pueden cambiar. La presión legal y política podría aumentar. El cambio en el modo de percibir al banco ya se está produciendo. Analistas y economistas influyentes, como Claudio Loser, citado antes, están poniendo en duda la ética, la conducta y la inviolabilidad legal del banco. En la era de Twitter y Facebook, el BPI, una vez que se conozcan su papel fundamental y su importancia, podría volver a encontrarse en el centro de una tormenta global.

Los activos del BPI quizá sigan siendo intocables, pero conforme más activistas comprendan su papel en el sistema financiero global, su secretismo y elitismo, pondrán cada vez más en duda sus operaciones, su papel y la necesidad de su existencia. Un cambio así en la forma global de percibir al BPI y las exigencias para hacer que rinda cuentas, someterán a presión a los políticos, una presión que pasará a los gobernadores de los bancos centrales, que son independientes pero que, de todos modos, son nombrados por los gobiernos. La polémica sobre las reservas argentinas podría, a su vez, socavar la base del poder blando del banco: sus estructuras de regulación y supervisión. Los bancos comerciales podrían, por ejemplo, preguntar por qué deberían adherirse a las reglas bancarias del Comité de Basilea, cuando es posible que el propio banco anfitrión esté protegiendo a un banco central de sus acreedores.

Por lo menos de momento, el BPI puede confiar en sus poderosos amigos. Pero si el ambiente político continúa inclinándose hacia la transparencia y la responsabilidad, los directores del banco pueden descubrir que sus llamadas tardan más en ser devueltas y su duración es más breve. El banco necesita reformarse en tres campos para garantizar su supervivencia: transparencia, rendición de cuentas y responsabilidad social corporativa.

El primero es el más sencillo. El BPI debería celebrar una conferencia de prensa después de los

fin de semana bimensuales de los gobernadores y hacer que esté disponible en Internet. El banco debería publicar la lista de asistentes y los diversos temas de discusión de las reuniones de fin de semana, en particular los del selecto Comité Económico Consultivo, que se reúne para cenar los domingos; los de la Reunión de Economía Mundial, al día siguiente, la reunión de directores del BPI que se ocupa de la gobernanza del banco, y las deliberaciones del Comité de Mercados, que tratan de los mercados financieros internacionales.

El BPI y los banqueros centrales dicen que una medida así inhibiría la discusión. King ha dicho:

El BPI ha recorrido un largo camino para mostrarse abierto sobre el estado de sus finanzas, su posición legal, los miembros del consejo y cómo funciona. Los miembros del BPI son bien conocidos, y de ahí se puede deducir que los gobernadores de los países miembros acudirán a las reuniones. Los temas y asuntos de discusión sólo tienen valor porque son confidenciales. Yo compararía las reuniones del BPI con las del G20 o el FMI, que publican comunicados, que afirman ser transparentes e informar de lo que se dice. Pero saber que se publicarán constriñe cualquier discusión útil.

Lo importante de las conversaciones del BPI es que son privadas y confidenciales. Para que sean útiles, las conversaciones privadas deben tener un papel. No puede ser que se levante acta y se informe de cada conversación entre los gobernadores de los bancos centrales. Entonces no hay ninguna conversación útil, sólo personas que hacen declaraciones públicas, unas ante otras.

No hacemos tratos en Basilea. Es demasiado fuerte decir que esto es coordinación o armonización como responsabilidad, porque la elaboración de la política sigue en manos de los comités de los bancos centrales nacionales. Las reuniones del BPI hacen que estemos mucho mejor informados sobre por qué se han hecho diversas cosas y, quizá sobre lo que se tiene intención de hacer en el futuro.<sup>24</sup>

Es cierto que los banqueros centrales necesitan poder hablar libremente unos con otros. Sin embargo, no hay ninguna necesidad de poner una cámara en la sala y publicar el vídeo en YouTube, ni siquiera de facilitar una transcripción. Pero el banco debería publicar las actas: los temas generales de discusión, las líneas del debate y las conclusiones generales de las reuniones. Todos los funcionarios y banqueros centrales presentes en las reuniones de los gobernadores son cargos públicos, encargados de administrar las reservas nacionales, que son dinero público. Los banqueros centrales son responsables ante los ciudadanos que pagan sus salarios y pensiones. Ya no es aceptable que se reúnan en un conciliábulo secreto y se nieguen a divulgar ni el más mínimo detalle de sus reuniones. En este sentido la Reserva Federal de Estados Unidos es un modelo útil. Antes de cada reunión de la Comisión Federal de Mercado Abierto, el banco publica las actas revisadas de su anterior reunión. En el sitio web de la Reserva Federal hay ya información detallada sobre qué funcionarios del banco asisten a los fines de semana del BPI y su itinerario, hora por

hora, mientras están en Basilea. Ni la Reserva Federal ni el dólar ni siquiera el BPI se han hundido como resultado.

Los banqueros centrales dicen que la comparación no es válida, ya que el BPI no es un organismo que tome decisiones. King dice: «En el Banco de Inglaterra publicamos las actas porque tomamos una decisión oficial que el gobierno del Reino Unido nos ha mandado tomar. Si el BPI tomara decisiones relativas a los tipos de interés, sería correcto tener ese grado de transparencia. En el BPI no generamos decisiones. Tenemos conversaciones informales, luego nos vamos a casa y tomamos nuestras decisiones».<sup>25</sup>

En segundo lugar, se debería despojar al BPI de su inviolabilidad legal. El BPI es un híbrido extraño: un banco comercial rentable en extremo, protegido por tratados internacionales. Los estatutos de su fundación están, sin duda, en discordancia con la edad moderna. Proporcionan unos niveles innecesarios de protección legal para un banco que administra fondos públicos, y deforman la psicología del BPI. Alimentan la peculiar arrogancia de gran parte de su cuerpo administrativo de alto rango. El banco afirma que tiene una misión de servicio público; sin embargo, está estructurado de tal manera que el público es mantenido a tanta distancia como es posible, detrás del muro legal de inmunidad del banco. Un cambio de esta clase exigiría una Asamblea General Extraordinaria (EGM, por sus siglas en inglés). Hay precedentes. En los últimos años, se han convocado EGM para cambiar la unidad de cuenta del franco oro al Derecho Especial de Giro (DEG), para recomprar obligatoriamente las acciones en manos privadas y para distribuir las acciones de la antigua Yugoslavia entre sus Estados sucesores. En las EGM, las votaciones las deciden los bancos centrales miembros. Si los gobernadores y funcionarios de dichos bancos recibieran el mandato de sus gobiernos nacionales para que votaran por el cambio y la modernización, el banco tendría que acceder a los cambios.

En tercer lugar, una EGM de este cariz también podría dar instrucciones al banco para que gastara parte de sus beneficios en cumplir con su responsabilidad social como empresa y en filantropía. Durante décadas, el banco ha cosechado una rica recompensa de su administración de fondos públicos. En el año financiero de 2011-2012, el BPI hizo beneficios libres de impuestos de casi 100 millones de dólares cada mes. Es hora de devolver parte de esos beneficios a la sociedad en sentido amplio, más allá de los dividendos anuales que se pagan a los accionistas del banco central. El banco se ha negado a contestar a las preguntas del autor sobre cuánto gasta en proyectos de beneficencia y filantropía. Las palabras «beneficencia» y «filantropía» no aparecen en el informe anual para 2011-2012. Lisa Weekes, jefe de prensa del banco, dijo que, como la mayoría del personal vive en o cerca de Basilea, el BPI proporciona «una modesta ayuda financiera para iniciativas o instituciones seleccionadas dentro de la región de Basilea... con propósitos culturales o sociales».<sup>26</sup> El banco también hace donaciones ad hoc en respuesta a desastres naturales importantes, como para las víctimas del tifón de las Filipinas en diciembre de 2012, pero se niega a decir la cantidad.

Esto es poco convincente. Es hora de que el tan alardeado globalismo del banco se extienda a su

conciencia social. Debería crear una fundación benéfica —el Instituto Sociedad Abierta, de George Soros, podría ser un modelo— para apoyar programas de formación, educación, prácticas y desarrollo para jóvenes empresarios y banqueros. Sólo con un día del valor de los beneficios anuales —3,2 millones de dólares— sería suficiente para poner en marcha ese programa, que con el visto bueno del BPI no tardaría en atraer el patrocinio corporativo. Se podría alentar al personal del banco a que contribuyera, a cambio del impuesto sobre la renta que se ahorran. Se debería dar a la fundación un paquete de acciones para garantizar que la sociedad civil tuviera voto en la reunión anual general del banco. La presencia de un grupo de personas reales en la reunión, fuera del círculo encantado de los banqueros centrales y sus funcionarios, proporcionaría un recordatorio útil y refrescante de que las políticas y decisiones de los banqueros centrales, y de los del BPI, tienen consecuencias en el mundo exterior.

Los banqueros centrales replican que el BPI ya devuelve algo a la sociedad por medio de sus numerosos seminarios y reuniones y al alojar al Instituto para la Estabilidad Financiera, que fue creado por el BPI y el Comité de Supervisión Bancaria de Basilea en 1999 para trabajar con los supervisores del sector financiero. King ha dicho:

Hacen un gran trabajo proporcionando oportunidades para que los miembros más pequeños del BPI vengan y aprendan. Hay un taller informal sobre gobernanza y los retos que plantea dirigir un banco central, y los miembros más pequeños del BPI han encontrado que tiene un inmenso valor. Pertenecen a un club donde tienen la posibilidad de interrogar a sus colegas de los bancos centrales. En casa no había nadie a quien pedir consejo. Esa clase de intercambios tienen un valor incalculable. Es lo que hace el BPI al usar los recursos de los países mayores para devolver algo a los mercados emergentes y los países en desarrollo.<sup>27</sup>

Hay indicios, pequeños pero alentadores, de que algunos banqueros centrales comprenden que un gran poder financiero va acompañado de responsabilidades sociales. En octubre de 2012, Andrew Haldane, director ejecutivo de estabilidad financiera del Banco de Inglaterra, pronunció un discurso sobre la «Banca socialmente útil» en una reunión organizada por Occupy Economics, la rama londinense del movimiento de protesta social.<sup>28</sup> El movimiento Occupy, dijo, ha ayudado a desencadenar las primeras etapas de la «reforma de las finanzas». Los responsables políticos estaban escuchando las críticas y actuando para cerrar esas «líneas de fractura» existentes en el sistema financiero global. «Occupy ha tenido éxito en sus campañas para popularizar los problemas del sistema financiero global por una razón muy sencilla: tienen razón». A lo largo de los años, ha habido un «tremendo ruido de succión» cuando «personas y dinero» eran atraídos a la banca, especialmente a la banca de inversiones, drenando los recursos humanos y financieros del resto de la economía. Hasta el BPI está de acuerdo. Haldane citó investigaciones recientes realizadas por el banco, que descubrieron que cuando el sector financiero alcanza un cierto nivel, obstaculiza el crecimiento, porque compite con otros sectores de la economía por unos recursos escasos. «No cabe



duda de que más finanzas no son siempre lo mejor», escribieron Stephen Cecchetti y Enisse Kharroubi.<sup>29</sup>

¿Qué le deparará, pues, el futuro al BPI? A lo largo de décadas, desde la época Schacht-Norman, durante la Segunda Guerra Mundial y el nacimiento del euro, hasta la actual acumulación de comités reguladores, el banco ha demostrado una extraordinaria habilidad para ser esencial para cada momento, deshaciéndose repetidamente de su bagaje histórico y reinventándose para conservar su lugar central en el corazón del sistema financiero global.

Muy consciente de la creciente hostilidad global contra los banqueros, ahora el BPI hace hincapié en su estatus de organización internacional y su contribución al bien común. Es, sin ninguna duda, una herramienta de reclutamiento eficaz. «La calidad de los que trabajan en el BPI es muy alta», dice King. «Cuando se recluta a individuos realmente buenos, ayuda decir que esta es una institución internacional para la cual trabajas, no sólo un *think tank*. A la gente le gusta pensar que trabaja al servicio del público».<sup>30</sup>

Pero la última evolución del banco para convertirse en una institución responsable socialmente, puede ser la más difícil. El secreto, la opacidad y el no tener que rendir cuentas están enraizados — como el oro — en el ADN del banco. Al BPI le resultará difícil adaptarse a las nuevas demandas, bosquejadas por Andrew Haldane, para que las instituciones financieras tengan que rendir cuentas y sean socialmente responsables. Pero tendrá que hacerlo si quiere sobrevivir. En una época en que la información circula tan rápidamente como el capital, cuando los ciudadanos exigen cada vez más transparencia y responsabilidad por parte de las instituciones que tienen poder sobre sus vidas, cuando incluso Wall Street puede verse ocupado durante semanas, la torre de Basilea ya no es inviolable.

A diferencia de su predecesora bíblica, la torre de Basilea sólo se eleva dieciocho pisos por encima de la ciudad. Pero la suerte que corrieron los constructores de la torre bíblica debería dar que pensar a los banqueros. Porque cuando Dios vio su trabajo, confundió su lenguaje e introdujo multitud de lenguas. Los constructores ya no se podían entender unos a otros. La construcción se detuvo, ellos se dispersaron y su torre de desvaneció en la historia.

---

<sup>1</sup>Rabbi Nosson Scherman, *The Chumash: The Torah, Haftoras and Five Megillos With a Commentary Anthologised from the Rabbinic Writings*, Mesorah Publications, Nueva York, 2001, 49.

---

<sup>2</sup>El BPI sustituyó el franco oro por los Derechos Especiales de Giro (DEG) como unidad de cuenta en 2003. El DEG no es una divisa, sino un activo de reserva internacional y se basa en una cesta de monedas importantes: el euro, el yen japonés, la libra británica y el dólar estadounidense. En enero de 2012, un DEG equivalía a 1,53 dólares.

---

<sup>3</sup>Cuentas de pérdidas y ganancias para el año financiero acabado el 31 de marzo 2009, *BIS 79th Annual Report*, 182, 183.

---

4Cuenta de pérdidas y ganancias para el año financiero acabado el 31 de marzo, 2012, *BIS 82nd Annual Report*, 135.

---

5Véase el discurso de Christine Lagarde, directora gerente del FMI, FMI directo, 24 enero 2012, disponible en <http://blog-imfdirect.imf.org/2012/01/24/driving-the-global-economy-with-the-brakes-on>.

---

6«Presenting the Second Annual Wonky Awards», The Wonkbong Team, *The Washington Post online*, 28 diciembre 2012, disponible en <http://www.washingtonpost.com/blogs/wonkblog/wp/2012/12/28/presenting-the-second-annual-wonky-awards>.

---

7«Sharing of Financial Records Between Jurisdictions in Connection with the Fight Against Terrorist Financing», BPI, Comité de Supervisión Bancaria de Basilea, abril 2002, disponible en <http://www.bis.org/publ/bcbs89.htm>.

---

8Matt Taibbi, «The Great American Bubble Machine», *Rolling Stone*, 9 julio 2012.

---

9Entrevista del autor con Andrew Hilton en Londres, julio 2012.

---

10Entrevista del autor con William White, diciembre 2012.

---

11Entrevista del autor con Stephen Cecchetti, corre electrónico al autor, 17 diciembre 2012.

---

12La conferencia de prensa sobre el informe anual del BPI 2010-2011, se puede ver en difusión por Internet en <http://www.bis.org/events/agm2011/pcvideo.htm>.

---

13«Gauchos and Gadflies», *The Economist*, 22 octubre 2011.

---

14Lisa Weekes, «The Argentinean Money and Banking Immunity», *The Wall Street Journal*, 27 julio 2011.

---

15Claudio Loser, «Destabilizing Force». *Forbes online*, disponible en <http://www.forbes.com/2010/01/20/bank-of-international-settlements-argentina-stagnation-opinions-contributors-claudio-m-loser.html>.

---

16Entrevista del autor, 2012.

---

17Entrevista del autor con Malcolm Knight en Nueva York, mayo 2012.

---

18Entrevista del autor con sir Mervyn King en Londres, febrero 2013.

---

19Toniolo, 131.

---

<sup>20</sup>Izabella Kaminska, «Apropos Those BIS Gold Swaps», blog *FT Alphaville*, 25 junio 2012, disponible en <http://ftalphaville.ft.com/2012/06/25/1058101/a-propos-those-bis-gold-swaps>.

---

<sup>21</sup>*BIS 82nd Annual Report*, 148.

---

<sup>22</sup>Entrevista del autor con Rudi Bogni, en Londres, 2012.

---

<sup>23</sup>Entrevista del autor con sir Mervyn King, en Londres, febrero 2013.

---

<sup>24</sup>*Ibid.*

---

<sup>25</sup>*Ibid.*

---

<sup>26</sup>Correo electrónico de Lisa Weekes al autor, 25 enero 2013.

---

<sup>27</sup>Entrevista del autor con sir Mervyn King en Londres, febrero 2013.

---

<sup>28</sup>Andrew Haldane, «A Leaf Being Turned», *Occupy Economics*, Londres, 28 octubre 2012, disponible en <http://www.bankofengland.co.uk/publications/Documents/speeches/2012/speech616.pdf>.

---

<sup>29</sup>Cecchetti y Kharroubi, «Reassessing the Impact of Finance on Growth», Documentos de Trabajo del BPI, 381, julio 2012, 14.

---

<sup>30</sup>Entrevista del autor con sir Mervyn King en Londres, febrero 2013.

# Agradecimientos

Este libro nació de una conversación sostenida en Nueva York con Clive Priddle, director de PublicAffairs. Clive ha sido el mejor editor que un escritor puede desear: alentador, perceptivo y profundamente culto. Mi brillante agente, Elizabeth Sheinkman, de William Morris Endeavor, fue una entusiasta defensora de este proyecto, y Jo Rodgers siempre estuvo allí para ayudar. Numerosos amigos y colegas me ofrecieron estímulo, consejos e ideas, en especial Roger Boyes, Justin Leighton, Erik D'Amato y Nicholas Kabcenell. En Nueva York, Peter Green, Bob Green y Babette Audant fueron anfitriones cálidos y acogedores, mientras que, en Washington, Matt y Emmanuelle Welch me ofrecieron un hogar lejos del hogar. En Budapest, estoy particularmente agradecido a Flora Hevesi, que transcribió diligentemente muchas horas de entrevistas y no se quejó ni una sola vez de los térmicos técnicos y bancarios. Muchas gracias a Lori Hobkirk por su producción, organización y pericia correctora, a Daisy Bauer por su elegante diseño y a Beth Fraser por su diligente revisión.

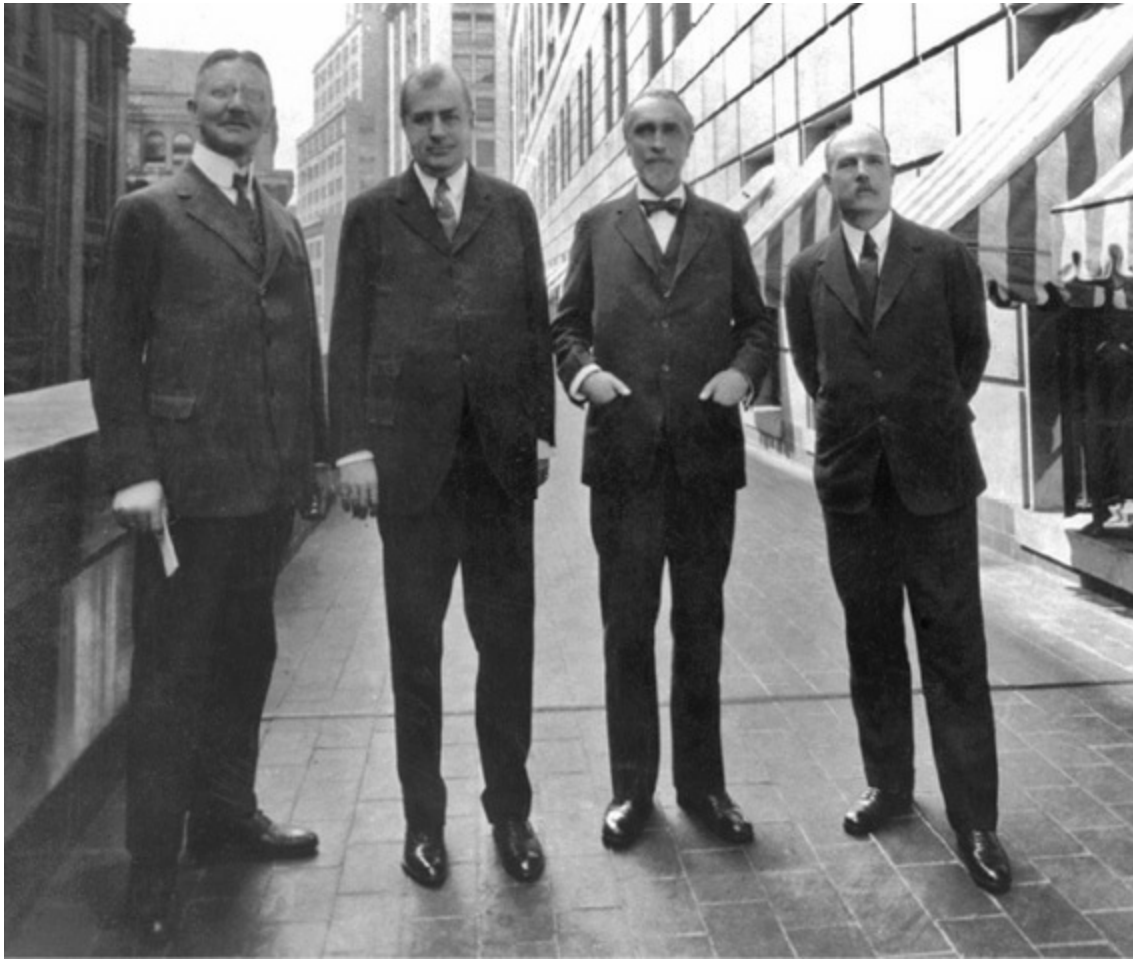
*El superbanco* es un libro sobre redes, conexiones y el ejercicio del poder encubierto. Trazar un mapa de esos vínculos siempre es más fácil cuando personas de dentro o que estuvieron dentro están dispuestas a compartir su experiencia y conocimientos. He hablado con numerosas fuentes que tienen una información de primera mano del Banco de Pagos Internacionales, el mundo de la banca central y otros temas relacionados. Algunos han preferido permanecer en el anonimato; saben quiénes son y estoy muy agradecido por su información. Otros aceptaron hablar oficialmente. Gracias a Dan Alamariu, Peter Akos Bod, Dean Baker, Geoffrey Bell, Rudi Bogni, Stephen Cecchetti, William de Gelsey, Charles de Vault, Adam Gilbert, Richard Hall, Frigyes Hárshgyi, Andrew Hilton, Zsigmond Járjai, Karen Johnson, sir Mervyn King, Malcolm Knight, William McDonough, Laurence Meyer, Ron Paul, Rupert Pennant-Rea, Nathan Sheets, Paul Volcker y Peregrine Worsthorne. William White nos proporcionó mucha y muy útil información. Gracias también a Sarah Ashley, de la oficina de prensa del Banco de Londres, Gillian Tett, Ralph Atkins, David Dederick, Paul Elston, Barbara Wyllie, Steve Bloomfield de *Monocle*, Jonathan Brandt, John Hubbel Weiss, Peter Grose, John Lloyd, Greg Ip, Peter Rona, William Clothier de Brody House en Budapest, Paulina Bren, Zoltan Markus, Mark Milstein de Northfoto, Alex Kuli y la gente de la Oficina de Prensa de la Reserva Federal. Ryan Aven leyó el manuscrito y compartió conmigo sus conocimientos del mundo de los bancos centrales, mientras que John Shattuck me facilitó, amablemente, el acceso a la biblioteca de la Universidad Central Europea de Budapest. Lee Goddard me construyó un estupendo sitio web en [www.adamblebor.com](http://www.adamblebor.com).

Estoy especialmente agradecido al personal de los siguientes archivos: Banco de Inglaterra, Biblioteca de Manuscritos y Libros Raros de la Universidad de Columbia; Banco de la Reserva Federal de Nueva York, Biblioteca Presidencial Franklin D. Roosevelt; Biblioteca de Manuscritos

Seeley G. Mudd, en la Universidad de Princeton; Archivos Nacionales, de Londres, y Administración de Documentos y Archivos Nacionales de Estados Unidos, en College Park, Maryland. Mi especial agradecimiento para mi equipo de investigadores. En Londres, Rosie Whitehouse descubrió un valioso material en los archivos del Banco de Inglaterra. Elysia Glover buscó diligentemente entre los documentos del Banco de la Reserva Federal de Nueva York, los archivos de la Biblioteca de la Universidad de Columbia y los diarios de Henry Morgenthau, que se guardan en la Biblioteca Presidencial Franklin D. Roosevelt en Hyde Park. En Washington, Emmanuelle Welch de French Connection Research ([www.frenchpi.com](http://www.frenchpi.com)), localizó una serie de valiosos documentos en los Archivos Nacionales de Estados Unidos. Andras Lengyel y Esther Judah tradujeron hábilmente del alemán y el francés al inglés.

Este libro es una historia de investigación del BPI, no autorizada, y no ha sido leído ni verificado por ningún miembro del personal ni ningún funcionario del banco. No obstante, me gustaría extender mi agradecimiento a varias personas del BPI. Edward Atkinson fue siempre perceptivo y bienhumorado mientras me orientaba por los archivos. El doctor Piet Clement, historiador del banco, compartió de buena gana sus conocimientos de asuntos históricos, por abstrusos que fueran. Margaret Critchlow y Lisa Weekes, de la oficina de prensa del BPI, me añadieron amablemente a la lista de direcciones de los medios del banco, respondieron a buen número de preguntas, me proporcionaron numerosas fotografías y organizaron una entrevista con Stephen Cecchetti, jefe del Departamento Económico y Monetario.

Todos los trabajos de indagación histórica se apoyan en sus predecesores. Me alegra reconocer la contribución del profesor Gianni Toniolo y del doctor Piet Clement. Su acreditado estudio del BPI, *Central Bank Cooperation at the Bank for International Settlements 1930-1973*, es una obra de referencia con un valor incalculable. Me siento especialmente agradecido a Christopher Simpson, profesor de periodismo en la Universidad Americana, y a Jason Weixelbaum, un historiador joven, con mucho talento. El profesor Simpson, pionero en investigar la conexión entre las grandes empresas y el genocidio, fue extremadamente generoso con su tiempo y conocimientos, orientándome por los Archivos Nacionales de Estados Unidos y compartiendo conmigo material documental original de sus propios archivos. Jason Weixelbaum, experto en los vínculos entre empresas estadounidenses y los nazis, compartió conmigo una serie de documentos sobre el tema del BPI y los Aliados y fue también un investigador tenaz. El profesor Harold James fue generoso con su información sobre el BPI y el telón de fondo histórico de este libro. Donald MacLaren me transmitió amablemente su información sobre la vida y trabajo de su padre. Estoy agradecido a Helen Scholfield, que fue quien primero se puso en contacto conmigo, por la extraordinaria historia de los agentes secretos británicos que trabajaron contra los intereses económicos nazis en Estados Unidos. Ese episodio, como tantas intrigas económicas transfronterizas de tiempo de guerra, llevan de vuelta al BPI. Gracias, sobre todo, a Kati, Danny y Hannah, por soportar mis largas ausencias y por recordarme cada día que, de verdad, hay vida fuera de la torre de Basilea.



Cuatro de los banqueros centrales más poderosos del mundo se reúnen en Nueva York en 1927: Hjalmar Schacht (Reichsbank), Benjamin Strong (Reserva Federal de Nueva York), Montagu Norman (Banco de Inglaterra) y Charles Rist (Banco de Francia). (Cortesía del BPI)



Primera reunión no oficial del Consejo de Administración del Banco de Pagos Internacionales, en abril de 1930. Los encuentros eran tan reservados que la sala permanecía cerrada a terceros, incluso después de que los banqueros se

hubieran marchado. (Cortesía del BPI)



Las primeras oficinas centrales del BPI estaban en un antiguo hotel, cerca de la estación central de ferrocarril de Basilea. Se pretendía que fuera una sede temporal, pero el banco siguió allí hasta 1977. (Cortesía del BPI)



Reunión del Consejo de Administración en mayo de 1935. Entre los que asistieron estaban Montagu Norman, Hjalmar Schacht y Kurt Freiherr von Schröder, un poderoso banquero privado nazi. (Cortesía del BPI)



Hjalmar Schacht (centro) con Adolf Hitler. Schacht, artífice de la economía de guerra alemana, se describió en una ocasión como el «compañero de trabajo más leal» de Hitler. (Süddeutsche Zeitung/Northfoto)



Donald MacLaren, agente de la inteligencia británica, organizó una operación de sabotaje contra la filial en Estados Unidos de IG Farben, el gigantesco conglomerado industrial nazi. Hermann Schmitz, consejero delegado de IG Farben, era miembro del consejo del BPI. (Cortesía de la familia MacLaren)





Allen Dulles (dcha.), jefe de la inteligencia estadounidense en Suiza durante la Segunda Guerra Mundial. Dulles era amigo de Thomas McKittrick, presidente del BPI, que le pasaba información con el nombre en clave de 644.  
(Süddeutsche Zeitung/Northfoto)



Karl Blessing (izquierda), presidente del Bundesbank y miembro del consejo del BPI desde 1958 a 1969. Al igual que muchos banqueros alemanes, fue un fiel nazi durante el Tercer Reich. Supervisó un imperio de campos de concentración

y trabajadores esclavos. (Süddeutsche Zeitung/Northfoto)



Thomas McKittrick, el banquero estadounidense que ocupó el cargo de presidente del BPI desde 1940 a 1946. El BPI actuó como sucursal del Reichsbank en el extranjero, aceptó el oro procedente del expolio nazi y fue el canal extraoficial para los contactos secretos entre los Aliados y las potencias del Eje. (Cortesía BPI)



Roger Auboin, director general del BPI desde 1938 a 1958. El banquero francés encarnó la continuidad de los intereses financieros transnacionales antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial. (Cortesía del BPI).



Alexandre Lamfalussy, economista nacido en Hungría, conocido como «padre del euro». Lamfalussy fue director general del BPI desde 1985 a 1993, cuando se marchó para crear el Instituto Monetario Europeo, que más tarde se convertiría en el Banco Central Europeo. (Cortesía del BPI)



Per Jacobsson, el influyente asesor económico del banco desde 1931 a 1956. Jacobsson usó su posición como sueco neutral para pasar información económica de Washington a Berlín durante la guerra. (Cortesía del BPI)



Andrew Crockett, un economista británico muy bien considerado, sucedió a Lamfalussy como director general del BPI. Crockett supervisó la transformación del BPI desde una institución principalmente europea a otra global, garantizando así su supervivencia. (Cortesía del BPI)



Asamblea general anual de 1980. Después de cincuenta años de existencia, el banco se había transformado a sí mismo en un pilar básico de la economía global. (Cortesía del BPI)



Consejo de Gobernadores del Banco Central Europeo en enero 2013. El BCE, igual que su banco matriz, el BPI, está protegido por un tratado internacional, sigue siendo opaco y no tiene que rendir cuentas. (Cortesía del BCE)

# Bibliografía

## ARCHIVOS CONSULTADOS

- Archivos Nacionales del Reino Unido, Londres (UKNA, en inglés)
- Archivos Nacionales y Administración de Documentos de Estados Unidos (NARA, en inglés).
- Banco de Inglaterra, Londres (BE, en inglés)
- Banco de Pagos Internacionales, Basilea (BPI)
- Banco de la Reserva Federal de Nueva York, Nueva York (FRBNY, en inglés)
- Biblioteca de las Artes Cinematográficas, Universidad de Carolina del Sur, Los Ángeles, California (USCCAL)
- Biblioteca Baker, Harvard Business School (HUBL)
- Biblioteca de Manuscritos y Libros Raros de la Universidad de Columbia, Nueva York, Nueva York (CU)
- Biblioteca de Manuscritos Seely G. Mudd, Universidad de Princeton (SGMML, en inglés)
- Biblioteca Presidencial Franklin D. Roosevelt, Hyde Park, Nueva York (FDRPL, en inglés)
- Centre Virtuel de la Connaissance sur l'Europe (CVCE), Luxemburgo.
- Departamento de Colecciones Especiales, Universidad de Delaware (UDSCD, en inglés)
- Instituto Universitario Europeo, Bruselas (IUE).
- Museo y Biblioteca Harry S. Truman, Independence, Missouri (HTLM, en inglés)

## LIBROS

- Ahamed, Liaquat, *Lords of Finance: 1929, the Great Depression and the Bankers Who Broke the World*, Windmill, Londres, 2010. (Publicado en español con el título *Los señores de las finanzas*, Deusto, Barcelona, 2010.)
- Baker, James C., *The Bank for International Settlements: Evolution and Evaluation*, Quorum Books, Westport, Connecticut, 2002.
- Banco de Pagos Internacionales, *The BIS and the Basel Meetings 1930-1980*, BPI, Basilea, 1980.
- Bartal, David, *The Empire: The Rise of the House of Wallenberg*, Dagens Industri, Estocolmo, 2005.
- Bazyler, Michael J., *Holocaust Justice: The Battle for Restitution in America's Courts*, New York University Press, Nueva York, 2005.
- Billstein, Reinhold, Karola Fings, Anita Kugler y Nicholas Levis, *Working for the Enemy: Ford,*

*General Motors and Forces Labor During the Second World War*, Berghahn Books, Oxford y Nueva York, 2004.

Bird, Kai, *The Chairman: John J. McCloy and the Making of the American Establishment*, Simon and Schuster, Nueva York, 1992.

Black, Edwin, *IBM and the Holocaust: The Strategic Alliance Between Nazi Germany and America's Most Powerful Corporation*, Dialogue Press, Westport, Connecticut, 2012. (Publicado en español con el título *IBM y el Holocausto*, Atlántida, Buenos Aires/México, 2001.)

Borkin Joseph, *The Crime and Punishment of I.G.Farben*, Free Press, Nueva York, 1978.

Boughton, James M., *Silent Revolution: The International Monetary Fund 1979-1989*, IMF, Washington, 2001.

Bower, Tom, *Blind Eye to Murder: Britain, America and the Purging of Nazi Germany*, HarperCollins, Nueva York, 1981.

Boyle, Andrew, *Montagu Norman*, Cassell, Londres, 1967.

Breitman, Richard; Goda, Norman J.W.; Naftali, Timothy; y Wolfe, Robert, *U.S. Intelligence and the Nazis*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005.

Chernow, Ron, *The Warburgs: The Twentieth Century Odyssey of a Remarkable Jewish Family*, Vintage, Nueva York, 1994.

Christman, Henry M., ed. *Essential Works of Lenin*, Dover, Mineola, Nueva York, 1987.

Coombs, Charles, *The Arena of International Finance*, John Wiley, Londres, 1976.

Delattre, Lucas, *A Spy at the Heart of the Third Reich*, Grove Press/Atlantic Monthly Press, Londres, 2006.

Dulles, Alan, *The Craft of Intelligence*, Harper and Row, Nueva York, 1963.

Dulles, Eleanor Lansing, *The Bank for International Settlements at Work*, Macmillan, Nueva York, 1932.

—, *Chances of a Lifetime: A Memoir*, Prentice Hall, Eaglewood Cliffs, Nueva Jersey, 1980.

Ellwood, David W., «The Propaganda of the Marshall Plan in Italy in a Cold War Context», en Giles Scott-Smith y Hans Krabbendam, eds., *The Cultural Cold War in Western Europe, 1945-1960*, Frank Cass Publishing, Independence, Kentucky, 2004.

Ferguson, Niall, *Paper and Iron: Hamburg Business and German Politics in the Era of Inflation 1897-1927*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002.

—, *The Ascent of Money: A Financial History of the World*, Penguin, Londres, 2009. (Publicado en español con el título *El triunfo del dinero*, Debate, Barcelona, 2009.)

Gilbert, Martin, *Auschwitz and the Allies*, Michael Joseph, Londres, 1981.

Greider, William, *Secrets of the Temple: How the Federal Reserve Runs the Country*, Touchstone, Nueva York, 1987.

Grose, Peter, *Gentleman Spy: The Life of Allen Dulles*, Andrew Deutsch, Londres, 1994.

Hartrich, Edwin, *The Fourth and Richest Reich: How the German Conquered the Post-War*



*World*, Macmillan, Londres, 1980.

Haseler, Stephen, *Super-State: The New Europe and Its Challenge to America*, I. B.Taurus, Londres, 2004.

Henderson, David R., *German Economic Miracle: The Concise Encyclopedia of Economics*. Disponible en <http://www.econlib.org/library/Enc/GermanEconomicMiracle.html>.

Higham, Charles, *Trading with the Enemy: An Exposé of the Nazi-American Money Plot 1933-1945*, Robert Hale, Londres, 1983.

Jacobsson, Erin E., *A Life for Sound Money: Per Jacobsson, His Biography*, Clarendon Press, Oxford, 1979.

James, Harold, *Making the European Monetary Union*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2012.

—, *The Deutsche Bank and the Nazi Economic War Against the Jews*, Cambridge University Press, Londres, 1981.

Jeffreys, Diarmuid, *Hell's Cartel: IG Farben and the Making of Hitler's War Machine*, Bloomsbury, Londres, 2009.

Kahn, David, *Hitler's Spies: German Military Intelligence in World War II*, Macmillan, Nueva York, 1978.

Krugman, Paul, *End This Depression Now!*, W. W. Norton, Nueva York, 2012. (Publicado en español con el título *¡Acabad ya con esta crisis!*, Crítica, Barcelona, 2012.)

Laughland, John, *The Tainted Source: The Undemocratic Origins of the European Idea*, Time Warner, Londres, 1998. (Publicado en español con el título *La fuente impura: los orígenes antidemocráticos de la idea europeísta*, Andrés Bello, Barcelona, 2001.)

LeBor, Adam, *Hitler's Secret Bankers: How Switzerland Profited from Nazi Genocide*, Pocket Books, Londres, 1999. (Publicado en español con el título *Los banqueros secretos de Hitler*, Grijalbo, Barcelona, 1998.)

LeBor, Adam y Roger Boyes, *Surviving Hitler: Choice, Corruption and Compromise in the Third Reich*, Pocket Books, Londres, 2000.

Lisagor, Nancy y Frank Lipsius, *A Law Unto Itself: The Untold Story of Sullivan and Cromwell*, William Morrow and Company, Nueva York, 1988.

MacMillan, Margaret, *Peacemakers: Six Months that Changed the World*, John Murray, Londres, 2003. (Publicado en español con el título *París 1919: Seis meses que cambiaron el mundo*, Tusquets, Barcelona, 2005.)

Mahl, Thomas E., *Desperate Deception: British Covert Operations in the United States 1939-1944*, Brassey's, Dulles, Virginia, 1998.

Marsh, David, *The Bundesbank: The Bank That Rules Europe*, William Heinemann, Londres, 1992. (Publicado en español con el título *El Bundesbank*, Celeste, Madrid, 1993.)

—, *The Euro: The Battle for the New Global Currency*, Yale University Press, 2011.

Mierzejewski, Alfred C., *Ludwig Erhard*, Univ. of North Carolina Press, Chapel Hill, 2006.

- Mosley, Leonard, *Dulles: A Biography of Eleanor, Allen and John Foster Dulles and their family network*, Doubleday, Nueva York, 1978.
- O'Sullivan, Christopher, *Post-War Planning and the Quest for a New World Order*, Columbia University Press, 2008.
- Padoa-Schioppa, Tommaso, *The Road to Monetary Union in Europe*, Clarendon Press, Oxford, 1994.
- Partnoy, Frank, *The Match King: Ivar Kreuger and the Financial Scandal of the Century*, PublicAffairs, Nueva York, 2010.
- Pauly, Louis W., *Who Elected the Bankers? Surveillance and Control in the World Economy*, Cornell University Press, Ithaca, 1997.
- Petersen, Neal H., ed., *From Hitler's Doorstep: The Wartime Intelligence Reports of Allen Dulles 1942-1945*, Penn State University Press, University Park, Pensilvania, 1996.
- Pol, Heinz, *The Hidden Enemy: The German Threat to Post-War Peace*, Julian Messner, Nueva York, 1943.
- Roberts, Richard, *Schroders: Bankers and Merchants*, Macmillan, Londres 1992.
- Sampson, Anthony, *The Money Lenders: The People and Politics of the World Banking Crisis*, Viking, Londres, 1983.
- Schacht, Hjalmar, *Confessions of the Old Wizard*, Houghton Mifflin, Nueva York, 1956.
- Scherman, Rabbi Nosson, *The Chumash: The Torah, Haftoras and Five Megillos With a Commentary Anthologised from the Rabbinic Writings*, Mesorah Publications, Nueva York, 2001.
- Simpson, Christopher, *Blowback: The First Full Account of America's Recruitment of Nazis and Its Disastrous Effect on Our Domestic and Foreign Policy*, Weidenfeld and Nicholson, Nueva York, 1988.
- , *The Splendid Blond Beast: Money, Law and Genocide in the Twentieth Century*, Common Courage Press, Monroe, Maine, 1995.
- Simpson, Christopher, ed. *War Crimes of the Deutsche Bank and the Dresdner Bank: Office of the Military Government (US) Reports*, Holmes and Meier, Teaneck, Nueva Jersey, 2002.
- Singleton, John, *Central Banking in the Twentieth Century*, Cambridge University Press, Cambridge, 2010.
- Stiglitz, Joseph, *Freefall: Free Markets and the Sinking of the Global Economy*, Penguin, Londres, 2010. (Publicado en español con el título *Caída libre: el libre mercado y el hundimiento de la economía mundial*, Taurus, Madrid, 2010.)
- Strachan, Hew, *Financing the First World War*, Oxford University Press, Oxford, 2004. (Publicado en español con el título *La Primera Guerra Mundial*, Crítica, Barcelona, 2004.)
- Sutton, Anthony, *Wall Street and the Rise of Hitler*, Clairview Books, West Hoathly, Sussex, 2010.
- Swaine, Robert Taylor, *The Cravath Firm and Its Predecessors 1819-1947*, The Lawbook

Exchange Ltd., Nueva Jersey, 1964.

Tarullo, Daniel, *Banking on Basel: The Future of International Financial Regulation*, The Peterson Institute for International Economics, Washington, 2008.

Toniolo, Gianni, con Piet Clement, *Central Bank Cooperation at the Bank for International Settlements 1930-1973*, Cambridge University Press, Londres, 2005.

Tooze, Adam, *The Wages of Destruction: The Making and the Breaking of the Nazi Economy*, Allen Lane, Londres, 2006.

Touffut, Jean-Philippe, *Central Banks as Economic Institutions*, Edward Elgar Publishing, Cheltenham, 2008.

Trevor-Roper, H. R., *Hitler's Secret Conversations, 1941-1944*, Farrar, Strauss and Young, Nueva York, 1953. (Publicado en español con el título *Las conversaciones privadas de Hitler*, Crítica, Barcelona, 2004.)

Turner, Henry Ashby Jr., *German Big Business and the Rise of Hitler*, Oxford University Press, Nueva York, 1985.

Ugland, Trygve, *Jean Monnet and Canada: Early Travels and the Idea of European Unity*, University of Toronto Press, Toronto, 2011.

Weitz, John, *Hitler's Banker: Hjalmar Horace Greeley Schacht*, Warner Books, Londres, 1999.

West, Nigel, *British Security Co-ordination: The Secret History of British Intelligence in the Americas 1940-1945*, Little, Brown, Londres, 1998.

Wistrich, Robert, *Who's Who in Nazi Germany*, Routledge, Londres, 2002.

Wyman, David S., *The Abandonment of the Jews: America and the Holocaust 1941-1945*, Pantheon, Nueva York, 1984.

## DOCUMENTOS Y ARTÍCULOS SELECCIONADOS

Aldrich, Richard, «OSS, CIA and European Unity: The American Committee on United Europe 1948-1960», *Diplomacy and Statecraft*, 8, 1, marzo 1997.

Andrews, David M., «Command and Control in the Committee of Governors: Leadership, Staff and Preparations for EMU», Instituto Universitario Europeo, disponible en <http://aei.pitt.edu/2811/1/078.pdf>.

Auboin, «*The Bank for International Settlements, 1930-1955*», *Essays in International Finance*, mayo 1955.

Avent Ryan, «The Twilight of the Central Banker», *Free Exchange, The Economist*, 26 junio 2012, disponible en <http://www.economist.com/blogs/freeexchange/2012/06/central-banks>.

Banco de Pagos Internacionales, Informes anuales desde 1930, disponibles en <http://www.bis.org>.

Banco de Pagos Internacionales, «Note on Gold Operations Involving the BIS and the German Reichsbank, 1 septiembre 1939 — 8 mayo 1945», disponible en

<http://www.bis.org/publ/bisp02b.pdf>.

Beevor, Antony, «Europe's Long Shadow», revista *Prospect*, diciembre 2012.

Borkin, Joseph y Charles Welsh, «Germany's Master Plan», reseña de J. Hurtsfield, *Economic History Review*, 14, 2 (1944), 206-207.

Boughton, James M., «Harry Dexter White and the International Monetary Fund», *Finance and Development*, septiembre 1998.

Breitman, Richard, «A deal with the Nazi dictatorship: Hitler's alleged emissaries in Autumn 1943», *Journal of Contemporary History*, 30, 3, julio 1995.

Cecchetti, Stephen y Enisse Kharroubi, «Reassessing the Impact of Finance on Growth», *BIS Working Papers*, 381, julio 2012.

Clement, Piet, «The touchstone of German credit: Nazi Germany and the service of the Dawes and Young Loans», *Financial History Review*, vol. 11, 1, abril 2004.

—, «The term “macroprudential”: origins and evolution», Banco de Pagos Internacionales, *BIS Quarterly Review*, marzo 2010.

Eichengreen, Barry y Jorge Braga de Macedo, «The European Payments Union: History and implications for the evolution of the international architecture», Centro de Desarrollo de la OCDE, París, marzo 2001.

Epstein, Edward Jay, «Ruling the world of money», *Harper's*, noviembre 1983.

Friedman, Milton, «The Island of Stone Money», Documentos de trabajo de Economía, E-91-3, The Hoover Institution, Stanford University, febrero 1991.

Funk, Walter, «Economic Reorganisation of Europe», Reichsbank, Berlín, 1940.

Goodhart, Charles, «The Changing Role of Central Banks», documento de trabajo del BPI 326, noviembre 2010.

Hilsenrath, Jon y Brian Blackstone, «Inside the Risky Bets of Central Banks». *The Wall Street Journal*, 12 diciembre 2012.

Haldane, Andrew, «A Leaf Being Turned», Occupy Economics, Londres, 29 octubre 2012, disponible en <http://www.bankofengland.co.uk/publications/Documents/speeches/2012/speech616.pdf>.

Hudson, Manley, O., «The Immunities of the Bank for International Settlements», *American Journal of International Law*, vol. 32, 1 (Ene. 1938), 128-134.

Johanssen, Niels y Gabriel Zucman, «The End of Bank Secrecy? An Evaluation of the G20 Tax Haven Crackdown», documento de trabajo 2012-04, Escuela de Economía de París, febrero 2012.

Keynes, J. M., «The Bank for International Settlements, Fourth Annual Report, 1933-34», *Economic Journal*, 44, 175, septiembre 1934, 514-518.

Kriz, M. A., «The Bank for International Settlements: Wartime Activities and Present Position», (Revisado), Banco de la Reserva Federal de Nueva York, División de Investigación Extranjera, 11 julio 1947.

- Lamfalussy, Alexandre, «Central Banks, Governments and the European Monetary Unification Process», documento de trabajo del BPI 201, febrero 2006.
- Lefort, Daniel, «Bank for International Settlements, Basel, Switzerland», *Kluwer Law International Intergovernmental Organisations*, suplemento 36, noviembre 2009.
- Martín-Aceña, Pablo, Elena Martínez Ruiz, Ángeles Pons, «War and Economics: Spanish Civil War Finances Revisited», *European Review of Economics History*, 16, 144-165.
- Maes, Ivo, «The Evolution of Alexandre Lamfalussy's Thought on the International and European Monetary System (1961-1993)», documento de trabajo de investigación, noviembre 2011, 127, Banco Nacional de Bélgica.
- Official Monetary and Financial Institutions Forum y Ernst Young, «Challenges for Central Banks, Wider Powers, Greater Restraints», noviembre 2012.
- Pol Heinz, «IG Farben's Peace Offer», *Protestant Magazine*, junio-julio, 1943, 41.
- Pollard, Patricia, «A Look Inside Two Central Banks: The European Central Bank and the Federal Reserve», Banco de la Reserva Federal de San Luis, enero-febrero 2003.
- Sibert, Anne, «Accountability and the ECB», Parlamento Europeo, Dirección General de Política Interior, Departamento de Política A: Políticas Económicas y Científicas, Asuntos Económicos y Monetarios, septiembre 2009, disponible en <http://www.europarl.europa.eu/document/activities/cont/200909/20090924ATT61145/20090924ATT61145EN.pdf>.
- Siegman, Charles J., «The Bank for International Settlements and the Federal Reserve», *Federal Reserve Bulletin*, 80, 10, octubre 1994.
- Simmons, Beth, «Why Innovate? Founding the Bank for International Settlements», *World Politics*, 45, 3 (abril 1993), 361-405.
- Taibbi, Matt, «The Great American Bubble Machine», *Rolling Stone*, 9 julio 2009.
- Tuttle, William M.Jr., «The Birth of an Industry: the Synthetic Rubber "Mess" in World War II», *Techology and Culture*, enero 1981, 40.
- Van Hook, James C., «Review of Reasonable Doubt: The Harry Dexter Spy Case by Bruce Craig», *Studies in Intelligence*, 40, 1, abril 2007.
- Weixelbaum, Jason, «The Contradiction of Neutrality and International Finance: The Presidency of Thomas H. McKittrick in the Bank for International Settlements in Basel 1940-1946», mayo 2010, disponible en <http://jasonweixelbaum.wordpress.com/tag/thomas-h-mckittrick>.
- , «Following the Money: An Exploration of the Relationship between American Finance and Nazi Germany», diciembre 2009, disponible en <http://jasonweixelbaum.wordpress.com/2009/12/21/following-the-money-an-exploration-of-the-relationship-between-american-finance-and-nazi-germany>.

- Connelly, Albert Ray, realizada en octubre 1990. Número 549, Jean Monnet Statesman of Interdependence Collection (EUI), disponible en <http://www.eui.eu/HAEU/OralHistory/bin/CreaInt.asp?rc=INT549>.
- Harriman, Averell, realizada en 1971, Museo y Biblioteca Harry S.Truman, disponible en <http://www.trumanlibrary.org/oralhist/harriman.htm>.
- Hoffman, Paul, realizada en octubre 1964, Harry S. Truman Library and Museum, disponible en <http://www.trumanlibrary.org/oralhist/hoffman.htm>.
- Lamfalussy, Alexandre. Serie de entrevistas realizadas en marzo 2010, disponibles en <http://www.cvcew.eu>.
- McKittrick, Thomas, realizada en julio 1964. John Foster Dulles Oral History Collection, número 172 (SGMML).
- Zijlstra, Jelle, realizada en mayo 1989. Número 534, Jean Monnet Statesman of Interdependence Collection (EUI), disponible en <http://www.eui.eu/HAEU/OralHistory/bin/CreaInt.asp?rc=INT534>.

## PÁGINAS WEB SELECCIONADAS

- Banco de Pagos Internacionales, <http://www.bis.org>.
- Centre Virtuel de la Connaissance sur l'Europe. Centro de Estudios Europeos, <http://www.cvce.eu>.
- Recursos para economía, <http://www.dictionaryofeconomics.com>.
- Recursos para economía y finanzas, <http://www.econlib.org>.
- Revista *The Economist*, <http://www.economist.com>.
- Instituto Universitario Europeo. <http://www.eui.eu>.
- The Financial Times*, <http://www.ft.com>.
- Investopedia, recursos para finanzas <http://www.investopedia.com>.
- The New York Times*, <http://www.nytimes.com>.
- Recurso para la investigación sobre el Holocausto, <http://www.nizkor.org>.
- Harry S. Truman, Museo y Biblioteca, <http://www.trumanlibrary.org>.
- IG. Farben, recursos históricos, <http://www.wollheim-memorial.de>.
- Departamento de Estado de Estados Unidos, Oficina del Historiador, <http://www.history.state.gov>.

## + info



<http://www.edicionesurano.com>



<http://www.facebook.com/mundourano>



[http://www.twitter.com/ediciones\\_urano](http://www.twitter.com/ediciones_urano)



<http://www.edicionesurano.tv>

